



Libros.com

A contraluz

Borja Ventura
Guztiak





Primera edición digital: octubre 2015
Colección A contraluz

Diseño de la portada: Jorge Chamorro
Diseño de la colección: Jorge Chamorro
Maquetación: Álvaro López
Edición: Juan Fernández Rivero
Revisión: Juan Francisco Gordo

© 2015 Borja Ventura
© 2015 [Libros.com](http://libros.com)

info@libros.com

ISBN digital: 978-84-16616-05-3



Borja Ventura
Guztiak

A los que sufrieron la violencia.

A los que hablaron con los otros.

A los que estrecharon sus manos.

A los que vivieron algo de lo anterior sin decir la palabra «pero».

Índice

Prólogo	11
Introducción	15
Txema Urkijo	25
Ana Pampín	49
Edurne Brouard	65
Borja Sémpere	85
Galder González	109
Mikel Buesa	131
Rafa Larreina	149
Aitor Merino	167
Javier Marrodán	187
Carlos Garaikoetxea	205
Iñaki Egaña	229
Josean Fernández	245
Eduardo Madina	265
Joseba Permach	281
Uxue Barkos	305
Lurdes Auzmendi	321
Paul Ríos	339

Sin autocensuras

Verónica Portell

Conocí a Borja en marzo de 2006. Me entrevistó tras la presentación en Madrid de una novela coral que tejía una ficción con nexo entre los personajes tras conocer la noticia de un secuestro a manos de ETA. El libro se articulaba en torno a la empatía; plasmaba que el sufrimiento alcanza y llega a todos y cada uno de los habitantes de Euskadi, independientemente de sus circunstancias personales e ideologías dispares. De hecho, el título de mi obra así lo resumía: *Y sin embargo, te entiendo*. Toda una declaración de intenciones que muchos interpretaron como una osadía. Por aquel entonces todavía ETA atentaba.

Esa empatía que describí asentada sobre emociones tuve que justificarla y defenderla en las entrevistas hasta el hastío porque resultaba extraño que yo, Verónica Portell, hija del primer periodista asesinado, pudiera escribir algo así. Borja, de manera diametralmente opuesta al síndrome de Estocolmo con el que algunos lograron «entenderme», captó en su entrevista la esencia de un libro de difícil comprensión en una ciudad protagonista de tramas con tantos atentados. Pero lo más complicado fue que lograra ver más allá de la víctima. Traspasó mis entrañas sin diseccionarme, juzgarme, cosificarme ni hacer de mí un personaje que encajara en el formato de entrevista y prejuicio que endosa una etique-

ta. Me reconocí entre líneas como si sostuviera ante mí un espejo sin distorsiones. En Euskadi eso era sencillo porque quienes aquí vivimos nos sabemos piezas diferentes pero necesarias para dotar de continente y contenido a un puzle variopinto. Fuera de mi tierra, comprenderlo es una quimera fruto de la ignorancia, en ocasiones, y consecuencia de la manipulación interesada demasiadas otras veces.

Borja me llamó años después de aquel primer encuentro. Elaboraba un conjunto de entrevistas tejidas con óptica periodística para un medio digital. Comimos en Bilbao y hablamos con la naturalidad con que lo hacen dos viejos conocidos. La última vez que contactó conmigo fue antes del verano para pedirme que escribiera estas líneas. Me contaba extrañado que su libro tardaba en ver la luz porque el terrorismo era agua pasada que no interesaba ya, según le explicaron responsables del sector. Tuve sentimientos contradictorios al escuchar su reflexión; es cierto que ya conjugamos muertes y sufrimientos en pasado. Pienso que la puerta ha de sellarse para que no vuelva a entrar la tempestad con lluvia torrencial que todo lo embarra y oscurece. Existe un hartazgo generalizado que satura, pero también debemos ajustar cuentas y enfrentarnos al pasado como parte de nuestra identidad. Encajar el rompecabezas en un *Guztiak*, suma de todos los cubos con sus aristas y sus lados. Contar otra historia no sería un legado fiel para nuestros hijos, sino una traición a nosotros mismos.

Ya no hay muertos que contabilizar. La violencia ha cesado. En octubre de 2011 las portadas de todos los diarios publicaron la noticia con la que a mi padre le habría gustado amanecer y dar en portada, tal y como declaró y quedó constancia de hemeroteca en la última entrevista que le hicieron con motivo de la publicación de *Euskadi: Amnistía arrancada*, su libro epitafio. Fue el primer periodista asesinado. Encabeza un listado trágico al que después se sumaron más en cortejo fúnebre. Decir la verdad incomodaba, pero publicarla en artículos y libros supuso en su caso y en el de otros periodistas firmar la propia sentencia de muerte, colocarse

en el punto de mira y como objetivo en la diana. La prensa actual y el mundo editorial se parecen en poco a los que mi padre vivió. Surgen formatos que conviven con el papel de imprenta, mueren o resucitan con futuro incierto.

Borja publica su libro gracias a un entramado de pequeños y grandes mecenas que han decidido respaldar tan ilusionante proyecto. No me sorprende que haya logrado lo que pretendía por que destaque de él su tenacidad. También su manera de iniciar conversación, entre tímido y audaz. Una combinación equitativa de cautela y atrevimiento difícil de lograr sin caer en el sensacionalismo interesado, la manipulación disfrazada de inocencia o el oportunismo gratuito. Logra Borja en *Guztiak* una visión angular del paisaje que desenfoca o precisa con el simple objetivo de acentuar y dar visibilidad con perspectiva de 360 grados. Y el resultado es un prisma poliédrico que refleja los matices, el brillo, las luces y las sombras. Dibuja un retrato de trazo firme y pinceladas sutiles. Huye de ambigüedades propias de la cobardía y se empapa de realidad gracias a que describe lo que cada cual le transmite, sin autocensura; derribando así la mayor prisión que se crea el periodista, el escritor y el ser humano, en definitiva.

Verónica Portell
Periodista y escritora

Yo

Borja Ventura

El teléfono sonó como suena casi siempre, sin esperarlo. Era por la tarde, y estábamos en el sofá tirados viendo la tele. Me levanté, vi un número que no conocía y lo cogí. «¿Borja? Hola, soy Iñaki Soto, de la sección de Opinión de *Gara*, te llamaba por un artículo tuyo sobre Arnaldo Otegi que quería discutir, por unas cosas que dices que no son correctas». Confieso que me quedé cortado. Entonces trabajaba en un conato de medio digital de esos que se especializan en publicar las verdades que sólo interesan a su gestor, y pasaba las mañanas rastreando miserias, a veces leyendo editoriales a los que sacar punta, a veces escuchando a un iracundo locutor de radio para levantar acta de la barbaridad del día. En el imaginario construido en la distancia *Gara* era el mal, y que alguien te llamara de allí para comentar algo era, cuanto menos, chocante. La conversación fue larga y entretenida. Debatimos, nos escuchamos, estuvimos de acuerdo en alguna cosa y nos despedimos cordialmente. Después intercambiamos algún correo electrónico y la vida siguió.

En aquellos días ETA aún mataba, y la izquierda abertzale empalmaba marcas que inexorablemente eran ilegalizadas, una detrás de otra, para mantenerlos alejados de las instituciones. Entonces yo cubría atentados, juicios, noches electorales y alguna entrevista

ocasional. Las más interesantes suelen ser, en cualquier caso, las que no se pueden publicar. Especialmente didácticas eran las conversaciones con los escoltas, quizá el colectivo más indiscreto de todos los que he encontrado en este entorno. Unos que acompañaban a un conocido juez hace más de una década me contaron las manías y rarezas de su protegido. Otro, que trabajaba para un presidente autonómico, me hizo cambiar mi forma de aparcar —ahora siempre dejo el coche de cara «porque siempre sabes la prisa que tienes cuando llegas, pero no la que tendrás cuando te vayas»—. Otros, que escoltaban a una importante líder política, debatieron conmigo durante un viaje acerca de cuál sería la manera más efectiva de matarla si yo fuera un terrorista, explicando cuál sería su forma de actuar en cada caso. También me enseñaron a distinguir un coche con blindaje de uno normal mirando el surco de los neumáticos, todo ello tras recordarme que yo no podía viajar con ellos y que si pasaba algo no se harían responsables.

Entrevisté a víctimas, a muchas, y a políticos variados, de mayor o menor importancia. Y ETA siempre era un tema recurrente, a veces de pasada, a veces de forma central. En realidad ETA siempre había sido el tema: una de las mayores preocupaciones de los ciudadanos trimestre tras trimestre, un asunto fijo en la portada de los diarios, un protagonista de los debates políticos... Durante décadas ETA estuvo ahí. Hasta que, por distintas razones y a través de un lento camino, empezó a desaparecer. Como en su día dijo Jesús Eguiguren, lo hizo como lo hace la nieve: es imposible saber cuándo ha dejado de estar ahí fuera, pero la cuestión es que ya no está. Fue como cuando se cierra un grifo: al final, aunque no salga un chorro, caen gotas. Los últimos atentados fueron así, dispersos, casi residuales. Y en ese clima emergió de nuevo la izquierda abertzale con una fuerza casi inédita. Mi director de entonces, ya en otro medio con otras verdades diferentes, decidió enviar a alguien al norte con una misión: explicar por qué había ganado Bildu. Puede sonar prosaico si eres vasco, pero cuando en la construcción de una realidad social *Gara* es el mal la pregunta no

resulta absurda: ¿cuál es el motivo que lleva a votar a esa gente? Entonces no se sabía, pero a ETA apenas le quedaban unos meses de actividad. El clima ya era otro en el País Vasco, y resultaba más fácil y menos arriesgado intentar determinadas cosas. Durante una maratón al volante recorrí en unos días ciudades como Bilbao, San Sebastián, Vitoria o Pamplona, y municipios más pequeños como Oñati, Elorrio o Tolosa, por citar sólo algunos.

Esta vez fui yo quien llamó a Iñaki Soto, que para entonces ya era el director de *Gara*. Aceptó que fuera a la redacción y que le hiciera una entrevista que acabó durando casi cuatro horas. A diferencia de su antecesor en el cargo, que luego ha hecho carrera política en Bildu, Iñaki es un tipo abierto, que participa frecuentemente en tertulias en los medios y al que le gusta debatir. Era fácil darse cuenta de que su estilo era otro ya desde el principio: al entrar en el despacho me percaté de que había olvidado la grabadora en el coche, así que me disculpé, dejé la bolsa con la cámara en la mesa y me dispuse a bajar corriendo para cogerla. «Espera —me dijo—, eso que has dejado ahí ¿no será una bomba, no?». La broma, dado el contexto, era arriesgada, pero personalmente pocas cosas me convencen más que la capacidad de bromear. Durante las horas que estuvimos hablando le pregunté de todo: desde cómo llegaban los comunicados de ETA hasta cuál sería la portada que soñaba con publicar, pero no concretó demasiado en lo primero y me salió con el fútbol en lo segundo. Las obsesiones de un lado no suelen ser compartidas al otro. Quizá el momento más ilustrativo de la entrevista fue cuando me dijo: «ETA podría dar pasos significativos en un corto periodo de tiempo», a lo que le pregunté qué consideraba ETA como «pasos significativos» y él me preguntó qué consideraría el Estado español como paso significativo: respondí que yo no era el Estado español y él, sonriendo, dijo que él tampoco era ETA. En ese momento pensé en qué peculiar asunción de roles habíamos hecho, no nosotros, sino todos, o casi todos, respecto a lo que sucedía en el País Vasco. Había argumentos, discursos, miedos y pensamientos preconcebidos a ambos la-

dos, impregnándolo todo. Unos hablábamos de un lado y otros del otro. Y pese a todo entrevistas como esas eran posibles.

Aquel viaje tuvo de todo. Hubo entrevistas en las que se ocultó la identidad de los entrevistados, como una pareja de ertzainas de la primera promoción —en la que estuvo Iñaki de Juana Chaos—, un concejal que venía de los movimientos juveniles abertzales, un funcionario de prisiones que me contó cómo un importante preso de ETA se derrumbó con él después de que su compañera acabara abandonándole por el amigo con el que hacía los viajes hasta la prisión, o un juez que me explicó cómo era el proceso que seguía un preso que se alejaba de la línea oficial del entorno radical. Hubo también una entrevista que no se publicó porque la persona me pidió no hacerlo apenas unas horas antes. Era una víctima que vivía en un pequeño pueblo donde las puertas de las casas estaban abiertas y los jardines no se vallaban, pero donde habían intentado matarle: podía dejar su cartera en el suelo que nadie la robaría, pero no podía decir determinadas cosas si no quería tener problemas. Con todas esas conversaciones me di cuenta de lo importante que era en todo este asunto la posición que uno tomaba, y lo sencillo que era decantarse sin pretenderlo. Decir «Estado» o decir «España», por ejemplo. «Negociación» o «conversación», «terrorista» o «militante», «organización» o «banda», «muerte» o «asesinato»... La lista es eterna: nombrar un municipio de una forma o de otra, decir «marido» o «compañero» o situar la frontera con Francia en Irún o más al norte lo cambia todo.

El planteamiento sobre qué palabras usar o qué palabras obviar, cómo hacer las preguntas o cómo buscar las respuestas no era menor, porque condicionaba la forma en que cada entrevistado iba a percibirme y, por tanto, su respuesta o su capacidad de abrirse. Con el tiempo aprendí a usar expresiones que no pudieran contrariar a nadie, ni tampoco a mí mismo, como forma de intentar conseguir lo máximo posible. Algunos compañeros critican eso por verlo engañoso o cobarde, otros hacen del eufemismo su forma de vida. Yo no hacía entrevistas para oponerme a nadie, ni pa-

ra convencer de nada: yo quería entender para luego explicar. Cada cual tiene su forma de afrontar una entrevista, y personalmente siempre he optado por no ser agresivo ni parcial, por repreguntar hasta aburrir y por plantear dudas sin condicionar respuestas. Y eso exigía, a la vez, algo más complicado en temas tan sensibles como estos: conseguir entender al interlocutor. No se trataba de una mera cuestión de empatía, sino de ver el mundo de la misma forma que la otra persona e intentar hacer la composición de cómo piensa o siente. Por qué una persona puede llegar a matar. Por qué una persona puede llegar a construir su vida sobre el dolor. Siempre se ha demonizado la palabra «equidistancia», porque el discurso oficial impone que no puedes guardar la misma distancia ni dar el mismo trato a quien causa dolor y a quien lo sufre. Por eso ya antes, pero especialmente a raíz de ese viaje, muchos criticaron no sólo tratar ciertos temas, sino directamente hablar con ciertas personas. Era llamativo ver que había personas criticándote a la vez, unos por hablar «con amigos de ETA» y otros por ser «un unionista que viene a intoxicar». La decisión, más allá de las críticas, estaba clara: intentar hablar con todos, porque sólo así se puede entender la historia de una forma completa. Y, a fin de cuentas, se supone que eso es lo que hacemos los periodistas.

Ese pensamiento me ayudó en Elorrio. A última hora me cancelaron una doble entrevista que tenía allí en aquel viaje, pero decidí ir al pueblo igualmente. Me pareció simbólico el frontón donde jugaban a pelota, no ya por la enorme pintada reclamando el acercamiento de los presos al País Vasco, sino porque la piedra golpeaba justo en la pared del Ayuntamiento. Eran días de fiestas y las calles estaban llenas de gente, pero al salir un poco de la plaza del centro encontré un bajo con unas banderas nacionalistas. Había también pegatinas contra el tren de alta velocidad, una protestando por el encarcelamiento de gente de Segi y algunos símbolos del entorno ideológico radical. Pasé tres veces por la puerta, pensando que debía intentarlo, pero con cierto reparo, no por miedo, sino por lo violenta que podía resultar la situación. Los factores «perio-

distas», «de Madrid» y «me llamo Borja» no solían ayudar. Cuando ya me había decidido a entrar salió un chaval con una camiseta sin mangas con la bandera comunista. Me acerqué, le conté en qué estaba y me invitó a entrar. Así fue como conocí a Gaizka, Joseba y Jokin, tres chavales entre diecisiete y diecinueve años que usaban aquel bajo como su lugar de encuentro, con dos sofás viejos, una mesa llena de virutas de tabaco, una televisión, muchos trastos sueltos y enormes banderolas cubriendo las paredes, muy del estilo de las de fuera. Con ellos hablé de cómo era su día a día, y vi unas construcciones mentales similares a las que había al otro lado. Me hablaron de cómo chavales de su misma edad de sus lugares de verano fuera del País Vasco les habían dicho que si en su tierra todos llevaban pistola por la calle, o de cómo cada vez que pasaban en autobús por Madrid eran cacheados, de una forma especialmente intensa con las chicas. Me hablaron también del papel de héroe de un concejal del PP que ni era del pueblo ni pasaba por allí más que de vez en cuando, y de cómo con su voto había impedido a la farmacéutica, de Bildu, ser la alcaldesa.

Entre Bilbao y Vitoria tuve entrevistas por separado con Idoia Mendia, entonces consejera de Justicia y luego líder del socialismo vasco, y su marido Alfonso Gil, entonces número tres del partido y luego concejal en Bilbao. Él me contó que, cuando ambos se juntaban, iban por la calle con ocho escoltas alrededor, cuatro de cada uno. También que un día, desayunando en casa, cuando sacaron unas imágenes de Mendia en la televisión y luego hablaron de ETA, uno de sus hijos dijo: «Ama, te van a matar». También me contó que a él ya le había tocado cargar ocho ataúdes de ocho amigos muertos. En Oñati conocí a Manu Egaña, concejal de Bildu que comentaba que cuando salía con los amigos siempre jugaban a ver a quién le tocaba beberse el «Burgalcava», un chupito de ron con cava en «honor» al entonces ministro del Interior. Explicó cómo pasaron aquella noche electoral dando saltos de alegría en su piso, él por los resultados de Bildu y su compañero porque el PP había ganado en Sevilla, y que así era como él entendía la política.

Medio en broma comentaba que el último *single* de Britney Spears le había parecido «un temazo», y mucho más serio explicaba la de veces que le habían dicho que si él era de ETA. Recordaba que, tras vivir fuera, volvió al pueblo y cada vez que había un atentado se enfadaba y lo criticaba, y que sus amigos le daban codazos y le decían que eso no se podía decir allí. Y yo lo que recordaré fue la forma en la que, yendo por la calle, todo el mundo le paraba y le saludaba. Todos menos uno, un guardia civil que salió a fumar en un alto del cuartel y al que se quedó mirando directamente hasta que aquel bajó la mirada. Segundos más tarde se repitió la escena al revés: era el agente el que clavó sus ojos en nosotros y él el que miraba al suelo. No hizo falta mediar palabra.

Hablé también con dos profesores de la UPV, Alfredo Retortillo, que comentaba que el País Vasco era como una gran familia que no se soportaba, y Mario Zubiaga, que se pasó años bajando cada semana a declarar a la Audiencia Nacional y que antes de la entrevista me advirtió que si manipulaba sus palabras nunca más volvería a hablar conmigo. En Bilbao hablé también con Fermín Laespada, de Gesto por la Paz, que reflexionaba acerca de la teoría de la manta corta para explicar que ninguna solución a la situación política contentaría a todos porque, «o te tapas el cuerpo, o te tapas los pies». También hablé entonces con el líder del PP navarro, Eloy Villanueva, que dijo que no le constaba que en las comisarías hubiera habido abusos, o con Patxi Zabaleta, cuya hija Miren fue encarcelada con Arnaldo Otegi por el caso Bateragune. También estuve con Josu Erkoreka, entonces diputado y luego consejero, que se hacía cruces de que el lehendakari Garaikoetxea hubiera acabado coaligado con los abertzales.

Durante años, miles de kilómetros por el País Vasco y Navarra y decenas de entrevistas, había cubierto historias tristes: atentados, juicios, manifestaciones, ilegalizaciones, incomprensiones... Y, justo cuando al fin hubo una buena noticia que contar, nadie quiso hacerlo. Intenté retomar la historia, volver a viajar, volver a sentarme con unos y otros para narrar lo que vino después del anuncio

del final de ETA, la progresiva normalización de la convivencia, el adiós de organizaciones cívicas una vez el panorama había cambiado y, claro, el testimonio de quienes habían sufrido tanto que no podían pasar página. Pero de pronto ETA y la historia a su alrededor dejaron de interesar. Intenté vender la idea a varios medios, pero no salió adelante. Normalmente a los periodistas nos obsesionan los principios, las primeras impresiones, y tiene sentido: la forma en que empieza tu texto, tus primeras palabras, son la diferencia entre que alguien lo lea o ignore tu trabajo. Yo, en este caso, estaba obsesionado con el final: el de una historia de violencia de medio siglo que podía ser la antesala del cierre de un relato aún más amplio. Al final me decidí a hacerlo igual, casi por cerrar un capítulo que me había dejado a medias. Guardé todo eso en el cajón del *algún día*, y la vida de nuevo siguió. Hasta que esta editorial quiso contar la historia: la pidieron ellos, no yo.

La vuelta a las calles y caminos del País Vasco y Navarra esta vez ha sido diferente en muchos sentidos. Sabía que no quería contar una historia, sino que fueran sus protagonistas quienes lo hicieran. Sabía que no quería un partido de pelota, alternando preguntas y respuestas, sino un relato en el que yo no fuera más que el conductor y no hubiera más primera persona que la del entrevistado. Sabía que quería hablar con todos, y lo intenté durante meses con el objetivo de dar un relato equilibrado. Tras casi diez meses de trabajo hay entrevistas amargas, hay entrevistas llenas de bromas, hay lágrimas, hay odio, hay dolor, hay autocrítica. Lo que no hay, porque es imposible, es un relato. Hay diecisiete. El de un lehendakari y el de una presidenta navarra. El de un antiguo miembro de ETA que cumplió veintidós años de cárcel por asesinato y el de una inmigrante gallega. El de un hombre que perdió media pierna en un atentado y el de una mujer que perdió a su pareja. El de un periodista y el de un actor, el de un abertzale del Opus y el de un hombre que perdió a su hermano. También el de un historiador al que EEUU le tiene prohibida la entrada y el de un joven seguidor de Chiquito de la Calzada que jamás daría la

mano a un guardia civil. El de dos hombres que han pasado años trabajando por la pacificación, y el de la hija de un hombre al que mató el Estado que se suponía que lo protegía. El de un líder histórico de la izquierda abertzale y el de un atípico dirigente del PP. Hay, al final, voces de personas.

Además de las entrevistas, quise proponer un juego a los entrevistados: que cada uno enviara una pregunta al siguiente. Todos menos uno aceptaron participar. El azar quiso que, por ejemplo, un líder del PP preguntara a un portavoz estudiantil abertzale, o que un antiguo miembro de ETA preguntara a una víctima. Ese correo inverosímil es el que, junto a las fotos de los entrevistados, envuelve cada entrevista. Y, en cada una de ellas, sólo el nombre de pila del protagonista hace las veces de título. Porque, más allá de cargos y vivencias, lo que queda, al final, son las palabras y las personas.

De todo eso viene el título. *Guztiak*, que significa «todos» en euskera. Porque todos han vivido y han hecho esto. Y esto sólo se entiende con las voces de todos, y se acaba con la voluntad de todos.

Hay quien ha visto en este un libro valiente, pero yo no creo que sea así. Valiente hubiera sido hacerlo en los años 70, o en los 80. Valiente fue Julio Medem, el primero que quiso contar esta historia de forma coral a una sociedad que no estaba preparada para oír determinadas cosas. Valientes han sido quienes han llevado la contraria, quienes han sufrido y quienes han sido señalados. Esta historia está llena de valientes, y este libro también. Dice poco de nosotros si de verdad pensamos que preguntar y escuchar a gente distinta es un acto valiente. La primera vez que viajé hacia el norte en mi casa se preocuparon. La última vez también, pero por el temporal de lluvia que encontraría en el viaje. «Cuidado con la carretera», me dijeron. No había mucho más que decir.

Como cada vez que he publicado una historia sobre este tema, habrá críticas. Unos me criticarán por dar voz a los otros, y los otros por no ser lo objetivo que ellos esperaban. Más allá del ego,

nada de eso me preocupa. Sólo una cosa lo hace: que alguno de los diecisiete no se reconozca o no se vea representado, que alguno interprete en las palabras que uso una intencionalidad que no busco. Pero supongo que, después de tantos años, el día en que escriba algo sobre lo que ha pasado en el País Vasco y no haya una sola voz que critique el texto será porque, al fin, este capítulo estará cerrado y habrá que buscar otras historias sobre las que escribir.

Txema



«Ya hemos acabado, ¿por qué vuelves otra vez? ¿Qué quieres, recordarme cómo he estado aquí? ¿Para qué? Hemos estado dando la tabarra tanto tiempo... Si ya no está ETA, hombre, vamos a pasar página». Txema pone una mueca como de cansancio mientras reproduce esa conversación imaginaria. Carraspea casi entre frase y frase a causa del constipado que arrastra, del que se protege con un jersey de punto y una bufanda anudada al cuello que no se quita en las casi dos horas de conversación. Con su interpretación intentaba resumir la actitud de muchos ahora que ETA ha dejado las armas. «Eso es lo que caracteriza a la sociedad vasca en este momento. Sí, hastío es una palabra que define muy bien la situación de casi todo el proceso. Ha sido algo permanente, y todavía hay hastío. E incomodidad, a la gente le incomoda hablar de esto».

Es un hombre alto y corpulento, de mentón marcado, barba cana frondosa y media melena ensortijada. Su voz es potente y sus palabras directas, enmarcadas en un gesto a veces serio. El aspecto global, enfundado en una gabardina y paraguas bajo una tímida lluvia de invierno, impone. Y pese a todo eso sus palabras suenan amables a su manera, incluso cuando relata los momentos más duros del pasado. «Queremos pasar página cuanto antes. Esto nos incomoda porque nos interpela, porque la siguiente pregunta es cómo hemos permitido que esto ocurra aquí, cómo ha sido posible que ocurra esto entre gente como nosotros». Recuerda entonces las palabras de Hannah Arendt retratando el Holocausto. «No, no son monstruos, son gente normal. El problema es que ha sido gente normal. Han salido de entre nosotros. El vecino, el que vivía ahí arriba, este es el que dijo que tenías que matar a aquel de allá, que fulano es un chivato o que vayáis a por aquel. Y es gente como yo, o incluso de mi misma familia», relata en una nueva escenificación. «Esa pregunta nos la vamos a tener que hacer los vascos en algún momento, pero nos incomoda. “Oye, ¿pero tú recuerdas que aquí se asesinó a un tío y no se paró siquiera el concierto que había en la plaza? ¿Pero tú te acuerdas de lo que pasó en plenos

carnavales de Tolosa y que todos seguimos bailando? ¿Tú te crees que aquí pasaba cualquier cosa y nos daba a todos igual?», comenta en una retahíla de preguntas. Pero no son retóricas, porque tienen respuesta: un 11 de febrero de 1997 ETA mató de un tiro a Patxi Arratibel, que fuera mediador del secuestro de Emiliano Revilla. Sucedió en plenas fiestas, y estas no sólo no se pararon, sino que hubo hasta muestras de apoyo a lo sucedido. «Jaiak bai, borroka ere bai», gritaban: «Fiestas sí, lucha también».

Sin cambiar el gesto, sigue con su recuerdo incómodo. «Aquí se ha asesinado al vicelehendakari del Gobierno de este país, que fue consejero y diputado general, y el presidente del partido mayoritario pasó por la capilla en el vestíbulo del Parlamento sin saludar a ninguno de sus compañeros políticos y llegó a saludar solamente al de su partido», dice. Habla de cuando fue asesinado Fernando Buesa, cuya muerte mostró la profunda división en la política vasca. Ese recuerdo tiene nombres propios, el de Xabier Arzallus negándose a saludar en pleno duelo a líderes socialistas, como era por aquel entonces Rosa Díez, y también tiene hechos concretos. Por ejemplo, cuando en la calle coincidieron dos manifestaciones, una de repulsa al crimen de Buesa y pidiendo la dimisión del lehendakari Juan José Ibarretxe a cuenta del reciente pacto de Lizarra y del acuerdo de investidura con Euskal Herritarrok, y otra apoyando al lehendakari en lo que el nacionalismo interpretó como una agresión aprovechando el atentado. «Ha habido tantísimas barbaridades entre nosotros... No digo asesinar, digo entre los que no asesinábamos y estábamos en contra. Y todos tenemos que hacer reflexión y autocrítica y decir, ¿dónde estábamos?». Y sigue, porque tiene para todos: «Aquí, cuando se ha detenido, se ha torturado más de una vez, pero no nos ha importado porque, claro, se torturaba y “ellos eran los de ETA, y estos tienen un manual para que los torturen, ¿no son los que pegan tiros? Que se jodan, que les dé unas hostias la policía, hombre”. Esto es lo que hemos hecho todos, y eso, con los años, tendremos que ponérselo aquí delante», dice mientras se coloca cuatro dedos de la

mano en la frente. «Pero lo que pasa es que ahora nos incomoda y no queremos saber nada. Por eso queremos pasar página a todo correr».

Él describe una realidad que requiere más calma y detenimiento, y muchos matices. Lo ha vivido en su piel, por ejemplo, a la hora de dar opiniones y recibir críticas. «Cuando he hablado de la necesidad de respetar los derechos de todas las personas, de los problemas de tortura o de los problemas de los presos, las críticas han venido de un lado. Cuando he hablado de la violencia de ETA, de la necesidad de un reconocimiento del daño causado, de la autocrítica, o cuando me he movilizado contra ETA, la crítica ha venido de otro lado», comenta. «Creo que en general las críticas han venido de todos aquellos que no han terminado de entender que los derechos humanos no admiten parcialidades, y que no se puede mirar con ojos de pirata», dice mientras se pone la palma de la mano delante de un ojo. «No se puede mirar con un parche».

Txema Urkijo se sienta de espaldas a una cristalera, al fondo de la planta alta de una cafetería. Dentro la temperatura es agradable, pero fuera llueve y refresca según cae la tarde. Tras el soportal, al otro lado del cristal, hay una plaza pequeña y un tanto gris del centro de Llodio, el mismo pueblo que viera nacer a Ibarretxe. En la esquina de la callejuela anexa reluce un mural con motivos militares en característicos tonos azules y letras blancas con ese estilo tipográfico pretendidamente vasco de remates redondeados. En él se lee: «Denok eman behar dugu zerbait dena eman behar ez dezaten». Traducido: «Todos tenemos que dar algo para que unos pocos no tengan que darlo todo». Es una frase atribuida a José Miguel Beñarán Ordeñana ‘Argala’, un histórico de ETA que fue asesinado por la ultraderecha en 1978. Quedar allí con Urkijo había sido más sencillo de lo que hubiera sido unos meses antes. «Ahora tengo mucho tiempo», comentaba antes de la cita. El lehendakari Iñigo Urkullu lo había cesado de su cargo en la llamada secretaría de paz y convivencia, un órgano del Gobierno vasco desde el

que se había articulado la relación con colectivos tan sensibles como las víctimas o los presos, y desde el que se habían desarrollado actuaciones de la vía Nanclares, los encuentros entre víctimas y presos o los testimonios de las primeras en los centros educativos vascos. Ese había sido su mundo desde que en 2002 empezara a hacerlo con el Gobierno de Ibarretxe, para luego seguir con el de Patxi López. Con él formaban equipo Maixabel Lasa, viuda de Juan María Jáuregui, gobernador civil socialista de Guipúzcoa asesinado por ETA el 29 de julio de 2000, y Jaime Arrese, hijo del alcalde de Elgoibar por UCD al que ETA mató el 23 de octubre de 1980. Desde el Gobierno vasco ha trabajado en la consejería de Joseba Azkarraga, de EA, la de Javier Balza, del PNV, y de Rodolfo Ares, del PSOE. «He trabajado con estructuras políticas diferentes, es obvio que tengo capacidad para trabajar con gente que piensa de manera diferente a la mía», comenta.

Su salida se achacó a una polémica que él niega y explica. Desde Covite, uno de los colectivos de víctimas más importantes, lo acusaron de no entregar una carta que uno de los presos de la vía Nanclares le había dado para una víctima. El emisor era Kepa Pikabea, un exmiembro de ETA arrepentido a quien se atribuyen más de veinte asesinatos, y el receptor Miguel Madariaga, un guardia civil que resultó herido en un atentado contra una casa cuartel en Andoáin en 1979. «Cuando me da la carta Kepa me dice que no quiere ningún tipo de publicidad, que no quiere que eso aparezca en los medios de comunicación. Cuando valoro que va a acabar en los medios, porque sé que todo lo que hace Madariaga lo hace con periodistas, decido no dársela y se lo comunico. Es decir, él sabe que yo no iba a hacerlo en esas condiciones, y está de acuerdo», reconstruye. «Esto se hace público un jueves y el viernes el Gobierno sabe de primera mano por boca de la compañera de Pikabea que mi comportamiento se ha ajustado a sus instrucciones y que he hecho lo que él me había dicho. Sin embargo, en las diferentes intervenciones, primero de Jonan Fernández y luego del portavoz del Gobierno, Josu Erkoreka, alientan la sospe-

cha diciendo que es una actuación grave y evitan pronunciarse al respecto. Me parece una actuación tremendamente desleal». El intercambio frustrado de misivas data del año 2012, y dos años después ambos protagonistas pudieron reunirse cara a cara en uno de los encuentros que gente como Txema organizaban. Toda la polémica de Covite, que llegó a los medios, le parece por tanto «circunstancial», la parte pública de un enfrentamiento mayor, aunque soterrado. Bajo su punto de vista el motivo real es que no ha podido trabajar con Fernández, el máximo responsable de la secretaría. «Me hizo el vacío más absoluto desde el principio. Yo le planteé al lehendakari que había que modificar la situación y me dijo que iba a intentar arreglarlo, pero por lo visto no encontró la fórmula y finalmente optó por que me fuera yo».

Ese fue el punto y final a su carrera de más de una década bajando desde distintas instituciones, pero todo había empezado mucho antes. En 1988, desde Gesto por la Paz, peleó por sacar a la gente de la indiferencia y empujarlos a mostrar su rechazo a la violencia ahí donde más difícil era: su entorno cercano. «Había expresiones ciudadanas contra la violencia, pero se daban en grandes manifestaciones puntuales a consecuencia de algún atentado grave. Grave, no de cualquier atentado. Lo que no había eran expresiones de repudio a la violencia terrorista en espacios de convivencia reducidos, donde te conoce la gente, donde en lugar de ser varios miles de ciudadanos son apenas un puñado los que están dando la cara. Lo que se pedía a la gente de Gesto era que descubrieras ante tus conciudadanos tu compromiso en contra de la violencia». El reto no era ni mucho menos fácil en un momento en que el silencio campaba a sus anchas. «Había una mezcla de varios factores, donde no eran los menores el miedo y la indiferencia. Miedo a significarse, miedo a que el resto de los vecinos supiera que tú estabas en contra y que eso pudiera suponer un riesgo para ti. E indiferencia porque realmente hubo un momento en el que la violencia llegó a formar parte casi de nuestra vida cotidiana, y la contemplábamos y vivíamos junto a ella sin inmu-

tarnos en exceso mientras no nos tocara. En general, una amplia parte de la sociedad vasca ha convivido con la violencia de una manera no especialmente traumática hasta que le ha tocado a algunos sectores», opina.

Unos metros hacia el sur, en paralelo al río, sin salir de la calle donde luce el mural militar, hay otro más pequeño y medio borrado. Es el símbolo de ETA pintado en negro en una pared blanca. Pese a los intentos de ocultarlo con brochazos del color de la pared la huella no se ha ido y ahí sigue, a la vista de todos. Junto al hacha y la serpiente, el lema «Bietan jarrai», «Seguir con las dos». Con las dos vías, se refiere: la del hacha, la fuerza, y la de la serpiente, el sigilo. La militar y la política. «En general, el ciudadano, mientras no le tocara, convivía con bastante naturalidad. Y así es como hemos visto escenas ya olvidadas de atentados o asesinatos en plenas fiestas que no provocaban la interrupción de la vida cotidiana. Es decir, no había una gran conmoción cuando se producía un atentado de estas características, o un asesinato de un vecino nuestro. Eso era indiferencia, era “no me ha tocado a mí, no es mi problema, yo no me voy a meter en líos y así no me tocará”», resume. Y por eso el reto de Gesto, que sacó a la calle pancartas y lazos, fue tan importante: visibilizar lo que otros no querían ver, dirigir la mirada a donde no se quería mirar. El brochazo que quería borrar la pintada.

La cafetería está prácticamente vacía, pero a un par de mesas de distancia hay unas mujeres con niños. Ellos corren y gritan justo al lado, mientras que ellas a veces guardan silencio como escuchando y dirigen alguna mirada. Txema sigue hablando del silencio. «No hay un momento a partir del cual las cosas pasaran de ser negras a blancas, entre otras cosas porque tampoco han llegado a ser blancas del todo. Es un proceso gradual, aunque ha habido hitos que han sido importantes», reconoce. El primero, los secuestros de José María Aldaya entre el 8 de mayo de 1995 y el 14 de abril de 1996 y los de José Antonio Ortega Lara, secuestrado el 17 de enero de 1996, y Cosme Delclaux, el 11 de noviembre de 1996. «Hubo una serie de

secuestros concatenados que permitieron que hubiera una movilización permanente y se incrementara notablemente el nivel de concienciación de la gente», rememora. «Pero el asesinato de Miguel Ángel Blanco fue un hecho que indudablemente supuso un empujón muy importante en el nivel de compromiso de la ciudadanía, donde se perdieron muchos miedos», afirma. A Blanco lo secuestraron el 10 de julio de 1997, nueve días más tarde de que Delclaux fuera puesto en libertad después de que su familia pagara a ETA lo exigido. Una vez él estuvo a salvo se inició una operación policial que culminaría con la liberación, a las seis horas, de Ortega Lara. Blanco no tuvo ese mismo destino: tras dos días de cautiverio fue tiroteado y falleció un día después, el 13 de julio de 1997.

Así, cuatro acciones contribuyeron de forma definitiva al «despertar» de la sociedad contra ETA, que fue una de las causas que con los años propiciaron el final de la violencia. «Cuando ETA ve que su base social le da la espalda es cuando dice que llega el momento de apagar la luz. El terrorismo ha subsistido en Euskadi en tanto que ha tenido apoyo social, porque sin él este tipo de movimientos no se sostienen», afirma. Da cuatro ejemplos, dos de movimientos que carecieron de apoyo social y que murieron pronto, como las Brigadas Rojas italianas y la Baader-Meinhof alemana, y dos que pervivieron porque sí lo tenían: el IRA irlandés y la propia ETA. «Mientras hay una realidad social importante que está apoyando la acción violenta ese movimiento se va a regenerar en personas: ya puede haber los detenidos que quieras que siempre va a haber gente dispuesta a entrar. Lo mismo con el dinero. Pero si de pronto todos estos me dan la espalda y me quedo yo solo y me convierto en un grupúsculo que simplemente altera el orden público, la policía me va a aplastar en dos segundos. Y eso ha sido lo que ha forzado a ETA al desistimiento», analiza. «La inmensa mayoría de la sociedad vasca estaba en su contra, no sé si en contra de sus fines, pero sí en contra de sus métodos».

El vaciamiento de su base social tuvo en ese despertar social su primer paso, igual que contribuyeron la acción judicial y po-

licial, el contexto internacional o la Ley de Partidos, por la que se ilegalizó a las marcas electorales de izquierda abertzale y a la que acusa de tener «muchas deficiencias democráticas», pero de la que reconoce que fue «eficaz y muy útil». En su opinión, «ahí vino el giro de la izquierda abertzale, del sector social que ha estado legitimando y apoyando a ETA». La línea de meta estaba en 2005, en el proceso de paz del Gobierno de Zapatero, pero al final se movió unos cuantos años más. «En el proceso de 2005 estaba todo el mundo convencido. La propia izquierda abertzale estaba convencida de que era la definitiva, y que ETA no aprovechara aquella oportunidad fue un bombazo muy importante en todo esto. Por eso yo comparto ese análisis que dice que fracasó ese proceso de paz, pero es lo que permitió que luego haya venido lo que ha venido. Fue un fracaso necesario, porque fue el detonante de que cierta gente de la izquierda abertzale dijera “esto tiene que acabar, no puede ser”, y de que entonces iniciaran el giro», comenta.

Lo que empezó pasando en las calles, por tanto, acabó teniendo efectos dentro de ese mundo. Y en esos inicios organizaciones sociales como Gesto por la Paz fueron determinantes. «Era lógico que la reacción correspondiera a la sociedad civil. La violencia surgió en el seno de la sociedad civil hacia la propia sociedad civil. Afectaba al conjunto de la ciudadanía, luego era razonable pensar que todo este tipo de reacciones surgieran desde la propia ciudadanía. No se puede achacar en ese sentido una falta de diligencia por parte de las instituciones», comenta. «Lamentablemente, después de todo este proceso hoy tenemos una sociedad vasca con un nervio social y ciudadano de pulso muy débil, y eso es un problema en un momento como este». Muchas organizaciones, como el propio Gesto por la Paz o Lokarri, han decidido detener su actividad, pero nadie ha recogido el testigo. «Estamos muchísimo mejor que antes, pero no estamos en la mejor de las situaciones. Hay trabajo por realizar, y creo que está bien que haya un contrapeso a las instituciones en este tema». Lo que queda por hacer no es tanto

resolver un conflicto, que él sí percibe, como afrontarlo. «A lo mejor no tiene solución, a lo mejor solamente tenemos que gestionarlo. Pero los conflictos se gestionan siempre con métodos pacíficos y democráticos, lo que no se puede es incorporar elementos de violencia y que vulneren los derechos humanos».

Su visión del conflicto no es la de quienes lo niegan, pero sí reniega de su utilización como justificación. «Se utiliza mucho la expresión “víctima del conflicto”, como si fuera la víctima de un terremoto. Hay un terremoto, el terremoto se ha producido por causas naturales y entonces hay víctimas. Hay quien habla de “víctimas del conflicto” como que hay gente que es víctima como una consecuencia natural. Esto no es una consecuencia natural: aquí ha habido un acto voluntario por parte de un determinado colectivo que en un momento determinado ha decidido matar. No hay una relación necesaria, una causa de fuerza mayor que haya provocado que existan víctimas. Hay una decisión de un colectivo de no integrarse en el sistema democrático del que nos habíamos dotado la mayoría y de continuar defendiendo sus objetivos políticos a través de la violencia. Eso es un acto voluntario, no una consecuencia necesaria», explica. «El conflicto existe, existía antes de la violencia de ETA y va a seguir existiendo después de la violencia de ETA, y eso evidencia que ETA no es una cosa que tenga que ver necesariamente con el conflicto». Txema apura el café solo que ha pedido con una sonora aspiración y sigue: «¿Ahora qué? Ahora a intentar que no pasemos página a todo correr», dice riendo. «Y a intentar hacer una apuesta clara por políticas públicas de memoria para impedir que haya el más mínimo resquicio por el que se cuele ninguna teoría que justifique lo que ha ocurrido más allá de los relatos diversos que pueda haber. La memoria está compuesta de diversos relatos individuales de lo que cada uno recuerda: uno cuenta cómo fue torturado, otro cuenta cómo vivió el asesinato de no sé quién, otro cuenta qué ambiente vivió... Todo eso es algo que tiene muchas caras y que compondrá la memoria de este país».

A Txema le gusta la palabra *memoria* mucho más que *relato*. Son dos de las expresiones más maltratadas en todo este proceso, pero él esgrime el hecho de que las políticas de memoria son algo reconocido y con trayectoria en otros muchos territorios que han vivido confrontaciones sociales similares y que pueden ser un buen espejo donde mirarse. Aquí, sin embargo, la expresión ha sido utilizada por algunos colectivos con otros matices y connotaciones. Por su trabajo con las víctimas Urkijo lo ha podido ver de cerca. «No me gusta lo de “manipular” a las víctimas. No se ha tratado de eso, sino de utilizar políticamente su sufrimiento, que me parece más inmoral todavía. Es algo que ha estado ahí siempre y que ha sido muy evidente en algunos casos. Ha habido casos paradigmáticos, como la movilización en contra de las políticas de Zapatero en su primera legislatura, en la época del proceso de paz de 2005. Aquellas movilizaciones lideradas por la AVT con el apoyo indisimulado del PP fueron emblemáticas, la expresión máxima de esa utilización. Pero no ha sido una exclusiva del PP. Probablemente hayan sido quienes más han caído en esa tentación, pero de una manera o de otra todos han intentado arrimar un poco el ascua a su sardina. La preocupación hacia las víctimas siempre ha venido un poco impregnada de un cierto interés, y de eso no se libra absolutamente ningún partido», critica.

La labor de su equipo con las víctimas durante los años en los que estuvo en el Gobierno vasco fue muy diferente. «En la primera legislatura, en la dirección de víctimas, Maixabel Lasa se puso en contacto con todas las que residen en Euskadi. Una por una, con todas mantuvo algún tipo de contacto, personal o telefónico, para ver qué tal estaban, para conocerlas... Hubo un intento de generar confianza desde una institución percibida de una manera distante, cuando no adversaria, como era el Gobierno. En la segunda legislatura iniciamos una fase de apertura hacia las víctimas en otras partes de España, y empezamos a desplazarnos para conocerlas», relata. Urkijo huye de polémicas sobre quién es y quién no es víctima. Para él no lo es sólo quien ha sufrido algún

tipo de violencia injusta, sino que añade un matiz importante: «Lo que caracteriza a una víctima es justamente que es inocente», asegura, y habla de reparación, de justicia y de verdad. «Hay cosas que siendo justas son ciertas, pero hay cosas que, aunque ciertas, son injustas». En pocas palabras, y volviendo a la idea de las víctimas de la violencia y no del conflicto, no es lo mismo sufrir un atentado o una agresión que resultar herido o muerto mientras se manipulaba un explosivo.

A la hora de trabajar con ellas desde un organismo público define tres cuestiones clave. «Lo primero es escuchar, porque normalmente las víctimas han sido muy poco escuchadas». Ese sencillo gesto, cuando viene desde una institución, «tiene un valor del que no somos plenamente conscientes», explica. «Lo segundo es considerar que estás ante una problemática que, aunque te afecte personalmente y te conmueva, no deja de ser de interés particular, y el interés público tiene que conciliar una suma de intereses particulares, no puede responder a un solo interés particular», advierte. «En tercer lugar, hay que ver a la víctima siempre como titular de unos derechos: tiene derecho a la verdad, a la justicia y a la reparación, y por tanto hay que asumir que desde los poderes públicos hay que trabajar para hacer reales los ejercicios de esos tres derechos que tienen todas las víctimas de violaciones de derechos humanos». Al decirlo, marca con la voz la palabra *todas*.

Además de esos tres derechos, el trabajo con las víctimas ha dado frutos hacia la sociedad. El ejemplo que cita es el del programa de víctimas educadoras, que consistió en llevarlas a los centros escolares del País Vasco para que dieran testimonio de su experiencia. «La propuesta surgió desde el mundo educativo, no desde el mundo de la política, afortunadamente. El sector puso encima de la mesa el alto valor pedagógico que tiene el testimonio de las víctimas», comenta, algo que ve aplicable a cualquier tipología. Pone el ejemplo de los accidentes de tráfico: «Un testimonio así es tremendamente didáctico y pedagógico para un joven porque está viendo en primera persona las consecuencias de determinadas

conductas que no se deben realizar. El testimonio de una víctima es el más claro de la injusticia de esa violencia, y es una manera de aprendizaje», concluye. La idea, sin embargo, levantó ampollas cuando fue planteada. «En un primer momento hubo un gran rechazo por parte incluso del Gobierno. De hecho, cuando lo planteamos en el último Ejecutivo de Ibarretxe el departamento de Educación, entonces de EA, no lo aceptó. Sin embargo, con los socialistas se pudo poner en marcha, aunque con una oposición muy fuerte del sector nacionalista de la comunidad educativa, que creía ver detrás de esa propuesta una suerte de adoctrinamiento político cuando el mensaje pedagógico de las víctimas es “no violencia, sí diálogo; estas son las consecuencias de la violencia...”. Nada que ver». Para su puesta en marcha se siguió «un programa elaborado por expertos, gente del mundo de la pedagogía y la educación, que definieron una serie de características que tenían que tener las víctimas, se montó un grupo de ellas que nosotros entendíamos que reunían esas características y se las formó». No valía cualquier víctima, ni podían enfrentarse al trance sin tener una preparación previa. «Poco a poco fuimos picando piedra y se demostró que era un éxito. Lo hicimos en muchos sitios con víctimas también del GAL, y no las identificábamos. Es decir, se presentaba a una víctima de ETA y a una víctima del GAL, hacían su discurso y sólo al final decían que una era de ETA y otra era del GAL, y eso a los chavales les impactaba», cuenta. «En esta legislatura el Gobierno del PNV ha dado continuidad al programa y lo ha ampliado, y son cada vez más los centros que están reclamando la presencia de las víctimas y se está intentando reforzar el grupo para poder dar abasto con las peticiones que está habiendo».

No ha corrido la misma suerte el programa de trabajo que se llevaba a cabo con otro colectivo delicado en toda esta situación: los presos. «La reinserción implica analizar cada delito para ver cuál es el contenido que tiene que tener esa reinserción. No es lo mismo la de un preso condenado por un delito de tráfico de drogas que está enganchado, con el que habrá que trabajar en el pro-

ceso de desintoxicación como elemento de reinserción, que la de un delincuente que ha cometido un delito porque no tiene ningún medio para subsistir, con el que habrá que intentar una inserción laboral para posibilitar que tenga medios y no delinca», explica. «En el caso de alguien que lo que hace es cometer un delito para conseguir una finalidad política estamos ante un preso que entiende que está justificado cometer un delito. En este caso la reinserción consiste en trabajar para convencerlo de que la defensa de los proyectos políticos no justifica el uso de la violencia y que el único método admisible en la sociedad actual son los métodos pacíficos y democráticos. Todo lo que signifique trabajar en intentar convencer a esa persona de que debe renunciar al uso de la violencia es el trabajo fundamental que hay que hacer en Instituciones Penitenciarias», comenta. El razonamiento, sin embargo, no tiene una puesta en práctica tan sencilla porque se parte de puntos de vista muy alejados, y pone el ejemplo de la asunción de las consecuencias de lo hecho en lo que respecta al polo opuesto de la ecuación: las víctimas. «Para los presos condenados por delitos que tienen motivación política son objetos, objetivos militares. Hay un proceso de cosificación de la víctima: no tiene nombre, no es nadie, hay que matar a ese y lo matan, no saben ni quién es». El objetivo de este proceso de reinserción, por tanto, sería desandar ese camino: «Un proceso de repersonalización de la víctima, una consideración de esa persona, de la familia y del daño realizado, un reconocimiento de que ese daño es injusto. Y si se asume esa responsabilidad, el planteamiento es perfecto y el objetivo es fantástico desde la perspectiva de lo que debe ser una política penitenciaria».

Pero nada de eso ha sido fácil. Para el mundo de ETA los presos han sido uno de sus bastiones más importantes, los que lo han sacrificado todo para la causa. Son un grupo que nunca se ha integrado en las dinámicas penitenciarias, ni ha participado en la vida de la cárcel, al contrario: durante años las protestas, huelgas y plantones fueron constantes. Integrarse equivalía a aceptar su situación

como presos comunes, algo que ellos no se consideran porque se ven como presos políticos. Todo ese mundo, el llamado «frente de *makos*», ha gozado de una especial consideración en su entorno. De ahí que cuando uno de ellos vuelve a casa siempre es recibido en la calle por sus seres queridos y decenas de simpatizantes, bailan *aurrekus* en su honor y les dedican vítores y aplausos. Detrás de todo, el EPPK, el Colectivo de Presos Políticos Vascos, un grupo activista de apoyo que ha actuado protegiendo su integridad, ayudando a los familiares en los desplazamientos, acogiendo y ayudando a los liberados en su vuelta a la vida de sus pueblos y organizando actos y protestas contra la dispersión o reclamando medidas ante las enfermedades de sus representados. Según la Justicia española el colectivo tenía además otra función, la de hacer de guardián de la ortodoxia de ETA, comunicando y haciendo cumplir las órdenes de la misma para mantener las filas prietas en su más simbólico frente, el penitenciario. Igual que estar dentro implica tener ayudas y apoyos, salirse equivaldría a lo contrario: perder el favor de ese mundo y, en ocasiones, que la familia tuviera que enfrentarse a las críticas y presiones en sus pueblos.

Y justo por la forma en la que entiende la reinserción de los presos de ETA y por la dificultad que entraña es por lo que la vía Nanclares fue algo tan complejo. «La obligación de la Administración será estar vigilante para que, en el momento en que se produzca el primer esbozo de reflexión por parte de los presos, regarlo, mimarlo, permitir que crezca, fomentarlo, abonarlo». Txema habla paladeando cada palabra y, cuando termina la enumeración, sigue. «Hacer todo eso para que termine dando fruto, no pisotearlo, porque si lo que se hace es pisarlo no va a haber más». Y es justo lo que ha pasado. «La vía Nanclares evidenció que la reinserción de estos presos era una realidad posible, lo que hace falta es potenciarlo». Habla de los talleres de debate y reflexión con gente de fuera de la cárcel, por ejemplo. «Si se hubieran hecho ese tipo de actividades con más frecuencia, involucrando a más presos, probablemente habríamos tenido resultados mucho más positivos

desde el punto de vista cuantitativo. Pero no se trabajó, no hubo voluntad política, hubo cambio de Gobierno y se acabó todo. No es que no se continuara, es que se cortó el que había». Acha-ca la mayor parte de la responsabilidad al Gobierno central, que es quien tiene la llave de las prisiones, pero no exime a un Ejecutivo vasco que, entiende, podía haber fomentado el debate y las actividades fuera de la prisión aprovechando los permisos de estos presos. El problema, en su opinión, fue la falta de voluntad del que fuera su superior, Jonan Fernández. «Al secretario general de Paz y Convivencia el tema de Nanclares le molestaba. La apuesta del Gobierno vasco ha sido siempre la de llegar a un acuerdo con ETA y el EPPK, un acuerdo que solucionara el conjunto del problema, y no podía ir a negociar con ETA o con el EPPK después de sacarse la foto con los “traidores”, los que se han ido, los arrepentidos». Y por eso, explica, Fernández «ha huido de hacer declaraciones laudatorias de la vía Nanclares». Ese supuesto acuerdo, sin embargo, es imposible porque, en su opinión «el Gobierno vasco no tiene nada que ofrecer al EPPK. Lo único sería el intento de influir en el Gobierno central para que se modificara la política penitenciaria, fundamentalmente la política de dispersión, pero no pasa de ser una postura acerca de algo que no depende de sus competencias, y eso es insuficiente». En toda esta situación de bloqueo no ha ayudado que se rompiera la comunicación entre Interior y la secretaría por el pasado de Jonan Fernández en Batasuna, algo que Urkijo ve «injusto, porque todo el mundo tiene derecho a evolucionar», aunque critica la falta de reacción del Gobierno vasco para superar ese bloqueo.

A pesar de lo limitado de la incidencia de la vía Nanclares, que involucró apenas a uno de cada diez presos de ETA, esta tuvo una importante consecuencia: los llamados encuentros restaurativos que pusieron en contacto a presos arrepentidos con víctimas. «Yo a aquello lo llamé “la comunidad del anillo”, porque coincidimos una serie de personas en puestos clave, y fue ciertamente una casualidad, porque es lo que permitió que una experiencia inédita-

ta como esta cuajara. La experiencia de una relación entre presos y víctimas sí ha existido con anterioridad, pero no con presos que están cumpliendo condena». Y cita a algunos de los miembros de esa «comunidad del anillo», un grupo de profesionales y responsables políticos que se conocían personal o profesionalmente y que coincidieron en la conveniencia de poner en marcha la experiencia: Mercedes Gallizo, exsecretaria general de Instituciones Penitenciarias; Jesús Loza, diputado socialista en el Parlamento Vasco, o Esther Pascual, mediadora penal en los encuentros. «Nos dimos cuenta de que nos conocíamos todos y de que teníamos una relación de confianza muy buena. Nos juntamos media docena de personas y dijimos: “Hostia, esto hay que hacerlo”. Y lo hicimos». El paso previo fue que los presos de Nanclares mostraran su voluntad de expresar su pesar a las víctimas, fueran directamente suyas o no. El resultado, el que la mediadora recogió en el libro *La mirada del otro*, fueron quince encuentros, al menos tres de ellos entre víctimas y victimarios directos, celebrados sobre todo en 2011, con algunos en 2013 y 2014. En varios casos, destaca, «la relación entre ellos ha continuado», y otros no se dieron porque alguna víctima se negó. «Es razonable y comprensible, faltaría más. Respeto y entiendo a quien no quiera jamás participar en una cosa de estas ni perdonar, me parece una actitud perfectamente comprensible desde un punto de vista humano», explica.

Los encuentros se originaban cuando un preso expresaba esa necesidad y se contactaba con una víctima y esta respondía favorablemente. «Hay un trabajo previo serio, riguroso, de profesionales que tienen experiencia en mediación penitenciaria. Uno de los planteamientos que se puso encima de la mesa al comienzo del proceso fue que hubiera garantías plenas para la víctima: no puedes permitir un encuentro si en la otra parte no hay garantía de que va a reconocer el daño y va a asumir la responsabilidad del mismo. Aunque no fuera un requisito imprescindible la petición de perdón, sí tenía que tener claro que no iba a haber una justificación de lo hecho». A partir de ahí, cuando ambas partes estaban

preparadas, se llevaban a cabo las entrevistas, siempre cara a cara y con la única presencia del mediador, «salvo que los protagonistas quisieran estar solos», matiza, algo que ocurrió en uno de los casos. Al salir, lo que manifestaban era «sobre todo muchísima intensidad emocional, sensación de gratificación y de alivio para las dos partes».

Txema recuerda esos efectos en un caso en concreto. «En la segunda fase de encuentros que hicimos había media docena de víctimas. Al explicarles para qué las habíamos reunido uno de ellos dijo: “A ver si lo he entendido bien, lo que me estás diciendo es que primero nos han jodido la vida y ahora nos piden ayuda para aligerar el peso de su conciencia, para quitarse peso de la mochila”. Les contestamos: “Bueno, pues no es eso sólo, pero también está eso”. A pesar de esa desconfianza, de esa suerte de recelo, aceptó participar. Cuando salió de la entrevista no llegó siquiera al aparcamiento, hasta el que hay como unos trescientos metros, sin llamarnos por teléfono para darnos las gracias por haberle brindado la posibilidad de participar en un encuentro de estas características. Ninguno iba pensando que necesitara que le pidieran perdón». En algunos casos habían pasado décadas desde la pérdida del ser querido. Sin embargo, manifestaban su intención de ayudar pensando en la conciliación o en el futuro que tendrían que vivir sus hijos. «Había una motivación altruista por parte de las víctimas. Sin embargo, muchas de ellas se encontraron un plus que no podían haber previsto: esa sensación de paz interior que da encontrarte con alguien que te ha generado dolor y que asume su responsabilidad».

Por efectos positivos como esos y por el fruto que han dado, Urkijo considera que reactivar esos encuentros sería «positivo no, imprescindible. Ni siquiera estoy diciendo que se alienten, que yo creo que se deberían alentar, lo único que reivindico es que se arbitren los medios para que, si alguien quiere hacerlo, lo pueda hacer». Lo dice en referencia a encuentros que estaban en marcha y que se interrumpieron e imposibilitaron en cuanto se decidió no

continuar con el programa. «Hay un preso, que todavía está cumpliendo condena, que estuvo trabajando un año el encuentro con dos viudas a cuyos maridos había asesinado él mismo. Instituciones Penitenciarias no lo permitió, aunque ellas habían aceptado. Las víctimas querían y les tomaron el pelo vilmente porque no les decían que no, les ponían pegas y excusas. Ellos están convencidos de que cuando el preso salga harán el encuentro, pero ¿quién es Instituciones Penitenciarias para, si dos personas quieren hablar, impedir que puedan hacerlo? Y más para una cosa de estas, que se supone que la piden las propias víctimas. Estamos hablando de un Gobierno al que se le llena la boca cuando habla de las víctimas, ¿de qué víctimas, de las que piensan como él o de cuáles? ¿Por qué el Gobierno no les permite estar juntos si esas dos viudas querían estar con ese preso porque les quería pedir perdón?», pregunta enfadado. «Nadie está hablando de imponer nada. Esto no es un proyecto predicable ni en el conjunto de los presos ni en el conjunto de las víctimas, pero estoy convencido de que si se favoreciera trabajar con él habría más de una víctima y más de un preso que tendrían interés», asegura.

De todas las experiencias vividas en casi treinta años hay una que recuerda en especial, y a la que se aferra para defender las bondades de lo que se hizo en Nanclares: el caso de su excompañera Maixabel Lasa. «Ella ha tenido la oportunidad de estar con dos de los tres miembros del comando que asesinó a su marido. Con uno de ellos, Ibon Etxezarreta, se vio en el mes de mayo de 2014. El 29 de julio, dos meses después, era el aniversario del asesinato, día en que cada año la familia y amigos hacen una ofrenda floral en Legorreta, el pueblo de Maixabel. Ibon tenía un permiso y pidió ir. Quiso estar en ese acto de homenaje, así que habló con Maixabel, ella lo habló con la familia y no les pareció mal. Se presentó allí con un ramo de catorce claveles, trece rojos y uno blanco, y lo depositó en el monolito que tiene allí Juan Mari. Los trece rojos simbolizaban los trece años en los que él no había estado, y el clavel blanco el año en el que él por fin había estado. Cator-

ce años después estaba poniendo esa ofrenda floral en el monolito de la persona a la que él había contribuido a asesinar». Txema baja un poco la voz al hablar, y espacia las palabras. «Es un caso excepcional, porque no es fácil encontrarte con un preso así, ni con una víctima así... Pero mira, si uno es posible pueden ser posibles más».

Aupa Txema,
te voy a hacer un par de
preguntas. La primera en relación
a tu experiencia en Gesto por
la Paz:

¿Cómo crees que será recordada
la organización dentro de 20 años?
¿Cómo te gustaría que fuera
recordada?

En relación a tu experiencia en
el Gobierno, ¿qué fue lo más
satisfactorio para ti?

Aprovecho para mandarte un
saludo y espero que coincidamos
pronto.



Pregunta de Paul Ríos a Txema Urkijo.

«Gesto dentro de veinte años será recordado como el movimiento que canalizó las inquietudes del sector más concienciado de la sociedad vasca frente a la violencia, como la aventura de un grupo de ciudadanos anónimos comprometidos con las ideas de la paz al margen de las cuestiones políticas, como la defensa de los planteamientos éticos en democracia a la hora de reivindicar el diálogo frente a la violencia, como la aventura osada de centenares o de miles de ciudadanos anónimos de este país que tuvieron la valentía de dar el paso para conseguir una sociedad más justa y pacífica».

«Respecto a mi paso por la secretaría, no puedo elegir porque me costaría mucho. Han sido muchos de una intensidad emocional brutal. Si tuviera que elegir algo, definir de alguna manera qué ha sido lo mejor, yo diría que la posibilidad de conocer a personas que han sufrido esa violencia injusta, hablar con ellos, escuchar su testimonio. El aprecio y el cariño que me puede tener mucha de esa gente ha formado parte de un proceso de crecimiento y de enriquecimiento personal impagable para mí. Ha sido realmente un lujo poder trabajar el algo que me apasionaba».

Ana



«El sábado que dispararon a Miguel Ángel Blanco estaba con mi madre en el supermercado comprando cosas para venir aquí. Tengo la imagen de escuchar en la radio que estaban preparando las manifestaciones en toda España. Hablaban de Bilbao, y recuerdo que le pregunté: “Pero mamá, ¿no es ahí a donde vamos a vivir? ¿Por qué han matado a ese señor?”. Mi madre me miró y me dijo: “Unos señores malos han matado a ese chico porque pensaba diferente”. Yo sólo me decía: ¿en serio tenemos que ir a vivir ahí? Tenía ocho años». Miguel Ángel Blanco murió esa madrugada. Pocos días después Ana abandonaba su Galicia natal para mudarse a Bilbao, donde desde hacía dos meses esperaba su padre. «Soy hija de obrero de la construcción y de modista. Llegó un momento en que había poco trabajo y decidieron que querían una vida mejor para mí y para ellos, así que vinieron aquí porque mi padre tenía un hermano que tenía una empresa y le dio la posibilidad de trabajar. Él vino primero, con veinticinco mil pesetas. Era mayo de 1997. Mi madre y yo esperamos a que acabase el colegio y nos vinimos el 15 de julio». Dos días después de la muerte de Blanco.

Ahora Ana Pampín tiene veintiséis años y trabaja en el departamento de fotografía de una importante superficie comercial. Vive en La Peña, un barrio obrero a las afueras de Bilbao, dividido entre la capital y Arrigorriaga. Su voz aguda se impone al ruidoso ambiente de una conocida cervecería de la capital vizcaína, junto al Teatro Arriaga. No hay mucha gente y el espacio es amplio, pero llega el ruido del fondo, donde dan un partido de fútbol. Fuera llueve mientras va anocheciendo. Ajusta el pañuelo que rodea su cuello, sobre el que le cae el pelo liso y fino, y de vez en cuando se toca el puente de las gafas. Habla de forma expresiva, entornando alguna vez sus ojos azules tras las lentes. Pese al recuerdo de cómo inició su particular éxodo, ahora, pasado el tiempo, se siente totalmente de aquí. «Bilbao es mi lugar y mi centro del mundo. Yo siempre digo que soy de Bilbao, pero nací en Galicia». Por eso combina esa erre tan vizcaína con el hecho de hablar gallego

en casa o de sentir *morriña* por su tierra. Habla de Visantoña, «una aldea pequeña que pertenece a la parroquia de Santiso, en el centro de Galicia», y lo hace recitando casi de carrerilla: «Tengo, como todos los gallegos, familia que emigró a Argentina, familia en Venezuela, gente en puntos de España... Los gallegos somos así», dice riéndose. Sonríe durante toda la conversación, pero apenas se ríe dos o tres veces.

«Venía aquí acojonada perdida, porque me imaginaba, no sé, tanques. Encima, la gente que sabía que nos íbamos a venir me decía: “Allí van con pistolas por la calle”. Y yo decía: “¿Pero a dónde me llevan mis padres? Vamos a salir de un pueblo, se supone que para tener una vida mejor, y me voy a un sitio donde matan a la gente”». Al llegar no encontró tanques, pero le costó olvidar ese miedo. «Cuando mi madre me decía de bajar a la calle yo nunca quería si ya había anochecido. Quería salir sólo de día porque me daba miedo que pasase cualquier cosa. Muchas veces me lo recuerda: “Siempre salíamos a las tres de la tarde, con un sol del carajo. Todo el mundo comiendo en su casa y tú querías salir a esa hora al parque, al resto de horas no”», dice mientras sonríe y da golpecitos en el vaso con sus uñas de manicura. «A los dos años de mudarnos vino una de mis abuelas. En una plazuela grande hay un supermercado, y en una esquina se reunían antes familiares de presos. Se ponían con su pancartita allí quietos y no molestaban a nadie. Recuerdo que bajé con ella a comprar algo y cuando los vio se asustó un montón», dice. «Imagínate, estuvo una semana aquí, bajó al segundo día y el resto de la semana no quiso bajar más. Se asustó tanto porque pensaba que eran etarras», cuenta riendo por segunda vez. Ella ya se había acostumbrado a cosas que alguien de fuera no entendía.

«Al llegar me metieron en un colegio católico en medio del monte, en Derio, era un sitio de gente más de derechas que otra cosa, gente de pasta», comenta. Y allí de ETA no se hablaba. La primera vez fue cuando el 11M: «Tenía quince años, y ahí sí que se empezó a hablar más de esas cosas. Total, ¿con diez años qué vas

a hablar de política? Me acuerdo de que estaba en matemáticas y la profesora nos dijo que había habido un atentado y que había muerto gente. Los de clase empezaron a decir “ha sido ETA, seguro”, pero recuerdo que había una chica nueva, de tendencia abertzale, que dijo: “ETA no mata civiles, no puede ser ETA, es imposible que haya atentado en varios trenes matando a civiles y no a gente específica de política, policía y tal”. Yo la oía tan segura que me decía “¿cómo lo sabe ella?”. Entre lo de Blanco y lo del 11M Ana empezó a hacerse preguntas. Quería entender por qué pasaban esas cosas. Empezó a pensar en estudiar Periodismo, luego en Historia y, finalmente, se decidió por Política. «Me cuestionaba muchas cosas. El hecho de vivir aquí también me ha influido mucho a la hora de decidir lo que quería estudiar. No podía entender que alguien muriese porque pensase de manera diferente a otras personas», comenta. Sus estudios, dice, le ayudaron «a comprender, a no ser subjetiva, a saber que no sólo hay que tener tu punto de vista, sino que hay que comprender por qué pasan las cosas y qué motivos hay».

En 2006 cambió el colegio católico por la universidad pública, el monte de Derio por la facultad de Leioa. «En mi clase había gente de todo tipo, desde el más abertzale hasta uno que estuvo en listas del PP, y he tenido profesores abertzales, del PSOE, de todo... Al final, el compartir tantas ideas te ayuda a formarte a ti misma y aprendes a conocer diferentes puntos de vista. Había unos debates increíbles», recuerda. «Montamos un sindicato estudiantil porque estábamos un poco cansados de que los abertzales ganasen siempre y sólo se dedicasen a su entorno, sin preocuparse realmente por la facultad. Allí el tema abertzale era bastante activo, hacían sus manifestaciones y demás. Mi madre me decía: “No te metas en líos...”», comenta mientras mueve la palma de la mano y pone cara grave. «Intentamos hacer algo neutro, sin mucha ideología, más que nada preocupados por los alumnos y no tanto por la política. Mucha gente que nunca había votado en estas cosas se animó a hacerlo, y tuvimos la suerte de que al final les sacamos

bastantes votos». Sonríe y rememora que luego los abertzales se aliaron con otro sindicato, Ikasle Ekintza, «los de IU», y les quitaron algunos puestos. «Pero bueno, conseguimos un poco de cambio en la universidad y estuvo interesante. Nos acusaban de cosas, al principio de ser del PP, luego del PSOE, lo de siempre. Llegar al tema de agresiones y eso no, más que nada eso de que te digan “tú eres un fascista” y ya está. Nuestro discurso, ahora que lo pienso, era un poco Podemos», dice abriendo mucho los ojos, «por lo de que no éramos ni de un bando ni de otro».

Al segundo año, entre los compañeros que se fueron de Erasmus y los nuevos que se incorporaron, el proyecto cambió de sentido y ella decidió abandonarlo. «Me sirvió para poner en práctica lo que aprendíamos, y también para conocer el funcionamiento interno de la universidad». Ahí las tensiones eran mayores. En ese mismo campus, cinco años antes, dos profesores habían llevado hasta los tribunales la adjudicación de una cátedra. Uno era Francisco Letamendia, de tendencia abertzale, y la otra Edurne Uriarte, amenazada por ETA. «Estaban divididos hasta por despachos, la tensión ahí sí que se notaba bastante. Había profesores que a veces echaban mierda sobre otros en sus clases», comenta. Recuerda una vez que estuvieron casi un mes sin profesor en una asignatura y que un día llegó uno de la línea de euskera. «No paró de decirnos “es que no tenéis ni puta idea, porque el año pasado no os explicaron nada”. Ahí es cuando ves que realmente hay roces entre los bandos».

Ana habla con naturalidad, sin dar importancia a las acusaciones o a los enfrentamientos, pero a partir de aquí la conversación cambia. «Hasta que no te toca de cerca no lo piensas». Esa frase, que aparece de pronto, se acaba convirtiendo en la más repetida, y encierra una idea que muchos comparten pero pocos expresan: la de esa gran parte de la sociedad que estuvo en medio de todo lo que pasó y que veía lo que sucedía sencillamente como eso, como algo que sucedía. Muchos sólo reaccionaron cuando la tragedia les dio de lleno o, al menos, les pasó cerca. «Siempre he considera-

do que mi barrio es de gente normal, pero mi madre siempre decía que había gente con cargos importantes, mucho ertzaina, mucha gente que iba de obrera y no lo era», dice. Estaba segura de que a su alrededor no había gente que pudiera ser un objetivo de ETA, pero esa idea estalló en 2007, justo cuando ella se enrolaba en el sindicato estudiantil frente a los abertzales. En octubre de ese año, ETA puso un coche bomba en su barrio e hirió de gravedad a Gabriel Ginés, escolta del entonces concejal socialista de Galdakao Juan Carlos Domingo. Los medios le dieron por muerto por error, porque en realidad sobrevivió. Ese día Ana perdió su autobús y cogió el siguiente, que fue el primero que desviaron. «El que yo debía haber cogido estaba antes del coche del escolta. Justo ahí al lado hay un instituto. Te empiezas a cuestionar y ves qué frágil puede ser la vida. Imagínate que pilla también al autobús y se va todo al garete. Ese atentado me chocó bastante, porque pensé “¿cómo aquí?”. No sé, lo veo tan tranquilo, tan normal..., nunca piensas que va a haber un atentado al lado de tu casa. Ahí me dije “¿hay escoltas en mi barrio? A ver, si yo creo que conozco a toda la gente, si es un barrio pequeñito...”. Empecé a cambiar el chip. Ya pensé “joder, si lo tengo aquí al lado”. A veces lo ves en la tele y parece, no sé, que nunca te va a tocar a ti. Piensas “yo soy una civil normal, no soy nadie, no tengo un padre que sea guardia civil, no tengo nada, y de repente un atentado al lado de tu casa...”».

Ana fija sus ojos azules en la mesa mientras juega con uno de los posavasos. «Cuando te toca reaccionas, cuando no, se ha tenido como algo que pasaba y te tenías que acostumbrar. Es así de egoísta», comenta. «En los años 2000 ya te has mentalizado de que nunca te va a tocar a ti: sé que vivo en un sitio en el que puede haber un atentado, pero nunca piensas que te va a tocar cerca o que pueden matar a un vecino. No te lo esperas. Sabes que tienes que vivir con ello, pero nunca que te va a tocar de tan cerca», dice mientras apura un trago de su refresco. «Al año siguiente, en mi calle, pusieron un coche bomba en el bar del PSOE, y

en esa ya se me hincharon las pelotas, hablando mal. Ya dije “¿qué cojones pasa aquí?, ¿por qué está pasando esto tanto en mi barrio? No quiero que pase en ningún sitio, pero...”». En aquella ocasión fueron siete ertzainas los heridos. Detectaron el paquete antes de que ETA avisara de su colocación, y estalló. Era 17 de abril de 2008. «Me acuerdo de ese día. Eran las seis de la mañana y estaba dormida, me despertó el bombazo. Yo lloraba de la impotencia», rememora.

Hubo más. «No contentos con eso, al año siguiente mataron a Eduardo Puelles». Su asesinato, aquel 19 de junio de 2009 con una bomba lapa, fue el primer atentado tras la investidura de Patxi López como lehendakari. Puelles era inspector de la Policía Nacional y vivía cerca de la primera vivienda que tuvo la familia de Ana cuando llegó de Galicia. La explosión tuvo lugar cuando llegó a su domicilio, y provocó el incendio del vehículo con él dentro. La primera persona en llegar fue su mujer. «Fue a las nueve de la mañana. Yo tenía un examen, me estaba preparando y escuché el “pelotazo”. Al principio me pareció el típico butanero que echa la bombona al suelo, un golpe de esos, pero levanté la persiana y empecé a ver humo y a escuchar sirenas. Luego ya me enteré de que lo habían matado. Y dije “a ver, tres seguidos, ¿qué pasa aquí?”. No sé, imagínate que estás tú al lado y te pilla. ¿Realmente hay que matar por unas ideas? Al final te empieza el coco a dar vueltas y te cabreas», dice.

Hubo un cuarto caso que recuerda, aunque fue muy anterior, en agosto del año 2000, cuando explotó un coche con cuatro etarras dentro que estaban manipulando una bomba. «Me tocó bastante la fibra», dice, pero no por ellos. «Fue en el barrio de Bolueta, y mi mejor amiga vive ahí. Ella bajaba al perro justo sobre esa hora y no le pilló por dos minutos, porque se entretuvo a hablar con un amigo que también tenía perro». Es uno de los pocos momentos en los que se queda seria. «Realmente reaccionas cuando te toca al lado, es egoísmo. Como cuando ves en la tele que Israel y Palestina se están lanzando cohetes, coges y cambias de canal

porque te importa una mierda, y es que es así. Somos hipócritas, yo lo reconozco, y todo el mundo lo tendría que reconocer. Sabes lo que pasa pero dices “por qué me voy a preocupar: cojo, cambio de canal, miro hacia otro lado y, si han matado a uno, pues lo han matado”. Eso es así, por mucho que la gente diga que le preocupa no sé qué. Realmente todos somos unos hipócritas en ese sentido: cuando te toca de cerca te das realmente cuenta de que tienes ese problema y de que está al lado de tu casa». Habla con una franqueza inusual, casi incómoda, y siempre repitiendo la misma idea.

«A mí no me ha afectado, pero te mete en el cuerpo el cabreo. Aunque lleves años sabiendo que ETA está matando porque sí, por sus ideas, lo tenías ahí como “bueno, pues estos hacen eso”, como algo que está ahí, que pasaba, con lo que había que vivir. Es la mentalidad que ha habido aquí. Realmente quien luchaba por terminar con todo siempre era la gente que lo tenía más cerca. La gente “normal”, de a pie, siempre ha pasado un poco de todo. Ha habido un inmovilismo en la sociedad de decir “está ahí, y qué voy a hacer yo para que termine esto, no puedo hacer nada”. Era un poco tabú, como lo de mi barrio, que se concentraban ahí, los mirabas y no decías nada. Cuando lo tienes en la esquina de al lado es cuando realmente te lo cuestionas todo», comenta. A ella misma le pasó: nada de esto fue un tema de conversación en su entorno, salvo de forma puntual. Se define como «la bicho raro», casi la única de su familia o amigos a la que le ha dado por la política. Sólo en una ocasión, cuando le pilló en la calle una manifestación, habló de algo así con su grupo. «Estaba lleno todo de *beltzas* y tuve que correr porque casi me dan las pelotas», dice refiriéndose a los antidisturbios de la Ertzaintza, llamados así por el color negro (*beltza* es *negro* en euskera) de su uniforme.

Ese silencio ha tenido que ver con el devenir de las cosas. «No nos ha ayudado, está claro que no, porque si toda la sociedad claramente hubiese levantado la voz... Eso en algunas manifestaciones se vio, pero realmente no salió todo el mundo. La gente, por

miedo, se callaba; no decías por la calle “ETA, deja de matar”, porque tenías miedo de que estuvieses fichado y te metieran un tiro a ti». La responsabilidad de ese tabú, en su opinión, «ha sido de un cúmulo de culpables, todos, unos por permitirlo, otros por callarse, otros... Yo tengo la sensación de que siempre ha estado ahí, y poca gente ha hecho por terminar con ello. Convivías con ello», insiste.

Ese mismo silencio también funcionó en sentido inverso, y se llevó, por ejemplo, a hogares como el suyo. «En mi familia he tenido a una persona que estaba más vinculada con la izquierda abertzale y a quien se tuvo cruzada durante mucho tiempo. Se lo rechazó dentro de la familia porque creían que estaba en ETA, y no era así. Era como “ese es abertzale, es de ETA”. Ahora lo piensas y ves que se ha tenido a esa persona marginada porque tenía unas determinadas ideas, pero tú indirectamente lo estabas rechazando», reflexiona. «En la sociedad vasca, y sobre todo en el Estado español, se creía que por simpatizar, por tener una idea independentista, ya tenías que ser de ETA. No es lo mismo llevar un arma y querer matar a alguien que tener una idea sobre si Euskal Herria debe ser independiente y demás. Se ha metido a mucha gente en el mismo hoyo, y no era así. Yo hablo con él y sí, tiene sus ideas, las tiene. “Es que va a manifestaciones de los presos”, ¿y qué, no puede ir? Si él cree que hay personas injustamente en la cárcel, ¿por qué no va a poder ir? Cada uno tiene sus ideas, mientras vaya a una manifestación y no se ponga a matar gente... Lo mismo pasaba en el barrio: “Ese es de los de Batasuna”, y tú eres del otro, ¿y qué pasa? En mi barrio sí he visto mucho juzgar a gente y decir “ese es de no sé qué”; no se habla directamente, pero se los rechaza. O se los rechazaba, vamos». La cosa, con el tiempo y la situación, ha cambiado. «Ahora yo creo que hay un poco más de entendimiento. Se ha visto que no todos los abertzales son etarras, no son gente que ha matado. Puedes tener una idea y no decir “hay que matar a gente”, comenta. «Hay de todo».

Esa misma idea de la variedad de responsabilidades por la creación de esa cortina de silencio en la sociedad vasca es la que usa para explicar el final de ETA. «Es todo un cúmulo de cosas. De quién es la victoria o la derrota, eso no lo sé. Tenía que pasar, no iban a estar toda la vida matando. Tenía que acabar de alguna manera, dialogando, entregando las armas... La propia gente ha derrotado a ETA y ETA misma se ha ido destruyendo ella sola», dice. Ana se da por satisfecha con el comunicado. «Llegué a tal punto que escuchaba cualquier pum y ya estaba con la mosca detrás de la oreja. Al final te condiciona hasta el punto de que te asustas con cualquier cosa, porque piensas “ya han vuelto otra vez”. Cuando vi el comunicado de ETA pensé que por fin, que ya iba siendo hora. Yo me he olvidado ya de todo y duermo tranquila. Si escucho un golpe no pienso que es ETA. Para mí ya se ha acabado todo. Lo doy por derrotado, las cuestiones legales ya no me conciernen. He llegado a tal punto que ya no me preocupo», asegura. Y vuelve a la idea de la visión personal de la realidad. «Si yo fuese hija de alguien que han matado, lógicamente seguiría luchando, pero como no me ha tocado en primera persona para mí se ha terminado. Al final nunca es suficiente para todos. Yo entiendo que a lo mejor hay muchos asesinatos sin resolver, muchos etarras que todavía no han sido juzgados, entiendo que a los familiares de las víctimas no les parezca suficiente... Depende de la perspectiva desde donde lo veas. Para mí ETA ya está muerta. Hay algunos resquicios por ahí que hay que pulir, pero para mí no es una preocupación», comenta.

Ante esa situación, Ana dice entender las diferentes visiones de cada parte implicada. «ETA todavía está por ahí, sí, y entiendo que a la gente que no comprende el nacionalismo le siga molestando y que sigan metiéndolos a todos en el mismo bote; eso de que los de Bilbao son etarras, van con pistolas y ya está. Entiendo la posición que pueden tener los políticos de que no les parezca suficiente, entiendo que a los gobiernos no les parezca suficiente. Entiendo la posición que tiene, por ejemplo, el Gobierno del PP con

su política de no ceder: con sus ideas es normal que estén en esa posición», considera. Pero, a la vez, comprende también lo que pasa en el lado contrario. «Entiendo que ETA no quiera dar sus armas así, de repente. Hay que pensar en cuándo surgió, con qué motivos... No es una cosa de hace dos días, luego todo tiene un proceso, pero entiendo que a los dos días no van a entregar las armas. Al final esto es un “cede-gana-pierde”. Es un “yo doy, tú me entregas”, y se debe ceder por ambas partes». Vuelve a sonreír, mientras gesticula con la mano. «Entiendo las posiciones. Al final hay que pensar un poco, ponerse en la piel de cada uno. A mí, como persona y ciudadana de aquí, me parece suficiente que hayan decidido no continuar la lucha armada».

Lo que Ana vivió fue el final de un proceso, llegando al País Vasco justo en un punto de inflexión. Desde aquel recuerdo en un supermercado de Galicia hasta el sentirse bilbaína y entender las posturas contrarias al final del camino. Entonces su madre se lo explicó de la forma sencilla en que se puede contar esto a alguien de ocho años: que unos señores malos mataban a otros por pensar distinto. Y detrás de Ana, aunque a ellos les haya tocado vivir una realidad distinta, vienen otras generaciones con preguntas. Ella, por ejemplo, tiene una hermana de trece años, nacida ya en el País Vasco. «A ella no sé cómo le contaría todo esto. Supongo que de forma sencilla: hubo una época en la que había gente con unas ideas que creía que se iban a conseguir matando a otra gente, y al final se han dado cuenta de que no era el camino y han decidido acabar con ello», resume. Pero, aunque por la edad apenas le vaya a quedar el recuerdo, su hermana algo sí ha vivido de todo esto. «Cuando fue el atentado en mi calle, el del coche bomba en la sede del PSOE, se despertó en la cama», recuerda. Entonces ella tendría apenas siete años, casi los que Ana tenía cuando preguntaba a su madre por qué habían matado a Miguel Ángel Blanco. «Mis padres y yo estábamos en la terraza para ver qué pasaba. Recuerdo que la Ertzaina estaba avisando para que nadie levantara las persianas. Entonces ella vino y empezó a preguntar “¿qué ha pasa-

do?, ¿por qué han hecho esto?”. Yo le dije que volviera a la cama, y le expliqué que unos señores habían puesto una bomba. Cuando me preguntó por qué, le dije “porque son malos”. ¿Qué le vas a decir a una niña?». Lo mismo que su madre le dijo a ella en un supermercado gallego antes de partir hacia el País Vasco.

SALUDOS, ANA.

ME TIRO SIN RED. ESO SI, ME VOY A DOS Y NO
A UNA PREGUNTA, CON LICENCIA DEL SEÑOR.

a) ¿MAS INTENTABO ENTENDER ALGUNA VEZ
EL PROBLEMA DE ETO? ¿LA MAS CONSEGUIDO?

b) CREES QUE LAS VÍCTIMAS Y SU PRESENCIA
PÚBLICA INCORPORAN A UN SUJETO VASCO?

Preguntas de Txema Urkijo a Ana Pampín.

«Puedo entender objetivamente que ETA surgió como respuesta a una represión, otra cosa es que lo comparta. Habría que verse en el momento en el que se creó para entender si habría otra manera de responder a la represión que había en el País Vasco. Con la llegada de la democracia la mentalidad debería haber cambiado. También deberían haber intentado solucionar ese problema en aquel momento y no creando un terrorismo de Estado, se debieron dar otro tipo de respuestas».

«Entiendo su posición de que quieran una justicia para sus casos, otra cosa es querer influir en altas esferas políticas. No incomodan, pero sí puede molestar cuando quieren influenciar en su propio beneficio, porque a veces pueden fastidiar a otras personas con sus propuestas».

Eburne



«Odiar es un ejercicio de gran esfuerzo, no es una cosa fácil. Es como amar, requiere de ti, tienes que poner algo de ti. Y yo desde luego no estoy dispuesta a poner todo eso de mí para gentuza como esta». Edurne espera de pie, en la puerta de un bar frente al puerto de Lekeitio. Vestida con gabardina negra, bolso al hombro, un purito en los labios y mirada en el horizonte. Enfrente, un velero sobresale respecto a las demás embarcaciones. Ahí el mar está calmado, pero unos metros hacia el norte el paseo está cerrado y las olas trepan por las rocas hasta romper más allá de la barrera que la Ertzaintza ha puesto para que nadie pase. «Yo soy una mujer que no odia, porque cuesta y porque no creo que esta gentuza lo merezca». Esa «gentuza» fueron los GAL, un grupo de mercenarios pagados por mandos del Estado que asesinó a su padre. Ella tenía entonces veinticinco años.

Edurne es hija de Santi Brouard, que fue el presidente de HASI, uno de los partidos que confluyó años más tarde en Herri Batasuna, coalición de cuya mesa nacional fue miembro hasta su asesinato. Entró en las listas y fue elegido diputado autonómico en las elecciones de 1984 por HB, ocho meses antes de morir. Ella ocuparía su escaño en la siguiente legislatura, también por HB, entre los años 1987 y 1999. Sostiene que lo mataron «porque era factible una solución dialogada al conflicto que enfrenta durante años a Euskal Herria y a los Estados español y francés. Era factible comenzar una serie de negociaciones que diesen en algo, y había infinidad de intereses estatales a los que esa vía dialogada no interesaba, bien porque la unidad de España es lo fundamental o bien, en fin, por diferentes razones». Aspira la última calada del purito y sigue hablando. «En aquel momento la verdad es que el diálogo era posible, estaba encaminado. Incluso hubo una entrevista con el cónsul francés en Bilbao que acabó desgraciadamente mal, con amenazas de muerte que se confirmaron días después en la persona de Santi Brouard, en un intento contra Jokin Gorostidi e incluso contra Iñaki Esnaola un poco antes. Las propias características de Santi Brouard hacían de él un hombre importante que

podía llegar a amplísimos sectores de la sociedad con este mensaje. Y eso simplemente no le interesó a los aparatos del Estado en aquel momento», asegura. «Siempre que un proceso empezaba a vislumbrarse factible, han intentado cercenarlo», opina.

Santi Brouard se refugió junto a su mujer en Francia en mayo de 1975. Edurne y sus hermanos se quedaron con familiares e iban todos los fines de semana y vacaciones al otro lado de la *muga*. «Para mis padres era fundamental que siguiéramos nuestros estudios con normalidad. Suponía la única manera de garantizar que la vida para algunos, al menos, siguiese igual». Regresaron en la Navidad de 1978, después de la segunda amnistía, y él abrió una consulta pediátrica en Bilbao, donde lo mataron. «Sabíamos que podía pasar, lo habíamos comentado muchas veces en casa, sabíamos incluso cómo había que actuar una vez pasase. Teóricamente estábamos preparados, pero lo cierto es que nunca se está preparado. Si una muerte natural siempre es dolorosísima, imagínate cuando no hay nada intermedio. Tú te despidas: “Agur bihar arte” (adiós, hasta mañana) o “agur, gabon” (adiós, buenas noches) y ya está. Te has despedido, ya no ha habido más», dice con amargura.

«Mi padre tenía la consulta en un segundo piso y en el tercero estaba el consulado francés», relata. Son los únicos momentos de la conversación en los que no se refiere a él por su nombre. «En aquel momento ETA tenía en marcha una campaña contra los bienes y productos franceses y aquel consulado estaba siempre protegido por dos furgonetas de la Policía Nacional; excepto esa tarde, que no estuvieron». Era 20 de noviembre de 1984. Luis Morcillo y Rafael López Ocaña, dos mercenarios, lo mataron con dos disparos y un tercero de gracia, según confesó el primero ante el juez en 2013, pese a que había sido absuelto del crimen diez años antes. Cuando llegaron, según el relato de Edurne, no había vigilancia. «Me enteré de lo sucedido, fui a todo correr y, cuando llegué, ya había un despliegue policial impresionante, a diferencia de lo que tenía que haber habido a las seis de la tarde. Sacamos el cadáver de mi padre bajo una carga policial impresionan-

te de Alameda de Recalde —una céntrica arteria bilbaína— para llevarlo a Juan Ajuriaguerra, nuestro domicilio familiar, que estaba en la misma manzana. Aguantamos el féretro entre todos mientras los fascistas se manifestaban a dos manzanas por el 20N», recuerda. «Con toda esta perspectiva desde el primer momento supimos quién estaba detrás de todo aquello. Además del dolor terrible tienes esa rabia interna de saber que una vez más habían actuado con toda la impunidad que les daba el poder, una impunidad que luego se vio medio frustrada por intereses electorales del PP y que más tarde volvió, porque aquellas condenas fueron rápidamente cubiertas e indultadas».

Aparta la caja de puritos y coge una funda de piel que está junto a ella, saca un cigarro y se lo enciende. Su voz áspera no varía, pero su tono se va suavizando a medida que avanza la conversación. «Muchas veces me han preguntado, y creo que hoy en día Santi Brouard estaría totalmente de acuerdo con el proceso que ha encarado la izquierda abertzale en los últimos tiempos», augura, pero rechaza la idea de que si no hubiera muerto la vía del diálogo hubiera podido llegar antes. «Eso no existe. Mi padre muere en el 84. El haber podido seguir por esa vía hubiese facilitado las cosas, pero sería primero imprudente y segundo demasiado benevolente para nosotros mismos pensar que el solo hecho de que él o Josu Muguruza siguiesen vivos muchos años después hubiese hecho cambiar las tornas», considera. Muguruza fue elegido diputado por HB cinco años después del asesinato de Brouard, en la única ocasión en la que la izquierda abertzale decidió participar de las Cortes hasta que llegara Amaiur ya en 2011. Justo después de recoger su acta de diputado, fue asesinado a tiros por la ultraderecha a pocos metros del Congreso.

La postura de su padre, incluso en momentos de tanta confrontación social como los primeros años 80, hizo que la familia acabase teniendo fuertes lazos de amistad con personas de fuera del ámbito abertzale, incluyendo el mundo socialista contra el que Edurne carga en varios momentos de la conversación por la vinculación de

aquel Gobierno de Felipe González con la *guerra sucia* que había detrás del atentado. Su padre fue el primer diputado vasco asesinado, pero tuvieron que pasar tres décadas para que el Parlamento le homenajeara junto a otras víctimas, como Enrique Casas, asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, Gregorio Ordóñez y Fernando Buesa, asesinados por ETA. «Lo de las instituciones era un paso que había que dar y que me alegro que hayan dado, sin ninguna duda, pero era su problema más que el nuestro. Era una página que tenían que cerrar, porque era insostenible que determinadas víctimas, en base al autor del asesinato, tuviesen un reconocimiento mientras que otras no lo tuviesen. Aquello se caía por todas partes, pero como estamos acostumbrados a ese tipo de desprecios tampoco nos ha hecho un daño especial», comenta.

En aquel acto, delante de una nutrida representación institucional, Edurne quiso ser conciliadora. «Desde mi conocimiento de lo que han sido los últimos cincuenta años en Euskal Herria planteé que han sido años llenos de dolor. Todos nos hemos hecho mucho daño entre nosotros y, en ese sentido, si mi actuación o mi omisión, si mis palabras o mis silencios han hecho daño a alguien, lo que planteo es que lo siento sinceramente. De la misma manera que creo que si queremos avanzar en esto habrá que admitir también que otros muchos han hecho daño. En algunos casos, además, detentando nada menos que los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, que estaban llamados legalmente a protegernos y decidieron sin embargo torturarnos, secuestrarnos y asesinarnos en última instancia», acusa. «Todo el mundo tendrá que hacer una valoración autocrítica de lo que han sido estos últimos cincuenta años llenos de sufrimiento, no para toda la población, eso es evidente, pero sí para el conjunto. Ha habido sufrimiento para repartir a todo el mundo, y creo que cada uno de nosotros debemos hacer un balance autocrítico de en qué hemos colaborado para que esta sea una historia de sufrimiento».

Aquel acto era, por tanto, necesario, pero para ella no supuso alivio alguno. «Hay muchas víctimas que lo necesitan, cada uno

siente el dolor de una forma y enfrenta las cosas de una manera. Yo no necesito ni que las instituciones ni que los estamentos políticos de este país reconozcan u homenajeen a Santi Brouard. Desde el 84 siempre hemos hecho un homenaje en el aniversario de su muerte y lo hemos recordado, y ahí siempre nos hemos sentido absolutamente arropados por mi gente, por mi familia, por mis amigos y por otras muchas víctimas del GAL que han sufrido lo mismo que yo y con las que tengo mucha relación, pero entiendo perfectamente que haya gente que necesite que alguien le diga “oye, lo siento”. El problema viene, en su opinión, cuando situaciones individuales se quieren hacer extensibles a todos. «Aquel que necesita que le pidan perdón plantea que el pedir perdón es imprescindible, aquel que no lo necesita dice que pedir perdón no tiene ningún sentido, aquel que cree que la condena es lo fundamental dice que... A la gente hay que pedirle lo que puede dar, y habrá gente que pueda dar más o menos, que requiera más o menos atención. Hay demasiadas exigencias concretas partiendo de la individualidad de cada uno. Que desde las instituciones o los partidos políticos se nos plantee como condición *sine qua non* esto o lo otro no ayuda, sino que entorpece». Apura la última calada del cigarro y lo apaga en el cenicero que tiene delante.

«Yo, por ejemplo, nunca jamás voy a condenar, con esa palabra, la actividad de ETA o la actividad del GAL. Es un caso particular que me han pedido muchas veces. No, me niego. ¿Quién se erige con la autoridad moral de decidir a quién condena y a quién no? No lo voy a hacer porque me parece absurdo, me parece un invento de la derecha y del Gobierno español para hacer cumular con ruedas de molino a todo el que haga falta», explica. «La primera condena que llegó a mi casa el día que mataron a Santi Brouard fue la de Euskadiko Ezkerra, que tres meses después era parte del PSOE, y hoy sabemos quién era el PSOE de 1984. ¿Para qué me vale a mí la condena de EE? Ni a mí ni a nadie», zanja. «Otra cosa es el perdón, que eso sí es doble porque es del que lo pide y del que lo otorga. Ahí cada uno hace lo que le da la gana,

pero hay determinadas cosas que son forzadas. Creo que no hay que pedir como condición nada, sino que hay que ver hasta dónde puede llegar la gente y de qué manera. Entiendo perfectamente que haya quien todavía no pueda estar conmigo, o que haya gente que no pueda estar ni con los representantes legales actuales del PSOE. De la misma manera es entendible que haya cantidad de víctimas de ETA que no puedan estar con Joseba Permach», reflexiona. «Hay que darle tiempo al tiempo y hay que seguir bajando para que esto sea posible».

Eduarne lleva años en marcha con ese trabajo del que habla. «Hace tiempo que llevamos intentando ciertos acercamientos entre diferentes tipos de víctimas». Habla de lo que se llamó la iniciativa Glencree, cuyo nombre viene de un centro de mediación y pacificación en Irlanda, que fue el germen de muchas de las actividades de conciliación que vinieron después. Allí, bajo iniciativa del Gobierno vasco, empezaron a trabajar en 2007 once víctimas de distintos orígenes que se fueron ampliando en los tres encuentros sucesivos que hubo a lo largo de los años. Eran víctimas de ETA, de los GAL, del franquismo o de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. «Decidimos intentar dar un primer paso que, según cómo saliese, pudiera servir o no de ejemplo al resto de la sociedad». Aquello, relata, se llevó a cabo «en clandestinidad absoluta al principio y semiclandestinidad después, hasta que a los cinco años ya se hizo público». En junio de 2012 publicaron un comunicado con la firma de veinticuatro víctimas. «Lo que pretendimos fue que si nosotros, que somos tan distintos y hemos sufrido tanto, hemos podido llegar a acuerdos puntuales, el resto de la sociedad, con mucho menos dolor, podrá. Y sobre todo los políticos, que tienen responsabilidad y tienen el deber de poder. Deben poder». Lo dice marcando con fuerza sus últimas palabras.

«En el proceso nos hemos encontrado víctimas que desde el principio hemos hecho una lectura parecida de lo que pasaba, víctimas que hacían otra lectura totalmente diferente, víctimas que, en el proceso, hemos llegado a acuerdos, y víctimas con las que no

vamos a llegar a acuerdos nunca porque tenemos una visión radicalmente diferente de cuál es nuestro papel. Algunos nos hemos hecho amigos, otros no, como en cualquier grupo, y eso es lo que quiero que se vea. Nosotros somos la parte que más directamente y más intrínsecamente ha sufrido estos golpes de violencia que se han vivido en Euskadi, pero somos un colectivo más que debe aportar como el resto del mundo y con los mismos derechos a todo este debate. El hecho de ser víctimas no nos convierte en los únicos que tenemos algo que decir sobre el tema, para nada», dice. Abre la pitillera de nuevo y se enciende otro cigarrillo.

El resultado de aquella experiencia, por tanto, ha sido constructivo para quienes participaron. «En la sociedad ha calado, pero no como para generar otra iniciativa más amplia que introduzca a más gente, y ese es el tema», explica. «A mí me gustaría que esa fuese una solución, pero me temo que hará falta más que eso, hará falta gente como todos los que participaron en Glenree o que ahora participan voluntariamente, y te aseguro que con una carga de sufrimiento terrible, porque cada vez que hablamos de esto nos retrotraemos, volvemos a nuestro dolor. Toda esa gente está haciendo una gran labor y es necesaria, pero yo creo que harán falta más cosas, y entre ellas no descarto el tiempo. Llevamos cincuenta años así, habrá que darle cierto tiempo al tiempo para que la gente se vaya conociendo en otros contextos. Pretender que la sociedad civil por sí misma encabece un tipo de reconciliación como la que hemos hecho nosotros pero a nivel general es muy difícil. Ese paso primero debería ser dado por las instituciones y por los partidos políticos, no porque sea mejor, sino porque sería más fácil para todos podernos organizar alrededor de eso», explica. Esa empatía para tender puentes, pese a que pudiera parecer lo contrario, ha sido más fácil entre víctimas que para el conjunto de la sociedad, por el nexo en común del dolor. «Con cada atentado sentía un dolor terrible. Cada atentado es revivir el tuyo, pensar cómo está esa gente, esa señora que se queda viuda, esos hijos que ha dejado, la compañera, el primo, me da lo mismo. Eso se revive, el decir

“esta mujer tiene que estar tan mal como yo”. En nuestro caso, además, ha sido muy largo, quiero decir que hace muchos años, y como hemos adquirido esa condición mediática por la que la gente nos llama se nos hace todavía más difícil, porque nos obligan a hablar de ello. Ha sido muy doloroso, pero creo que también nos ha ayudado a entender que el dolor nos une absolutamente. A partir de ahí es donde podemos encontrar otros puntos de unión, que yo creo que ya se van encontrando». Aspira el cigarro y exhala el humo.

A pesar de esos puntos de unión encontrados, Edurne ve muchas diferencias dentro de las propias víctimas. «Siempre ha habido víctimas de primera y de segunda. Es más, dentro de las víctimas de segunda yo soy una privilegiada. Hay víctimas de terrorismos no de ETA, de terrorismos de derechas, de terrorismos de Estado, que son igualmente víctimas y que han pasado estos cincuenta años absolutamente olvidadas y sin ningún tipo de reconocimiento. Hay determinadas víctimas de segunda que son más fáciles de asimilar que otras, con lo cual pasan a ser de tercera o de cuarta». Habla por ejemplo de Gurutze Iantzi, una concejal de HB fallecida en septiembre de 1993 en un cuartel de la Guardia Civil en la localidad madrileña de Tres Cantos. «No creo que en España nadie recuerde su nombre siquiera, y nunca será reconocida como víctima porque la Guardia Civil no va a reconocer, *motu proprio* al menos, que en sus cuartelillos se tortura sistemáticamente», dice marcando la palabra. «No de vez en cuando a alguien, sino sistemáticamente. Ya llegaremos algún día a sus archivos, de eso no tengo duda», asegura. «Ahora las cosas están de otra manera. En general, las detenciones son más por venganza y por mantener la tensión en España de que parece que estamos haciendo algo que para disolver comandos o requerir información. En ese sentido también ha bajado el uso de la tortura. Pero no tengo duda de que si necesitasen utilizarla la volverían a utilizar sin ningún miedo, como la han utilizado hasta ahora, e impunemente además. Todos aquellos condenados por tortura han sido luego indultados

y condecorados. Esto está perfectamente apoyado por los aparatos del Estado, digan lo que digan, y digo del Estado porque me refiero a Rajoy, Aznar y compañía, pero también me refiero a González, Rubalcaba y compañía», acusa. Es por eso por lo que se muestra crítica con el papel del Estado. «No confío en absoluto, ni creo que esto sea un Estado de derecho en términos estrictos, y desde luego sé con seguridad que la Justicia no es igual para todos, al menos no en Euskal Herria. Por eso estoy donde estoy, ideológicamente también estoy donde estoy, y por supuesto mi objetivo es subvertir el orden para que esto cambie. No creo que ningún derecho fundamental, ninguno, se haya conseguido sin una desobediencia mínima a los poderes. Ninguno», repite mientras da la última calada al cigarro y lo apaga.

También se muestra escéptica respecto a algunas organizaciones que han operado durante estos años en el País Vasco. Habla, por ejemplo, de Gesto por la Paz, que según su visión «nació para estar en contra de ETA y se ha mantenido a lo largo de la historia para estar en contra de ETA. Ya sé que me van a decir que es verdad que alguna vez —dice alargando las palabras—, ante algún asesinato muy evidente —vuelve a alargarlas—, han salido también por otras víctimas. Eso lo sé, pero su nacimiento, su mantenimiento en el tiempo... Su escasísimo apoyo en el País Vasco ha sido suplido por el apoyo que las instituciones le daban, y cuando digo las instituciones me refiero a los medios de comunicación que de ellas dependen, que lo han inflado. Como hacen con la AVT, que parece que es la pera limonera y reúne al 20% de las víctimas. ¿Quién es la AVT, aparte de Consuelo Ordóñez y de esas mujeres mediáticas que llaman a la venganza y al enfrentamiento? Pues casi nadie, lo que pasa es que les interesa que ese discurso se mantenga ahí para poder seguir con la política carcelaria de venganza absoluta, para intentar quitarse al adversario político con argumentaciones belicistas que les favorecen en unas elecciones», acusa.

Acaba de apagar su segundo cigarro, pero saca otro y lo enciende mientras vuelve a referirse al Estado. «Cuando en un mo-

mento dado decidió que matar gente vinculada a la izquierda abertzale era lo mejor que podía hacer para mantener el *status quo* y hacer que desapareciese ETA, lo hizo, y cuando consideró que eso ya no era de recibo y consideró sin embargo que lo era quitarse al adversario político por decreto ley también lo hizo. Más guerra sucia que quitarte al adversario político por decreto ley...», dice sosteniendo las palabras en el aire, en referencia a la Ley de Partidos. «En Euskal Herria casi trescientas mil personas hemos estado durante diez años sin derecho real al voto. Por supuesto, sin ningún tipo de juicio. De hecho hemos sido inhabilitados sin que nadie nos inhabilitara, y en mi caso, por ejemplo, por ser parlamentaria cuando era legal serlo. Estas cosas han pasado en Euskal Herria, y no han pasado medio minuto, sino durante diez años», dice levantando un poco el tono de voz. «Cuando de todo eso no nos hablan, o cuando parece que eso no ha tenido que ver con la política antiterrorista de venganza y sucia... Es que en España se sabe muy poco de todo esto, muy poco».

Críticas sí, pero odio no, insiste. «Nosotros, la familia y el entorno de Santi Brouard, estamos donde estamos porque partimos de una ideología como pueblo. Entramos en esta guerra que nos lleva a que maten a mi padre porque previamente tenemos una ideología en la que creemos, y que creemos que poniéndola en práctica el futuro de nuestro pueblo va a ser mejor. Una vez matan a mi padre eso no se puede obviar. Tienes que seguir manteniendo aquel objetivo por el que murió tu padre, al menos si ideológicamente estabas de acuerdo con él, como es mi caso. Si tú tomas esa postura —dice en relación a odiar—, respondes a tu humanidad, pero no a eso otro que te digo que para nosotros era fundamental y que allí, delante del cuerpo muerto de nuestro padre, juramos: “A ti la vida no te la vamos a devolver, pero vamos a intentar que aquello por lo que tú luchaste se haga realidad algún día”. Y, para hacer eso, desde luego el odio, la venganza y todo eso no caben. No caben aunque sabemos que muchas veces se ha dado y que es lo humano. Sin duda muchas veces te viene: “Que

han matado a no sé quién, pues que se joda”. Eso es algo humano, pero una cosa es la reacción instintiva y otra cosa es la reacción razonada y posterior», concluye.

Al final, la violencia y la reacción a ella lo han manchado todo. «Voy a poner un ejemplo tonto: el tren de alta velocidad. Supongo que ni toda la izquierda abertzale está en contra, ni todo el resto del mundo está absolutamente a favor. ¿Por qué se ha supuesto eso desde el principio? Porque ETA estaba en contra, y como ETA estaba en contra todo el resto del mundo tenía que estar a favor, y los que estábamos en contra más en contra todavía. Lo que yo espero es que cuando se plantee un debate sobre algo lleguemos a él en términos normales, en los que cada uno, independientemente de nuestra posición política, tengamos una postura y esa sea la que valga, no la que supone todo ese dolor previo que llevamos y que nos hace enfrentarnos por una vía pública», explica. «Cualquier persona que viva en Euskal Herria se va a dar cuenta de que hay una sociedad plural, dividida ideológicamente, pero que tiene una vida en común casi diaria en todas partes. Para poder construir un país que ha sufrido todo lo que ha sufrido hasta ahora, el reestablecimiento de la convivencia es fundamental. Cuando digo “convivencia” no quiero decir acuerdo, ni mucho menos. Es importante que aquel que tiene ideología mantenga su ideología y plantee las cosas desde ella y no desde otra, porque si no estaríamos haciendo un dibujo falso de lo que es la realidad. Yo no me voy a juntar con la hija de un guardia civil suponiendo que estamos de acuerdo en todo porque no lo vamos a estar, lógicamente, porque ella tiene una ideología y yo tengo otra», reflexiona mientras apaga el cigarro. «Pero sí entiendo que debo plantear que la convivencia entre estas personas va a ser fundamental si queremos desarrollar una sociedad normal y reconciliada», dice.

Pensando en esa reconciliación empezó su aproximación a otras víctimas, y asegura creer que sería capaz de sentarse con cualquiera. «Posiblemente sí, pero no lo sé», reflexiona. «Depende de quién sea y si considerase que valía para algo». Salen a relucir nombres

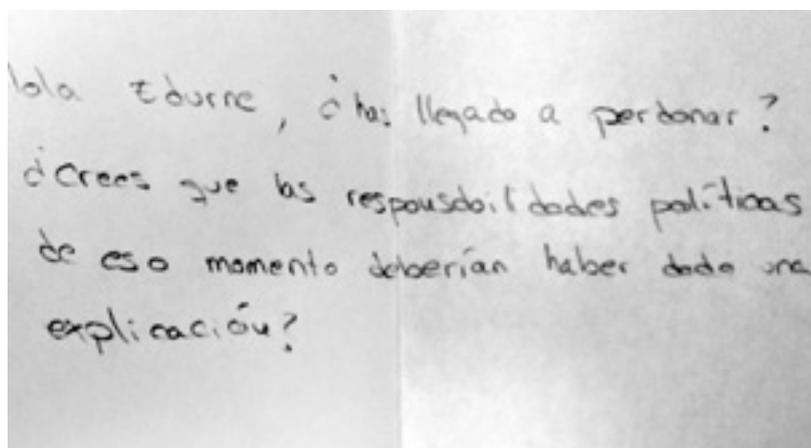
de implicados en el crimen de su padre, como Rafael Masa, teniente coronel de la Guardia Civil expulsado en 1995 y reincorporado a finales de 1999 por una sentencia del Supremo, que años después fue detenido en una operación antidroga. «Si lo intentase le diría que no, porque no va a ser más que para hacerme sufrir, no va a solucionar nada y no vale para nada. Rafael Masa es un torturador», zanja. Otro nombre polémico es el de Felipe González, contra quien más resentimiento se adivina. «No sé si a él me atrevería sin darle una hostia», dice primero, para después decir que sí. «Estaría para decirle verdades como puños, para hablarle de Pablo Iglesias, de aquel, no de este —dice en referencia al líder de Podemos—, y de todas esas cosas que dilapidó González por todo el morro. Sí, unas cuantas cosas le diría», asegura entornando los ojos mientras mira hacia el puerto.

Habla después de Rafael López Ocaña, uno de los sicarios que asesinó a su padre, que le escribió una carta años atrás. «Me decía que todo era mentira, que él no había tenido nada que ver, que todo era un montaje de Txema Montero —un abogado ligado al nacionalismo vasco que fue miembro de HB— para llevarlo a la cárcel y que le pidiera por favor el indulto al juez. Yo le contesté por la misma vía que sabíamos que había ido con Luis Morcillo Pinillos, y le dije: “Primero ve diciéndonos con quién fuiste, quién te dio la tela, y luego ya veremos”. El juez consideró que no había indicios suficientes, que eso también es muy gracioso, porque con muchísimos menos indicios hay condenas a cuarenta y cinco años de cárcel en el Estado español». En aquel momento aún no había tenido lugar la confesión de Morcillo, en la que señaló a Masa como la persona que les dio la orden. «A mí no me importa nada que Rafael López Ocaña esté en la cárcel o no esté en la cárcel. No creo que pasar treinta años en la cárcel en vez de seis le vaya a aportar nada a la tranquilidad y a la reconciliación de este país. Yo quiero que lleguemos al final del asesinato de Santi Brouard para saber dónde estuvieron los inductores, para saber qué impulsó todo aquello y para impedir que se repita», asegura.

«Igual que no creo que Felipe González montara los GAL porque le gustara matar sino porque creía que para España eso era lo mejor, asimismo los militantes de ETA entran en ETA, equivocadamente o no, no porque sean asesinos sanguinarios o porque necesiten matar, sino porque tienen cierta ideología que les lleva a eso», compara. Y en esa misma reflexión ve el camino hacia el final de ETA. «Supongo que hacen una reflexión sobre la actividad armada y deciden que lo que está aportando es muy inferior a lo que está “desaportando”, y haciendo un análisis sobre eso deciden que es el momento de abandonar las armas y dejar a la sociedad civil que haga su camino», argumenta. «Es la suposición que me hago de lo que veo a mi alrededor. Yo nunca he militado en ETA y desconozco sus mecanismos de debate porque son absolutamente clandestinos y no sé cómo se llegó a esa conclusión, pero supongo que ese es el fundamento, porque de hecho en la izquierda abertzale ese debate también se da y era evidente: la cantidad de cosas que no se podían ni plantear porque inmediatamente el único debate era lucha armada sí o no», rememora. Y su visión era que no. Toma un cigarro más, lo enciende y guarda unos segundos de silencio para luego empezar a hablar con más velocidad del día en que ETA anunció su intención de dejar las armas. «Me pegó un alegrón terrible, qué te voy a decir. Aquí en Lekeitio era un día importantísimo, era el día de gansos, el día más importante de la villa, el día de la gran fiesta. Bajé de casa y me fui directamente a la sociedad, y estaba la televisión puesta. Era día grande y me dije “bueno, pues vamos a empezar a celebrarlo desde ya”. Me puse muy, muy contenta. Es cierto que en mi cuadrilla hubo un par de personas, gente más cercana al PSOE, que planteaban “eso es otra mentira, como las de siempre”. Yo no, hacía tiempo que confiaba en que la definitiva tenía que llegar y parece que esta es la definitiva. Yo realmente me alegré», rememora esbozando la primera sonrisa de toda la conversación mientras da una calada.

Entonces el tono cambia. Edurne empieza a hablar de Lekeitio recorriendo el paseo, habla de una sociedad gastronómica que

hay justo donde rompen las olas que cada dos por tres tiene que estar cerrada porque el agua irrumpe dentro. Habla con entusiasmo de su entorno, del lugar donde vive, y comenta lo bonito y duro de vivir en la punta norte de la costa en invierno. Señala hacia un edificio enfrente del mar y habla de cómo a veces el aire se sentía en las ventanas, y bromea con cómo su madre les decía a ella y los suyos que los mataría si vendían la casa. «Ahora sí que queda todo. Si conseguimos estabilizar esta situación queda empezar la casa desde los cimientos y levantarla respetando todo aquello que esté consolidado, y acabar por el tejado. No es baladí, pero no tengo duda de que se puede hacer y de que en este pueblo hay fuerza para hacerlo. También hace falta que nos dejen, que a la sociedad vasca se le deje hablar como sociedad vasca, que cada vez que aquí se diga algo no llegue la respuesta española de siempre de que “sí, pero aquí somos todos uno” y esas cosas que no conducen más que a la perpetuación», comenta. «Vamos a sentarnos, vamos a hablar. Confío en que todo esto irá cambiando porque será para bien y para todos», dice exhalando humo otra vez. «Hay muchas cosas que hacer con este pueblo y merece la pena que se hagan y que alguien escuche algo más allá de los tiros».



ola Eduarne, ¿has llegado a perdonar?
¿Crees que las responsabilidades políticas
de ese momento deberían haber dado una
explicación?

Preguntas de Ana Pampín a Eduarne Brouard.

«No. No perdono al que tuvo en su mano acabar con el sufrimiento y se negó. ETA siempre ha dicho que quería negociar con el Estado, pero los que han decidido no negociar, o negociar en claves imposibles, a esos todavía me cuesta perdonarles. Estoy segura de que lo voy a conseguir, pero todavía me cuesta».

«Me parece bien que lo expliquen, pero tendrían que explicarlo diciendo por qué adoptaron la línea del asesinato, de la tortura, del secuestro siendo como eran los garantes de que eso no pasase. Por parte del Estado y de los medios de comunicación españoles se tiende a obviar. “Es que hubo dos terrorismos”. No, no, es que nosotros hablamos de ministros, de delegados del Gobierno, de responsables importantes que no eran terroristas, eran los garantes de que el terrorismo no se diera. El terrorista es terrorista, pero el que tiene la responsabilidad de cuidar al ciudadano decide asesinar al ciudadano porque no le gusta su ideología... Esa es nuestra vida».

Borja



«¿Esperas a Borja? Aún no ha venido, pero no tardará», dice la joven camarera al otro lado de la barra. Lo hace después de que llegara con prisa, escrutara la sala, viera la endeble escalera de caracol a un extremo, subiera al restaurante y, al verlo vacío, volviera a bajar. Es un cuarto de hora más tarde de lo que debería, pero aún pasará otro tanto hasta que Borja llegue. Al hacerlo, saluda y, tras un gesto, se acerca a las escaleras para bajarlas, no para subir-las. La cita no tendrá lugar en el restaurante, sino en el almacén del local, donde hay una mesa para ocho comensales y un pequeño televisor encendido, un rudimentario reservado en el que pasar inadvertido, destinado a habituales del lugar como él. Es un rincón escondido en un bar aparentemente normal situado en la esquina de una galería a pocos metros del Ayuntamiento de San Sebastián.

Chuletón, patatas, una ensalada y una botella de tinto, todo para compartir. Acordar el menú lleva medio minuto de chanzas con otro camarero, al que le pide que esta vez saque «la ternera buena». Al terminar la comida él se las devolverá al mencionarle lo que ese mismo día varios medios de cotilleo llevan en portada: la relación del líder popular guipuzcoano con una conocida actriz vasca. Él sólo sonríe. También lo hace al decir que sí, que seguramente habrá algo más complicado que ese puesto a la cabeza del PP en la provincia más nacionalista del País Vasco, «pero no se me ocurre qué». Acabadas las bromas y la elección del menú, suelta un «al lío» y empieza la conversación.

«Lo que algunos no entienden, probablemente de una manera interesada, es que si la Euskadi de hoy no es la misma que la del año 99, el discurso del PP no puede ser el del año 99. Yo no puedo hablar de ETA como si estuviera asesinando». Borja Sémper es una de esas voces que algunos verían discordantes dentro de un partido acostumbrado a un discurso muy monolítico, y justo contra eso es contra lo primero que carga. No tiene problema en decir que sus palabras no son iguales a las del PP de Madrid: «Obviamente no, porque la realidad en la que tenemos que hacer

política es completamente diferente. Nos unen una serie de cosas, una serie de posicionamientos políticos, pero la realidad donde tenemos que interactuar es diferente», comenta. Ese contexto al que se refiere es el que le lleva a hablar de «torturas» en el País Vasco, algo que nadie de su partido hace ante una grabadora, o a poner en valor la vía Nanclores y los encuentros entre presos y víctimas. «Algunos nos aplaudían sólo cuando poníamos la nuca y hoy, cuando queremos poner la boca, no nos lo permiten. De tal forma que si tú quieres aportar una reflexión, si tú quieres aportar un análisis, a la primera de cambio, en cuanto haya algo que no les cuadra, te tachan de traidor», lamenta. Pero él tiene claro que en su postura no hay traición alguna a sus ideas: «En el PP vasco seguimos exigiendo la disolución definitiva de ETA sin contrapartidas».

Las primeras respuestas de Borja evidencian que su discurso no es el del típico miembro del PP, ni siquiera en el País Vasco. Es cierto que muchos militantes y algunas caras conocidas del partido hacen algunas concesiones inusuales en sus filas, pero casi siempre como una confesión *off the record*. Él no. Habla sin pestañear de cosas que harían que esos que lo critican se removieran en sus asientos. «No hemos reaccionado siempre bien», dice mientras da cuenta de un trozo de carne y defiende a la vez el Estado de derecho. «Nuestra democracia falla, o nuestro sistema falla, cuando en nuestras estructuras de poder se monta un grupo antiterrorista ilegal como son los GAL. Eso es un fallo de la democracia serio, grave. Nuestra democracia falla cuando se producen torturas, y como están condenadas por tribunales se puede hablar con naturalidad: ha existido la tortura en España, ha habido funcionarios del Estado que han torturado». Mira directamente a los ojos cuando lo dice, y una vez afirmado eso, devuelve su discurso al marco habitual. «La izquierda abertzale a mi juicio peca, como todos los movimientos extremistas, de hipérboles: el Estado no tortura, sino que ha habido funcionarios del Estado que han infringido la Ley y el Estado ha reaccionado condenándolos», afir-

ma. «A veces con condenas que algunos valorarán más o menos justas», matiza. En su concesión hay, al final, un espaldarazo al Estado: tiene fallos, pero acaba funcionando. «También es cierto, y es algo para hacer un análisis equilibrado y justo, que la directriz que tenían todos los miembros de ETA era denunciar torturas inmediatamente después de haber sido detenidos. Eso también dificulta mucho, y estaría bien que fuera reconocido».

Entre bocado y bocado va hilvanando frases fuera del discurso *oficial* de su partido con palabras amables para el sistema. «El Estado falla, el Estado comete errores, graves en algunas ocasiones, pero se va perfeccionando. Lo que no podemos tolerar es el diseño, la organización y la acción de grupos que quieran subvertir el orden constitucional o que quieran conseguir objetivos políticos a través de la utilización de la violencia —defiende—, siendo conscientes de que este Estado de derecho es imperfecto, como todos los del mundo desarrollado, y que merece ser perfeccionado continuamente». En la actual situación, lo que queda es, en su opinión, que ese Estado de derecho siga funcionando. «Que aquellos que están en la clandestinidad y que tienen causas pendientes por haber cometido asesinatos cumplan ante la Justicia. Parece razonable que los que están encarcelados cumplan sus penas. Y no es venganza, es la aplicación del Estado de derecho. También parece razonable que si el Constitucional permitió que la izquierda abertzale se presentara a las elecciones, se presente a las elecciones. Es la aceptación de las reglas del juego, la aceptación de la democracia», añade. Borja, que va vestido con una camisa de pequeños cuadros blancos y azules bajo un jersey de pico de color verde, va dando cuenta de otro trozo de carne sin dejar de hablar. A su espalda y junto a él, una hilera de grandes estanterías metálicas con varias filas de botellas de vino y latas de conserva. En la televisión, un partido de tenis que casi sirve de metáfora de fondo a la conversación, entre preguntas y respuestas.

Ahora hablar de todo esto, reconocer las sombras de la actuación del Estado y ver normal la presencia de la izquierda abertzale

en las instituciones, quizá no resulta tan llamativo. Pero cuando tomó la decisión de meterse en política las cosas eran muy diferentes. Rememora aquellos días y habla de cómo no se podía «hablar con libertad en la calle», o de cómo había gente «a la que le hubiera gustado participar en política y no lo hizo por el riesgo que esto podía entrañar. La convivencia y la política en Euskadi pasan a estar absolutamente condicionadas por la existencia de una banda terrorista», comenta. «Cuando ETA asesinaba, era protagonista; cuando ETA hacía un comunicado, era protagonista. Los ediles amenazados, las agresiones en la calle... Yo me negaba a vivir en una tierra en la que para ser vasco auténtico tuvieras que ser nacionalista porque, si no, eras un vasco a medias. Y el PP, con Gregorio Ordóñez, sobre todo con Gregorio Ordóñez, me parecía el lugar ideal. Yo quería hacer algo para acabar con ETA y entendí que mi sitio era este», describe. Ordóñez, el primer concejal al que mataron en su estrategia de la socialización del dolor, que consistía en llevar a cabo golpes contra objetivos muy concretos incluyendo a cargos electos, fue simbólico para muchos, y también para él. Aunque, en realidad, el caldo de cultivo que lo llevó a dar el paso definitivo para meterse en el PP vino antes. «Para mí hubo una catarsis cuando escribí una carta al director de *El País* porque habían asesinado a alguien. Tenía catorce años. A raíz de aquello tuve problemas en el instituto, y me dije: ¿qué país es este en el que no puedes escribir diciendo que asesinar está mal? ¿En qué país me ha tocado vivir? ¿Qué casa de locos es esta?». Trenza las preguntas frunciendo el ceño, con expresión de desagrado. «Joder, ¿cómo hemos llegado a este punto en el que no hay un mínimo común denominador entre todos en el que pegarle un tiro a uno porque sea, yo qué sé, de Equo, está justificado, o a mí porque sea del PP, aunque esté profundamente equivocado? O agredirme, chavales de mi misma edad, de mi misma generación, ¿qué está pasando?», vuelve a preguntar. Pincha con el tenedor mientras mira el plato y sigue. «Tíos que no han vivido la dictadura, por ejemplo, que han vivido en una sociedad en la que han podido estudiar en euske-

ra íntegramente, en la que no hay ningún tipo de restricción para que puedas desarrollarte como creas conveniente, en la que incluso puedes decir lo que quieras... Menos yo».

Tres años después de esa carta, con diecisiete, decidió entrar en Nuevas Generaciones del PP. «Yo soy liberal. Conceptualmente los partidos políticos no son las estructuras que más me gustan. En general los colectivos verticales, por decirlo de alguna manera, no me gustan. Pero en aquel momento, en el año 95, yo estaba deslumbrado por la figura de Gregorio Ordóñez, que era un tipo que en aquellos años decía cosas frente a la izquierda abertzale, frente a ETA, que no era habitual oír. Luego, además, tenía un estilo político que creo que vuelve a ser necesario: era un hombre muy libre, muy independiente con respecto a sus siglas a la hora de pronunciarse sobre cualquier aspecto de la gestión municipal o política», comenta en algo que suena como otra crítica a esos de los que hablaba al inicio de la conversación. A él, y a otros que entraron en el PP más o menos a la vez, se les ha conocido como la «generación de Miguel Ángel Blanco»: Antonio Basagoiti, que fuera líder del partido en el País Vasco; Arantza Quiroga, que lo sustituye, o Iñaki Oyarzábal. «Los medios de comunicación tienden a buscar etiquetas para describir situaciones complejas, es parte del juego», dice. «Pero no deja de ser algo significativo que te asocien con una persona que fue secuestrada y a sangre fría le pegaron dos tiros en la nuca. Es un honor por un lado, pero es significativo del mal, del grado de drama que hemos vivido en Euskadi. Nos llaman así porque éramos de la misma generación. Fue Miguel Ángel Blanco pero podía haber sido yo si no hubiera tenido escolta», dice encogiéndose de hombros y negando con la cabeza. «He tenido escolta desde los diecinueve años. No sé si hay un país desarrollado en occidente en el que una persona de esa edad tenga que llevar protección por militar en un partido político», reflexiona, al tiempo que, tras dudar, explica que aún sigue llevando protección cuatro años después del anuncio de ETA, aunque «de una manera más relajada».

Con catorce años escribió aquella carta, con diecisiete entró en Nuevas Generaciones, con diecinueve le pusieron escolta y con veintidós intentaron matarlo. «Estaba en la puerta del cine, con mis amigos, y me llamó un guardia civil del servicio de información. Me dijo “oye, estoy en un interrogatorio de los que detuvimos ayer en Francia. ¿Tú sales de casa a las ocho de la mañana, te recogen unas compañeras, paráis en Rentería a recoger a otra, vas a la universidad...?”. Y yo, mientras mis amigos entraban al cine, asentía “sí, sí...”. Y me dice “tío, te has librado por los pelos, iban a por ti: les has tenido codo con codo, no te han matado porque pensaban que tenías escolta, pero iban a volver y los hemos detenido justo en ese momento”», rememora. «Me dijeron que en aquel comando participó Iratxe Sorzábal, supuestamente de la cúpula de ETA». Nacida en los 70 y madre de una hija con el también etarra Mikel Carrera, Sorzábal llevaba huida desde 2001 y fue detenida catorce años después. Tras la caída de las últimas cúpulas de ETA, y después del comunicado en el que anunciaban el cese de la actividad armada, su nombre era uno de los tres que las fuerzas de seguridad del Estado situaban como cabezas de la organización. «Iratxe Sorzábal es de Irún, como yo, mis padres conocen a los suyos. Alguien de mi generación, nacida en el mismo sitio que yo y probablemente perteneciente al mismo estrato social, clase media, iba a participar en mi asesinato», afirma mientras asiente con la cabeza muy despacio.

Esa no ha sido la única amenaza seria que ha sufrido Sémper a causa de su filiación política. «La Policía Nacional identificó a un comando e incautaron documentación según la cual iban a poner una bomba en un contenedor de mi barrio para cuando me vinieran a buscar al salir de casa. Al final no supieron bien dónde hacerlo y me libré». En otros documentos de ETA aparecía su nombre, señalando que iba «por la parte vieja», narra. «He intentado que ETA no me amargara la vida», dice al tiempo que asegura que tiene copia de esos documentos, que no son una invención. «He tenido concentraciones contra manifestaciones en las que me

decían “Sémpەر, fascista, el próximo en la lista”. Eso me ha pasado. No lo digo con dramatismo, porque lo tengo superado desde el minuto de haberme pasado —asegura—, pero ha habido una justificación social de la violencia, y eso es terrorífico. A pesar de esas circunstancias, lo que hay que hacer como responsable político, porque si no me tendría que dedicar al macramé, es mirar al futuro. No quiero una Euskadi en la que a nadie le pase eso. Mi hijo va a compartir Euskadi con los hijos de quienes me quisieron asesinar. Mi responsabilidad como político es la de contribuir a que la Euskadi de mi hijo y de los hijos de quienes me quisieron asesinar sea infinitamente diferente a la que me ha tocado padecer a mí. Pero para eso también tienen que arrimar el hombro los que me quisieron asesinar, para que sus hijos no reproduzcan el odio que tuvieron sus padres», reflexiona.

Borja hace una breve pausa y aprovecha para dar un bocado. «¿Está buena, no? Dale al último trozo mientras yo me trabajo el hueso», dice, intentando comer algo entre frase y frase. Empieza a hablar entonces de otros rivales, los de la política, y de cómo la situación de violencia en el País Vasco ha hecho que se perciban de otra forma. «Cuando salías de casa por la mañana sin saber si ibas a volver por la noche porque podía llegar alguien por detrás y hacerse así...», dice haciendo con dos dedos el símbolo de la pistola. «Cuando has superado eso, tu forma de entender la discrepancia política se transforma completamente. Claro, eso une. Eso une mucho», comenta con una sonrisa amarga al hablar de la relación entre PP y PSOE. «La discrepancia política, la dialéctica izquierda-derecha deja de tener sentido. Tiene sentido en un debate político, pero no te distancia de una persona. Cuando voy a Madrid y veo la agresividad que hay entre izquierda y derecha pienso: ¿estáis locos?, ¿de qué estamos hablando? Discrepad, discutid, debatid, pero id a tomar un whisky luego juntos, coño. De cara a determinados periodistas o determinadas líneas editoriales parece que tiene que haber una guerra, cuando la discrepancia política en una democracia consolidada debería ser algo no ya sa-

no, sino a alentar», dice abriendo los brazos mientras apura el último bocado.

Lo que fuera del País Vasco ha sido crispación, dentro ha sido durante años como una especie de frente común, si no en lo político, al menos sí en lo anímico. Pero, tiempo después, eso a lo que se enfrentaban ya no está. «Se ha acabado la ETA que nos mataba, no se ha acabado ETA, y por tanto no se ha acabado la historia de ETA. La ETA que más nos importaba, esa que ponía bombas y asesinaba, esa se ha acabado, y nos queda la ETA simbólica», reflexiona. Y la importancia de ese símbolo es, en su opinión, el asegurarse de que en el País Vasco «no se vuelva a permitir nada parecido». Defiende que para construir «un futuro inmunizado frente al totalitarismo» hace falta que las nuevas generaciones «tengan bien claro que la violencia es ética, moral y políticamente reprochable en cualquier circunstancia. Por eso es importante que nos alegremos, porque ETA ha dejado de asesinar, pero es importante que no bajemos la guardia ante la exigencia ética», asegura. Y ese plano ético es el que más reprocha, por ejemplo, a una izquierda abertzale que, en su opinión, no ha hecho lo suficiente por dejar claro que justificar la violencia no es admisible.

Para Sémper la decisión de ETA de dejar de usar la violencia tiene que ver con una derrota, aunque advierte que no usa el término en sentido revanchista. En su opinión, ETA deja las armas por necesidad y por derrota policial. «ETA atraviesa su momento de mayor debilidad operativa cuando caen los comandos uno tras otro», dice, y señala «el caso de ‘Thierry’ como el último y más significativo». Saca un cigarro y lo enciende con un aparatoso mechero que hay sobre la mesa. «Esto es muy jodido hablarlo en estos términos, pero la violencia de ETA pierde profesionalidad. Esa ETA omnipotente de los años 80 y 90, capaz de poner bombas en el centro de Madrid o de asesinar a su antojo, pierde esa capacidad operativa. El mito de la imbatibilidad policial de ETA cayó, y cayó porque hubo una cosa que se llamó Ley de Partidos que ilegalizó a Batasuna, porque la acción de los cuerpos y fuerzas de seguridad

del Estado, fundamentalmente la Guardia Civil, fue perfeccionándose a lo largo de las décadas, cayó por la acción y la colaboración internacional, por la movilización ciudadana y porque la pérdida de respaldo social o de silencio social fue también determinante», reflexiona. Todo eso, en su opinión, «les lleva a entender que la violencia les perjudica». Pero en su discurso destaca sobre los demás factores el frente político, el de la ilegalización de Batasuna y sus marcas sucesoras.

De hecho, se remonta aún más atrás en el tiempo para describir el inicio de ese ocaso. Concretamente a 1997, cuando Baltasar Garzón ordenó el encarcelamiento de la mesa nacional de Herri Batasuna. En total, veintitrés miembros que fueron condenados a siete años de cárcel por la emisión de un vídeo electoral en el que replicaban un comunicado de ETA en el que la organización sustituía la alternativa KAS, su faro político hasta entonces, por la llamada Alternativa Democrática. El *spot*, censurado en los espacios electorales de los medios nacionales, fue el punto de apoyo de la judicatura para iniciar la ilegalización de las marcas abertzales. «Recuerdo una reunión con Jaime Mayor a la cabeza estando yo en Nuevas Generaciones, cuando era insoportable que nos mataran de esa manera. Hubo entonces voces que dijeron “oye, ¿por qué no hacemos como en otros países en los que partidos políticos que defienden la violencia son ilegalizados?”. La respuesta de Mayor a aquella reunión interna fue decir que eso supondría en Euskadi un clima social insoportable», rememora. Pero, según su relato, no fue así.

«Se encarcela primero a la mesa nacional de HB y no pasa nada. Se ilegaliza a HB y sus marcas y no pasa nada. Es verdad que ese mundo se revuelve, pero la vida sigue», asegura. «Mi pregunta es: ¿en España permitiríamos un partido político que justificara por ejemplo la superioridad de la raza blanca sobre la negra? O dicho de otra manera más doméstica: ¿aceptaríamos a un partido que dijera que pegar a las mujeres está justificado por ser el sexo débil? Estoy yéndome a una caricatura —advierte—, a un retrato

de brocha gorda». Aspira una calada y continúa: «En España hemos tolerado a un partido que después de cada asesinato decía que estaba justificado políticamente. Oye, en un país democrático eso de ilegalizar un partido... Bueno, pues depende de qué defienda ese partido. Yo no quiero un partido que defienda el franquismo en España, no lo quiero. Tampoco quiero un partido que defienda a ETA», reflexiona. «El problema no lo tenía la democracia, lo tenían quienes justificaban el terrorismo de ETA», dice como respuesta a los interrogantes democráticos que levantó en su día la ilegalización de las formaciones abertzales. «En Euskadi había partidos políticos que defendían la independencia de Euskal Herria y de un Euskadi socialista que no fueron ilegalizados. A Batasuna no se la condena por pensar de una manera determinada: se la ilegaliza por ser el brazo político de una organización terrorista», explica. «El *todo es ETA* del que hablan no es *todo es ETA*. Es que ETA era un movimiento muy global y complejo que tenía varias ramificaciones y varios frentes abiertos. Uno de ellos era el político, el institucional, encabezado por HB y cualquiera de sus marcas, que además era la financiación, el soporte ideológico, político y socializador de esa realidad terrorista», asegura. «Ese hecho —dice en referencia a la Ley de Partidos—, supone un punto de inflexión y abre el fin de ETA. Funcionó. Creo que esa ilegalización sí fue oportuna», zanja, y enumera el aval de diversas instituciones a aquel articulado legal, desde el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo hasta tribunales penales internacionales.

Sémper apaga el cigarro apretándolo contra un cenicero que ha tenido que pedir al camarero. «Es verdad que ese mundo tiene un respaldo electoral muy fuerte, importantísimo, pero es un respaldo electoral que empieza y acaba en ese respaldo electoral», reflexiona. Empieza a ligar entonces la idea de la ilegalización de Batasuna con la falta de respuesta social ante la violencia de ETA. «La sociedad vasca, harta y cansada, no da la cara, no se enfrenta... Pero tampoco se queja cuando ilegalizan a la izquierda abertzale. En mi opinión entiende que lo ideal no es que haya una forma-

ción ilegalizada, pero lo que es menos ideal es que haya una formación política que en pleno siglo XXI justifique políticamente la utilización de la violencia y los asesinatos», asegura. «Creo que esa sociedad machacada ve con cierto alivio, sin gustarle ese escenario, que aquellos que justifican el terrorismo no tengan un espacio político normalizado». Esa ilegalización es la que, según él, resulta clave en la decisión de ETA de dejar las armas. «En el llamado “Movimiento Nacional de Liberación Vasco”, porque no haré como Aznar y les daré esa carta de naturaleza», lanza media sonrisa y sigue, «hay una dirección política y militar juntas en ETA, y un ejecutor político que es la cara social y política, que es el entorno de Batasuna con sus diferentes marcas. Cuando se interioriza por parte de la cúpula de ETA y también por parte de los dirigentes de la izquierda abertzale, Arnaldo Otegi y otros, que a través de la violencia no se va conseguir ningún tipo de objetivo político, que siguen cayendo los comandos y que además la izquierda abertzale está ilegalizada, que pierde presencia política, es cuando hay un cuestionamiento de esa estrategia. En ese cuestionamiento, que empieza probablemente en el mundo de Batasuna, se traslada la dirección de todo ese movimiento desde ETA a la izquierda abertzale por la vulnerabilidad de ETA. Y es cuando la izquierda abertzale dice: “Por aquí no vamos a ningún sitio, esta estrategia no funciona, vamos a cambiar”». Sémper pide un paquete de tabaco y sigue. «Hay una derrota, a pesar de lo que algunos dicen en determinados medios vinculados con la derecha. No es que ETA deje de asesinar porque crean que matar está mal, ni hay un cuestionamiento ético tampoco por parte de la izquierda abertzale: hay un cuestionamiento estratégico de la utilización de la violencia para conseguir los fines políticos que tienen entre manos. Por eso ETA deja de matar», resume.

En su discurso sobre el final de la violencia de ETA no ve mérito alguno al llamado «proceso de paz» del Gobierno de Zapatero, algo que Sémper define como «una chapuza». A la pregunta de si se tiene que hablar con todos, no duda como otros de su par-

tido en decir «de hecho, se habla con todos». Pero eso no quiere decir, para él, que siempre se haga bien. «Zapatero, con buena fe, cometió una torpeza política no propia de un estadista», asegura. Su pecado fue enviar «a un particular» a hablar con ETA. Ese «particular» era Jesús Eguiguren, entonces presidente del PSE, partido que ocupaba la lehendakaritza y el Gobierno central, pero que en su opinión tenía un problema de representatividad: «no era Estado», es decir, no venía de Moncloa. «Es como si Rajoy me manda a mí a negociar con ETA. No me parece serio porque está hablando del futuro del Estado», asegura. Tampoco le vale el argumento de que Eguiguren fuera un guipuzcoano de pro, con estrechos lazos con el mundo nacionalista. «Hay que entender a tu interlocutor, y ETA desprecia a aquellos que son meros intermediarios. Su gran aspiración era negociar de tú a tú con alguien del Gobierno», asegura, y eso es lo que hizo José María Aznar. «Mandó a Ricardo Martí Fluxá, secretario de Estado de Seguridad, y a su jefe de gabinete y secretario general de la presidencia, Javier Zarzalejos. Es decir, manda a gente con galones de Gobierno», dice en referencia a las reuniones con ETA de aquel Gobierno popular llevadas a cabo en Suiza en 1999. «Sólo hubo una reunión: en cuanto vieron que ETA quería negociar cuestiones políticas ya no hubo más conversación», asegura.

Para Sémper el problema de aquellas reuniones no estuvo sólo en quién designaron los socialistas, sino también en quiénes fueron los interlocutores por parte de ETA. «En documentos que se han incautado, los propios etarras tenían a ‘Thierry’ como a un loco, un iluminado, un tío sin dos dedos de frente. No estamos hablando de gente con una cultura política o con el discurso sólido que podían tener los dirigentes de ETA de los 80, incluso de los primeros 90. Estamos hablando de una pauperización de las posiciones políticas de los dirigentes de ETA. Al final acaban siendo los más tontos entre los tontos los que dirigen la banda terrorista», dice. «Esos son los interlocutores últimos del Gobierno de Zapatero». La única pregunta que Sémper declina responder es la re-

ferente a si fueron justos los ataques de su partido aquellos días, cuando se llegó a decir que los socialistas estaban traicionando a las víctimas mientras se hablaba de supuestas concesiones a los etarras. Sin embargo, sí reconoce las que llevó a cabo el Ejecutivo de Aznar: se liberó a no pocos reclusos y se acercó a otros tantos a cárceles del País Vasco. «Eso demuestra lo que le importa a ETA sus presos: son una mera herramienta para la consecución de determinados fines», asegura al respecto. Y entonces la conversación vira hacia las cárceles.

«Nos movemos en el terreno del eufemismo, porque yo entiendo que ahora tienen un problema muy serio con gente que vive al margen de la realidad», dice en referencia a los presos. «El colectivo en su mayoría, el que está ahormado, el que tienen controlado, vive en una Arcadia feliz, en una lucha, en una revolución», asegura. «Ahora tienen que decirles “tú mataste, justificamos que mataras, estás en el *mako*, cumples pena, pero nosotros ahora estamos en el Parlamento Vasco pisando moqueta, ¿eh? Tú estás pringando cárcel, chupa *mako*, que yo mientras estoy en el Parlamento, en la Diputación, en el Ayuntamiento, normalizado en el sistema democrático español, presentando unos estatutos, cumpliendo la legalidad española”. Eso en ese mundo, que ha sido construido a base de la épica de la revolución, tiene difícil explicación», asegura en referencia a la entrada de Sortu y EH Bildu en las instituciones. «Para ellos sería una traición injustificable. Por eso el problema no es de los demás: el problema lo tienen ellos, un problema gordísimo», asegura. Coge el paquete que le han traído y saca un cigarro. Se acerca el encendedor de la mesa, y sigue. «En la legislación penitenciaria española el objetivo penal debe ser la reinserción del recluso. Establece un proceso, una serie de hitos que en caso de irse cumpliendo facilitan la reinserción del penado, la reducción de penas, el acceso a grados penitenciarios diferentes... Frente a esa legislación, ¿qué es lo que han hecho siempre ETA y la izquierda abertzale? So pena de ser acusados de traidores, obligar a los presos a que mantuvieran una posición firme y

unida. Por eso ETA llama a los presos “el frente de *makos*”: a los presos los utilizan como otro frente más ante el Estado de derecho», explica. «Tenerlos bien unidos, monolíticos, impidiendo que esos presos se pudieran acoger a esa legislación. No es la legislación, ni es el Estado el que impide a los presos que se acojan a esos requisitos: es la propia ETA la que los obliga a que cumplan de principio a fin la condena impuesta. Aceptar el cumplimiento de esos requisitos supone aceptar la legalidad española, y eso supone ser derrotados en el frente de *makos*», argumenta.

Es ahí donde vuelve a decir algo que no todos en su partido dicen: «Por eso creo que experiencias como la vía Nanclares debilitan a ETA; las experiencias de gente que ha sido capaz de salirse de la férrea disciplina de ETA en las cárceles y hacer un cuestionamiento ético de la utilización de la violencia y contarlos. A mí me parece muy oportuno y muy necesario para debilitar por un lado a ETA y por otro a la cultura de la violencia», explica. No es tan tajante, por ejemplo, sobre la dispersión: acercamiento sí, dice, pero cuando ETA se disuelva. «Me he reunido con familiares de presos de ETA discretamente —asegura—, y lo que te dicen es que el control férreo que todavía mantiene el mundo de la izquierda abertzale en las cárceles es asfixiante, y sobre ellos en el pueblo también. Romper ese control es fundamental: si se sigue produciendo con la dispersión en marcha, qué no sería si todos estuvieran juntos», pregunta. «En estos momentos la dispersión la mantiene viva ETA. La pregunta, a mi juicio, no es por qué se mantiene la dispersión. La pregunta es por qué ETA se niega a disolverse y que se acabe la dispersión», dice. «El problema cuál es, ¿que cumplan la condena en Nanclares de la Oca o en Herrera de la Mancha? ¿Ese es el problema realmente? Yo creo que todos esos discursos por parte de la izquierda abertzale son de consumo interno. Son mensajes para decir “esto se ha acabado pero, ojo, que seguimos, no te preocupes que no vas a tener que cuestionarte éticamente tu posición social o política a lo largo de estos años, tranquilo que te vamos a proteger”. Ahora tenemos el tótem de la

dispersión o de la situación de los presos, pero la propia izquierda abertzale también ha pasado de un discurso de amnistía a un discurso contra la dispersión, o a uno de que se faciliten las medidas de reinserción, o a uno de sí a las medidas individualizadas. Ellos también han ido buscando un acomodo que justifique su posición», explica.

A la izquierda abertzale le reconoce, en cualquier caso, un cambio, igual que ha cambiado el contexto o el propio discurso del PP. «Es distinta desde el momento en el que utiliza otra estrategia para conseguir lo mismo. Está haciendo casi todo lo que le pedíamos que hiciera para que pudiera jugar en democracia, porque falta una cosa, que yo entiendo que para ellos es muy complicada: cómo explican que durante cuatro décadas matar estuviera justificado y ahora ya no», dice, enunciando una idea que repite varias veces a lo largo de la charla. Esa «necesidad» de reconocimiento de lo hecho y avalado. «¿Qué explicación nos habéis dado a la sociedad vasca, una sociedad machacada tras tantos años de terrorismo? ¿Qué explicación me dais a mí, o a cualquier víctima del terrorismo? ¿Dónde queda mi juventud? ¿Quién me da una explicación por estos años perdidos?», dice señalándose el pecho. «En cualquier caso a mí me importa mucho más el futuro que el pasado», asegura, argumentando que para construir ese futuro «sería importantísimo que aquellos que durante cuatro décadas se encargaron de justificar la utilización de la violencia ahora hicieran un acto de contrición y dijeran “oye, no estuvo bien: matar a un guardia civil, a un policía nacional, a una mujer, a un niño, a un cocinero, a un periodista... no estuvo bien, no tuvo justificación”». Esa explicación es el «casi», el único «pero» que Sémper pone a la izquierda abertzale que ahora está en las instituciones. «Hay que aceptar las reglas del juego, que pasan inexorablemente por la legalidad que empezó a aceptar la izquierda abertzale desde el momento en que presentó unos estatutos acordes a la Ley de Partidos. Pero en España eso no se ha puesto en valor. No se ha puesto en valor la victoria, y no hablo en términos revanchis-

tas: siempre he creído que entre el Estado de derecho y una organización terrorista tiene que ganar el Estado. Ha ganado, pero oyes a algunos y parece que nos han derrotado porque Bildu está en las instituciones. No: Bildu está en las instituciones porque el Estado de derecho lo ha permitido, porque han cumplido con la legalidad que se les ha exigido», explica en otra crítica dirigida más al *fuego amigo* que a la izquierda abertzale. «Lo que tenemos que hacer con Bildu es ganarles en las urnas», zanja.

«El tiempo va enterrando a ETA», dice, y desliza que es algo que sucede a pesar de algunos «y no precisamente el PP, aunque parezca a veces lo contrario», dice sonriendo. Hasta ahí la crítica a los cercanos, y vuelve a apuntar hacia el otro lado. «El discurso de la izquierda abertzale es decir que se están poniendo palos en las ruedas del proceso de paz. ¿Qué proceso? Ya hay paz». El problema, en su opinión, es que del lado abertzale eso no se puede decir directamente: «Que ese escenario sea aceptado por ellos supondría aceptar que el problema era ETA, que quien alteraba la convivencia de una manera insoportable era ETA», dice. «Al final hay un intento de complejizar el debate por parte de la izquierda abertzale, de enmarañarlo de tal manera, de darse una importancia tan extraordinaria... Todo para obviar que a veces las explicaciones más sencillas son las que valen, y es que ETA alteraba la política vasca: causaba daño a personas con nombres y apellidos, destrozaba familias..., pero también alteraba la política vasca. Desde el momento en el que ETA ha dejado de asesinar, la política vasca ha entrado en otro cauce, y ya está», zanja moviendo en horizontal una mano con la palma hacia abajo. Aspira la última calada del cigarro y, mientras lo apaga, repite: «Ya está».

Se recuesta en la silla y sigue: «La izquierda abertzale cuestiona la democracia española continuamente, una democracia que les ha permitido presentarse a las elecciones y gobernar, que los financia, que les da altavoz... Es algo muy común a cualquier nacionalismo, me da igual de qué signo: la identificación del enemigo exterior o de un mal que viene de fuera, un agravio cometido sobre

un pueblo para justificar determinadas posiciones políticas y seguir echando gasolina», comenta. «Cualquier movimiento es utilizado por la izquierda abertzale para venderlo como una debilidad del Estado y una victoria suya», analiza. «Están pecando de mucha soberbia». Vuelve a recostarse en la silla y sigue: «Antes, tras un atentado, un dirigente de la izquierda abertzale hubiera salido justificando: “Esto no es lo ideal, pero el conflicto explica este hecho luctuoso...”». Ahora no se le pasaría a nadie por la cabeza justificarlo mínimamente. Hay mucha retórica, mucha, mucho eufemismo, pero nadie entra a la crudeza de explicar por qué», insiste. «A todos los partidos políticos nos piden explicaciones por la corrupción. A estos no. Y yo creo que tienen que darnos una explicación política de este cambio, una justificación ética, que no moral, porque eso corresponde a otro ámbito».

Hace un alto para pedir los cafés entre nuevas chanzas con el camarero. En cuanto se va, Borja sigue con el razonamiento. «La izquierda abertzale es un movimiento muy endogámico, muy cerrado en sí mismo. Se han construido un mundo idea: el día después de la independencia, en el que la revolución socialista justifica los medios a utilizar», explica. Y ese discurso homogéneo, según su argumento, «dificulta que se hagan públicamente esos análisis que algunos sí hacen en privado». A ese respecto Sémper también advierte acerca de cómo ha cambiado la política y cómo eso puede cambiar los discursos en el futuro. «Lo que nos viene a la cabeza cuando oímos “izquierda” o “derecha” son sistemas que respondían a un momento histórico determinado a finales del siglo XIX. Esas ideologías daban respuesta a ese mundo. Hoy todo se ha transformado de tal manera que las ideas tradicionales de izquierda y derecha ya no responden a un mundo que es mucho más complejo. Quien menos ha evolucionado políticamente en su discurso en Euskadi es la izquierda abertzale, en las formas y en el contenido de lo que dicen. Allá ellos. Creo que el tiempo pasará como una ola por encima de la izquierda abertzale, como pasará probablemente por encima de los partidos tradicionales si no reacciona-

mos. Hay una nueva realidad política que llega también a Euskadi, y en esta época de la revolución socialista hay otros que les ganan, porque ante el componente nacional que introducen los abertzales hay una nueva generación que lo relativiza cada vez más. Puede estar de acuerdo con las desigualdades sociales, con un discurso de izquierda rotunda, revolucionaria incluso, pero la variable nacional de ponerse cachondo con una bandera, ya sea roja y gualda, ya sea de aspas roja, verde y blanca, no te lo compra. Es una generación que ha superado esa dialéctica nacional, y eso a la izquierda abertzale también le va a pasar factura», asegura.

Pero el futuro ya llegará, «y yo no voy a darles pistas», dice. El presente, por lo pronto, ya trae la novedad de pensar sólo en términos políticos. «Desde el momento en el que la muerte no es un factor determinante en Euskadi hay un cambio radical. La variable “asesinato” estaba muy presente. San Sebastián era la ciudad más policial de toda España, porque entre los escoltas, los servicios de contravigilancia, los policías de paisano, las fuerzas de inteligencia, la presencia de terroristas... Había más armas por metro cuadrado aquí que en Beirut», comenta con rostro serio. «En España no ha habido nadie, ningún movimiento, ni un solo político que haya hecho una manifestación pública en defensa de los GAL. Socialmente, al menos públicamente, estaban rechazados y repudiados. Si en Madrid hubiera habido manifestaciones multitudinarias diciendo “Vivan los GAL” hubiera sido un escándalo internacional», comenta. Sin embargo, «en Euskadi ha habido un movimiento social y político que se ha manifestado en las calles en favor de ETA. Aquí hemos tenido justificaciones y manifestaciones en las que se los coreaba», rememora. «El factor violencia es tan determinante, está tan presente en el día a día, que todo lo contamina. Hay demasiados jirones, hay demasiado dolor, hay demasiados agravios, demasiadas deudas que saldar», reflexiona.

«Hay un espacio en el que yo soy muy pudoroso, el de la intimidad de cada uno», dice al respecto de cómo intentar tejer esos jirones. «Sobre qué hace una víctima del terrorismo con el victi-

mario, sea cual sea su reacción, creo que la única respuesta posible es el respeto a lo que decidan hacer. Odiar, superarlo, perdonar... Eso responde a la esfera privada», dice bajando la voz. «La reconciliación famosa creo que es una palabra absurda en un Estado moderno. A nadie se le puede obligar a que se reconcilie con nadie. Lo que tenemos que hacer es convivir en el mismo espacio físico con gente que opina de manera muy diferente», asegura. La cuestión es que, en su opinión, «sólo puedes convivir con aquellos que aceptan una regla básica e incuestionable: que agredir o asesinar al discrepante no tiene justificación en una sociedad moderna. A partir de ahí todas las discrepancias son posibles. Pero hay un mínimo común denominador que nos tiene que unir a todos: igual que una persona por el color de su piel no es menos que otra, lo mismo que una mujer por el hecho de ser mujer no es menos que un hombre, que alguien por no ser nacionalista no sea asesinado», defiende.

La deuda de la sociedad consigo misma no sería, por tanto, reconciliarse, sino convivir. Y, a la vez, desechar la idea de que el conflicto es negativo. «El conflicto es consustancial a la democracia. Ojalá vivamos siempre en una sociedad con conflictos permanentes, porque si no viviríamos en una sociedad totalitaria en la que todos pensaríamos igual. Interesadamente se ha elevado a una categoría superlativa el llamado conflicto: esta sociedad tiene conflictos y los seguirá teniendo toda su vida. El problema es cómo los dirimes, y en democracia se dirimen en las urnas», afirma. «En Euskadi no existe un problema con el resto de España, lo que tenemos es un problema interno. Algunos creemos que esta sociedad es muy plural, que hay muchas *euskadis*, que hay muchas formas de entender la identidad. Otros quieren unificar la supuesta identidad vasca y pensar que Euskadi es homogénea frente a una España que nos oprime», dice. «La identidad es algo que pertenece a la esfera privada de cada individuo. Aceptar la pluralidad de Euskadi significa aceptar que, primero, tenemos que ponernos de acuerdo entre los vascos. Y ese es el gran reto que tenemos».

Hola Borja. Me plantea el amigo Ventura una buena papeleta: hazle una pregunta a Borja Sempér.
Si de verdad queremos que ~~se~~ sirva para algo, cordialmente, tú lo sabes, pero debo hacerte una pregunta comprometida: ¿por qué el PP sigue, a día de hoy, considerando que no todas las víctimas lo son, y haciendo distinciones evidentes y dolorosas entre víctimas?

Pregunta de Edurne Brouard a Borja Sempér.

«No hay distinciones entre víctimas. Alguien que haya sido asesinado por una organización terrorista, me da igual cuál sea su nombre, merece la misma consideración. Y no, no creo que el PP tenga ese posicionamiento que considera a unas víctimas por encima de otras. Es verdad que esa impresión ha calado en mucha gente, y me duele profundamente porque para mí Santi Brouard es tan víctima del terrorismo como cualquier víctima de ETA. No me supone ningún problema decirlo, al contrario, quiero decirlo bien alto».

Galder



«¿En terreno neutral o en la *herriko*?». La pregunta, en tono desenfadado, marcaba el punto de inflexión entre meses de discusiones y afiladas réplicas a través de redes sociales y la cita formal para una entrevista. La respuesta fue una *herriko* taberna en el corazón de Zarautz unas semanas después. Galder González estaba sentado al fondo del local, leyendo el periódico y bebiendo una cerveza que le teñía de espuma la barba. Nacido a principios de los 80, entró con dieciséis años en Ikasle Abertzaleak, el sindicato estudiantil de izquierda abertzale, donde fue portavoz. «Siempre recuerdas la adolescencia como algo más intenso, más crítico. Era una época donde había muchas más huelgas, y una manifestación todas las semanas. Había efervescencia. Me acuerdo del instituto como una época en la que había actividad todos los días. Pero también tiendes a mitificar, porque luego lo ves con el tiempo y te planteas que quizá hacíamos huelgas por cosas que no tenían mucho sentido», comenta sonriendo.

«Yo vivía entonces en Altsasu, en Sakana, en Navarra. Es un valle con una mayoría notable de izquierda abertzale que además se mantiene en el tiempo. Fue justo cuando Herri Batasuna presentó la alternativa democrática. Hicieron un vídeo que estaba perseguido, pero lo emitimos en el instituto. Recuerdo que aquello salió hasta en los medios de comunicación», comenta. Se refiere al momento en el que ETA cambió la alternativa KAS por una nueva vía. El hecho de que HB decidiera replicar aquel comunicado de ETA como su vídeo electoral fue el punto de apoyo del que se valió el Estado, primero para censurar el *spot* y más tarde para instar a la ilegalización de la formación. En esos mismos años también tuvo lugar el pacto de Lizarra. «Vivíamos en una actividad un poco frenética», rememora. «Era un tiempo en el que hubo bastante ilusión: había iniciativas nuevas, veías que se podían hacer cosas, como la creación de instituciones nacionales como Udalbiltza». Dicho proyecto, puesto en marcha en 1999, supuso la constitución de una asociación de municipios en España y Francia gobernados por los partidos firmantes del pacto, como el PNV, Eusko Alkar-

tasuna o la izquierda abertzale. «Había cosas que decías “joder, vamos bien, se puede conseguir algo”», recuerda. Cuatro años más tarde el juez Garzón disolvió la iniciativa, pero mucho antes las expectativas de Lizarra ya se habían desvanecido.

En la universidad siguió con su actividad. Se matriculó en Geología en el campus de Leioa, cerca de Bilbao, pero empezó mucho más tarde que sus compañeros. La media sonrisa al hablar de aquellos años se borra por completo cuando narra lo que le pasó justo al inicio de aquel curso: su paso por la cárcel. «Vino la Guardia Civil a buscarme a casa por una revista antimilitarista que se hacía en Altsasu. Tenía dieciocho años recién cumplidos. Yo no estaba en casa porque precisamente acababa de ir a la universidad. El día anterior me habían regalado el primer móvil de mi vida, y me acuerdo de que la primera llamada que recibí fue de mi padre para decirme que la Guardia Civil había ido a buscarme a casa. Yo estaba en otro sitio, miré por la ventana, vi que estaban abajo y me dije “adiós”», rememora. «Conseguí que no me detuvieran», dice, aunque asegura que no huyó. «No fueron a buscarme donde tenían que ir a buscarme», comenta sonriendo brevemente. «Una semana después fui a Madrid con un abogado y me presenté en la Audiencia Nacional. Me mandaron a la cárcel cuatro meses y me los comí por el morro», dice, ya sin atisbo alguno de sonrisa. Estuvo en prisión preventiva en Alcalá-Meco, y seis años después sería juzgado y absuelto. «Fui detenido por una chorrada», comenta. «Era una revista bastante inocente: simplemente era una recopilación de cosas como los lugares donde había habido controles. Me detuvieron porque la subí a Internet. En la sentencia nos acusaban de colaboración con banda armada porque decían que los datos que proporcionamos podrían ser utilizados para atentar contra ellos», comenta. «El valle aún sigue siendo el sitio con más policías de Europa, nueve por cada mil habitantes, lo que es una burrada porque la media europea son tres. La situación sigue siendo tensa: todos los días con controles, vejaciones...; entran como Pedro por su casa, van a los bares...», relata.

«En aquella época se salía de la cárcel más rápido, no es como ahora que hay prisiones preventivas de cuatro años», comenta sobre aquellos días. «Me pusieron una fianza de 500.000 pesetas, que en aquel tiempo era una burrada, aunque comparado con otras fianzas que se han puesto después, no era para tanto». Dentro de la cárcel solía mantener el contacto con los suyos. Habla, por ejemplo, de un teléfono al que llamaba, alrededor del cual «solían estar bastantes amigos». Recuerda también su última noche encarcelado, en enero de 2001. «El día anterior se habían intentado fugar Igor Solana y Harriet Iragi», dos presos acusados de pertenecer a ETA. «La dirección de prisiones decidió que nos tenían que cambiar a todos de celda ese mismo día, el día en que yo salía. Me llevaron a la única que estaba vacía de toda la cárcel de Alcalá-Meco: la celda en la que se suicidó 'Katzue'», el apodo de José María Aranzamendi, otro preso acusado de pertenecer a ETA que se quitó la vida en febrero de 1997. «Recuerdo que me negué, pero me dijeron "entras y punto". Al final, como sabía que salía ese día, entré. Me obligaron a pasar la noche allí. Lo limpié y, como ya tenía todo recogido y tenía una tele, la puse. Me acuerdo de que esa noche dieron *Condemor, el pecador de la pradera*. Es una situación patética, pero es que me reí mucho», comenta con una amplia sonrisa tras reconocer que era un gran fan de Chiquito de la Calzada. «Era la peor situación del mundo: llovía un montón y se colaba agua por la pared. Me acuerdo de que empecé a limpiarla y se quitaba el goteo. Al final paré y me dije "como siga así voy a quitar la pared". Era como si la hubiera hecho Berlanga», comenta divertido.

Salió de la cárcel a finales de ese mes. «A los dos días tenía un examen, porque claro, yo estaba matriculado en la universidad. No había ido todavía ningún día porque me detuvieron justo antes de empezar, pero había estudiado. Salí, fui al pueblo, me hicieron el *ongi etorri*, estuve con la gente y fui a la universidad. Aprobé. En mi clase había un militante de Segi que me dijo años después: "Creo que ese día es el día que más te odié en mi vida, porque saliste y aprobaste y yo no"», rememora con otra sonrisa que, al segundo,

se le borra de la cara. «Al final nos absolvieron. El Estado, por no devolverme, no me devolvió ni los vídeos de vacaciones que nos quitaron como prueba, ni el ordenador, ni el dinero... No han devuelto nada. Es algo que he hablado con más gente, que cualquier otro diría “yo soy víctima del Estado”. Podría decirlo tranquilamente, porque me llevaron por el morro y me comí cuatro meses», comenta.

«La primera cosa chocante que recuerdo de la cárcel fue que me encontré con uno que habían detenido en la misma operación que a mí. Era un chaval que yo conocía, del pueblo de al lado. Estaba deshecho. Cuando lo vi estaba como fuera de sí, y lo primero que me dijo fue “perdona, pero es que he tenido que decir tu nombre”. Yo le dije “no, no, tranquilo”. Ya sabía lo que había pasado. “Es que me pusieron unos electrodos en los huevos”». Ahí Galder tenía dieciocho años. Esa mención tan concreta no es la única de su relato: describe varias escenas similares narradas por personas conocidas. «He tenido amigos o amigas a los que sé que los han violado en comisaría con una pistola, y hostia, eso también es parte de tu juventud», relata con gesto amargo. «Conozco a gente, y no voy a dar más detalles, a la que han detenido y han obligado a hacerle una mamada a uno de su cuadrilla en comisaría. Hay gente que no quiere hablar de ello, pero yo sé lo que ha pasado. No sé si eso te hace más fuerte, más insensible o más determinado en tus convicciones, no sé lo que te hace, pero lo he vivido, y eso nadie lo cuenta», lamenta. «Hoy en día están saliendo más cosas, así que dices “mira, ya era hora de que alguien fuera de Euskal Herria también contara que estas cosas han pasado». En realidad casi todo el mundo en el País Vasco habla de torturas, aunque muchos representantes políticos lo hacen con reservas o directamente fuera de la grabadora. Eso, y el hecho de que fuera del País Vasco sea algo que no se suela expresar en esos términos es algo que Galder achaca al llamado Plan ZEN, un proyecto elaborado por el Ministerio del Interior de José Barrionuevo en 1983 y que describía una «zona especial norte» a la que aplica-

ba unas medidas policiales excepcionales en el escenario de la lucha contra ETA. El proyecto fue declarado inconstitucional casi una década después.

Galder enmarca muchos hechos dentro de esa idea de excepcionalidad, que él describe como «un muro invisible, un cerco creado alrededor del independentismo vasco para no reconocer lo que aquí ha habido». Da distintos ejemplos, desde el rechazo que causó un relato «que mantiene una equidistancia bastante neutra» como *La pelota vasca* de Julio Medem, hasta el hecho de que el delegado del Gobierno Carlos Urquijo pidiera información sobre las ayudas públicas que recibió el documental *Lasa y Zabala*, centrado en uno de los crímenes más célebres de los GAL. «Creo que es valiente intentar dar un punto de vista poliédrico. Hacer un reportaje sobre lo buenos que son unos y lo malos que son otros no aporta nada más que agradar al que corresponde, y creo que es hora de que se empiecen a publicar cosas que sean desagradables para la gente. Aquí hay una verdad incómoda», comenta. «Con diecisiete o dieciocho años experimentas cosas que probablemente la mayoría de adolescentes del Estado español no han experimentado. No sé, que detengan y torturen a un amigo es algo que no es habitual, y aquí sin embargo sí lo es: la mayoría de gente conoce a alguien a quien han detenido, han encarcelado o han torturado, y eso también te marca. Te marca estar con gente en una reunión y, al día siguiente, despertarte y que los hayan detenido. Eso me ha pasado varias veces, y dices “podía haber acabado yo ahí, ayer estaba con estos”», relata.

Durante toda la conversación Galder pasa de la sonrisa y la expresión cercana al gesto adusto y el relato más duro, especialmente cuando narra las vivencias de gente cercana. «Yo ya sé lo que hago yo. Soy capaz de asumir mis propias responsabilidades y mis propias cosas», dice hablando de sí mismo, pero cambia al hablar de su entorno. «Han torturado a gente a la que yo le he dado su primer marrón, gente a la que he cogido en Ikasle Abertzaleak y les he dicho “oye, te podías encargar tú de esto”, lo han hecho y les han

detenido. Y eso, joder, también te hace sentir responsable, no sé». Esos encargos que describe consistían en «coordinar políticamente algunos barrios, o llevar a cabo una campaña concreta, y claro, es gente que debido a esa labor ha tenido que reunirse por ejemplo con Jarrai», que ya estaba entonces en el punto de mira de la Justicia por ser considerada, junto a Segi o Haika, una «cantera de ETA». Niega que ninguna de esas acciones fuera de tipo violento: «No era nada delictivo... Bueno, sí, era delictivo para la Audiencia Nacional, aunque en algunos casos luego los han absuelto. Pero delictivo a ese nivel, de organización política, no eran encargos de quemar o romper nada», asegura. «Pero joder, yo a ese chaval o a esa chavala cuando tenía dieciséis años estuve diciéndole “¿por qué no hacemos esto?”. Y luego, con diecinueve años, han cogido y lo han violado en comisaría. A mí me da que pensar. No es culpa mía tampoco, aquí cada uno hace lo que puede hacer... Pero son cosas que le han pasado a gente de cerca, y marcan».

Cuenta que desde que estuvo en la cárcel hubo cuatro operaciones contra Jarrai, Haika, Segi y otras organizaciones juveniles y colectivos similares. «En todas esas operaciones han detenido a gente con la que he militado, gente de Ikasle Abertzaleak, de Segi o de Jarrai con los que yo tenía relación en reuniones», comenta. Agacha la vista hacia la mesa y sigue: «Una de las cosas que más he sufrido fue en la última detención que hubo contra Segi, que juzgaron a unos cuarenta, de los que yo conocía como a la mitad. Me acuerdo de levantarme por la mañana, encender el ordenador, ver la noticia... Buff, se te cae el alma a los pies. Conozco a todos estos, sé lo que les van a hacer y, en muchos casos, se confirma. Yo sé lo que he hablado con esas personas durante mucho tiempo, sé lo que he trabajado con esas personas, y es una sensación dura. Sentimentalmente sí recuerdo esa ocasión como la peor, un golpe muy duro. Te dices “no, no, esto no puede seguir así, algo estamos haciendo mal. ¿Qué estamos haciendo mandando cada seis meses a cuarenta jóvenes al matadero?” Creo que es lo que ellos querían conseguir, esa sensación de “da igual lo que hagas que voy a dete-

ner cada seis meses a los que pongas”», reconstruye. «En la ilegalización también teníamos una sensación de que el reemplazo era infinito, pero... Había un amigo mío que decía: “Es que poner carteles firmados por Segi es como pegarle un tiro a alguien: te van a caer doce años, ¿qué sentido tiene?”. Te dices, ¿qué pasa, no hay solución, no hay salida?, ¿qué tengo que hacer?».

Él mismo también pasó por eso. Además, desde la vez en la que se entregó y acabó en la cárcel, ha sido detenido tres veces «por tres cuerpos policiales diferentes: la Guardia Civil, la Policía Nacional y la Ertzaintza». Marca las palabras para matizar que sufrió «mal trato, pero no maltrato», y explica algunas vivencias al respecto: «tienes controles de carretera de hora y media en un descampado, ponerte una metralleta en la cabeza... Todo esto ha pasado varias veces, pero es algo que aquí tenemos un poco asumido, que es grave tener asumido que pasen. Y por todas partes, porque supongo que habrá gente del PP que te dirá “es duro tener asumido que tienes que mirar debajo del coche todos los días”, y sí, es grave tener que asumir que un tipo de situación así se dé. Diré más: creo que además es muy grave que una persona salga de casa o se meta en la cama sin saber si al día siguiente va a estar en el mismo sitio. Yo lo he pasado y no se lo deseo a nadie», asegura.

Al salir de la cárcel la vida siguió su curso. «Justo ahí hubo opción de entrar en el consejo de estudiantes. Me lo pidieron a mí, más que nada por experiencia, porque necesitaban a alguien que controlara cómo funcionaba la universidad para un cargo así, y ahí estuve dos años. Ya no estaba en la dirección de Ikasle Abertzaleak, pero bueno. Casi hacía más reuniones con el rectorado, así que estaba todo el día de aquí para allá. La clase tampoco es que la pisara mucho», comenta al tiempo que incide en que aprobó la carrera y le gusta lo que hace. Su militancia duró en total seis años y, asegura, nunca se salió de lo político para entrar en la violencia. «Te mentiría si dijera “no, no, nunca jamás”, porque en realidad en este país es así», matiza, a la vez que asiente cuando se citan boicots llevados a cabo por su sindicato. «En este país es complicado no invo-

lucrarse en ninguna acción violenta: con que carguen en una manifestación... Y aquí es muy habitual», explica. «En una *mani* si de repente están cruzando contenedores, pues dices “aquí que voy”» —explica—, pero no, soy bastante flojo y tampoco tengo fondo como para correr», bromea. «De hecho, una de las veces que me detuvieron, cuando tenía diecisiete años, me acusaron de tirar piedras a un Patrol de la Guardia Civil, cosa que no hice. Estábamos haciendo un mural, pero nos acusaron de eso, y me condenaron a multa de 14.000 pesetas porque era menor», explica. «Luego, durante todo el periodo de la universidad, yo era una cara pública: si había follón yo solía ser el que iba a hablar con el rector y con el mando policial, así que entonces tampoco, como es evidente».

Esa violencia omnipresente que describe rodeó la vida política y social vasca durante mucho tiempo en forma de herramienta para conseguir unos fines. Esa percepción impide a Galder calificarla como buena o mala porque, en su análisis y hablando de ETA, depende de la perspectiva. «Sé que es complicado, pero no puedes juzgar con bien o mal un hecho histórico global de cincuenta años, eso es muy complicado. Si me planteas si todos y cada uno de los actos violentos han servido para algo la respuesta evidente es no, aparte de para generar sufrimiento. Si lo que planteas es si como estrategia ha servido para algo la respuesta es que sí, claro. Si no hubiera servido para nada no se hubieran sentado a negociar tres gobiernos diferentes, y evidentemente si lo han hecho es porque hay algo que quieren solucionar», analiza. «La estrategia violenta en su conjunto es difícil de analizar. Carrero Blanco estuvo bien, muy bien. Creo que hay poca gente que te va a decir que estuvo mal. Hipercor estuvo mal, muy mal, y no creo que haya nadie que te vaya a decir “estuvo de puta madre”, no cabe en ninguna cabeza», analiza. «Si tú me pones ahora aquí delante a la hija de Isaías Carrasco y me dices “dile a ella que estuvo bien” te diría “no, mira, no estuvo bien, lo siento mucho, con toda mi alma: lo que le pasó a tu padre no estuvo bien”. Si me pones aquí a la nieta de Carrero Blanco le diría “oye, pues lo siento mucho, pe-

ro estuvo de puta madre y, de hecho, la mayoría de españoles deberían agradecer aquello”», argumenta.

Galder deshilacha la violencia de ETA para analizarla, y llega a conclusiones diversas. «Éticamente estuvo mal, porque éticamente la violencia es mala: en todas partes todas las violencias son malas. Moralmente no lo sé, el tiempo lo dirá. ¿Matar franceses en 1808 estuvo bien? Para España sí, hacen fiesta nacional en Madrid», compara. Más allá de esas consideraciones, sí reconoce un fallo de base de la estrategia violenta más allá del dolor generado: el rechazo social. «Si tú lo que quieres es llevar el frente político y decir “venga, que el 60% de la población esté conmigo”, no es la mejor estrategia. Por tanto ahí está mal, mal planteada». Y políticamente, el cuarto punto, «dependiendo para qué y hasta qué punto». En ese *depende* se cuele otra consecuencia de la violencia, aunque sea indirecta: la movilización social. «La estrategia en sí no conlleva sólo la violencia. Conlleva que alrededor de eso se creen unas redes militantes muchísimo más activas que de otra manera no se darían. No es casualidad que aquí haya movimientos sociales muchísimo más activos: por ejemplo, tienes redes de solidaridad con los presos que movilizan todas las semanas a miles de personas en los pueblos, o a algunos de los movimientos juveniles más potentes que hay», dice, citando a Jarrai, Segi o al actual Ernai.

Esa movilización no desemboca únicamente en actos de protesta tales como las muestras de apoyo a los presos. «Se activa en más frentes, que pueden ir desde la búsqueda de modelos sociales alternativos a la búsqueda de modelos de organización juvenil. Eso hace que haya más organismos, lo que hace que al mismo tiempo haya fiestas populares, o que haya una representación institucional más potente», explica en referencia al tejido asociativo del País Vasco. «¿Eso quiere decir que toda la gente está con la estrategia violenta? No, eso quiere decir que la gente está con una estrategia de movimiento social o de movimiento político», comenta, al tiempo que describe a la izquierda abertzale como uno de los movimientos de izquierda «más potentes de Europa» hasta la irrupción de

Syriza en Grecia, o de Podemos en España. «La izquierda independentista lleva dentro de sí, por ejemplo, que exista un movimiento feminista, o que exista un frente cultural. Es un movimiento amplio que se define como independentista y socialista, y articula muchísimas luchas. Eso hace que puedas tener a tu alrededor a gente que puede ver con buenos ojos, o no, la estrategia político-militar, pero que al mismo tiempo considera que todos los demás objetivos por los que se está moviendo la gente son justos y son necesarios». Es ahí donde enmarca a organizaciones juveniles como la ilegalizada Jarrai: «Organizaba a miles de jóvenes en torno a reivindicaciones que en otros lugares del Estado son un erial. ¿Eso es responsabilidad de ETA? No, claro que no, pero en torno a una reivindicación concreta se forma políticamente un movimiento que lo desborda por todas partes, es mucho más rico y consigue cosas que en otros sitios sólo son posibles en grandes ciudades».

Pero toda esa red de movilizaciones sociales diversas surgidas alrededor de la estrategia violenta de ETA acabó siendo cuestionada por la Justicia precisamente por la presencia de esa violencia. «Eso llevó a lo de “ah, entonces todo es ETA”. No, no es eso: simplemente es que hay mucha gente que se siente identificada con querer una Euskal Herria independiente o con decisión propia y con más justicia social, gente que está activa en muchísimos frentes y que encima digamos que tiene puntos de anclaje, como puede ser por ejemplo la solidaridad hacia los presos», comenta. «No es única y exclusivamente estar de acuerdo con una acción armada, porque si fuera así el Estado tendría un problema muchísimo más grave. Es que tú quieres que los objetivos por los que aquellos lucharon salgan adelante», concluye. Sin embargo, muchas de esas organizaciones acabaron siendo ilegalizadas. Galder rechaza, sin embargo, que fueran en forma alguna una pasarela hacia ETA. «De hecho muy probablemente fuera al revés, porque las personas que son activas en un movimiento no lo son en otro», explica. «Además, hay mucha gente a la que han detenido por ser dirigentes de Segi que no lo eran, eso lo puedo asegurar

al cien por cien, y no porque haya una sentencia, sino porque los conozco», afirma.

«Es evidente que la gente que se integra en ETA antes ha estado militando en algún otro sitio, de alguna manera llega», reconoce, pero insiste en que el hecho de que en algunos casos sea así no significa que todos lo sean. En todo caso, asegura, Jarrai y Segi eran una cantera, pero de la izquierda abertzale. «Esa gente son los militantes jóvenes, y es evidente que van a ser los cuadros de los partidos políticos en los próximos años. De ahí a inferir que “ah, claro, pero entonces pasan”... Mucha gente pasa porque si tienes veinte años, estás militando en un sitio y te dicen que por pegar carteles te detienen y te caen diez años de cárcel, dirían “joder, pues para que me caigan doce años me voy a la clandestinidad y me pongo a pegar tiros, porque me van a caer doce años igual”», relata. «Yo he sido de la dirección de Ikasle Abertzaleak y no sé cómo se puede llegar a ETA. No lo sé. Nunca nadie me ha ofrecido nada, nunca nadie ha venido a decirme “oye, mira, si tienes algún problema vete a donde ese”. El que quiera sabrá cómo se hace, yo nunca he sentido esa necesidad y nunca lo he hecho», comenta.

Lo que sí hizo respecto a ETA fue ilusionarse con el comunicado en el que anunció que cesaba su actividad. «Era algo que se veía venir», dice. «La sensación era de alivio. Vale, sí, bien, también es verdad que pensábamos que iba a ir más rápido, tardaremos, pero vamos a solucionar algo...», comenta en relación a la política de inacción del Gobierno respecto al final de ETA. «Aquí todos sabíamos que era la vencida, que era la última. Era evidente que para la izquierda abertzale era esta, no había más oportunidades. Yo me acuerdo de eso: alivio e ilusión», dice. Aunque en su caso, más que el comunicado, menciona la Declaración de Aiete que vino poco después. «Lloré en casa», recuerda. Para él, lo que motivó esa decisión de ETA fue el bloqueo político que tenía en marcha el Estado. «El aparato político estaba completamente perdido, la organización política no podía avanzar. Las actas que se han publicado de las reuniones que hubo en Suiza demuestran

eso, que incluso el Estado hizo alguna propuesta política, se aceptó y se echaron atrás», dice, en un momento en que por parte de ETA había «una actividad militar de baja intensidad, y lo siento por los diez o veinte muertos de ese periodo, pero era algo asumible por el Estado», dice.

«Creo que la decisión se toma porque el Estado es mucho más débil en la actuación política que en la actuación militar. En la actuación militar puede coger y detener cada semana a cuarenta personas y vender fácilmente el “es que ahí está ETA”. Hoy en día es mucho más complicado para ellos. Lo siguen haciendo, pero tiene más consecuencias detener a alguien y decir “es que ETA...”, porque hay mucha gente que dirá “oiga, perdone, pero es que ETA lleva años sin atentar”», narra en una especie de conversación consigo mismo que le lleva a hablar de la política del Gobierno. «Hay dos encuestas recientes muy interesantes. Una sobre acercamiento de presos en la que el 85% de la población vasca dice que hay que acercarlos, lo que quiere decir que, por lógica, hay mucha gente de PP y PSOE que lo dice. En la otra encuesta es un poco cómico lo que se cuenta, aunque no debería ser de risa», dice en referencia al Deustobarómetro publicado en septiembre de 2014. «Preguntaron qué opinaba la gente, del 1 al 10, sobre cuánto habían hecho por la paz diferentes actores y, joder, ETA le ganaba al PP: más gente consideraba que ETA ha hecho más por la paz que el PP, y eso es algo muy grave», opina. «Ahora el único que puede ganar puntos con la resolución del conflicto es EH Bildu, y por eso otros intentan alejarse».

Al empezar la conversación Galder había dejado apartado sobre la mesa un ejemplar del diario *Berria*. Lo coge, lo despliega y enseña la portada de un día atrás. Hay una fotografía del ex-presidente del PSE, Jesús Eguiguren, que negoció durante la última tregua con Arnaldo Otegi, y Karlos Ioldi, el candidato que HB propuso como lehendakari en 1987. Lo curioso de la estampa es que entonces Eguiguren era el presidente de la Cámara, y tuvo que tomar la decisión de permitir que Ioldi, que cumplía conde-

na en la cárcel, acudiera al Parlamento para la sesión de investidura en la que se iba a proponer su nombre. «Esta foto era impen-sable hace cuatro años, y es consecuencia de que hay gente que sí que quiere ir adelante. El problema es que en el Estado eso ya no vende. Y es muy complicado: nadie gana nada en el Estado so-lucionando esto», comenta. La imagen del periódico retrata una conversación animada entre ambos mientras pasean por el campo: antiguos rivales políticos en dos trincheras diferentes, hoy alejados del foco público y con una relación casi de amistad. La imagen, además de eso, encierra para Galder la convicción de que el Esta-do no se esforzará en pasar página, lo que hace que imágenes así sean tan inusuales y se produzcan siempre a título personal y no a nivel institucional.

«Lo tenemos que hacer sólo nosotros», dice, en referencia a una vía unilateral. «Cuando lo tienes que hacer sólo tú y no hay na-die más interesado, pues...». Deja unos segundos de silencio, como augurando la dificultad del proceso. «Porque la llave de la cárcel la tiene otro, la llave para el desarme la tiene otro, y la llave para el re-conocimiento de todas las víctimas la tiene otro. No las tienes tú, y ahí tienes la dificultad», comenta. Asegura sin embargo que po-líticamente el Estado «es cada vez más débil», y cita como ejem-plos el proceso soberanista catalán o el derrumbe en Cataluña y el País Vasco del PP. «Aquí cada vez que siguen los dictámenes de Ma-drid se les acaban los argumentos. Aquí van para abajo, y no sólo por corrupción: van para abajo porque no tienen oferta, no engan-chan», analiza. «Si has entrevistado a gente del PP de aquí es posi-ble que te digan cosas muy diferentes a las que te diría un dirigente del PP en Madrid», aventura. «Al final lo que se propone es la uni-lateralidad: aquí hacemos las cosas nosotros, y vamos hacia adelante en todo sólo nosotros. Es una consecuencia lógica: no tiene ningún sentido que tú vayas diciendo “vamos a hacer las cosas por vías pa-cíficas y democráticas hasta el final” y que al mismo tiempo no se esté haciendo. El tiempo demuestra que está bien tomada esa deci-sión, no sólo a nivel moral y ético, sino a nivel político», comenta.

En ese sentido, considera que el conflicto no ha terminado con la decisión de ETA. «Depende de qué consideres que es el conflicto. De hecho, si consideras que era eso, en realidad tampoco habría terminado porque aún quedarían los temas técnicos. Pero si consideras que el conflicto es previo a la existencia de ETA es evidente que por mucho que acabe ETA el conflicto no acaba. El conflicto, como lo veo yo, es una cuestión de respeto a las voluntades democráticas de la mayoría», analiza. «Hay una acción armada concreta, que no es la única, que acaba. Acaba, por tanto, una parte bastante visible del conflicto que ha generado no sólo millones de titulares, sino también sufrimiento, presos, muertes... De todo. Pero no es la que inicia el conflicto. Cuando ETA inicia su actividad lo hace respondiendo a una situación, en su momento bastante compleja y diferente a la de ahora. El conflicto en sí sigue existiendo, pero de otra manera: sigue habiendo una negación del derecho a decidir, o del derecho de la mayoría», opina. «Muchas veces se dice que lo que hay que resolver ahora son las consecuencias del conflicto, pero el problema general no ha terminado».

Por eso, insiste en que la única opción para sus aspiraciones es una vía unilateral. «Es muy difícil, pero es evidente que hay un momento en que tienes que decir “mira, no hay manera de entenderse, y si no hay manera de entenderse lo único que puedo hacer es irme”. Lo entiendo, llevándolo a otra situación, como una relación de pareja: “Oye, mira, lo he intentado todo, pero no hay opción, me tengo que ir”. El otro, claro, no te podrá decir nada», explica con una metáfora. La cuestión soberanista es, sin embargo, más complicada por lo que implica. «Necesitas reconocimiento internacional, que otros actores digan “tú, eres un Estado”. Aunque en realidad es mucho más fácil: bastaría con que todo el mundo entendiera que hay diferentes voluntades y que la que sea mayoritaria será la que haya que hacer, con eso valdría», explica. En su opinión hay algo más que un «no reconocimiento» de ese derecho a decidir. «Hay un insulto histórico que viene

de tiempos, una negación constante. ¿Cómo se termina eso? Reconociendo que hay que hacer lo que quiera la mayoría. ¿Cuál es el problema? Que el Estado español tampoco está dispuesto a asumir eso. Entonces, ¿cómo se termina? No se puede terminar con un reconocimiento porque no se está dispuesto a reconocer, así que la única manera es esa vía unilateral: declarar la independencia cuando se tenga mayoría suficiente para hacerlo y ya veremos si la mayoría de la población está de acuerdo o no».

La clave sería si de verdad hay una mayoría dispuesta a dar un «sí». Galder apura con un último trago el vaso de cerveza y sigue. «Si tú preguntas ahora igual sale que sí, no lo sé. Pero estas cosas son a tiempo vista, planteando cuál es tu modelo social, y ahí es donde se decanta la gente a votar sí o no», explica. «Depende de cómo hagas la pregunta. La clave no está sólo en articular *independencia* con el factor nacionalista, sino en articular *independencia* con poder vivir mejor o con poder tomar decisiones económicas, como hace Syriza en Grecia cuando articula la palabra *soberanía*, o como hace Podemos: si eres capaz de articular ese discurso habría mucha gente hoy en día que, sin ser nacionalista, diría “mira, pues yo en eso sí prefiero ser independiente a seguir mandado por esta gente”». En su razonamiento, por tanto, es importante quién sea esa «otra gente» que gobierne en Moncloa y lo receptiva o no que sea. «Probablemente si Podemos gana en España habrá mucha gente en Cataluña que en los últimos años ha sido claramente independentista que diga “bueno, vamos a dar una oportunidad”. Esto es bastante más volátil de lo que parece», asegura. «Habrá que buscar una manera para que la voluntad de la mayoría se canalice», prosigue, «pero no se trata sólo de una mayoría en las urnas electorales: puedes tener una mayoría que no sea independentista, no tiene por qué ser la misma. De hecho, últimamente se está dando un fenómeno bastante grande de gente que no se declara nacionalista pero sí independentista, es un fenómeno por ejemplo que aglutinan mucho las CUP en Cataluña. Nosotros lo que queremos es decidirlo todo, un proceso constituyente, decidir cómo

mo queremos vivir, cómo queremos organizar nuestra economía, qué tipo de relaciones queremos con el resto... No es tanto una cuestión identitaria, que es mucho más difusa, o una cuestión de idioma. Es otro factor, y ahí es donde está la clave», sostiene. «Si no hay mayoría, no hay mayoría, pero yo considero que la hay, y quiero demostrarlo».

Para recorrer ese camino desde el escenario tras el fin de la violencia de ETA Galder contempla dos elementos. «A nivel político hace falta, por lo menos para mí como independentista, convencer a la gente de que no hay otra manera que hacer la vía unilateral y olvidarse de España ya para siempre. No hay opciones, no dan opciones. A nivel humano es necesario un grupo, llámalo como quieras, que se siente y diga “todo el que crea que haya sufrido que pase por aquí y me lo cuente, que cuente su verdad, que cuente lo que ha pasado”. Creo que lo dijo Laura Mintegi —cabeza de lista de EH Bildu a la lehendakaritzita en las elecciones de 2012—: cuando te dicen “aquí hace falta una verdad, o aquí hace falta un relato”, igual el relato o la verdad es la suma de los tres millones de relatos o los tres millones de verdades que tiene cada uno. Quizá sea eso. Quizá a una verdad o a un relato no se puede llegar, pero podemos todos ver y por lo menos reconocer que hay muchas cosas por todas partes que son una auténtica salvajada y que hay mucha gente que ha sufrido. Eso se podría haber solucionado políticamente de forma mucho más fácil: sólo hacía falta voluntad de solucionarlo, y reconocer las verdades y sufrimientos», asegura. «Creo que en realidad es eso, que no es mucho más: cada uno debe decir “voy a intentar llevar mi proyecto político adelante”, cada uno el suyo, y el que tenga más apoyos gana, y entre todos intentar alcanzar una garantía de no repetición. Decir “ha pasado esto, por esto y por esto”. Aquí hay muchas cosas que se tienen que solucionar y hay que hablarlas. Y no, solucionarlas no es llevarlo a vía judicial: solucionarlas es hablarlas y reconocerlas».

Pero a la hora de hablar de conciliación y encuentro sigue habiendo barreras que parecen insalvables. «“Nunca” es una palabra

bastante dura. Todo es posible, tal y como pase el tiempo...», asegura. Pero hoy en día esas fronteras existen también para él: «Ahora mismo a un guardia civil no le estrecharía la mano. Le negaría el saludo por ser de una organización asesina que ha matado a 150.000 personas en su historia, por ser militares de fuerzas de ocupación, por haber hecho lo que le han hecho a este país y porque sobran. Están aquí para asesinarnos, para torturarnos, es su trabajo. Evidentemente no podría. Si me dijera “voy a dejar de ser guardia civil” le diría “ven aquí, un abrazo”, pero si lo sigue siendo, aquí, en este momento, no le saludaría, no sería posible», dice afilando la mirada.

Coge de nuevo el periódico de la mesa y, señalando al artículo de Eguiguren y Ioldi, sigue hablando de la conciliación. «Volvemos a esta foto. Han pasado veintiocho años desde la última vez que se vieron. Claro que es posible. Es posible y se está dando, además, a muchos niveles: víctimas y victimarios de diferentes niveles, en lo político y en lo humano. Creo que es positiva y buena, y de hecho creo que es necesaria, entendiendo la conciliación como el reconocimiento de la verdad ajena, o el reconocimiento del sufrimiento ajeno», explica. «Me parecería algo brutal que el Estado hiciera lo que hizo Obama hace poco. Decir, “sí, efectivamente, aquí en los últimos cuarenta años ha habido 9.000 torturados”. Hostia, eso sería algo impresionante. Claro, no lo van a hacer», opina. «Yo no voy a negar a nadie que haya sufrido el hecho de haber sufrido. Cuando alguien me dice “he sufrido” yo no soy nadie para decirle “no, eso es mentira”. Por otra parte, me convertiría en un auténtico hijo de puta si se lo digo, ¿qué clase de persona sería?», pregunta. «Por otra parte, yo pido lo mismo si a alguien le digo “yo he sufrido”. Es cuestión de tiempo, y de quiénes sean las personas. Hay personas que nunca podrán en su vida, personas que sí, personas que por motivos obvios llevarán cosas dentro de su cuerpo hasta que se mueran, y probablemente sus hijos también. Eso pasará, como pasa con la Guerra Civil, son cosas muy complicadas. Pero el tiempo, al final, lo puede todo. Yo creo que se puede».

Hola Galder, encantado de hacerte
una pregunta. Te interesa mucho
tu opinión. Tengo 39 años, soy
vasco nacido en Irún, y llevo desde
los 19 protegido porque ~~era~~ quería
asesinarme.

¿Crees que mi asesinato hubiera tenido
alguna justificación, por pequeña que fuera
o dicho de otra manera:

¿por qué crees que hace 5 años algunos
hubieran justificado o "explicado" políticamente
mi asesinato y hoy no?

Me saluda y procuro.

Bj-

Pregunta de Borja Sémper a Galder González.

«Justificación política tienen todas las cosas: meterte en una guerra, desahuciar a un niño, hasta el Holocausto. Lo más fácil del mundo es hacer una justificación política de cualquier cosa. Todos los días vemos justificaciones políticas de cosas que son auténticas barbaridades. Él es un dirigente del PP y el PP también tiene sus responsabilidades en el conflicto, pero no quiere reconocer ni que existe un conflicto ni que él es parte de él. Me parece que no es consciente de todo el daño que el PP ha generado y sigue generando. Si no asumimos nuestras responsabilidades decir que los demás las asuman es muy fácil.

Eso no justifica moral o éticamente que él muera, pero políticamente él es un portavoz del partido contra el que está luchando militarmente una organización armada, con lo cual es evidente que tiene cualquier tipo de justificación militar y política que le quieras dar. Si eso justifica matarle, dependerá de cuál sea la estrategia que quiere llevar cada uno. Yo no le mataría, y me gustaría que siguiera en política, y todavía más que defendiera un proyecto sólo por vías pacíficas, no por vías político-militares».

Mikel



«Yo no pretendo que me pidan perdón». «A mí no me interesa el arrepentimiento». «No tengo ningún ánimo de venganza». El discurso de Mikel está plagado de frases tajantes que, a la vez, están llenas de matices porque no tienen el sentido que uno creería entender de primeras. No pretende que le pidan perdón, y a la vez reconoce que él mismo ni ha perdonado ni tiene intención de hacerlo. No le interesa el arrepentimiento, y de hecho ve casi imposible que pueda darse. No tiene ánimo de venganza, y sólo se remite «al cumplimiento de las leyes; como decía Primo Levi, eso es lo único que es necesario».

De rostro afable y respiración sonora, recuesta su orondo cuerpo en la silla de su despacho en la universidad en la que es catedrático. Se trata de una estancia pequeña, como varada en el tiempo: metal, madera, un radiador viejo y hasta un *radiocassette* negro en la pared. Viste un jersey fino azul, insuficiente para el frío día que hace en el campus de la Facultad de Economía, en Somosiaguas, en la frontera de Madrid hacia la sierra. Los edificios que le amparan no son tan vetustos como el despacho, pero todo en la Complutense parece igual: congelado en el tiempo, y no por el frío.

Mikel Buesa habla todo el tiempo con las mismas muletillas, «vamos a ver» y «pues bueno». Da unas pocas palabras de respuesta a cada pregunta, lanza una de las dos expresiones y vuelve a empezar. Así una y otra vez. En muchas ocasiones, aunque la frase encierre el drama del dolor sufrido, sonríe. Entre frase y frase deja escapar su vena docente: habla de Primo Levi, pero también de Leonardo Sciascia, de Rogelio Alonso o de Ignacio Sánchez Cuenca. Cita libros, trabajos y artículos, propios y ajenos, para apoyar sus tesis. Y su tesis es que ETA, la organización que asesinó a su hermano Fernando, no ha desaparecido, pero la situación es mucho mejor de lo que era pocos años atrás.

Su base para afirmar lo primero es racional: «ETA es obvio que no ha acabado porque sigue haciendo comunicados y sigue teniendo militantes, la mayor parte de los cuales, además, metidos en

la cárcel. Y es precisamente eso lo que está dificultando el final de ETA, por dos motivos: porque ETA quiere lograr algún resultado con respecto a sus presos que justifique su propia existencia y porque el Gobierno no está haciendo nada para aprovechar esa circunstancia y conducir a ETA al cierre final».

Su base para decir lo segundo, que la situación es mucho mejor, es una cuestión numérica. «Estamos mucho mejor que hace diez años desde el punto de vista del terrorismo, creo que esto es obvio», asegura. «Si nos ceñimos a los hechos hace ya años que no hay ninguna muerte de ETA, y en sus últimos años hubo varios atentados, pero de una dimensión muy inferior a la que habían tenido antes». Pero no todos lo ven igual. «Ya sé que entre las víctimas del terrorismo hay mucha frustración y que en muchas posturas que se defienden, sobre todo desde el ámbito asociativo, hay mucho deseo de venganza, y eso no me parece nada satisfactorio. Una cosa es la Justicia y otra la venganza. Es verdad que la Justicia es limitada porque no se puede recuperar lo perdido, y eso requiere aceptar esa situación y hay gente que no la acepta. Ahora, también hay mucha gente que lo acepta: yo conozco a muchas víctimas que incluso han perdonado a los que les hicieron mal».

No es su caso. En el año 2000 dijo que el asesinato de su hermano era un crimen de tal magnitud que los familiares no se podían permitir el derecho de perdonar. «Y lo sigo diciendo, sí», porque «en absoluto» pretende perdonar. «Lo único que pretendo con respecto a los autores del asesinato de mi hermano es que cumplan su condena. Punto. ¿Por qué vamos a perdonar?».

Aquel año 2000 fue uno de los más sangrientos en la historia reciente de ETA, con veintitrés asesinatos. El 22 de febrero añadieron dos nombres más a la lista, el de su hermano Fernando y el de su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza. ETA puso un coche-bomba que estalló en el campus de Vitoria de la Universidad del País Vasco, ubicado en una larga calle que discurre en paralelo a las vías del tren, a las afueras de la ciudad. Fernando era socialista, y uno de los impulsores del sistema actual de *ikastolas* reivindi-

cado por los nacionalistas. Mikel no simpatiza con ninguna de las dos corrientes.

Con los socialistas las cosas se torcieron ya antes del juicio tras el atentado. «Hubo tres juicios. Al primero vinieron. Vinieron un poco forzados, pero vinieron. Yo llamé al que fue presidente del Senado, ¿cómo se llamaba?... Es que tengo una memoria fatal para los nombres, sobre todo para los de los que me caen mal», sonríe, irónico, al referirse a Javier Rojo. «Le llamé y le dije “oye, que es el juicio de mi hermano”, y me dijo: “¿Y qué hacemos?”. ¿Cómo que qué hacemos, no eres tú dirigente del Partido Socialista? Pues, para empezar, dar órdenes a tus militantes para llenar la sala del juicio con gente del partido». Y así sucedió. En esa sala estarían personas que, años después, dirigirían la política vasca, como Patxi López. «Al segundo juicio ya no vino ninguno», recuerda.

Esa ruptura, para él, tiene que ver con los cambios en el partido. «Son los cuatro años que pasan desde que mataron a mi hermano hasta que el PSOE llega al Gobierno, cuando empieza un proceso que da lugar a un fortalecimiento de la corriente más vasquista dentro del partido. Luego acaban siendo los que ejecutan en el País Vasco la política que hace Zapatero en Madrid, y a partir de ese momento es cuando yo entro en oposición a ellos».

En su oposición ha aparecido vinculado a varias fuerzas políticas, pero niega su pertenencia a ninguna de ellas. Apareció en las últimas líneas de una lista del PP, pero asegura que fue una iniciativa del Foro de Ermua para apoyar la postura que entonces tenían el PP de Jaime Mayor Oreja y el PSE de Nicolás Redondo Terremos contra el nacionalismo, por lo que había miembros de la organización en puestos simbólicos de las listas de ambos partidos. También se le ha visto en mítines de Ciudadanos o de Vox, pero explica que asistió por invitaciones de miembros que son amigos suyos y fue como gesto de cortesía. «Nunca he sido miembro de un partido político hasta que se me ocurrió estar entre los fundadores de UPyD, cosa de la que estoy muy arrepentido», asegura. Tampoco en el partido le tienen mucha estima. «No has podido

escoger peor, siento decirte», comentaba en privado un alto cargo de la formación antes de la entrevista al escuchar su nombre.

«No es que yo tenga nada personal, simplemente es que uno está defendiendo unas cosas y de repente la política va por otro lado, pero yo como no me dedico a la política no voy por otro lado. Es tan sencillo como eso», resume. Quien sí está en política, además de estarlo Fernando cuando le mataron, es su otro hermano. Jon Buesa es una figura destacada del PNV que atravesó momentos complicados cuando el atentado. En aquellos días las manifestaciones de nacionalistas y no nacionalistas iban por separado, y eso le causó no pocas críticas en un momento tan doloroso. También Mikel se lleva críticas. «Su punto de vista es muy distinto al de otros miembros de su familia, hay otras voces a las que escuchar», sugería días antes y también en privado alguien conocedor de su entorno, sugiriendo que hay diferentes visiones dentro de su núcleo familiar.

Un socialista, un nacionalista y uno enfrentado ideológicamente a unos y otros. La de Buesa podría decirse que es una familia atípica, pero en realidad no lo es. «En el País Vasco hay muchas familias como la mía», dice sonriendo al tiempo que comenta que tiene una relación extraordinaria con ellos. «El problema de la política es hacer de ella una especie de tótem que lo invade todo, incluidas las relaciones personales. En la familia de mi padre eran dieciséis hermanos, por lo que hubo mucho material para que hubiera todo tipo de posturas. Durante la República y la Guerra Civil uno de sus hermanos era dirigente de ANV, otros de los hermanos estaban en algún partido republicano, otros se alinearon rápidamente con el movimiento nacional, entre ellos mi padre... ¿Quiere decir eso que se llevaban mal entre ellos? En absoluto, siempre se llevaron bien, pero bueno, cada uno tenía sus ideas políticas».

No es sólo una cuestión de familias. En el País Vasco los círculos sociales son así también. «Y así debería ser», asegura. «La política tiene sus espacios de confrontación, sobre todo electoral, pero

una vez cumplidas las elecciones las relaciones personales deben ser normales y además deben incluir la propia discusión política: tú no tienes por qué pensar lo mismo que otro para ser su amigo. Y si no piensas lo mismo no tienes por qué eludir un problema de naturaleza política para no discutir».

Eso es algo que, sin embargo, sí ha pasado allí. Y mucho. «Es verdad que en el caso del País Vasco hemos vivido una polarización demasiado fuerte, y la gente tendría que ser un poco menos vehemente con los asuntos políticos. Nada más». Toma aire en unos segundos de silencio y sonrío. «Discutir es muy sano, pero una cosa es discutir y otra cosa es enfadarse. Son cosas completamente distintas». En la sociedad vasca todos, de todos los signos ideológicos, están en contacto y se conocen, pero otra cosa es que haya más vínculos que ese. «No tengo relación con gente de Bildu, pero tengo algunos buenos amigos nacionalistas», reconoce.

A ellos, los de Bildu, los describe como una «minoría radical» que existe en cualquier sociedad. «En unos sitios esas minorías radicales se manifiestan como racistas y, en otros, como sucede en el País Vasco, como independentistas. Negar la existencia de ese fenómeno es absurdo. Ahora bien, yo preferiría que en vez de estar en el Parlamento Vasco o en los Ayuntamientos no estuvieran». No se refiere a una nueva ilegalización, sino a que el resto de partidos se pusiera de acuerdo para excluirles defendiendo que entre PNV, PP y PSOE «hay muchas más afinidades que con la izquierda abertzale».

«En un marco político institucional que refleja una fragmentación muy grande esos fragmentos tienen que buscar elementos comunes. Tampoco es tan difícil acordar algunos elementos que conducen a una gestión de gobierno. Cada uno tiene sus diferencias ideológicas, pero si estamos dentro del sistema esas diferencias ideológicas no cuestionan radicalmente el sistema». Y para él la izquierda abertzale sí lo hace. «Si a Bildu se le impidiera gobernar donde no tiene la mayoría absoluta, Bildu no sería nada. Si cogemos esos ciento y pico ayuntamientos resulta que son mayoría en

unos poquitos de ellos, muy poquitos, y casi todos son de menos de quinientos habitantes, pero el poder político que han alcanzado es mucho mayor que eso porque gobiernan en minoría, porque los demás partidos no han sido capaces de dejarles fuera. Es verdad que han sido la minoría más votada, pero han preferido dejarles que gobiernen y yo creo que eso es un error político». Para él hay que impedirles gobernar «simplemente porque existe la capacidad política para dejarles fuera».

Desde el asesinato de Fernando han cambiado muchas cosas, no sólo la ilegalización de la izquierda abertzale y su posterior regreso por la puerta grande a las instituciones. También ha habido decenas de asesinatos nuevos, el primer Gobierno vasco no nacionalista o el anuncio del final de la violencia por parte de ETA. Desde entonces hasta ahora Mikel ha centrado gran parte de su carrera investigadora en intentar desentrañar el impacto económico de ETA en la sociedad. En un momento de la conversación se arrastra, sin levantarse de la silla, hasta un armario bajo junto a su mesa y saca un ejemplar de su libro *ETA S.A.*, y rebusca entre sus páginas para encontrar cifras. Cuando encuentra la página, empieza a recitarlas: «A precios de 2002, y hasta 2008, veintiocho millones y pico de euros en daños personales cubiertos por pólizas de seguro, casi ciento treinta y cinco millones como consecuencia de las indemnizaciones a las víctimas, casi cuatrocientos dos millones en indemnizaciones por responsabilidad civil, y luego el capítulo más importante, que es el de las pensiones, que suponen sólo para el período que va de 1994 al año 2008 casi quinientos setenta millones». Deja de leer, rebusca otra página de su libro *ETA S.A.*, y sigue. «Las indemnizaciones por daños materiales han supuesto otros cuatrocientos treinta y dos millones de euros, más cinco mil setecientos sesenta y un millones de euros de la paralización de la central nuclear de Lemoniz. Luego, los costes de seguridad tienen un promedio anual para el periodo de 1994 a 2003 de tres mil trescientos ochenta y seis». Levanta la vista y, cerrando el libro, sigue: «De todos modos, el mayor coste económico del terroris-

mo es el que afecta al crecimiento económico. La pérdida de potencial de crecimiento para el País Vasco ha supuesto, entre 1993 y el 2008, unos ciento treinta mil millones de euros». Toma el libro con la mano y levanta el dedo índice. «Ese sí que es el coste. Ahora, así como los otros costes son irrecuperables, este último se recupera», dice mientras deja el libro en la mesa y lo extiende hacia adelante. «En economía, en cuanto desaparecen los desincentivos, la inversión se recompone y empieza a crecer por encima, en su nivel potencial. Existe un dividendo económico de la paz».

Su análisis de la situación no es el que se espera de un ideólogo, o de una víctima, sino el propio de un economista: un balance entre el deber y el haber. «Los efectos negativos que produjo ETA en la economía vasca empezaron a atenuarse a medida que fue disminuyendo la intensidad de la campaña terrorista, y eso es algo muy fácil de ver: mientras duró había más gente que se iba del País Vasco que la que entraba. Cuando empieza a reducirse a la mínima expresión y desaparece empieza a haber más gente que va al País Vasco que la que se marcha. Son datos de la estadística de variaciones residenciales del INE», explica.

Con las cifras en la mano entiende lo que otros critican, como la reducción progresiva de escoltas. «Si desaparece el riesgo no vas a dedicar recursos, eso es absurdo». Y con ese mismo criterio no tiene problemas en ensalzar las medidas de unos nacionalistas a los que critica en todo lo demás. «Han hecho políticas muy favorables al crecimiento. Así como en otras partes de España lo de que para que la economía crezca hay que mejorar la tecnología es pura retórica, en Euskadi no, y hay políticas muy certeras en ese sentido». Los datos económicos, al final, esconden un optimismo muy simbólico por lo impensable que hubiera sido hace unos años. «Volverá a ser una región de inmigración para otros españoles, porque hay mucha capacidad, mucha iniciativa y mucho capital que puede movilizarse».

También parte de la economía para explicar por qué ETA vivió tantos años. «Un negocio yo creo que no ha sido», asegura. «El

terrorismo es una forma de guerra barata. Cuesta muy poco dinero. Montar una organización terrorista está al alcance de cualquiera, lo que hay que tener es la voluntad política de desarrollarla», incide. «Pero por la cuestión de medios, el coste de las armas ligeras y los explosivos, que es lo que utilizan, es muy bajito. Además, estas organizaciones son siempre bastante pequeñas en general. En ETA en algún momento ha debido haber hasta dos mil personas, como mucho, y tampoco viven en un mundo lujoso, así que su mantenimiento es relativamente poco costoso».

En el hecho de que ETA anunciara el final de su estrategia violenta Mikel también ve un condicionante económico. «La ilegalización de Batasuna en el año 2002 y 2003 fue un golpe brutal que les hizo casi desaparecer, porque este conjunto de organizaciones obtenía sus recursos por una parte de la representación política y por otra del manejo de esa representación. Y claro, cuando tienes a una asociación que se dedica a no sé qué cosa y ya no tienes influencia política tampoco tienes recursos, así que tampoco tienes esa asociación. Por tanto, esto supuso una contracción fortísima de la capacidad política y de proyección social de la izquierda abertzale», sostiene.

Según su visión, la decisión de ETA es consecuencia de un cambio en la izquierda abertzale, pero un cambio que no responde a una revisión política, sino a la economía. «Ha habido un cambio, no en el sentido de repudiar el terrorismo, sino en el de considerar que es poco conveniente. Es más, si se dieran las circunstancias políticas adecuadas, la izquierda abertzale volvería a promover la campaña terrorista. A mí de eso no me cabe ninguna duda». En su opinión, con la ilegalización «aprendieron que en contra del Estado ya no podían hacer nada, y es a partir de esa experiencia cuando empiezan a buscar una manera de volver a situarse que entra en contradicción con el desarrollo de la campaña terrorista, que por otra parte también empezó a disminuir de manera importante gracias a la intensidad de la represión policial y judicial». En ese punto ensalza la labor de otro rival de ideas,

el entonces ministro del Interior Alfredo Pérez Rubalcaba, con quien compartió aulas en el colegio del Pilar en Madrid cuando eran niños. «Es el artífice del coletazo final de ETA, porque, aunque durante la negociación se redujeron drásticamente las detenciones, las tareas policiales se mantuvieron, cosa que no había ocurrido por ejemplo en la tregua del 98, en la que en el caso de la Ertzaintza desmantelaron todo el aparato policial». «A mí no me gusta demasiado Rubalcaba —reconoce—, pero la realidad es que la potencia represiva del Estado sobre ETA después del atentado de la T4, en el que murieron Carlos Alonso Palate y Diego Armando Estacio, es imponente. Y esto avala la idea, que nunca ha sido expresada de una manera muy clara, de que el propio Rubalcaba era contrario a la negociación con ETA, o no era un ferviente partidario, y desde luego no es su diseñador». El «diseñador» del proceso que critica «es Ignacio Sánchez Cuenca, y ese diseño está en el epílogo de su libro *ETA contra el Estado*». Lo de Rubalcaba es una idea, pero lo suyo es notorio: para él no se debió dialogar con ETA de la forma en que se hizo:

¿Qué problema hay en sentarse a hablar?

¿En sentarse a hablar de qué?

De lo que sea.

¿Sentarse a hablar quiénes?

Que emisarios del Gobierno anterior se sentaran a hablar con ETA.

Ahí es donde aflora la discrepancia más profunda con la política antiterrorista que se desarrolló en los años finales de la vio-

lencia de ETA. «En sentarse a hablar hay un problema muy importante, que es que ETA no había cesado su campaña, no había expresado su intención de disolverse ni nada por el estilo, y utilizó esa negociación para tratar de recomponer sus propias bases», dice en referencia a los atentados que sucedieron a las conversaciones. «Lo de la T4 no es una cosa que se prepara en media hora, eso tarda meses, y como el de la T4 unos cuantos más que vinieron meses después. Por tanto, es un error político de primera magnitud una negociación establecida con una organización que no conversa para acabar con la campaña terrorista, sino que hace una pausa en la parte espectacular de esa campaña para tratar de recomponer sus fuerzas». El rechazo es tan profundo que en su día no escatimó críticas contra compañeros de filas como Fernando Savater o José María Calleja, que aceptaron una invitación del entonces presidente del Gobierno para reunirse. «Aquello fue una cagada de Savater. Y de hecho dejó a *Basta ya* fuera de juego durante bastante tiempo. La rehabilitación de Savater y de la gente de *Basta ya* en el mundo contrario a ETA me la deben a mí», mantiene.

Para él las dos partes lo hicieron mal. «¿Qué inconveniente hay en sentarse a hablar? Pues muchos cuando las condiciones no son las adecuadas». A los primeros les reprocha las intenciones: «Si ETA hubiese dicho “tenemos la voluntad de disolvernó”, que es lo que hizo la ETA político-militar, entonces yo creo que no debería haber ninguno». A los segundos les reprocha su acción: «Los asuntos políticos hay que resolverlos con acciones políticas que sean claras y que estén sujetas a la discusión política de todos los ciudadanos, no a unos que se sientan en Oslo y hablan de esto y de lo otro como si todos los demás no existiéramos».

Con críticas al proceso seguido y dudas sobre si de verdad conducirá al final definitivo, quedan muchos escollos que superar. Uno de los principales es el de presos como los asesinos de Fernando. La solución para desatascar la situación pasa, de nuevo, por una lectura económica: «En este mundo todo es una cuestión de incentivos. ¿Qué ofrece ETA? El heroísmo, un heroísmo que ha-

ce que haya personas que estén pudriéndose en la cárcel y hasta el gorro. Imagínate a un individuo que está cumpliendo condena por colaboración, al que le dices que si se va de ETA su condena queda reducida a la mitad. Claro, esos incentivos son muy fuertes», defiende. Pero no es eso lo que se hace ahora. «Si lo que tú les dices es “no, vosotros arrepentíos, sed unos delatores...”». Muchos de ellos no pueden ser delatores de nada porque son meros ejecutores de órdenes. Es verdad que hay jefes de ETA que podrían serlo y podrían aclarar muchos de los crímenes que todavía están sin aclarar, pero esos son unos poquitos nada más, cuatro “pelaos”. La mayoría son la morralla del ejército etarra». Y entre los demás asegura que muchos «están arrepentidos de haber estado en ETA porque quieren salir de la cárcel, pero no lo suficiente como para ser unos chivatos».

En cualquier caso, plantea dudas sobre algunos de los testimonios de presos de ETA en los juicios. «Cuando a gente así les ha preguntado el juez han dicho que no recuerdan nada. Bueno, puede que estén diciendo la verdad..., pero no me lo creo. Hay acontecimientos en la vida de los individuos que..., en fin, algún detalle se te puede escapar, pero si tú fuiste a matar a otro junto con un compañero y habías vivido con él alguna buena temporada dentro de un comando, te acuerdas de que ese iba contigo». Acaba la frase y levanta de la mesa las dos manos a la vez: «Eso es impepinable». «No estoy hablando de soltar los presos en la calle», explica sobre lo que habría que hacer con esa parte de los convictos, «estoy hablando de incentivar que sean los propios militantes de ETA los que desistan de estar en la organización». El objetivo es que tenga lugar un vaciamiento de la misma que los aboque a la desaparición. La propuesta, «que no puede aplicarse a los que han cometido delitos de sangre», es similar a lo que hicieron en Italia con las Brigadas Rojas y la Ley de disociación. «Esa desvinculación además tenía que ser efectiva y permanente a lo largo del tiempo, de tal manera que un desvinculado que volviera a hacer cualquier acto de propaganda, o que demostrase cualquier con-

ducta que tuviera relación con las Brigadas Rojas, volvía a la cárcel».

Los resultados en Italia, asegura, fueron definitivos. «Dieron un plazo de treinta días para que quien quisiera acogerse lo hiciera, y fueron unos mil quinientos brigadistas. Eso acabó con la organización», según recuerda. «Por tanto, no se trataba de soltar presos que firmaban un papelito y ya se ha arreglado todo, no, era una cosa mucho más seria». En las antípodas de esa propuesta «mucho más seria» estaría la política de reagrupamiento en cárceles cercanas al País Vasco de presos arrepentidos que se mantuvo durante unos años. «Lo de la vía Nanclares es de coña», espeta. «Es un diseño mal realizado con un resultado malo, porque veintitrés o veinticuatro presos sobre un conjunto total de más de seiscientos... que no me cuenten que eso es un resultado bueno».

En la propuesta que Mikel plantea, el acercamiento no es el incentivo: «Si las leyes penales dicen que un preso con un problema puede ser trasladado a otra cárcel para tener una mejor solución, no me parece mal. Me hubiese parecido mal que lo hubiesen tratado de excarcelar por la puerta de atrás». Se refiere entonces al caso de Josu Uribetxeberria, que cumplía condena por varios asesinatos y secuestros y falleció un año después de ser excarcelado para ser tratado de un cáncer terminal. «Hay gente que dice que, encima, no se arrepintió. ¿Y a mí qué más me da si se arrepintió o no? Yo creo que no había que haberle excarcelado por la simple razón de que planteó un desafío al Estado con una huelga de hambre, y el Estado no puede ser tan débil como para responder a ese desafío excarcelándole. Ahora, ante un individuo con cáncer, que está en una situación terminal, pues apliquemos lo que dicen la leyes penales, no necesitamos ninguna moral», dice en referencia a la idea del arrepentimiento. Antes que el de Uribetxeberria cita otro caso similar, el de Aitzol Gogorza, con severos trastornos psiquiátricos: «¿Qué le pasó a Gogorza? Pues que es un suicida y, claro, como el Estado no puede permitir que los presos se suiciden en la cárcel, necesitaba un tratamiento específico y en este caso el

tratamiento no consistía en sacarlo a la calle, sino en colocarlo en la cárcel de Basauri, cerca de su familia, donde pudiera tener visitas y estar acompañado de otros presos para que no se suicidara... Bueno, esto es lo que dicen las leyes, pues cumplamos lo que dicen las leyes, no necesitamos inventarnos ningún tipo de excusa».

Buesa critica que, respecto a ETA, siempre ha habido disposición para hacer «una interpretación flexible del derecho». Se hizo con la ETA político-militar en los 80, y aunque valora que el resultado fuera bueno «en el sentido de que hubo un centenar de individuos que abandonaron el terrorismo», también tuvo efectos negativos: «La consecuencia fue que se quedaron sin resolver unos cuantos crímenes que estaban en manos de esos individuos que salieron de la cárcel, algunos de los cuales incluso hicieron luego una carrera meritoria de carácter democrático». Para él, la solución no es «arrinconar la ley para justificar una operación política», sino hacer una ley «que ajuste las actuaciones políticas al derecho, y además que sea conocida por todo el mundo y que sea discutida en el Congreso». Separa por tanto ideas como «arrepentimiento» y «cumplimiento de condena». «El terrorismo es una cuestión política, y las cuestiones políticas no se resuelven con criterios morales, se resuelven con criterios políticos», sostiene, en una frase que levantaría ampollas en boca de un representante de la izquierda abertzale. «A mí que un terrorista se arrepienta o no me da igual, lo que me importa es que deje de utilizar la violencia para tratar de lograr sus fines políticos. La cuestión es que yo a esa afirmación no le doy ninguna connotación moral, pero ese de la izquierda abertzale sí. Para él, alguien que ha matado por sus ideas es un preso político y, efectivamente, es un preso político. Pero cuando el abertzale dice “es un preso político”, no está diciendo que lo sea porque haya hecho la política a través de la violencia, sino porque es un preso de conciencia, que es una cosa bastante distinta. En este país hemos vivido una dictadura y hay gente que ha estado en la cárcel por sus ideas políticas, y eso es ser un preso político y a la vez un preso de conciencia. Pero estos de ETA no son pre-

sos de conciencia, son presos políticos porque su delito es de naturaleza política, pues consiste en haberse llevado por delante a una o varias personas haciendo política a través del ejercicio de la violencia. Por lo tanto, están muy bien metidos en la cárcel, y no están ahí por su conciencia, sino por sus actos violentos».

Si el arrepentimiento no debe entrar en la ecuación y la delación no funciona, ¿cabe al menos la reinserción? «Posible es. Hay presos de ETA que han salido de la cárcel y luego se han ido a su pueblo y se han puesto a trabajar allí. ‘Candidito’, como llamaba Pilar Elías al asesino de su marido (Cándido Azpiazu), salió de la cárcel y montó su cristalería, con poca fortuna, por cierto, y no tenemos ninguna noticia de que haya asesinado de nuevo ni nada por el estilo. Ahora, seguro que sigue siendo ultranacionalista e independentista, que vota a los de Batasuna... , pues bien, pues vale. ¿Que a mí no me gustan esos individuos? Pues no, no me gustan, pero viven en una sociedad con el mínimo que debe ser respetado, que es la vida de los demás». Y cita algunos otros ejemplos: «Mario Onaindia, a quien tuve yo la oportunidad de conocer hace bastantes años, había sido un miembro de ETA; Teo Uriarte fue miembro de ETA —tras la escisión de ETA-PM, ambos pasaron a Euskadiko Ezkerra y, de ahí, al PSOE— y bueno, ahí está, ejerciendo. Quiero decir que la reinserción es perfectamente posible. Ahora, es posible también que haya algunos individuos que no sean reinsertables», reflexiona mientras levanta la mirada por encima de las gafas.

Pasados quince años, los asesinos de Fernando ni se han arrepentido ni se han reinsertado. Mikel tampoco se plantea reunirse con ellos en caso de que eso cambiara y pidieran hablar con él. Tampoco quiere mandar pregunta alguna a ningún otro entrevistado. «Prefiero que no», se excusa, siendo el único que se niega a participar. No es sólo en eso en lo que es el único: está enfrentado a los socialistas, es contrario a los nacionalistas, no tiene relación con el partido que ayudó a montar, mantiene cuentas pendientes con compañeros de plataforma y, según su entorno, también

discrepancias con el núcleo de su familia, aunque él asegure tener una extraordinaria relación con ellos. Mikel sabe de economía, de balances y de facturas, pero, como la de tantos otros arrastrados por esta historia, también sabe de las fracturas que hay a su alrededor¹.

¹ Mikel, a diferencia del resto de entrevistados, se negó a participar en la rueda de preguntas y respuestas.

Rafa



«No nos conformamos con la coexistencia, hay que ir a algo más, al entendimiento, a la reconciliación». Rafa llegó a Madrid con una meta: normalizar las relaciones con el resto de los grupos políticos en el regreso de la izquierda abertzale al Congreso. La labor no era fácil: los ortodoxos de la organización sólo habían recogido su acta de diputados una vez, un 20 de noviembre que acabó con Josu Muguruza asesinado a tiros e Iñaki Esnaola gravemente herido tras un atentado de la ultraderecha en las inmediaciones del Parlamento. No regresaron. Hasta que otro 20 de noviembre, el de 2011, lograron siete diputados. El calendario a veces esconde guiños para la historia. En la lista había de todo: independientes herederos de la extinta Batasuna, gente escindida de IU y miembros de Eusko Alkartasuna, como Rafa. A él lo sacaron del País Vasco a regañadientes. Se había pasado diecinueve años en el Parlamento Vasco, y había perdido su escaño por apenas unos votos. Cuando le dijeron de ir a Madrid el encargo no le emocionó, confiesa casi en voz baja, pero acabó aceptando. En su formación y sus creencias —es numerario del Opus Dei— tiene marcada a fuego la idea del sacrificio, de «dedicar al común», de concebir la vida «como una misión», en una lectura que combina fe y política. Y su misión quizá más arriesgada fue la de acompañar a la izquierda abertzale clásica al Congreso.

En Amaiur, nombre que recibió esa convergencia abertzale en Madrid, midieron muy bien los gestos. En los puestos más visibles no colocaron a jóvenes de discurso agresivo, sino a dos personas experimentadas y peso discursivo. Así el portavoz sería Iñaki Antigüedad, exdiputado autonómico de Herri Batasuna, pero también catedrático y uno de los abertzales que condenó el asesinato de Inaxio Uría en 2008. Junto a él el propio Rafa Larreina, que llevaba casi dos décadas intentando que ese sector ortodoxo de la izquierda abertzale se lanzara de forma decidida a la vía exclusivamente política. Su firma —literal— está en el Pacto de Lizarra, en el Plan Ibarretxe, en las conversaciones de Loyola o en aquel acuerdo parlamentario que el PNV y EA firmaron con Eus-

kal Herritarrok. Los seis nombres de aquel documento fueron los de Xabier Arzalluz, Joseba Egibar, Arnaldo Otegi, Joseba Permach, Carlos Garaikoetxea y él mismo. Al final acabó imputado en el llamado «caso Atutxa» a cuenta de la presencia de los abertzales en el Parlamento. No es casual tampoco ver la asignación de escaños en el Congreso. La mayoría absoluta del PP fue tan grande en 2011 que los diputados de ambos grupos se *tocaban*, con lo que eso podía suponer. Larreina fue el designado para ocupar el escaño «fronterizo con el PP», primero junto al diputado gallego Juan de Dios Ruano y después junto al cántabro Javier Puente. Los primeros puentes se construyen con símbolos como esos.

Antigüedad acabó renunciando al escaño por no poder compaginarlo con su labor universitaria, pero no fue Larreina el elegido como portavoz. «Una de las cosas que más lamento es no ser euskaldun», comenta. «Hablo euskera, pero mucho peor de lo que quisiera, y me cuesta mantener una conversación larga». Por eso en su lugar pusieron a otro de los independientes, Xabier Mikel Errekondo que, además, cumplía otro papel simbólico: su paso por la selección española de balonmano junto a Iñaki Urdangarin ayudaba a suavizar su percepción. Así las cosas, el hombre designado para acercar posturas en la izquierda abertzale resultó que no era el perfil que Madrid hubiera esperado: es del Opus Dei y no habla euskera. «Muchas veces desde la tribuna he dicho “bueno, a muchos de ustedes quizá les extrañe que un independentista vasco les diga que le preocupa España, pero a nosotros nos preocupa que no vayan bien las cosas en España”», comenta.

La cuestión religiosa le ha supuesto no pocas preguntas pero, asegura, ningún problema político, ni siquiera cuando sus postulados morales entran en colisión con lo que propugna su partido en materia de matrimonio homosexual o aborto, por poner dos ejemplos. «En el ámbito de la izquierda se entiende mucho mejor lo que es la objeción de conciencia, algo que siempre se me ha respetado: nunca me he sentido ni atacado ni perseguido», asegura. «Es imposible que nadie esté identificado al cien por cien con

un partido político, es imposible el pensamiento único». Niega, en cualquier caso, que el Opus Dei esté a la derecha y lo atribuye a que en el régimen franquista hubo cargos del Opus, aunque también exiliados, «lo que pasa es que esos no salía en los periódicos y eran menos conocidos». En la Iglesia Católica más amplia también hubo exiliados, como el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, «en el exilio con la república y con el franquismo», e incluso fusilados.

A Múgica lo vetaron unos por monárquico y anticomunista y otros por nacionalista. Y así, entre dos aguas, también ha navegado Larreina. O entre más de dos, porque Amaiur es fruto de la convergencia de tres fuerzas distintas, y ese es un valor importante para él «en una sociedad que se caracteriza por la división continua, donde constantemente surgen nuevos partidos y escisiones». El hilo conductor de la coalición son sus objetivos comunes: «La soberanía, el derecho de Euskal Herria a decidir su propio futuro, y también una visión progresista y de izquierdas de las soluciones a los problemas de la sociedad en clave de justicia social». Lo recita de carrerilla, como si lo dijera decenas de veces al día. Y fruto de esa unión resulta la decisión de volver a las instituciones una vez superada la etapa de las ilegalizaciones.

«Se conjuntan dos tradiciones diferentes, la institucionalista de EA con esa otra de la izquierda abertzale que no valoraba tanto las instituciones. Es la etapa de participar y de estar», dice, aunque con matices de lo que define como «un sistema de participación peculiar». «Nosotros aquí, por ejemplo, no entramos en las enmiendas parciales de las leyes, porque no es nuestra misión ni el compromiso que tuvimos con nuestros electores: nuestro compromiso era traer aquí la voz de Euskal Herria», comenta, mientras le aflora el discurso nacionalista. Habla de «la existencia innegable de un pueblo, de una nación, que está ahí y que hay que reconocer» y de que «hay que reconocer a sus ciudadanos el derecho a decidir su propio futuro». Habla de que «se concibe España como prisión, y las naciones o los Estados nunca pueden ser prisiones: tienen

que ser de libre adhesión». Ese es el problema de fondo, «que se diga que uno tiene que ser español quiera o no quiera, y que eso es inamovible y es así porque lo digo yo, y porque siempre ha sido así, aunque no haya sido siempre así», matiza. «En todas las encuestas desde hace treinta años hasta ahora, las haga quien las haga, la suma de los que se sienten sólo vascos y los que se sienten más vascos que españoles supera ampliamente al resto, así que ahí hay una clara base identitaria».

Y con todos esos hilos este tejedor de puentes llegó al Congreso. Cuando lo hizo, la situación no era fácil: ETA ya no mataba, pero había mucha desconfianza mutua. «Venía muy condicionado por la historia pasada y por la realidad mediática, que muchas veces no se ajusta a la realidad de las cosas. Muchos pensaban que al llegar, no sé, íbamos a quemar escaños, a montar barricadas en los pasillos e igual sacábamos una pistola en cualquier momento», ironiza. Sólo ya con «estar» se daba un paso «importante para superar el pasado y construir un futuro nuevo. En esta legislatura, que alguno podría considerar inútil porque se ha avanzado muy poco en la normalización en cuanto al tema vasco, creo que sí se han puesto bases para que se pueda hacer de forma mucho más rápida y eficaz en una nueva legislatura». Los gestos no han terminado en el Congreso: fuera de los focos de las cámaras, miembros de la izquierda abertzale como él han acudido a homenajes de víctimas, también de ETA, siempre que las familias lo han querido. «Llegamos aquí en una fecha significada con ese objetivo de normalizar las relaciones con el resto de fuerzas políticas», recuerda, y pone un ejemplo de los gestos que intentaron. «El pasado 20 de noviembre, que fue el veinticinco aniversario del asesinato de Murguruza, salí a la tribuna del Congreso para reivindicar que durante esos años se había producido un escandaloso silencio, porque esta Cámara nunca había dicho nada sobre ese atentado, e incidí en esa voluntad nuestra de abordar todas las injusticias que se han producido en este país. Como muestra de ello señalé que en esa misma fecha se había arrebatado la vida a otras personas: a Santi Brouard,

a un guardia civil que mató el GRAPO y a dos policías nacionales que mató ETA. Quisimos recuperar el recuerdo y el respeto al dolor de todas esas familias, citando a esas personas que también en esa fecha habían sufrido la injusticia». Larreina sabe, sin embargo, que hay «injusticias irreparables», como las define. «Cuando a una persona se le ha arrebatado la vida no se le puede devolver, pero sí hay otros ámbitos de reparación que hay que abordar, y hay que hacerlo sin excepciones. Esa es la tarea».

Ese «sin excepciones» incluye «las torturas en las cárceles y en las comisarías». Habla de las «cerca de setenta condenas en firme, y muchas más contra el Estado español por no investigar», habla de que un documento del Gobierno vasco cifra «en casi cuatro mil las personas afectadas», de declaraciones «de organismos internacionales, desde el relator de la ONU hasta los tribunales de Derechos Humanos de Estrasburgo o Amnistía Internacional. El fin nunca justifica los medios, y además en materia de derechos humanos nunca caben excepciones, ni para ETA, ni para el Estado, ni para la policía». Insiste en que hay que dar respuesta «a todas esas injusticias. Y no se trata de equiparar, se trata de reconocer lo que ha pasado y dar a cada situación la respuesta que necesita, porque convivir —argumenta—, pasa por esa reparación, por ese reconocimiento mutuo y por la reconciliación». Abandona el gesto grave y esboza una sonrisa: «Esa es la tarea de esa nueva etapa política, que es tan complicada como la anterior, pero que en este nuevo escenario es mucho más factible y desde luego es muy positiva».

Larreina, en su discurso, responde a las réplicas que se suelen hacer desde fuera del mundo abertzale. Lo hace primero con la idea de «equiparar», aun sin haberle preguntado al respecto, y lo repite al referirse a lo que se suele identificar como una denuncia casi sistemática en los detenidos. «Cuando se dice que es una táctica que se utiliza siempre, la de denunciar, pues habrá o no habrá táctica, pero es una realidad muy diferente: los que han sido condenados y han aceptado la pena y los hechos que se les impu-

tan han denunciado tortura en muchos menos casos que los que han sido absueltos y no han reconocido nada». Ahora mismo, reconoce, «se están recibiendo menos denuncias», aunque apostilla que «últimamente también ha habido menos oportunidades» porque hay menos detenciones, y cita a un magistrado en un acto de Amnistía Internacional que hablaba de estos hechos como algo «que no era sistemático, pero tampoco extraordinario» aún hoy en día.

El pasado es otra historia. En él aparece la sombra del cuartel de Intxaurrondo. «Ha sido un agujero negro de los derechos humanos durante muchos años. Ahí estaba el llamado “GAL verde”, un grupo de la Guardia Civil al que se ordenó actuar con violencia contra supuestos radicales en tiempos de la guerra sucia contra ETA. «Era fruto de aquella época en que el fin justifica los medios y en que para evitar que hubiera atentados valía todo. El caso más significativo es el de Mikel Zabalza, una persona que es detenida, que desaparece y que aparece ahogada en el río, y del que todo el mundo tiene el convencimiento de que murió en Intxaurrondo». En su opinión, el origen del problema fue ese axioma del *todo es ETA*, «quienes forman parte de la organización armada y todo lo que pueda haber alrededor, o que yo pienso que pueda estar alrededor», comenta poniéndose en el lugar de las autoridades. Pone un ejemplo para ilustrar la idea, haciendo referencia a lo absurdo de ilegalizar al PSOE porque ETA propugna la independencia y el socialismo». «Coincidir con los fines no significa compartir los medios, ni muchísimo menos. Yo siempre he sido independentista y siempre he estado en contra de ETA», relata. «En mi época de la universidad, cuando había pintadas en que ponía “Haz la mili con los milis”, algunos estábamos en el movimiento de objeción de conciencia e insumisión a la mili contestando con pintadas que decían “Ni mili, ni milis”».

No lo nombra entre las «injusticias», pero por cosas así alguna de las muy pocas críticas que desliza van hacia el trato recibido por otras fuerzas políticas. Habla, por ejemplo, de que en EA

hay militantes que han sido víctimas de ETA o han vivido bajo presión, y pese a esa vivencia se ha optado por acompañar a la izquierda abertzale hacia la vía política. «Desde EA siempre se transmitió una idea muy clara de que con la violencia no hay nada que hacer, y de que sin violencia estamos dispuestos a apostar, a apoyar, a acompañar, a recorrer el camino que haya que recorrer. Y eso al final ha sido así». Por eso le duele recordar «cuando el PP te echaba en cara no sé qué, cuando sus concejales en pueblos pequeños venían de fuera porque sus simpatizantes en el lugar no se atrevían, o porque directamente no tenían. Ese concejal lo pasaba mal las dos horas del pleno, pero mi concejal, que sí era del pueblo, lo pasaba mal allí las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, las cuatro semanas del mes y los doce meses del año». Cada elemento de la enumeración temporal viene acompañado de un ligero golpe de nudillos en la mesa.

«Sí, hemos sufrido acoso, yo creo que todos, en la calle», reconoce. «Uno se puede quedar en eso, en sufrir la injusticia... O en dar un paso más». Salen a relucir los nombres de Begoña Garmendia, la concejal de HB en San Sebastián que condenó el asesinato de Gregorio Ordóñez, o el de Patxi Zabaleta, que se salió de la formación para montar Aralar —ahora integrado en EH Bildu— apostando por los mismos fines pero sin el uso de la violencia. «Mucha de esa gente no se quedó sólo en el rechazo, en el sufrimiento, ni en un ánimo de revancha, de venganza, en dar pábulo al odio. Lo sufrieron, pero al mismo tiempo siguieron trabajando para que esto acabara y para que no lo tuvieran que sufrir otros». Habla también de los movimientos sociales, de Gesto por la Paz, de militantes de EA que se manifestaban con ellos «de los que guardaban la pancarta en su casa», de Elkarri y luego Lokarri, de ámbitos de la Iglesia... Nada de lo conseguido, insiste en varios momentos de la conversación, ha sido repentino. «En estos procesos intervienen múltiples factores. Son fruto de muchos años de trabajo para conseguir convencer de que la utilización de la violencia no tiene sentido para defender ideas y proyectos políticos».

No ve una única causa, pero sí una principal: «El elemento fundamental es la propia reflexión dentro del ámbito de la izquierda abertzale, que tomó su propia decisión. En estos temas no se trata de vencer, sino de convencer. Nadie quiere la injusticia, nadie quiere el dolor, ni propio ni ajeno. Y a través de todos esos años de violencia ha habido mucho dolor, por todas partes».

En ese camino señala la sucesión de fracasos, como lo fue el pacto de Lizarra, del que fue firmante y cuya intención defiende que no era excluyente. «Se interpretó así, y quizá tuvimos un fallo a la hora de explicarlo porque no lo supimos transmitir», reconoce. «También es cierto que desde otros ámbitos no se estaba dispuesto a admitir que no era algo no excluyente», dice sonriendo. «Se mezclaron las dos incapacidades. Pero era un acuerdo en clave de derecho a decidir, no en clave de qué es lo que hay que decidir. Cuando se ha hablado del proceso de Lizarra como una «tregua trampa» yo tengo la seguridad absoluta de que no fue así: era una tregua que iba en serio, había un proceso que iba en serio. Lo que pasa es que no se fue capaz entre todos de sacarlo adelante por distintas circunstancias, por la cerrazón de unos, por el inmovilismo de otros, por las iteraciones de unas posiciones y de otras... Pero ya en el año 98 había esa voluntad de superarlo, y luego se intentó superar en los acuerdos de Loyola, y luego siguieron las conversaciones también con el Gobierno... Y bueno, al final se abrió camino, no sin dificultades, no sin problemas, no sin disgustos, como pasa todo en esta vida».

Poco después de aquel acuerdo fallido, también puso su rúbrica, junto al PNV, en un polémico acuerdo parlamentario con Euskal Herritarrok. «Fue un 19 de mayo del año 99. Se firmó porque hubo una declaración clara de rechazo de la utilización de la violencia, y aquello formaba parte de este proceso. Entonces había ya una reflexión para dejar esta etapa y avanzar sólo por vías políticas. Lo que pasa es que cuando Lizarra no salió bien llegó a comienzos de diciembre el fin de la tregua y a comienzos del año 2000 se producen dos asesinatos de ETA, el de un militar —Pedro Anto-

nio Blanco— y el de Fernando Buesa. Aquello supuso una enorme conmoción, y en aquel momento Euskal Herritarrok no fue capaz de dar una respuesta aceptable a aquellos dos atentados desde el punto de vista de superación del conflicto. Y aquel proceso saltó por los aires», recuerda.

Tiempo después también fue ponente del llamado Plan Ibarretxe, cuyo fracaso fue distinto. «Ahí no hubo un problema de explicación, ahí hubo un claro posicionamiento político para deformarlo». Parafrasea bromeando a quienes hablan de «treguas trampa» usando la expresión «argumento trampa» para referirse a quienes decían que hay cosas que no se pueden decidir por el 51% de los votos. «Yo puedo estar de acuerdo con eso, pero ojo, que si el 51% no es válido, el 49% menos. Y normalmente cuando se argüía eso era para imponer el 49% al 51%. Y eso que no estamos hablando del 51%, que siempre ha estado en torno al 60-40», dice en referencia a la hipotética consulta soberanista en el País Vasco.

Asegura que el plan «estaba claro, se difundió bien y tenía apoyo social», pero achaca la campaña en contra a que «lo que se estaba pensando era en el día después. Es lo que decía en su día Jaime Mayor Oreja, que el problema no era ETA, el problema era el día después de ETA, el proyecto independentista. Y creo que en el Plan Ibarretxe el problema no es el Plan o el nuevo Estatuto, el problema es que si admitimos esto ya se abre el camino para que en un determinado momento los vascos puedan decir que quieren ser independientes. Ese era el miedo que estaba detrás y el que orquestó toda la respuesta a ese texto jurídico, que no era un texto independentista», asegura.

Casi a la vez en el tiempo llegó un nuevo fracaso, que esta vez le tocó de forma directa. La Justicia persiguió al presidente del Parlamento Vasco, el dirigente del PNV Juan María Atutxa, por no disolver el grupo parlamentario de Sozialista Abertzaleak, heredero de Euskal Herritarrok, como consecuencia del proceso de ilegalización al que estaban sometidos. Aquella causa acabó con la

imputación de los miembros de la mesa y de sus portavoces. «Viví aquello con una cierta tristeza desde el punto de vista democrático, porque era la negación de la democracia. Se nos quería imputar como delito por ejercer nuestra función parlamentaria. Aquello formaba parte de aquella teoría de *todo es ETA* y todo vale contra ETA, hasta subvertir los principios democráticos básicos, como obligar, que es lo que se pretendía, a los parlamentarios a votar en una determinada dirección», recuerda. «Al mismo tiempo lo viví con tranquilidad total porque estábamos actuando en clave totalmente democrática». Respira y sigue el relato. «A los portavoces nos absolvieron, pero a los miembros de la mesa los condenaron en una grave injusticia, retorciendo la legislación, porque consideraban que tenían una función administrativa en vez de política. Ahora creo que está en Estrasburgo el tema, todavía dando vueltas».

Esos fueron algunos fracasos de muchos intentos. «A veces las cosas no salen a la primera, salen a la segunda, a la tercera...». De hecho, hubo más oportunidades perdidas, como las conversaciones de Loyola, en las que también se implicó, y cuyas cabezas negociadoras fueron el socialista Jesús Eguiguren y Arnaldo Otegi. Aquel diálogo acabó con el atentado de la T4, pero fue el germen de todo lo que vino después. «Nada de esto sería posible sin todo aquello», ha comentado Larreina en alguna otra entrevista. La cuestión es si no pudo ser antes, para ahorrar tantos fracasos y tanto sufrimiento.

El proceso, según él, había empezado mucho antes. «La mayoría de la izquierda abertzale veía la violencia como algo no deseable. La veían irremediable en aquellas circunstancias, pero como algo no querido. Estoy convencido de que la inmensa mayoría siempre ha pensado que la violencia no era buena, que las injusticias que se generaban y el dolor que se causaba y que surgía alrededor de la violencia era algo no deseable. Lo que pasa es que muchas veces no se sabe cómo superar, cómo avanzar». Al final muchos factores desatascaron esa reflexión. «La propia evolución

de la propia sociedad vasca, los contactos de los partidos, la evolución del mundo... Todo eso ha hecho evolucionar y llegar a la conclusión de que no tiene sentido utilizar la violencia, que hay que abrir cauces políticos y democráticos y que son esos por los que hay que avanzar», reflexiona.

«La represión policial también ha jugado un papel, pero no ha sido el elemento fundamental —asegura—, porque represión policial ha habido durante muchos años: cúpulas de ETA se han dismantelado un montón, y sin embargo ha seguido la actividad porque había convencimiento». Para él la clave es la apuesta de la izquierda abertzale por la política. «No estamos ante delitos comunes, son delitos de convicción, así que lo que hay que cambiar es la convicción, si no, no hay forma de superarlo. Por eso digo que el elemento fundamental ha sido esa convicción, esa decisión de que esto no puede seguir así, de que hay que abrir una nueva etapa, de que hay que cambiar». Para él la prueba de que ese convencimiento existe son gestos como las declaraciones de portavoces de Sortu «hablando del reconocimiento del dolor, de pedir disculpas porque muchas veces no se ha sabido transmitir esa cercanía a las víctimas. Eso se ha hecho de forma explícita, no por puro marketing, porque no habría por qué hacerlo: se hace porque hay ese convencimiento».

El motivo de que esa decisión no cristalizara antes tiene que ver con la teoría del *todo es ETA*, que centró la acción judicial y policial de finales de los años 90 y principios de los 2000. «Fruto de esa teoría se produce toda la ilegalización de Batasuna y esa ilegalización, lejos de favorecer el fin de la actividad armada de ETA, lo dificultó. Estoy convencido de que si no se hubiese ilegalizado a Batasuna el fin de la actividad armada hubiese sido diez años antes, porque ese proceso de reflexión estaba en marcha», sentencia. «Ahora mismo tenemos a Arnaldo Otegi en la cárcel por trabajar para que ETA acabase. Otegi es uno de los elementos que más ha contribuido y trabajado para que ETA acabase, y se lo ha condenado por eso, por trabajar para conseguir la paz. Es-

tuve de testigo en el juicio y le dije a la jueza que en las mismas reuniones que había estado él había estado yo». Sin embargo, eso no sirvió para que no encarcelaran nuevamente al líder abertzale, ni tampoco para que lo acusaran a él. «Esa misma actitud está retrasando otros diez años la normalización política y esa reconciliación que tenemos que conseguir entre todos», asegura refiriéndose ahora al Gobierno de Mariano Rajoy. «Esa actitud inmovilista de no hacer nada, de no sé si pensar que a ver si así se pudre todo, está retrasando esa otra fase que es fundamental y positiva para la sociedad».

Lo que habrá al final de esa fase está por ver, pero él imagina muy diferente el País Vasco de dentro de diez años. «Lo imagino con un nuevo escenario en el que está garantizado el derecho a decidir, actuando en paralelo las instituciones de la comunidad autónoma vasca, las de la comunidad foral de Navarra y las instituciones de Iparralde, y trabajando en la constitución de un proyecto común dentro de Europa». Todo ello «en una situación en la que la violencia afortunadamente formará parte de la historia pasada, y será mucho más lejana de lo que la vemos ya ahora, que ya la vemos bastante lejana».

«A veces concibo mi vida en clave de misión, entre comillas, y yo creo que la misión está concluyendo ya». Esa misión era «avanzar en la paz, la normalización y el fin de ETA», enumera. «Todavía no está, pero ya falta poco», sonrío con cierto aire de esperanza. En cierto modo no parece que se negara a repetir en el Congreso si se lo pidieran..., pero sí que preferiría que no lo hicieran. «Yo quiero que otros se impliquen, que las nuevas generaciones de gente más joven se tienen que implicar en construir el futuro, que va a ser su futuro, y a recoger la tarea anterior, continuarla y culminarla. A los jóvenes les diría que se mojen. Uno de los temas que me han indignado más es cuando se critica a los políticos. Esa persona igual está ahí porque gente que tú piensas que es mejor, o igual tú mismo, no habéis querido estar, porque muchas veces es más cómodo ver los toros desde la barrera y cri-

ticar, o tener tu vida familiar y profesional libre de otras preocupaciones, o ganar más dinero. Eso es mucho más cómodo, que se mojen otros y luego protestar y criticar. Soy de los que defienden que todas las personas tenemos que dedicar una parte de nuestra vida al común, que se planteen el aportar una parte de su tiempo a contribuir, a sacar las cosas adelante, a aportar una visión diferente a la que te dan otros. Les diría que menos criticar y más mojarse», insiste.

«Yo querría volver a mi casa», se ríe. «Creo que al final las personas cubrimos una etapa... Porque aquí son cuatro años, pero se me acumulan a los anteriores». En total, casi media vida empujando para tender puentes desde la política. Y la misión le ha valido la pena. «Cuando echo la vista atrás en mi vida, al final sí he conseguido contribuir a algo importante para mi país, que es el ayudar a conseguir la paz. Y eso ya te da la sensación de misión cumplida».

Aupa Rafa,
El Estado hace caso omiso a cualquier iniciativa de paz. Tú has tenido diferentes experiencias antes y ahora...
¿Cómo llevas que Madrid sea un muro a pesar de que -me consta- intentes llegar por la parte humana a la solución?
¿Es complicado como creyente no ver bondad humana para solucionar algo que podría ser tratado y solucionado?

Pregunta de Galder González a Rafa Larreina.

«Detrás de todos los planteamientos hay algo de bondad. En esta vida es imposible hacer todo bien y es imposible hacer todo mal, y en medio andamos todos. Cuando hablas de un problema que tiene detrás muchas injusticias cometidas y sufridas, a veces también entiendes que haya gente que sea reticente a buscar solución. Lo que es más difícil de entender es cuando esos planteamientos de rechazo, de obstrucción, de negarse a hacer el esfuerzo de buscar soluciones, proviene de quienes no han sufrido de forma directa las injusticias. Suelo pecar de optimista más que de pesimista. Y a pesar de que efectivamente hay muchas barreras, mucha incomprensión y desde Madrid muchas veces se ponen piedras en el muro en vez de quitarlas, creo que merece la pena intentarlo y creo que al final habrá solución».

Aitor



«Analizando qué fue antes, el huevo o la gallina, nos encontramos con todo el corral lleno de mierda». A Aitor le cuesta concretar frases: «Estoy poco inspirado hoy», se disculpa varias veces, pero aun así deja algunas afirmaciones que darían para titular la entrevista si su destino fuera un periódico. Ese corral lleno de mierda es lo que queda tras años de violencia, y el huevo y la gallina serían ETA y el conflicto en sí. «No podría decir que este conflicto empieza con el surgimiento de ETA, porque surge por otras circunstancias históricas. Es un capítulo, quizá uno de los últimos escritos, uno de los más importantes, pero no el único y desde luego no el primero», dice entre el barullo de platos y cucharillas de alrededor.

La conversación tiene lugar en la cafetería de un hotel, donde unas chicas enjoyadas y con ropa demasiado apretada hablan a voz en grito con el hombre que las acompaña. Él, rondando los cincuenta y aún más entrado en carnes que ellas, apenas dice nada mientras, recostado en la silla y con la camisa abierta algunos botones de más, mira de soslayo hacia la mesa donde estamos. «Me están sacando de quicio, me están desconcertando», vuelve a disculparse un rato después.

Un año atrás Aitor Merino estrenaba *Asier ETA biok* (*Asier y yo*), un documental de hora y media que lo ha devuelto a sus orígenes. En él relata desde el presente su historia con Aitor Aranguren, su mejor amigo desde que eran niños. Los primeros minutos de grabación de aquella cinta los hizo a escondidas, entre las ramas de una planta, mientras su amigo del alma se abrazaba a familiares y amigos. Él no sabía que le grababan, y Aitor tampoco sabía entonces que eso acabaría siendo una película. En ese momento él sólo pensaba en inmortalizar un momento que para él era emocionante: habían ido a recibirle cerca de la frontera con Francia, donde las autoridades lo habían llevado tras abandonar la cárcel. Acababa de cumplir condena por pertenencia a banda armada. Asier había pasado por ETA. La conversación tiene lugar dos años más tarde de lo que debió. Cuando arrancó la campaña de *crowdfunding* con la que se financió parte del coste del documen-

tal se intentó hacer una entrevista a dos bandas, con Aitor y con Asier. El propio Aitor respondió al mail ofreciéndose a la entrevista sin problema, pero disculpando a Asier porque este no quería hacerla. «Me temo que de momento no será posible, ya que está un poco abrumado por la repercusión que está teniendo el documental y prefiere mantenerse al margen, pero quizás sea cuestión de tiempo. Es una persona a la que vale la pena conocer y escuchar». Reiteraba el agradecimiento, volvía a ponerse en disposición de hacer una entrevista en solitario y daba su número de teléfono. Entonces casi nadie había oído hablar del documental en los medios de Madrid.

Aitor ya ha superado los cuarenta, pero porque lo dice su carnet de identidad, que no su cara. Sí, se le dibuja alguna arruga en el contorno de los ojos, de esas que salen al sonreír, posiblemente porque es algo que hace mucho. Moreno, con barba de algunos días, jovial y cercano, atractivo de la forma en la que los actores saben serlo. No puede esconder que su registro es el del humor pero, por el contrario, y si uno se fijara en los estereotipos, no se diría que es vasco. «Vasco de Pamplona», dice, pero en realidad es vasco nacido en San Sebastián y, eso sí, criado en Pamplona. Allí es donde empezó su historia con Asier. La vida los separó cuando decidió emigrar a Madrid hace un par de décadas, precisamente para perseguir el sueño de ser actor, y no le fue mal del todo. No ha ganado un Goya, pero le han nominado. No ha protagonizado ningún taquillazo de esos que hacen que luego te pasees por todos los anuncios de la televisión, pero ha aparecido en cintas de esas que cualquiera recuerda, como *Historias del Kronen* o *Te doy mis ojos*. Ahora, tras haber dirigido *Asier ETA biok*, sabe que muchas cosas pueden cambiar. Le pasó a Julio Medem cuando dirigió *La pelota vasca*, y más recientemente a Gotzon Sánchez, que protagonizó un anuncio de Coca-Cola que pidieron que fuera retirado al saberse que era simpatizante de la izquierda abertzale. El documental de Medem se estrenó en octubre de 2003, un año y siete meses después de que detuvieran a Asier.

«Buf, lo de Medem fue muy serio. Y hostia, lo de Gotzon», se ríe con cierta amargura y abre mucho los ojos. «Qué fuerte», y tuerce el gesto mientras niega con la cabeza. «Tengo la suerte de no ser una persona tan conocida como Julio Medem o como otros compañeros de profesión, actores muy famosos que han expresado públicamente opiniones discordantes y que han pagado un precio por ello». Se refiere, por ejemplo, a Willy Toledo que, de hecho, sale en su película. Es un momento breve, cuando el propio Aitor explica a cámara que va a hacer un documental sobre Asier para poder responder una pregunta recurrente de sus amigos de Madrid acerca de cómo es posible que su mejor amigo sea de ETA. No deja de ser «un recurso narrativo», como él mismo dice, y Toledo juega en él haciendo su aparición con pantalones bajados y sentado en el inodoro. «Guillermo es muy amigo mío, de toda la vida, y hemos hablado mucho del tema político», comenta. «Encima en el váter, es la hostia», se ríe con ganas. «Es que tenemos mucha confianza Willy y yo, y nada más entrar me dijo: “¿Dónde te hago la entrevista?”», y al decirlo nos miramos, nos echamos a reír y salió en el váter», rememora entre risas.

El documental es, en general, así. Tiene una profunda densidad política, con momentos complicados e incómodos, y tiene otros en los que él mismo aparece en cámara para compartir sus puntos de vista o contar cosas. Y, como buen actor cómico, deja su sello. Desdramatiza, sí, pero también da un toque surrealista a algunas escenas. Como cuando cuenta que una vez, tras una noche de fiesta siendo jóvenes, la policía entró en casa de Asier y lo detuvo. No a Asier, a él. Lo habían confundido con alguien de ETA. Lo sacaron de la cama, lo esposaron, lo empotraron contra una estantería y lo encañonaron con una pistola mientras le gritaban. La escena, en el documental, la cuenta él mismo, con la cámara en una mano y un secador de pelo en la otra, mezclando la rabia e impotencia con expresiones cómicas. «Me salió humorístico porque me ponen una cámara delante y es que no lo puedo evitar, hacer el idiota», dice sonriendo. «No fue una cuestión deliberada, pe-

ro quizá sí un pequeño deseo de desdramatizar, de hablarle al espectador como si estuviéramos hablándole a un amigo. Y esa es la idea, que a los amigos no se les cuentan las cosas de la misma manera, uno pretende quitarle la sordidez a los temas». El usar el humor para este tipo de relato no es del todo nuevo. Lo han hecho en *Vaya semanita* de EiTB o, fuera del País Vasco y aunque de forma muy *naïf*, en el taquillazo dulzón de *Ocho apellidos vascos*. «Supongo que es parte del camino de la normalización», comenta. La diferencia es que en el documental de Aitor, al terminar la delirante narración del secador de pelo a modo de pistola, aparece un corte real de la rueda de prensa que ambos amigos ofrecieron días después para denunciar los hechos y el trato recibido por los agentes.

Él no es Medem, ni es Gotzon Sánchez, ni tampoco es Willy Toledo. Pero sabe que puede pagar un precio por contar su historia. «Sí, sé de cosas que han pasado ya que me han dejado bastante alucinado, como por ejemplo una persona que no quiso estar en un proyecto en el que yo estaba como protagonista porque había hecho esta película», comenta con cara de sorpresa. Da un par de vueltas a la taza de té que tiene delante y, con gesto serio, sigue: «Me intriga más que nada saber cómo reaccionarán las grandes cadenas. Es decir, no sé si podré trabajar en alguna serie para Atresmedia, Mediaset o Sogecable, las grandes corporaciones. He trabajado muchas veces para ellos, pero no sé cómo podrá afectar esto, no tengo ni idea. Pero bueno, siempre he dicho que si se cierran algunas puertas se me abrirán otras, y es así».

Si las consecuencias pueden no ser agradables, menos ha sido hacer la película. «El proyecto poco a poco se fue haciendo un marrón», cuenta, y por muchas cosas. Primero por lo complicado que resulta contar intimidades incómodas de un amigo y por las diferentes vivencias de ambos al respecto. Segundo por el vacío de los canales de distribución tradicionales, que marginaron la cinta. Tercero porque, cuando iba a estrenarse, la policía volvió a detener a Asier junto a varios abogados del colectivo de presos acusán-

doles de colaborar con ETA, lo que hizo que el proyecto tuviera cierta presencia en prensa, pero acabó por espantar a los distribuidores. «La nueva forma de censura es la omisión. Los medios no es que censuren directamente el material al que podrían recurrir para tener una visión de conjunto o profundizar en un tema, sino que, y yo creo que se hizo de forma clarísima con el conflicto vasco, se omite una parte de la realidad sociopolítica, vivencial y humana con unos propósitos claramente políticos. Y eso ha llevado a que el conflicto sea mucho más enconado y a que las posturas se alejen mucho más la una de la otra», reflexiona. «Lo que le pasó a Medem es un ejemplo muy claro: un director hace una película en la que simplemente personas de distintas sensibilidades políticas hablan con libertad ante la cámara y se crea un revuelo tremendo», recuerda con pesar. Entonces se hablaba de que publicar ciertas visiones suponía «dar alas al terrorismo».

«¿Qué era dar alas al terrorismo? Decir cualquier cosa que se saliera del discurso oficial y que significara que en el otro lado del conflicto también había razones. No digo que justifiquen lo que han hecho, pero que sí que explican muchas cosas, y que tienen que ver con la libertad de hablar, de decir lo que uno ha vivido o lo que siente. Toda esa parte ha sido omitida, y sigue siendo omitida», asegura. «El documental mismo es un caso de ello: no lo ha comprado ninguna cadena estatal, y la distribución ha tenido que realizarse a través de salas de arte y ensayo o de universidades». Pasaba cuando lo de Medem, y considera que aún sucede: «Este tema todavía sigue siendo un tabú, porque se ha utilizado de una manera tan emocional y con unos intereses tan determinados que el decir algo que se saliera de ese discurso era hablar como si estuvieras apoyando a ETA. Esa cosa del blanco y negro».

De ahí el recurso narrativo de intentar explicarle su historia de amistad con un etarra a su gente en Madrid. «Yo he vivido esto siempre en Madrid: te ponías a hablar de cualquier cosa, como el derecho a la autodeterminación, y la primera frase era “sí, pero por eso no hay que matar”. Y tú decías “que yo no estoy hablan-

do de que haya que matar, yo estoy hablando del derecho a poder decir”. “Ya, pero para eso no hay que matar”. Que ya sé que no hay que matar», comenta con una cara apenada y moviendo los brazos con las palmas hacia arriba. «El “para eso no hay que matar” siempre desarticulaba cualquier discurso. Se mete en una misma caja el empleo de la violencia con unas ideas que tienen que ver con un proyecto político, o con el deseo que uno tiene dentro del colectivo social en el que vive», lamenta. «Uno puede explicar mucho, la dificultad está en que el otro entienda algo de lo que tú quieres explicar». «Esto —lo del huevo y la gallina—, es tan complicado que por eso quisimos hacer una película de hora y media, aunque tampoco explica la mitad de las cosas. La necesidad de hacerlo viene porque hablar del tema político siempre ha sido muy complicado en Madrid, sobre todo o, además, porque estaba ETA en pleno auge, haciendo muchísimos atentados y eso implicaba una emocionalización del tema que impedía hablar sin prejuicios. Y bueno, surge de esa necesidad de explicar que las cosas no son tan sencillas como se nos cuentan, o que al menos las vivencias que yo tengo difieren bastante del discurso imperante en los medios de comunicación y del discurso político en Madrid. De la necesidad de explicar a mis amigos una serie de cuestiones como quién soy yo, qué siento, qué es lo que quiero, cómo podrán sentirlo ellos...». Y su mejor amigo, Asier, hace de sujeto pasivo en toda esta historia.

«Para Asier la película ha sido un proceso muy difícil. Ha sentido lógicamente mucha inseguridad porque ya sabía que de un lado iba a ser juzgado de una forma determinada, aunque esa batalla ya la daba por perdida. Pero también supongo que él temía estar participando en un proyecto que fuera en contra de sus propios principios, y eso era algo que nosotros tampoco podíamos tolerar. Una cosa es cuestionarle y otra cosa es destruirle», relata. «Uno recibe críticas cuando se muestra», dice encogiéndose de hombros. «La película ha estado siempre rondando en un filo muy delicado. Aun a pesar de que no me gusta hablar por él, cuando fui a bus-

carle con la cámara a la salida de la prisión yo creo que él imaginaba que haríamos una película en la que se le iba a ver a él solamente como una víctima y no como un sujeto activo que pudiera ser objeto de crítica. Conforme la película fue avanzando, con el rodaje hubo algunos episodios en los que fuimos viendo que aquello se iba a torcer —comenta riendo—, lo más delicado ha sido el proceso con él. El tratar de ser equilibrados en este sentido, manteniendo por un lado el punto de vista crítico y honesto respecto al conflicto y a la amistad y, por otro, preservando la amistad como algo tan importante», comenta.

Esa tensión casi llegó a pasarles factura. «Tanto como para correr peligro no, pero digamos que los momentos más tensos de nuestra relación se han dado a raíz de la película». Y, a pesar de eso, volvería a hacerla «sin duda». ¿Y Asier? «Buf, no lo sé», comenta riéndose. «Lo que sí sé seguro es que una segunda parte no quiere, eso ya te lo digo yo, ni de coña. Ni su familia», y vuelve a reírse. «Ha sido un proceso de muchísimo trabajo que nos ha llevado a conocernos más y mejor, y a querernos mejor también». «Lo que yo siento es que la película no creo que retrate con justicia a Asier. No pretendíamos hacer un retrato suyo, pero nos hemos dado cuenta de que los espectadores la entienden como eso y sacan conclusiones personales que no tienen nada que ver con cómo reaccionarían si lo conocieran en persona. La cara que se muestra en la película no es nada amable, ni es precisamente su lado más tierno, por decirlo de alguna forma, o el más querible del amigo que yo conozco. Lo vemos hasta discutiendo con su madre», comenta. Y esa es quizá la escena más incómoda de toda la cinta: la de la cena de Nochevieja.

En la mesa, cuatro comensales: Aitor, Asier, su novia y su madre. Hablan del pasado, de los 80 y 90, y ella entonces dice que siempre se ha sentido orgullosa de cuando sus hijos eran antimilitaristas. Se refiere a los inicios de Asier, en los que amigos y familiares lo acompañaban como objetores de conciencia y se enfrentaban a la policía por negarse a la obligatoriedad del servicio militar. La

forma en que lo dice y cómo lo dice molestan a Asier, que se enfrenta a ella. Lo de «cuando eran antimilitaristas» choca de lleno con el hecho de que su hijo acabara metiéndose en una organización militar como es ETA. «La madre le recrimina, y él le dice que no lo entiende, que no lo apoya, que no lo respalda», comenta Aitor. En la película, durante la discusión, la madre de Asier sentencia: «Yo no veo a mi país libre con una gota de sangre, es que me pone enferma». Su hijo, intentando argumentar, le llega a decir que «si hay algo grave es quitarle la vida a otra persona. Ahora, ¿qué puede llevar a una persona a quitarle la vida a otra? Es eso a lo que hay que entrar». Al rato, la madre se levanta para traer algo de la cocina y Asier, ya en un tono más distendido con su novia, inquiere a su madre refiriéndose a un antepasado que se echó al monte con armas para combatir durante la guerra. Ella niega que hubiera armas, pero sin mucho éxito. Discusión terminada.

«Yo lo que pretendía era mostrar un lado más amable de todo esto», comenta Aitor. «Sabía que entre ellos había diferencias, pero pensé que la escena se convertiría en un alegato involuntario al entendimiento mutuo, que acabaría con abrazos de reconciliación, de hacer hincapié más en lo que nos une que en lo que nos separa, o en lo que tenemos en común que en lo que no. Y de lo que me di cuenta es de que no, que todavía no es ese momento. La discusión desde luego no era lo que yo esperaba, y tampoco esperaba la respuesta tan firme de Asier. Pensaba que habría un poco de otra cosa para la que quizá todavía no estamos preparados», lamenta. «También hay que tener en cuenta que la película se rodó años atrás, y han ido pasando cosas...», reflexiona. «En esa cena la reacción natural de Asier fue no querer que la conversación estuviera grabada. Hay tal grado de confianza que la situación se grabó sin que ellos se acordaran de que estaba ahí, porque yo no dejo de ser un amigo que está con una cámara», recuerda Aitor. «No es una situación tampoco tan extraña. Se ha vivido en casi cada familia vasca, en las que las diferencias ideológicas han roto muchas sobremesas. Creo que es marca de la casa. Me imagino que debe

ocurrir en muchos conflictos, pero más en este que está tan mezclado y en el que en una misma familia puede haber personas de sensibilidades no sólo distintas, sino, en muchos casos, contrarias». La escena termina con todos brindando y deseándose un feliz año nuevo. Asier y su novia añaden una coletilla en euskera, deseándose además «independentzia eta sozialismoak».

La novia de Asier aparece antes de esa escena en la película cuando, recién salido él de la cárcel, visita en el hospital a una tía anciana de esas que transmiten infinita ternura. Lloran, se abrazan y se besan, y, con inocente cariño, ambos se ponen a cantar, tía y sobrino, canciones de la infancia. Pero no son canciones de cuna, ni de coches de papá: las letras hablan de invasiones y soldados vascos. Al terminar, la novia se presenta a la anciana como descendiente de asesinados, como quien cuenta de qué se conocen las familias de un pueblo o a modo de credencial. En ese retrato que no es un retrato hay escenas para todos los gustos, algunas familiares y otras más propias de amigos, desde verles juntos en el monte comiéndose un bocadillo y riendo, hasta pasear por su antigua aula del colegio. Y también el momento en el que Asier llega a su barrio de Pamplona tras salir de la cárcel. Allí le esperaban decenas de simpatizantes, le dedicaron un *aurresku*, le obsequiaron con flores, y él cogió el micrófono para dirigirse a los congregados. Hay gestos pixelados en la producción de la cinta, así como momentos en los que también se pixelan los labios de Asier para que no se pueda leer lo que dice. En medio, gritos, consignas y banderolas. «Aquello descolocó más a mi hermana Amaia», con quien Aitor ha hecho la película. «Cuando lo grabé yo no pensaba nada más que en grabar, y no me dejé llevar mucho por los sentimientos en ese momento. Pero cuando ella vio el material se quedó patitiesa», confiesa.

El discurso de Asier, micrófono en mano, es de una absoluta ortodoxia, hablando de ETA como «nosotros» y describiendo las decisiones tomadas. Adelanta, además, una de ellas, la de aparcar la violencia y apostar por la vía del diálogo. En ese momen-

to ETA aún no había comunicado su intención de dejar las armas, así que aquello fue casi el adelanto de una exclusiva, aunque lanzada a una parroquia de simpatizantes y gente cercana a un núcleo ideológico muy identificado. «Hay que tener en cuenta que yo a Asier lo había visitado bastantes veces a la cárcel y ya sabía más o menos lo que pensaba, y sabía cómo se sentía respecto a su propia militancia. Para mí no fue tanta la sorpresa», comenta Aitor. «Sí que es verdad que luego, viendo las imágenes, me sentía como *buf*. Yo me he criado en este ambiente, pero ahora mismo tampoco siento que toda esta liturgia me represente», asegura. «Él no reniega de donde ha estado», comenta Aitor. «Yo no quiero mostrar a Asier sólo como una víctima, pero entiendo que tienen que pasar muchas cosas para que tú tomes una decisión así. Lo que lleve a una persona a entrar en una organización como ETA, que implica todo lo que implica, es una cuestión que creo que sólo puede responder cada uno. Creo que son un conjunto de circunstancias que tienen que ver con lo que uno vive desde muy pequeño», dice. «Lo que sí veo en común es que hay un contexto político, aparte de unas reivindicaciones muy concretas. Hay un pasado que pesa, un presente que también influye y también una cultura en el sentido político». En varios momentos de la conversación se incide en la misma idea: entender o explicar no es justificar, y aquí lo repite una vez más. «Me pregunto de dónde viene la idea de que la violencia es legítima y útil. Uno no entra en una organización para hacer daño a los demás porque sí, sino que piensa y defiende que lo que está haciendo está bien, es necesario y, además, va a ser útil y es éticamente aceptable». Da el último sorbo a la taza de té que sostiene entre las manos. «Todos somos responsables de nuestros actos, pero nosotros somos nosotros y nuestras circunstancias».

Las chicas y el hombre que le ponían nervioso ya no están. Un par de mesas más allá hay un pequeño grupo de ancianas engalanadas con pinta de frecuentar el lugar. Comenta que él mismo podría haber acabado entrando en ETA. «Quién sabe, dependien-

do de en qué ambiente me hubiera metido, y más en un momento determinado de mi vida, yo podría haber tomado un camino u otro». ¿Y si no se hubiera ido a Madrid, acaso el futuro de Asier hubiera sido distinto? «No, no lo creo, para nada. Asier y yo siempre hemos tenido discusiones apasionadísimas, pero llega un punto en el que uno no puede transformar al otro. No me creo con tal poder», sentencia. Lo que pasa, pasa, y tiene que pasar. Y pasa por algo más complejo que el decidir un día que se ingresa en ETA. Sin embargo, la de Asier parece una especie de profecía autocumplida. En la película, Aitor cuenta que el padre de su amigo fue detenido y acusado de ser parte de ETA por estar en el consejo editorial de *Egin*. Él mismo no se lo creía, porque asegura que no es cierto. La detención es, bajo su punto de vista, otro ejemplo de esa tendencia a meter en el mismo saco el tener una ideología y el estar en ETA. En la narración es, además, el catalizador que impulsa los hechos. Tras un tiempo sin saber nada de su amigo, y después de la detención del padre, Aitor recibió en Madrid una carta que alguien deslizó bajo su puerta. En la cinta es un manuscrito sobre papel cuadriculado, como arrancado del cuaderno del colegio que compartieron. En el texto, Asier explica a su amigo que ha entrado en ETA y que va a estar tiempo sin saber de él, que toma la decisión poco menos que porque tiene miedo a que le detengan como a su padre y le torturen, y que por eso cruza la frontera.

A la pregunta de si Asier sigue siendo parte de ETA, Aitor levanta las cejas y niega con la cabeza, extrañado: «¿Qué significa pertenecer a ETA? ¿Cuándo te dan el carnet de militante de ETA y cuándo te lo quitan? ¿Quién lo decide? Él entró en ETA en 2002 y perteneció a ETA hasta que fue detenido, a partir de ese momento pasó a ser un preso. Los siete años y pico que estuvo en distintas cárceles francesas él estaba en el colectivo, pero..., ¿cómo se ejerce de militante de ETA?». Responde con muchas preguntas, pero en realidad tienen difícil respuesta. Al ser una organización clandestina, ¿se supone que un detenido no tiene conside-

ración de miembro o, por el contrario, que uno pertenece a ella hasta que cambia de forma de pensar?

Esa no es, ni mucho menos, la única pregunta que queda sin respuesta. En la propia película hay otro momento clave en el que Aitor cuenta que, en ese enorme debate interno que le causa recibir la carta de su amigo contándole que se ha pasado a ETA, una de las cosas que le tranquilizan cuando es detenido es que no llevaba encima ningún arma de fuego. Él lo describe en la cinta como un peso quitado de encima, como que sí, que estaba en ETA, pero quizá no había matado a nadie. Y eso, si había usado armas, se lo pregunta directamente mientras mastican los bocadillos que se comen sentados en unas rocas llenas de musgo en mitad del monte. Asier le responde esquivando la pregunta, diciendo algo como que de esas cosas se hablará cuando se pueda hablar. Ni confirma ni desmiente que él haya participado en acción violenta alguna. En ninguna de sus detenciones se le ha acusado de un delito de sangre, así que su ambigua respuesta puede ser tanto la negativa a reconocer un hecho delictivo como una especie de *omertá* bajo la cual todos los miembros asumen la actividad del colectivo sin acusar ni reconocer más allá.

Otro momento llamativo es cuando ETA lanza el comunicado en el que anuncian el cese de la violencia. Asier da saltos de alegría. Llama a su novia y, de la misma forma que en su bienvenida en Pamplona revela algo que todavía no era público, le dice: «¿Recuerdas lo que te conté? Pues ya está». En la pantalla parece exultante. Corre a su coche, un pequeño utilitario, y sale conduciendo, brazo en alto por la ventanilla, haciendo sonar el claxon y gritando: «¡Hemos ganado!». La situación es extraña, porque parece o bien la alegría de quien quiere que termine una situación o bien, atendiendo a sus palabras, la de quien cree que ese acto lleva a la victoria a los suyos. «Yo no creo que él celebre el hecho de que ETA cese en su actividad, es más que lo percibe como un paso importante de cara a que se pueda llegar a otro estadio. No sin temor a equivocarme, creo que él valoraría como una victoria el

poder decidir como lo han hecho los escoceses. Por lo menos lo sentiría como un triunfo importante, aunque no implicara la consecución de sus propios ideales», explica. ¿Quiere eso decir entonces que ETA aceptaría la convocatoria de un referéndum como victoria suficiente? «Hombre, la independencia es el objetivo, pero lo del derecho a decidir yo siempre lo he entendido así», responde Aitor. «Pero vamos, no he oído a nadie de la izquierda abertzale mencionar la posibilidad de desafiar el resultado de un referéndum, nunca. Siempre he entendido que si se pudiera votar sería la leche». Pero, si hablar de según qué cosas es un tabú, plantear otras como una votación resulta casi irreal tras más de medio siglo de atentados y atendiendo sólo a ese capítulo del conflicto, usando la descripción del propio Aitor.

Al final la película salió adelante, Asier volvió a salir de la cárcel y ambos lograron que su amistad no se viera afectada por exponer sus intimidades. ¿Sirvió para explicar a los amigos de Madrid cómo es eso de tener un amigo en ETA? «Siempre he hablado con ellos de política, en general siempre he tenido una actitud muy abierta», comenta. «Aunque sigo sintiendo que hay una barrera muy grande, que creo que es normal. Simplemente no provenimos del mismo contexto, así que hay un punto en el que es muy difícil entenderse. No obstante siempre digo que no importa entender al otro, basta con respetarlo. Y en ese sentido siempre me he sentido muy respetado». En esos aspectos la película ha sido un éxito. «Momentos buenos hemos tenido muchísimos. Momentos en los que, mostrándola y charlando con el público después de los pases, ha habido personas que me han expresado su más profundo rechazo hacia lo que ha hecho Asier y, pese a eso, me han dicho que le diera un abrazo bien fuerte de su parte. Esa es una de las cosas más bonitas que me han pasado, y se repite con frecuencia», comenta sonriendo.

«Hemos hecho pases muy distintos, desde Almería a Madrid, Mallorca o Badajoz, y charlando con el público después de la película uno puede percibir las diferencias en cómo se piensa y cómo

mo se siente dependiendo del lugar en el que se esté», incide. Y esas diferencias las ha notado, incluso, en casa. «En los visionados que hemos hecho en Euskal Herria lo que sí noto por parte de gente más vinculada a la izquierda abertzale es que hay una auto-crítica en marcha bastante profunda, y que cosas que yo pensaba que iban a molestar porque hay crítica directa son recibidas con una mentalidad bastante abierta. Luego a lo mejor públicamente no mostrarían o no dirían algunas de las cosas que yo he oído en privado, pero sí que siento que ya se ha salido de esa dinámica de cerrazón que ha habido durante muchos años en cuestiones importantes, como la defensa del empleo de la violencia o como el mismo concepto de sentido patriótico». En el haber hay, por tanto, una contribución al debate y a visibilizar una parte generalmente oculta de la situación. En el haber hay, además de las tensiones del rodaje, los sinsabores de la distribución y los riesgos de la autoría, otros asuntos menos prosaicos, como la búsqueda de dinero (la película tuvo un presupuesto de trescientos mil euros y recaudó unos ciento treinta mil) y lo que Aitor define como «algún encontronazo con algún periodista».

Al salir de la cafetería del hotel llega el momento de las fotografías. Detrás de él, a unos veinte metros, un furgón antidisturbios de la Policía Nacional, el mismo cuerpo que veinte años atrás lo asaltó y encañonó por error. Encaja la situación con humor. «Me pregunto si la existencia de ETA en estos últimos años ha sido, más que el mal en sí mismo, el síntoma de un organismo mayor que está enfermo. Creo que ETA es más un síntoma muy dañino que viene de un organismo que no sabe cuidarse. Nunca he sentido que ETA fuera la causa de todos los males de este país. Creo que España tiene preocupaciones mucho más serias, que se ha tratado de desviar la atención y se sigue tratando de desviar la atención con temas como ETA. Y creo que sobre eso debería reflexionar mucho la política española, sobre cómo es posible que una organización así haya estado activa hasta hace tan poco tiempo, a diferencia de lo que ha sucedido en otros muchos países».

El tema abordado, lo que se enseña en la cinta, el tono humorístico..., cualquier arista de la película serviría para levantar las críticas en muchos sectores, especialmente por la ambigüedad de algunas de las respuestas de Asier, como en el pasaje del monte, cuando Aitor le pregunta si había usado algún arma estando en ETA sin obtener respuesta alguna. «La decisión fue dejarlo en forma de pregunta, porque queríamos invitar al espectador a que se planteara lo que nos planteamos nosotros. Sigue sin responderse y no creo que tenga una respuesta clara, porque hablar sobre posibles...», apostilla mientras hace un gesto con la mano. «Si eso hubiera ocurrido yo tendría que haberlo asumido y lo hubiera hecho lo mejor que hubiera podido, no lo sé». Cabecea y vuelve a la idea: «Él no da una respuesta clara a un tema serio y que a mí me preocupa mucho. Y bueno, se trata de uno más de los muchos *asieres* que yo conozco, y quizá para mí el menos importante», comenta. «Creo que hay cuestiones que son más interesantes en forma de pregunta, y esa queda ahí». Fija la mirada, mueve la cabeza levantando los hombros y repite: «Y ahí queda».

Semanas después del primer encuentro, horas antes de una nueva cita, Aitor me enviaba un mensaje de móvil. «Vamos a tener que posponer la cita, me voy corriendo a la prisión porque ¡nos acaban de avisar de que hoy sale Asier de la cárcel! Voy en el cercanías para recogerlo». La cita tenía como objetivo darle la carta que otro entrevistado le enviaba. En esta ocasión, Asier había estado unos meses encerrado sin ser condenado, a modo de prisión preventiva. Hacía tres años que había salido de la cárcel en Francia, donde sí cumplió condena durante casi una década. La alegría para Aitor era la misma entonces y ahora, la de poder abrazar de nuevo a su mejor amigo, aún con todas las dudas que él mismo se plantea a lo largo del documental y que, al final, tampoco puede resolver. Esta vez, eso sí, fue a su encuentro sin cámaras.

En este mundo en que prima
la modestia, la comunicación, la
imagen que papel puede
jugar un director de cine
para reforzar y a veces -desgracia-
generar cultura democrática en
la gente.

Pregunta de Rafa Larreina a Aitor Merino.

«Primero habría que preguntarse qué cultura democrática tiene el director en cuestión. Si hablamos de mí, soy el resultado del entorno y de las vivencias que yo he tenido: no creo haberme criado en un entorno ejemplar democráticamente porque he vivido en un entorno de conflicto. Ahora, como director no siento que juegue ningún papel porque no creo que eso sea responsabilidad mía.

El cine en sí, como cultura, sí tiene un gran poder. El de consumo está supeditado a las grandes *majors*, que de alguna forma reflejan una versión interesada y conservadora, en el peor sentido de la palabra. Otra cosa es el cine que cuestiona esto. El que a mí me interesa invita a la pregunta, lleva a la duda, y ese no se fomenta, por lo que tiene un poder bastante limitado. El cine que trata estos temas con profundidad se ve relegado a una segunda posición, a salas de arte y ensayo. Y eso es significativo del mundo en que vivimos».

Javier



«Como periodista me interesa la gente que sufre. Me interesa saber cómo ha sido la vida de una viuda, de una víctima, de un secuestrado, de un herido... Es la trastienda del escaparate de un atentado». Javier habla despacio, con voz casi aflautada, con un aire de humildad que le hace parecer tímido. Ante varias preguntas contesta diciendo que no es un experto como para saber la respuesta. Sin embargo, este profesor de Periodismo de la Universidad de Navarra ha sido cocinero antes que fraile y estuvo más de dos décadas cubriendo la información relativa a ETA en el *Diario de Navarra*. José Javier Uranga, director del medio, fue ametrallado en el aparcamiento de la redacción en agosto de 1980 por la línea editorial del periódico. «Le pegaron veinticinco tiros, y sobrevivió», comenta. «Ya en el año 80 el *Diario* se había hecho acreedor de ese atentado por su postura», añade, marcando unas comillas en el aire al decir la palabra «acreedor».

Además de su experiencia a pie de calle se doctoró con una tesis sobre la historia de ETA «con mucho documento interno, declaraciones de detenidos y de toda la gente que había estado en activo en diversos comandos». Entre dato y dato intercala anécdotas para dar contexto. «En ETA —describe—, hay una relación muy estrecha entre la actividad de un comando y el apoyo social que tiene: cuanto más tupida es su red de pisos y de colaboradores, mejor se manejan. En Navarra, allá por el año 92, hubo situaciones incluso caricaturescas de comandos que tuvieron que andar mendigando pisos, que incluso fueron denunciados por gente a la que acudían en busca de ayuda», dice abriendo los ojos como con sorpresa. «Decía Jesús María Mendinueta, miembro del comando Vizcaya, en un documento que escribió en la cárcel por esas fechas, que en Álava y en Navarra “un atentado valía más porque es mucho más difícil para nosotros asentarnos”».

Al profesor Javier Marrodán no le baila ningún nombre, ni ninguna fecha o lugar. A lo largo de la conversación los entrecruza y los relaciona. Recuerda y parafrasea conversaciones, y hasta las escenifica como interpretando los diálogos y hablando en primera

persona, ya sea de alguien de ETA, ya sea de una víctima. Escucha las preguntas emitiendo ligeros sonidos, como asintiendo sin asen- tir, con mirada casi tímida. Este hombre de camisa blanca a rayas que forman cuadros, cuerpo delgado de aficionado a la montaña y con una brillante calva guardada por dos franjas laterales de pelo corto es una especie de memoria viva del dolor, notario de tantos muertos y víctimas. Su último trabajo, de hecho, ha sido justo ese: dirigir, a petición del último Gobierno de UPN en Navarra, el documental *Relatos de plomo* con la intención de levantar acta de toda la violencia de ETA en la Comunidad Foral.

«La información inicial es “ha pasado esto, ha explotado una bomba, ha habido estos heridos...”, pero luego hay que conocer esas historias de gente que lo ha pasado mal. Yo he sentido cierta responsabilidad periodística para contarlas». Su meta con esa especie de macrorreportaje que le ha llevado tres años de trabajo ha sido la de «levantar acta», pero también la de «poner cara» a la violencia. Y recuerda, cómo no, la primera vez que lo hizo y que marcó el resto de su carrera: fue en enero de 1989. «La explosión fue el 23 de diciembre del 88 en Alsasua, justo antes de Navidad. Hubo varios guardias civiles heridos, pero sobre todo uno que perdió una pierna. Recuerdo que pensé “voy a entrevistar- lo”, y fui un mes después del atentado al hospital. Me encontré con un chaval de veintiséis años, poco mayor que yo. Yo estaba en aquel momento en quinto, acabando la carrera. Hasta entonces había vivido en Pamplona algunos atentados y asesinatos, algunos cerca de mi casa, otros en los que había trabajado cubriéndolos como ayudante de algún redactor, pero ahí descubrí algo. Le puse cara a los atentados de ETA. Me impresionó conocerlo. Me cayó muy bien, hubo una gran sintonía. Contó con desinhibición cómo fue y cómo había vivido el atentado: que pisó una bomba trampa, que perdió la pierna allí mismo, que salió arrastrándose, que era de noche...», relata.

«El atentado ya estaba contado de antes. La inercia informati- va hubiera sido “bueno, ya se ha cubierto el atentado, pues ya es-

tá: la evolución del herido, le dan el alta y ya nada más, como mucho, si ocurre, que se ha detenido a los autores, que ha habido un juicio...”. Pero ahí puede haber una aportación interesante: saber qué pasó». Lo cuenta como con lógica aplastante, aunque no sea práctica habitual. En ocasiones no sólo rescata los nombres de las víctimas con las que ha hablado, o los de los miembros de ETA sobre los que ha escrito, sino también cita a autores cuyas reflexiones ha añadido a su modo de ver lo sucedido. Cita, por ejemplo, el libro *Reencuentro*, de Fred Uhlman, *La agonía de ETA*, de Florencio Domínguez, o *La carta*, de Raúl Guerra Garrido. Cita también al periodista argentino Tomás Eloy Martínez para atribuirle una cita y seguir con la reflexión: «En determinados momentos esenciales la suerte de un solo hombre es la suerte de toda la humanidad», le parafrasea. «A veces creo que con estas personas hay algo de esto: el conocer estas historias con detalle y de esa manera tan capilar, con nombres y apellidos, ayuda a hacerte cargo de la historia que hemos vivido o padecido».

Y de eso va el proyecto: han reconstruido de manera exhaustiva los cerca de cuatrocientos atentados de ETA en Navarra y han localizado a las víctimas. «Hemos entrevistado a muchas personas, a algunas treinta y pico años después del atentado», comenta, y lo han hecho «con tiempo, de manera detenida, muy documentada, viajando a los sitios, estando con la gente en su casa, con calma...». Como él dice, «un periodismo que ya casi no se hace». El resultado son tres tomos de unos ocho kilos de peso, publicados entre diciembre de 2013 y principios de 2015, recorriendo la violencia de ETA de forma cronológica y dejando para el último libro «cinco capítulos transversales, como cinco macrorreportajes» centrados en la extorsión a empresarios, la *kale borroka*, las amenazas, la lucha antiterrorista y la reacción social contra ETA. «El contarlos, el poner negro sobre blanco lo ocurrido, también ayudará a cerrar mejor las heridas. En ese sentido de levantar acta, de transmitir ese valor, esto es lo que ha habido para no caer en los mismos errores».

Cuando el que era consejero de Cultura navarro, Juan Luis Sánchez de Muniain, le propuso llevarlo a cabo, le dijo que era un buen momento para hacerlo «ahora que todavía estamos cerca y que están vivos los testigos y podemos acceder a mucha gente», según rememora. «Lo hecho tiene la desventaja, según te diría un historiador, de que todavía estamos muy cerca de los acontecimientos, pero tiene a la vez la ventaja de esa misma cercanía». Para el trabajo no formó un equipo de experimentados periodistas, sino que se apoyó en jóvenes universitarios, a los que formó para hacer la tarea. Apenas pasan unos segundos y cita a otro autor, en este caso el historiador Gaizka Fernández, cuya tesis trata sobre ETA político-militar y la formación de Euskadiko Ezkerra, algo que sucedió cuando él era apenas un niño. «Veo interesante esa perspectiva, la de escribir sin ningún componente biográfico», explica. Sin vínculos preconfigurados con la historia, pero intentando romper la distancia emocional con sus protagonistas.

Javier casi sonríe cada vez que cuenta una pequeña batallita para ilustrar lo que quiere transmitir, y lo hace, una vez más, citando a un autor: «Hay una obra de teatro de Albert Camus, *Los justos*, en la que hay una escena en la que están preparando el atentado contra el archiduque y uno de los terroristas le dice al que va a tirar la bomba: “Sobre todo no lo mires, porque como lo mires y él te mire igual descubres que se ha cortado al afeitarse, y miras sus ojos, igual percibes una preocupación...”». La frase, exacta o no, la usa para explicar lo que llama «blindaje emocional», la distancia que supone que ETA guarda con sus víctimas para poder hacer lo que hace, y que es justo lo que él intenta romper. «Lo hemos comentado entre los autores más de una vez, que uno cree que sabe qué es el terrorismo, y en esencia sí podríamos dar una definición válida cualquiera de nosotros..., pero cuando de verdad te haces cargo de qué es el terrorismo y de lo que supone es cuando vas poniendo caras, nombres y apellidos a cada historia».

Habla, por ejemplo, de Tomás Caballero, quien fuera alcalde de Pamplona y al que ETA asesinó en 1988. «Era un hombre curtido

en mil batallas antifranquistas, que estaba en el consejo social de trabajadores en los años 60, que fue el primero que sacó la ikurriña al balcón del ayuntamiento de Pamplona, que recibió a Manuel de Irujo cuando volvía del exilio...». «Probablemente lo mató un tío que no tenía ni idea de todo eso», afirma. Muchos años después de eso Joseba Asirón, de EH Bildu, volvía a sacar la bandera vasca al balcón, y no sin polémica. Como polémica fue la emisión de *Relatos de plomo* en la televisión pública española justo la noche antes de la votación de investidura de la primera presidenta abertzale de Navarra. A veces la historia tiene esas dobles paradojas y esas incomprendiciones mutuas.

Él mismo vivió eso en sus primeros años en la redacción. Entonces narra los sucesos de la Foz de Lumbier, cuando una patrulla de la Guardia Civil interceptó a un grupo en la zona, una escarpada garganta por donde discurre el río. Tras un tiroteo, uno de los agentes falleció y dos etarras se suicidaron al verse acorralados, al menos según el informe policial. «Había una versión oficial que yo mismo me cuestionaba porque había precedentes muy complicados y muy capciosos», comenta. La extraoficial habla de torturas, ahogamientos y ejecución de los sospechosos. «Recuerdo que me dijo alguien de la redacción que habían puesto en Lo Viejo unos carteles que nos ponían a caldo, y me fui a verlos en la Vespa que tenía entonces. Al verlos me quedé un poco sorprendido», comenta, con un «jo» que suena casi inocente, «intenté hacerlo honradamente», respira. «Pero esto es lo que hay, me dije, y luego ya lo asumes».

Años después aquella historia volvería a su vida en forma de entrevista. «Me conmuevo al recordarla», comenta. Para el documental intentaron dar con la familia del agente fallecido, que se llamaba José Luis Hervás y tenía treinta y cuatro años. «Localizamos en Argamasilla de Calatrava, en Ciudad Real, a un compañero suyo que quedó herido aquel día. Nos dio un teléfono móvil de la viuda y nos dijo que agradecía el interés, pero no quiso participar porque había rehecho su vida y no se sentía capaz». Tras

eso localizaron en Castellón a su madre, a quien visitaron. «Nos hemos encontrado con gente tan generosa, tan ejemplar, que no juzga a nadie, que perdona...», comenta. La entrevista tuvo lugar justo unos días después de que hubieran excarcelado, tras la derogación de la doctrina Parot, al único miembro de ETA que sobrevivió, Germán Rubenach. Según narra los hechos, pasa páginas en uno de los tomos y busca la página. Rebusca entre los párrafos y empieza a leer: «¿Siente odio o rencor? No sé lo que siento, no sabes si sentir rencor, si olvidar y vivir con recuerdos duros... Y al final dices “que se encargue el de allí arriba de vosotros... Yo no soy quién para condenar a nadie aunque hayan matado a mi hijo”». Para, sigue narrando la historia, y vuelve a leer: «¿Y si le pidieran perdón a usted? Si me pidieran perdón creo que sería capaz de perdonarlos. A veces cuesta porque son cosas tan duras cuando tú no has hecho mal a nadie, pero al final te das cuenta de que...». Ahí deja de leer y cierra el libro.

Aquello tuvo lugar en 1990, cuando ETA ponía cada pocos días a un muerto encima de la mesa. Con la actividad violenta fuera de la ecuación es el momento de intentar entender por qué se puso en marcha y por qué acabó deteniéndose. «En el origen de ETA hay también unas circunstancias históricas, no una sola razón», argumenta. Habla de razones políticas o estratégicas, pero hay también, dice, «una decisión libre y voluntaria de una serie de gente de utilizar la violencia para conseguir sus aspiraciones». Eso respecto al origen de ETA. Sobre su final habla de «una suma de razones», entre las que enumera las judiciales, las políticas, las policiales... «No soy experto para determinar o elegir cuál ha tenido más peso —dice—, pero yo echo en falta una razón moral: que quienes han considerado durante tantos años que la violencia estaba justificada ahora dijese que se equivocaron. No es suficiente. La herida no se va a cerrar del todo hasta que los que han matado, han chantajeado, han amenazado o han intimidado a tanta gente no admitan que eso está mal. En el fondo hay todo un sector de la sociedad muy amplio, muy numeroso, que da por bueno lo que ha

ocurrido, al que no le parece que haya estado mal, que dice, bueno, “ahora ya quizá no compensa, o no conviene”. Pero el problema es que sí ha estado mal: hemos traspasado una frontera que no se puede cruzar», dice, aunque reconoce que entiende «que es muy difícil cuestionarte tu propia biografía, porque es gente que se ha dejado la vida en esto, algunos literalmente. Entiendo que no ha habido una reflexión moral que les haya hecho apartarse de esas prácticas, sino más bien una cosa estratégica, o al menos eso se deduce de los comunicados: han decidido que ya no van a emplear la violencia, o al menos por ahora», lamenta.

Pese a las dudas y a los miedos, Marrodán se muestra positivo con la situación: «Hemos convivido durante muchos años con gente que ha tenido que llevar escolta, que durante meses y años, todos los días, salía a la calle con la posibilidad real de que lo matasen. Que la sociedad, o una parte de la sociedad, viva sin ese riesgo me parece muy positivo, claro». Tras haber escrito tantas páginas de periódico contando muertes y heridas, lo de ahora parece casi irreal. «Ojalá podamos cerrar las heridas, que yo creo que costará. Esto tiene que ver también con la educación, con la edad, supongo, el tiempo también ayuda, indudablemente. Pero si asumimos que se pueden tener aspiraciones políticas distintas y confrontarlas en un Hemiciclo y votar..., es que eso ya parece casi una utopía tal como hemos vivido», dice mientras sonrío. La sonrisa se desdibuja cuando recupera de encima de la mesa los tomos de *Relatos de plomo*. Vuelve a la idea de poner cara a todo lo que ha pasado, a las víctimas, al dolor, a las entrevistas. Vuelve también al punto en el que inició el camino que le trae hasta aquí, hasta ese atentado en Alsasua, hasta la entrevista con aquel chico poco mayor que él. «Me he vuelto a sentar con él veinticinco años después para preguntarle cómo ha sido su vida con una pierna ortopédica y qué ha hecho desde aquel día». Señala otro caso, aún anterior. «Este es el primer atentado mortal en Navarra, año 77. Matan a este señor, que tiene una hija de siete años. La localizamos porque participó en 2002 en un homenaje que le hizo la policía a su

padre», comenta. Pasa algunas hojas y llega a un caso que cuenta desbrozado a lo largo de la conversación: la historia de Francisco Berlanga.

«En el año 79 pusieron una bomba en Pamplona, en una pequeña oficina inmobiliaria de la plaza del Castillo, que era propiedad de un señor al que habían intentado secuestrar y matar, aunque no lo consiguieron. Él se había ido a Madrid con su familia, pero ETA le puso la bomba. Llegó un empleado, vio el paquete, avisó a la policía y cuando se acercaron dos artificieros a examinarlo, explotó, muriendo uno de ellos», cuenta de memoria. Él y su mujer tenían veinticinco años y tres niños muy pequeños, de cinco y tres años, además de un bebé de meses. «La mujer estaba en Málaga. Él había venido para unos meses y se volvía, ni siquiera se había trasladado a Pamplona. Ella vino, recogió el cadáver de su marido y se lo llevó en un ataúd en un avión militar», comenta.

Javier cuenta su entrevista en Málaga con la viuda como una experiencia dura. «Sentarte y que te cuente cómo ha sido su vida desde el año 79 hasta ahora, cómo sacó adelante a sus hijos, cómo ha vivido, qué ha hecho, si se sigue acordando de su marido...», enumera con un lápiz en la mano. «Ella nos decía “éramos unos críos, nuestro sueño era comprarnos un 600, nos bebíamos la vida. Es que además Paco era un buen padre, un buen marido, un buen amigo... Lo tenía todo. Si los que pusieron la bomba lo hubieran conocido no la hubieran puesto», dice enfatizando las últimas palabras. «Pensé “qué va a decir”, me parecía un planteamiento casi ingenuo. Pero luego recuerdo que estaba aquí sentado transcribiéndolo, lo volví a escuchar y pensé que igual algo de razón tenía», dice Marrodán. «Si se hubieran hecho esa concesión, igual...», y cita de nuevo a Camus.

Se acuerda entonces de un episodio bien distinto, cuando el Gobierno socialista de Felipe González puso en marcha las conversaciones de Argel. «Cuando Txomin Iturbe se sentó con Rafael Vera le dijo “mira, no me hubiera importado dar la orden de que te mataran, pero ahora que te he conocido tendría mis du-

das”». De nuevo el blindaje emocional. Cita entonces a otro exetarra, Ibon Etxezarreta, que participó en el asesinato de Juan María Jáuregui y, tras pasar por la vía Nanclares, acudió al homenaje de su víctima con el permiso de su familia: «En una entrevista posterior decía algo así como “he leído relatos de las víctimas, y para mí no es lo mismo conocer lo que han sido las vidas de esas personas”», dice parafraseando. En aquel mismo acto dijo literalmente: «Escuchar sus testimonios me ha afectado y dolido». «Etxezarreta lo reconoce a *posteriori* —dice Marrodán—, cuando ya no hay vuelta atrás para lo que hizo. Pero yo creo que sí que es posible una vuelta atrás para esas personas, los que lo mataron. Igual ahora podrían leer la historia de la viuda, no sé. Si eso les moviese a reflexión, quizá sí podría inducir a una cierta autocrítica», expresa con dudas.

Marrodán recuerda a la viuda de Berlanga como «una señora seria, que lo lleva con mucha pena». Distinto fue otro caso que encontró, también en Málaga, y también en una viuda a la que le mataron al marido en los años 80 con un hijo de dos años. A pesar de la pérdida, retrata su encuentro con sorpresa: «Me lo pasé genial con ella, la típica malagueña graciosa, divertida... Una señora súper sencilla de un pueblo. Estuvimos muy a gusto hablando», rememora. «Con las víctimas más recientes y más conocidas no ha habido problema para contactar, pero a veces ha sido detectivesco», asegura. «Esta señora», dice mientras señala una foto a unas páginas de distancia, «a su marido le pegaron varios tiros, pero sobrevivió. Pensábamos que no debía ser grave, porque fue en la pierna, pero cuando les localizamos en la costa valenciana, donde viven parte del año, vimos que no era así. Le preguntamos si su marido vivía y nos dijo que sí, que como todos los días desde el año 82 le seguía curando la herida. Le amputaron el pie quince días después del atentado, y eso ni se publicó, y ni lo sabíamos».

Hay víctimas con una doble herida, la de la pérdida y la del silencio. Es el caso de lo que les sucedió al buscar a la familia de un

fallecido en un atentado del año 78. Marrodán rebusca entre las páginas mientras va contando. «Fue una bomba subiendo de la estación de Pamplona, por donde pasaba casi todos los días un Jeep que recogía a cuatro o cinco guardias civiles. Murió uno y los otros tres quedaron heridos. El muerto se llamaba Manuel López González, de veintitrés años, soltero», dice de memoria. Encuentra la página, presidida por una gran foto en blanco y negro con chatarra carbonizada en el centro de la imagen. «Llegamos aquí, lo reconstruimos con el periódico del día, la información del juicio...», dice levantando la mirada. Encontrar a un familiar parecía imposible: ni la Guardia Civil sabía nada más que los apellidos de la víctima, López González, y que era de Extremadura. Pero resulta que uno de los heridos era su hermano. «Una de las coautoras localizó a diez López González en Cáceres y fue llamando, preguntando si quien descolgaba el teléfono era hermano de un guardia civil muerto en Pamplona». Al tercero hubo suerte. Ella le explicó quién era y qué estaban haciendo con *Relatos de plomo* y se prestó a recibirlos para una entrevista. El hombre, sorprendido, le dijo: «En treinta y cuatro años nunca me había llamado nadie por esto». El olvido, el silencio o la soledad son expresiones de un mismo drama para las víctimas. Incluso las más conocidas, como la familia de Jesús Ulayar, alcalde de la pequeña población de Echarri. Cuando en el año 2000 el *Diario de Navarra* quiso hacer un reportaje dominical sobre el asesinato, la familia, que nunca había querido contar la historia, accedió. «Yo siempre había dicho que esa historia tiene todos los peores ingredientes: el crimen, la soledad de la familia en el pueblo, los autores del asesinato que son hijos predilectos del Ayuntamiento, el homenaje a su regreso, su encuentro con los hijos de su víctima...», comenta Javier. «Fue una entrevista larguísima, que duró una semana: todos los días quedábamos un rato. El mismo día en que se publicó, en Echarri tiraron octavillas contra el *Diario*, les rompieron los cristales de la funeraria... Me asusté cuando me enteré y llamé a uno de los hermanos, y me dijo, “pero bueno, esto es lo mínimo,

¿tú qué te pensabas?, ¿que nos iba a salir gratis publicar ese reportaje?».

La dureza de algunos relatos, especialmente en los pueblos pequeños, sobrecoge el discurso. «Escuchas a alguien como Reyes Zubeldia, la viuda de José Javier Múgica... Salimos, los tres que fuimos, traspuestos. Yo pensaba para mis adentros “yo no soy como esa mujer”. Tan buena, de una altura moral, de una generosidad...». El asesinato de Múgica en Leiza es uno de los que más impacto causó en Navarra. «Su historia está muy documentada», comenta mientras la empieza a recitar de memoria. «Su hermano enfermo de cáncer le dijo que había una agrupación en el pueblo con ganas de presentarse, y que él ya no daba más de sí. Le sugirió que les echara una mano y él, obligado por la situación de su hermano, se presentó. Su viuda recordaba que el día que llegó a casa y se lo dijo le respondió algo así como “bueno, pues, ya sabes lo que hay”. Dos años después lo habían matado». Todo lo que quería, según comenta, «era mejorar Leiza: que no hubiese pintadas, que hubiese un sitio para que los jóvenes se reunieran tranquilamente, bajar la crispación del pueblo...».

Hay otros casos crudos, como el de uno de los últimos asesinados en España en 2009, una pareja de guardias civiles en Mallorca. Uno de ellos tenía una hermana adolescente que acabó estudiando en la Universidad de Navarra, así que le propusieron una entrevista. «Fue una entrevista buenísima en la que se ve a una chavala de veinticuatro años, que habla con toda la desinhibición propia de la edad, de la vida con su hermano». U otras de unas víctimas muchas veces olvidadas, como son los empresarios extorsionados. «Hay varias entrevistas pequeñas y dos o tres más amplias a los responsables de la patronal navarra a lo largo de los años, además de entrevistas a empresarios, alguno que pagó y otros que no pagaron. La peculiaridad es que todos pidieron salir sin su nombre», comenta. Según datos policiales que menciona, hubo «como dos mil y pico personas» que recibieron una carta en Navarra, aunque «probablemente sean más». «Ha habido dos mil y pico personas que han estado viviendo con esa sombra».

Con todo ese bagaje en las alforjas, esas decenas de testimonios y esas horas de conversación, Marrodán llega a una conclusión: no se ha sido justo con las víctimas, «y yo me incluyo, yo no soy una excepción», dice. «Es significativo que tengan, sobre todo las de los años 70 y 80, la percepción de soledad que tuvieron», comenta. Se habla de la sociedad, de los políticos o de los medios, pero no quiere generalizar. «Decía Arcadi Espada que en los 80 había atentados que se escurrían por el sumidero de un breve. También es verdad que había tantísimos atentados...». No lo dice como excusa, sino por intensidad. «En el *Diario de Navarra*, que es el periódico que hemos manejado por cercanía, cuando había un atentado salía cubierto extensamente, pero a veces ojeas *El País* o *ABC* de la época y había tantas cosas que era bestial. En los años 80 tenías cinco informaciones sobre terrorismo en una portada: un tipo secuestrado, dos muertos en no sé dónde, un atraco a un banco en tal sitio...». Termina la enumeración, insiste en no querer generalizar, pero repite: «Yo creo que no, no estuvimos a la altura».

Cuando habla de víctimas no habla de colectivos o grupos establecidos, sino de condición. «Es verdad que es un grupo que está muy fragmentado, con casos que están contaminados políticamente», comenta. «Pero mi impresión es que hay muchísima gente que vive al margen del sistema, que no forma parte de esto», señala, en referencia a ese conjunto de víctimas que no han tenido presencia en organizaciones o medios. «Este es el señor», dice señalando su foto en el libro y refiriéndose al herido cuyo hermano murió en el Jeep, el que decía que nunca nadie le había llamado. «De esos ha habido un montón, gente a la que nunca nadie había llamado. Muchos. De estos primeros años yo te diría que prácticamente todos». Entre eso, el recelo y el dolor cabía esperar que hubiera sido difícil no ya contactar con las víctimas, sino que aceptaran hablar. «No ha habido casi ningún problema», comenta, más allá de alguno que te decía que sí y que luego cuando llegaba el momento te decía que no podía, que pensaba que lo tenía superado y que, tras su llamada, había empezado a recordar. “Llevo dos noches sin dor-

mir, estoy venga a llorar, y no me siento capaz?», recuerda que le dijo alguien. «Nos ha ocurrido en dos o tres casos y la explicación era idéntica».

La fragmentación no es sólo que haya víctimas dentro y fuera del «sistema», víctimas politizadas y víctimas que no lo están, o víctimas muy recordadas y víctimas muy olvidadas. La fragmentación es también que mientras algunos no han podido superar el dolor, otros consigan dejarlo atrás. En los tomos del libro, por ejemplo, sorprende ver a muchos de los entrevistados sonriendo. «Sí, es algo que nos fuimos encontrando. Se dio cuenta el fotógrafo, que quiso que quedara reflejado». La sonrisa es una forma de curar, como también lo son el arrepentimiento o el perdón. «Alguien que se arrepiente de lo que ha hecho para mí es un valiente, alguien que siempre va a tener mi admiración», comenta Marrudán. Y el arrepentimiento tiene también su correspondiente al otro lado. «El perdón también tiene mucho de disposición interior, de decidir que uno está dispuesto a deshacer los nudos que tenga por dentro», comenta con admiración. Cierra el tomo que tenía abierto sobre la mesa y lo señala apoyando la punta del dedo. «A mí el perdón me parece heroico, y aquí hay casos heroicos».

Estimado Javier:

¿Hay alguna persona - o grupo de personas -
al que jamás te desearias tu mano?

Recibe un cordial saludo,

Aitor

Pregunta de Aitor Merino a Javier Marrodán.

«En absoluto. No hay nadie a quien no tendería mi mano, nunca, y mucho más a alguien que me la tiende a mí. Un viejo amigo mío fue miembro de los CAA, y tengo amigos que han estado en ETA. Intento vivir de manera coherente mi condición de cristiano. El mensaje más revolucionario del Evangelio es “amaros los unos a los otros”, cuando dice Jesucristo “si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?, rezad por los que os persiguen, amad a vuestros enemigos...”. Esa es la revolución».

Carlos



«No tengo muy buena memoria. El tiempo pasa, ¿sabes? Sin enterarse». Carlos estaba recostado sobre el reposabrazos de su silla, encogido, con la chaqueta sobre los hombros y la bufanda al cuello. Estaba solo en el despacho, enorme y elegante, al abrir la puerta. Como había pasado las dos últimas semanas enfermo de gripe en casa había dado el día libre a su asistente y la calefacción estaba apagada. Fuera la noche caía sobre una Pamplona fría y lluviosa y dentro la temperatura no era mucho más apacible. «Hay una época en la vida en la que uno es el más joven cuando está sentado en una mesa y luego se da cuenta, con espanto, de que es el mayor». Cualquiera que hubiera contemplado la escena hubiera visto a un anciano en retirada y a duras penas hubiera reconocido a aquel lehendakari seductor, ese que introdujo al PNV en un poder casi ininterrumpido y al que su propio partido acabó quitándose de encima tras dos gobiernos. Sin embargo, el retrato es engañoso: los años han pasado, sí, pero ese hombre encogido y abrigado que acaricia los ochenta años de existencia conserva intacto el discurso mordaz, la reivindicación de su legado y la socarronería que le caracterizaron. Allí, bajo el yugo de la congestión, estaba agazapado el lehendakari Garaikoetxea.

Sus primeras palabras fueron premonitorias: una broma, en ese caso sobre su estado. Las últimas, al final de la charla, una retahíla de chistes y anécdotas políticas graciosas con las que quiso hacer un libro. En medio, el drama de los años más duros de ETA. «La vida zurra mucho», dice en tono grave. «Si a mí me hubieran dicho que aquello iba a durar treinta años más casi... —deja dos segundos de pausa y termina la frase sonriendo— habría sufrido un saponcio». Ningún médico le hubiera recetado para su recuperación el salir de casa justo en plena tormenta nocturna para acudir a una cita, pero el tratamiento le funcionó: las casi tres horas de conversación hicieron que poco a poco elevara la voz, se quitara la bufanda y se incorporara en la silla. La memoria, que no era ni mucho menos tan mala como decía, hizo de medicina como quien se quita de encima una piedra invisible. «Las cosas tam-

bién tienen su ciclo, su tiempo, y un movimiento de la entidad de ETA, con el soporte social que tenía, no se difumina de la noche a la mañana. Ha tardado más de lo que podía, se perdieron oportunidades que hubieran sido decisivas», comenta. Y ese es precisamente uno de los pocos «peros» que pone a su gestión: si volviera atrás en el tiempo «habría sido partidario de hacer más esfuerzos negociadores, desde luego», asegura.

«Yo quiero entender siempre las razones del que está enfrente, y no lo han tenido fácil», comenta en referencia a los otros interlocutores políticos de su época. «Uno no se mete en esos fregados por frivolidad». En el caso concreto de esas negociaciones con ETA, asegura que había «muchas zancadillas». Cita su libro de memorias para relatar «hasta veinte historias de correveidiles, de embajadores, de negociaciones poco serias. Eran tomas de temperatura, pero a veces con personas que claramente no tenían credenciales para negociar y que no eran tomadas en serio. Se intentó, pero no sé si lo suficiente y con la suficiente seriedad, porque a veces, joder, había unos embajadores y unos tíos que no podían ser tomados en serio ni por casualidad. Hasta se ofendían los receptores, que tampoco estaban en condiciones de rasgarse las vestiduras y pedir los frascos de las sales, porque ellos también traían a cada ejemplar... En fin, así es la vida», comenta con tono desenfadado. Desde su posición de lehendakari hasta el año 1985 vivió muchos de esos momentos, incluso antes como presidente del Gobierno provisional del Consejo General Vasco, «que se llamaba “el ente preautonómico”, nunca mejor empleada la palabra *ente*», apostilla apretando los labios.

Tantos contactos, aunque fueran informales, sólo se entienden por la dilatada historia de violencia que los hicieron posibles. «ETA ha durado más de lo que imaginábamos y por supuesto de lo que deseábamos, pero el movimiento y el soporte social que tenía era muy grande. No tenía nada que ver con las Brigadas Rojas, ni con la Baader-Meinhof, aquí tenía un sector de la sociedad muy grande que le daba apoyo y que estaba convencida también

de que sin resistencia armada no había liberación nacional ni proceso soberanista», describe mientras arquea las cejas con una expresión escéptica. «Mientras, en fin, otros dijimos que había que hacer política anteponiendo los derechos humanos por encima de cualquier otra consideración y entendiendo que son hijos de este pueblo quienes piensan así y quienes piensan así», explica. «El soporte social es el secreto de que ETA haya durado tanto». En concreto cincuenta y tres años, entre 1958 y 2011, cuando emite el comunicado en el que anuncia el alto el fuego definitivo. «Fue un gran alivio. Pensé en todos los que no tendrían que mirar debajo del coche si tenían una bomba, y en compañeros a los que, a pesar de nuestra distancia política, quería, les consideraba mis amigos. Que pudieran vivir de otra manera completamente diferente. Pensé en aquellos a los que pedían el impuesto revolucionario y que vivían angustiados. Hay que hacer esa aproximación a situaciones personales o humanas para entender el horror de la violencia», razona. «El cambio ha sido tremendo, y yo a veces me irrito un poco cuando algunos no quieren reconocerlo».

La conversación es amena, en ocasiones divertida, plagada de autorreferencias y totalmente caótica. Relatando un suceso da un salto en el tiempo a otro y luego a un tercero, para más adelante enganchar con el que describía originalmente. Componer un relato es una especie de puzzle de memoria, de iniciativas, bromas, negociaciones y atentados. Las digresiones se vuelven frecuentes dentro de una charla desestructurada, con algunos fragmentos privados que pide no revelar una vez ha contado, incluyendo comentarios y confesiones con Adolfo Suárez, Felipe González o Patxi Zabaleta, entre otros. De las guerras carlistas a la democracia, del proyecto autonomista a Lizarra. El camino hasta el comunicado en el que ETA anunció que lo dejaba discurre en su relato por cada rincón de la historia no siempre reciente. «Es un proceso que nos parece largo, pero en términos históricos parecerá episódico». Tiene sentido, habida cuenta de que la cronología de su relato empieza en el siglo XIII. «Este es un país que si ha sobrevivido co-

mo tal, si ha pervivido su idioma, ha sido porque vive también en compartimentos bastante cerrados», describe. «Es un país que no ha tenido una unidad nacional, salvo el Reino de Navarra hasta el siglo XIII, pero que sí ha tenido unas instituciones de autogobierno soberanas».

La reclamación nacional no es, en su relato, una reivindicación moderna, como tampoco es algo actual el conflicto violento. «Este ha sido un país convulso durante mucho más tiempo, mucho antes de que ETA trajera convulsiones. Desde 1839 está en situación de conflictos cíclicos». Se refiere a las guerras carlistas que sacudieron la península en una suerte de guerra civil por oleadas. «Aunque ni los parámetros ni los elementos de juicio actuales se puedan trasladar a la época, este país está en estado de ocupación militar», analiza. Cuando termina la contienda, a finales del siglo XIX, es cuando entra en escena el considerado padre del nacionalismo vasco. «Sabino Arana, que es un personaje *sui generis*, con muchas carencias y muchas intuiciones, hace una apelación a una conciencia colectiva y, en términos políticos, se plantea también una confrontación diferente a la anterior», explica Garaikoetxea moviendo el brazo con el codo ya apoyado en la mesa. «El replanteamiento viene con un concepto que es propio también de la época, el Romanticismo, con tantas eclosiones de los sentimientos nacionales». Unas décadas más tarde llegaría el golpe de Estado fallido y la Guerra Civil y, tras ella, la dictadura franquista, durante la cual nacería ETA. «Es una rebelión contra el propio nacionalismo oficial que considera que hay que acudir a las armas, con disgusto y desaprobación del Gobierno vasco en el exilio», explica.

Varios de los primeros atentados cometidos fueron contra elementos del régimen franquista, desde el torturador Melitón Manzanas hasta, más adelante, Carrero Blanco, delfín del dictador. «ETA había tenido en la época de Franco la comprensión no sólo en el País Vasco y en los medios abertzales, sino en el resto del Estado. Se consideraba que era la resistencia por antonomasia al régimen, algo de esa percepción existía». Pero acabó la dictadura

y ETA decidió seguir adelante. «Entienden que se adopta un camino alternativo al que ETA preconiza para el País Vasco y se va produciendo la deriva errática. Desde su dogmatismo, ETA va endureciendo cada vez más sus posiciones, defendidas por quienes luego fueron aparentemente muy moderados de Euskadiko Ezkerra, que decían que el derecho de autodeterminación en el debate constitucional era una exigencia. Bueno, era un brindis al sol porque se sabía que era imposible», corrige. Una de las cuestiones con las que más crítico se muestra el lehendakari Garaikoetxea es la falta de realismo en las posturas mantenidas en aquella época, que llevaron al enquistamiento de la situación durante tres décadas más. «ETA podía haber parado en el año 78, cuando se produce el tránsito hacia un nuevo sistema de libertades, pero el fenómeno no es tan simple, no desaparece de la noche a la mañana», argumenta, y se pone en la piel de ETA para explicar su decisión. «Optó por defender el derecho de autodeterminación y la unidad territorial de Euskal Herria, y ninguno de los dos objetivos se había conseguido, antes porque había un dictador a sangre y fuego, pero ahora porque otros claudican en la reivindicación», dice hablando por ellos. «Fue la respuesta de quienes consideraban que el proceso de transición no fue rupturista, lo que hizo que ETA se revoliera con especial virulencia. Paradójicamente, consideraban algunos desde su lógica que era peor que en la época anterior», lamenta.

«Hay un tránsito hacia un sistema, con todos sus defectos, de carácter democrático y de libertades, y de un grado de autogobierno interesante que, hombre, algunos lo hubiéramos deseado de mayor alcance, pero que daba respuesta a las gravísimas urgencias de toda índole que tenía el país», rememora. «El país estaba en una situación difícilísima: había un 30% de paro en zonas de Euskadi, un expolio fiscal porque Vizcaya y Guipúzcoa no tenían su régimen de concierto, un proceso de declive y obsolescencia de la industria tradicional, y así en todos los órdenes. Desde el punto de vista lingüístico, si Franco dura veinte años más este país pierde

su seña de identidad más clara. Eso, que a algunos les parecen manías identitarias, aquí y en cualquier lugar del mundo es algo muy serio», explica. El relato de Garaikoetxea en este punto se vuelve casi institucional, como hablando desde el papel que le tocó desempeñar. «Aquel autogobierno fue un pulso difícil y, hay que reconocerlo, Suárez lo afrontó con bastante coraje teniendo lo que tenía alrededor. Pero ETA no entendió eso: ETA entendió que se había producido una claudicación».

No ayudó a templar los ánimos de quienes no veían satisfechas sus ansias nacionalistas lo que el lehendakari describe como una falta de desarrollo del Estatuto que él negoció con el entonces presidente del Gobierno. «Había una comisión mixta, pero Suárez me dijo: “Si te parece, nosotros estamos en tu despacho y vamos desatascando las cosas que allí se atasquen”», relata. «Tengo también una visión muy parcial, muy interesada —confiesa—, pero a mí me parece que no se ha sido leal en el desarrollo del autogobierno. ¿Por qué hay un montón de cosas que tendrían que estar funcionando y no lo están? Están en el Estatuto, pero nos consideran menores de edad para entregar semejantes competencias, y están incumpliendo la Ley», afirma. Se refiere a instituciones con competencias que no se activaron, o desarrollos que no se completaron. Y un ejemplo paradigmático es, por ejemplo, la Ertzaintza. «La policía vasca era un asunto muy sensible aquí por el problema de Intxaurrondo: tenía un clima emocional alrededor y mucha carga política. Se llegó a una formulación de que sería una policía integral, salvo en materias extra y supracomunitarias, como fronteras, pasaportes, contrabando... No se citaba ni siquiera el terrorismo, y ahí estuvo mi fallo», dice, en referencia a no haber definido específicamente todas las competencias exclusivas. «Joder, y me llenan de cuarteles el país», exclama. «No se trata de una aversión especial por la que queremos que esto desaparezca, pero de la misma manera que los funcionarios de Sanidad o de Educación son propios, aquí hemos creado una policía que va a ser propia, aunque sea con la gradualidad necesaria en el tiempo,

y resulta que la Guardia Civil y la Policía Nacional están en todas partes. Hay tanta policía como antes, y eso ha desacreditado quienes no a la policía autónoma, que aparece a veces con ciertos tintes folclóricos, con sus uniformes, como una fuerza subordinada», analiza. Y eso, a la vez, le trae problemas en clave interna. «Los tíos a los que les habíamos dicho “oye, aquí además vamos a tener una fuerza de seguridad propia y se acabaron los líos con la Guardia Civil” se encuentran con más controles que nunca en las carreteras. Eso tampoco te deja muy bien con tus tesis, y alimentas las contrarias», lamenta recostándose en la silla.

«Entonces, ¿las aspiraciones mayoritarias del País Vasco están obteniendo una respuesta cumplida con las fórmulas que un día se acordaron con realismo político y procurando no tirar de la cuerda para que no se rompiera? No. ¿Y eso a qué conduce? A que se radicalicen las posiciones». Es por eso por lo que Garaikoa-txea considera que el Estado no resolvió las cosas como debería. «Desde un punto de vista político creo que el error de los errores fue no entender que había situaciones muy diferentes desde que se planteó el propio Estado autonómico. No es por menospreciar a ninguna región española, ni mucho menos, pero sentimientos nacionales los hay donde los ha habido siempre, y generalizar un tratamiento homogéneo a cosas heterogéneas es un mal asunto. Cataluña o Euskal Herria tienen unas aspiraciones y unas necesidades desde su punto de vista para pervivir como pueblos y dar respuesta a sus especificidades que no existen en otros lugares», explica. «Tras el golpe de Estado vinieron los pactos autonómicos, la LOAPA —siglas de la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico, aprobada en 1982—. Ahí hubo ya un proceso de marcha atrás a través de leyes básicas con las que se iba erosionando el nivel competencial, legislativo e incluso ejecutivo de estas autonomías. Entonces, claro, se empezó a dar una mala solución a lo que hubiera podido ser una solución mejor, más acorde con la aspiración mayoritaria de este país, guste o no guste», interpreta.

En ese contexto, con un Estado en plena reinención, estrenando sistema e instituciones y con conatos golpistas, a él le tocó liderar el primer Ejecutivo autónomo del País Vasco. «Los años 80-81 fueron los años más duros, y a mí me tocó apechugar con ello. Se llegó a tener un atentado casi dos o tres días de promedio», recuerda con gesto sombrío. «Para saber lo que es el drama de la violencia hay que estar viendo a una viuda joven, o a una madre a la que le han matado a un hijo, sea quien sea. Humanamente, el haber vivido esas circunstancias marca y precisamente le hace a uno mucho más refractario a cualquier expresión de violencia». Las cosas en su lado tampoco eran sencillas. Describe el nacionalismo vasco como un mundo en dos mitades, «el MLNV» apoyando la violencia y el PNV, «más un movimiento que un partido», en el que «había de todo: democristianos y socialdemócratas, soberanistas y autonomistas... y hasta del Athletic», dice riendo. «La primera gran manifestación contra la violencia, que levantó ampollas en el mundo nacionalista, la convoqué yo en Bilbao en 1978 siendo presidente del PNV», rememora. «Hubo una gran convulsión en las filas del propio PNV porque hubo muchos que todavía no entendían esa confrontación. En el propio nacionalismo moderado mucha gente estaba todavía con el chip de la ETA de la dictadura, de Carrero Blanco. Por aquel entonces mucha gente tiró el carnet».

En ese clima convulso, Garaikoetxea puso en marcha un primer contacto para intentar poner fin a la violencia. «En el año 83 tuve una iniciativa, la llamada “mesa por la paz”, en la que hablé con todas las partes: con Felipe González, con el mundo del MLNV... Convinimos hacer una mesa de diálogo y negociación, quizá con mucho voluntarismo y demasiado optimismo», confiesa. «La reventó ETA con un atentado, y cuántas veces después les he recordado no sólo cuánto sufrimiento se hubiera evitado si aquello hubiera salido adelante, sino qué mejor final habría tenido ETA y su trayectoria histórica, incluso en términos de réditos, no sólo penitenciarios, sino también políticos. Porque entonces se

negociaba, y también después se negoció», reconoce. «Tras aquel primer intento negociador Joseba Elozegi, que era un gran amigo mío, me pidió permiso para intentarlo». Elozegi, que estuvo en el bombardeo de Gernika y combatió en la Guerra Civil, se prendió fuego delante de Franco mientras gritaba «*Gora Euskal Herria askatuta* (Viva Euskal Herria libre)». Fue su acción más llamativa, pero no la única: escaló la catedral de San Sebastián para colocar en lo alto de la torre una ikurriña, prohibida por el franquismo, y robó otra de un museo militar para que no apareciera supeditada a la bandera española. «Fue un personaje curioso, como novelesco», dice el lehendakari sonriendo. «Tenía todas las credenciales para presentarse y decirle cualquier cosa a cualquiera en el mundo de ETA. Me pidió permiso y se lo di. Hizo un intento de negociación pero no hubo nada que hacer», asegura sin dejar de sonreír. «Tuvo mucha gracia cuando se encontró con Txomin Iturbe —entonces jefe de ETA— y por poco se pegan en lugar de saludarse», dice riendo.

De ahí se pasó al primer intento negociador comandado por el Gobierno central, las conversaciones de Argel. Duda al responder si entonces ETA tenía intención real de llegar a algo. «Voluntad», repite resoplando. «Depende de las condiciones que uno considere mínimas desde su voluntad. Hubo una época en la que siendo el líder indiscutido de ETA Txomin Iturbe había una visión seguramente más proclive a una negociación con más dosis de realismo que la que hubo en otros momentos. Porque en la dirección de ETA se fue produciendo un endurecimiento a medida que la renovación generacional en su liderazgo fue haciendo que los nuevos líderes fueran más duros, más sectarios». El punto de inflexión vino con la muerte accidental de Iturbe durante la negociación, que sería sustituido por 'Artapalo'. Durante mucho tiempo el Estado pensó que era el apodo de un nuevo líder, pero en realidad era un triunvirato que estuvo detrás del fin de las negociaciones y firmó los atentados más duros de ETA, incluido el asesinato de 'Yoyes'. Francisco Mujika Garmendia 'Pakito', José Luis Álvarez

Santacristina 'Txelis', y José María Arregi Erostarbe 'Fiti', marcaron una nueva era justo a la vez que se conoció la existencia de los GAL. «El recurso al terrorismo de Estado fue una barbaridad», dice con gesto sombrío. «Pero aparte del GAL hubo años tremendos... Yo conozco, con cara y ojos, a gente como Mikel Zabalza. Conozco a su familia, a su hermana... Eso fue un asesinato como una catedral. Pero de estos hubo un montón», asegura. «Estas son cosas que retroalimentaban al mundo de la violencia».

Hasta ahí llegó su camino como lehendakari. Sus desencuentros con Xabier Arzalluz hicieron que el PNV implosionara. El desencadenante fue la Ley de territorios históricos, respecto a la que propuso una configuración diferente a la que defendía su partido, favorable de mantener las diputaciones. «Decían que tenían que ser una especie de bastiones, por si un día se caía en la desgracia en este país de que gobernara otro», dice con retranca. «Decían que había que hacerse fuerte en las diputaciones y yo dije que no, que eso no es una visión de país», hablando de la duplicidad de competencias y lo caótico de la gestión. Según cuenta, tuvo una propuesta formal de los socialistas y Euskadiko Ezkerra para volver a ser lehendakari. En la última negociación, en Treviño, cuenta que estaban Txiki Benegas, Juan Manuel Eguiagaray y Kepa Aulestia. Todo se vino abajo, recuerda, cuando pidió la gestión de Empleo, el Crédito Oficial y la Seguridad Social. «Entonces interrumpió el PNV, que veía que se le escapaba el Gobierno y fue abierto de piernas, de brazos y de todo», dice riendo. «Y ni Empleo, ni Seguridad Social, ni nada. Habría sido una jugarreta imponente coger el Gobierno al año siguiente de que te lo reventaran, probablemente ahí fui demasiado rígido», comenta riéndose. «Tampoco me interesaba hacer gobiernos para luego engañar a la gente diciendo que vamos a hacer esto y esto para luego hacer lo contrario», dice, reclamando su legado. «Todo ha ido degenerando: se hacen gobiernos, se hacen programas, luego se hace lo contrario... Poco a poco se han ido burocratizando los partidos, y los gobiernos van saliendo de los partidos burocratizados. En aquella

época había mucha ilusión y la gente quemaba las naves, se tiraba sin red a la aventura política. Estoy bastante asqueado, aquí viviendo en mi monasterio de Yuste, apartado de la política», dice con una sonrisa final abriendo los brazos como mostrando su despacho. Antes de seguir con la conversación vuelve a reivindicar su legado a modo de cierre de esa etapa como gobernante. «Hice mi primer gobierno con el ardor del neófito, y no ha habido un gobierno ni aquí ni en Madrid como aquel», dice sonriendo mientras recuerda a algunos de los miembros de su equipo: Pedro Miguel Etxenike, Mario Fernández, Javier García Egocheaga, Pedro Luis Uriarte... «Francamente, desde el punto de vista de la gestión política y mi trayectoria, creo que el tiempo me ha dado bastante la razón: desde la evolución que se ha dado en otros, hasta nuestras propias tesis».

Una de las primeras cosas que hizo su sustituto en la lehen-dakaritza fue convocar el Pacto de Ajuria Enea, un acuerdo entre fuerzas políticas contra la violencia. Eusko Alkartasuna, el nuevo partido que encabezó Garaikoetxea como una escisión del PNV, también firmó aquel texto, aunque él se define como «un contradictor permanente, aunque no quise romper la baraja», asegura. El motivo era que en el acuerdo se contenía la idea de que sin violencia todas las ideas eran defendibles. «Otra cosa es que luego no tengan cauce legal», añade como réplica. «Si no tienen camino expedito en la Ley para que se asuma la voluntad democrática expresada en el país, ¿de qué nos sirve defender esas ideas, sólo a efectos retóricos?». Para las fuerzas estatales aquel acuerdo ha sido la representación de un momento determinante en la lucha contra ETA, pero para él no. Garaikoetxea da un salto de una década para encontrar el suyo: el Pacto de Lizarra. «Fue un momento decisivo que produjo una gran esperanza y, a la vez, una enorme decepción, también en el mundo de la izquierda abertzale». Relata que estaba en su residencia de Zarautz, en la costa donostiarra, cuando le anunciaron que ETA había puesto sobre la mesa una tregua indefinida «siempre que, por decirlo de forma colo-

quial, nos comportemos como buenos nacionalistas», dice sonriendo.

«Pensamos que se llegaba a una oportunidad inédita hasta entonces. ETA nos pide conversaciones al PNV y a EA, y ofrece una tregua indefinida con un planteamiento, dentro de la retórica de ETA, hablando de que las fuerzas nacionales colaboren políticamente en un proceso más o menos soberanista en el país dentro de un clima de no violencia. Nosotros entendemos que es precisamente lo que se está pidiendo», relata. Al otro lado del espectro político no se vio igual. «Joder, estábamos en condiciones de dar un paso gigantesco y nos brearon como cómplices del terrorismo. Contra todo lo que se estaba diciendo e intoxicando desde el Gobierno, mi amigo Jaime Mayor Oreja en particular, no era un acuerdo excluyente», asegura. «Pusimos condiciones a ETA. Primero, diciendo que, si las instituciones requerían colaboración con partidos nacionalistas o no nacionalistas, se asumiera. Segundo, que los derechos humanos preceden a cualquier otra consideración, y que, si el proceso de paz iba a ponerse en discusión, se pudiese en discusión, pero que no actuara como siempre unilateralmente ETA», rememora. Pero poco se habló de todo eso. «Se ocultaron de una manera tramposa las condiciones que pusimos. Se dio luz sólo a las que planteaba ETA y se deformó la propuesta como excluyente, de colaboración exclusivamente cerrada entre nacionalistas», lamenta. «Vimos una oportunidad y nos demonizaron porque entramos, quizá con ingenuidad, como truchas al cebo. Estas manipulaciones han existido siempre». En su opinión, la importancia de Lizarra estuvo en lo que pudo haber significado si hubiera salido adelante, pero también en lo que supuso su fracaso. Fue la propia ETA la que atentó para romper la tregua y recrudenció su actividad. «Hubo entonces asesinatos tremendos, como el de Buesa. Hombre, todos son igual de horribles y de condenables, pero eran ojos y caras muy próximas», dice Garaikoetxea. «Ahí empieza esa convulsión dentro del mundo de la izquierda abertzale, fue una enorme contrariedad ahí dentro. Los *otegis* y to-

dos estos, cuando se produjo el atentado, yo creo que se quedaron lívidos. Ahí se produjo una crisis y una reacción y se empezó a incubar el proceso definitivo», explica.

Tras el fracaso de Lizarra y los nuevos atentados pasaron muchas cosas. La izquierda abertzale fue ilegalizada y un nuevo lehendakari llegó al poder con una abrumadora mayoría absoluta nacionalista. «Con Ibarretxe tenía una relación muy estrecha. Tuve mucho contacto con él, solíamos comer juntos... Era un poco cómplice también de sus travesuras», dice de nuevo sonriendo. Con esas «travesuras» se refiere al proyecto soberanista que salió del Parlamento Vasco que, asegura, era «mucho más contenido que el proceso claramente independentista y rotundo» iniciado en Cataluña. «En el caso de Ibarretxe era un plan diferente. Podían chirriar los términos como “Estado libre asociado”, pero esas cosas luego se discuten. Por lo menos tendría que haber habido el respeto de no despachar el asunto casi con un palmetazo en el Parlamento», critica. «No era tan descabellado, se podría haber discutido y haber relajado el tema». Pero no fue así: «Solía decir en broma que si tuvieran que juzgar los tribunales de Gibraltar el contencioso de España y Gibraltar tampoco se quedaría uno muy resignado pensando en la imparcialidad de los tribunales», asegura sonriendo con el enésimo chascarrillo. «Hay también un nacionalismo español», dice al respecto, sin evitar también una crítica al lado vasco. «Lo que hay que tener es un “plan B” siempre, y no lo había. Hicieron tres manifestaciones del estilo PNV y ya», ironiza. El lehendakari se quita la bufanda y se retira la chaqueta de los hombros, echándola hacia atrás en el respaldo de su silla. Se incorpora y apoya los brazos en la mesa. La medicina va surtiendo efecto mientras fuera el viento golpea las ventanas a su espalda, ya con la noche cerrada.

«Yo ya no era muy optimista a medida que íbamos de desengaño en desengaño en los procesos de paz», asegura. Pero en aquellas fechas ya se estaban fraguando las conversaciones de Loyola. Los contactos, encabezados por Jesús Eguiguren y Arnaldo Ote-

gi, acabarían llegando también a PNV, EA y ETA. «Ahí hubo una oportunidad en la que había una mayor dosis de realismo», dice, mientras pone en valor el trabajo del líder socialista «jugándose políticamente mucho». Sin embargo, aquel proceso tampoco acabó bien. La frase de Francisco Javier López Peña ‘Thierry’, entonces líder de ETA, espetándole a Eguiguren que tendría que comprar corbatas negras y que él pasaría el resto de su vida en la cárcel acabó siendo una profecía cumplida. ETA voló el parking de la T4 de Madrid y volvió a matar, y ‘Thierry’ fallecería años después en la cárcel. «Ahí fueron perdiendo oportunidades ETA y su mundo, y eso nos hizo a algunos, una vez más sin esperar ninguna comprensión de los espectadores, trabajar con cierto denuedo en pro de un proceso que definitivamente parara a ETA y se pasara a las vías políticas e institucionales», relata. «Poco a poco se los va convenciendo, porque están asumiendo ahora lo que les decía hace treinta años: que hay tres ámbitos políticos —el País Vasco, Navarra y el País Vasco francés—, que no se puede pedir simplemente en el año 98 que se hagan unas elecciones únicas... Ahí algunos jugamos muy fuerte, aunque nunca se sabrá y cada cual dará la versión que le dé la gana. Y esto desembocó en Bildu y en Amaiur».

Fue su partido, Eusko Alkartasuna, el que suscribió la ponencia *Lortu Arte* (Hasta conseguirlo) con la todavía ilegalizada izquierda abertzale. Fue el primer paso hacia la coalición soberanista que ahora está en las instituciones. Era el año 2010 y, como Otegi había dicho en un mitin unos meses antes, se apostaba en el texto por las vías exclusivamente políticas y democráticas. «El proceso también fue muy demonizado. Para ETA es irreversible. Es algo que creíamos que iba a llevar un alivio enorme a mucha gente, y sin embargo en temas políticos se produce una reacción más virulenta que nunca diciendo “sí, cesa ETA, pero si sus objetivos políticos se cuelan en las instituciones...”», como si hubiéramos hecho una faena como un pan de obleas», exclama. «Es muy curioso lo que ha sucedido. Recuerdo los años 80, cuando HB no iba a

las instituciones y todo el mundo decía: “Que vayan a las instituciones, y que lo digan allí, que las asuman como todos”. Y ahora, cuando han ido a las instituciones sus sucesores, todo el mundo ha montado en cólera y se ha visto más exasperación que nunca. ¿En qué quedamos?». Todo este proceso de reflexión interna en la izquierda abertzale es el que acompaña a ETA a su final, algo que cree que se produce «no solamente, como se quiere explicar simplista e interesadamente, porque está derrotada. ETA acaba porque hay un proceso de persuasión política dentro del propio país, que advierte que estos asuntos generan más problemas que soluciones, y porque dentro de su propio mundo hay una reflexión», asegura. «Aunque algunos de los que han reflexionado están en la cárcel, como es el caso de Otegi y compañía, esa gente ha evolucionado. Y hemos sido algunos los que humildemente hemos contribuido bastante a esa persuasión, y los que les hemos dicho en muchas ocasiones que una cooperación política entre fuerzas nacionalistas sería posible sin violencia, pero con violencia jamás».

Ese acompañamiento es el que hizo que su partido se coaligara con ellos. «En los últimos años hay un trabajo tanto en el mundo de la ex-Batasuna como de mis compañeros para coadyuvar a que se produzca esa decisión, que es el gran salto. El de “vamos a hacer una apuesta política en las instituciones”. Se impone esa tesis y ETA la asume y para», explica. «Otra cosa es que colee. Que una organización como ETA de repente diga “me disuelvo y dejo a los presos y a todo el mundo *hor konpon*” (ahí te apañes)... En la vida las cosas son complicadas». Esas dificultades, en su opinión, no justifican los obstáculos que bajo su punto de vista se han puesto desde fuera. «Algunos nos hemos empeñado en poner una pista de aterrizaje, una salida política, y unos elementos de persuasión para que de las vías violentas se pase a la práctica política no violenta e institucional. Otros parece que lo que querían era una labor de hospedaje que hiciera las cosas lo más difíciles posible, y yo no sé lo que habría sucedido», dice en referencia a que no se hubiera permitido a Bildu concurrir a las elecciones de

2011. «En el mundo de ETA hay un debate y también prevalece ese criterio y esa requisitoria de su brazo político. Es significativo que hayan aflorado otra vez grupos de reivindicación de la actividad armada y haya habido una llamada de atención del mundo de ETA diciendo que de eso nada. Ahí también se ha producido una evolución esencial: si antes marcaba las pautas ETA a su brazo político, el brazo político ha trasladado sus tesis al mundo de ETA», resume.

El viaje por la historia política llega, finalmente, a la actualidad, ya sin ETA. «Para eso es decisivo el hecho de que en su sector, su base política y social, se llega a la persuasión de que esas vías ya no conducen a nada y de que hay que ir a jugar a la política. Asumen las reglas que antes no asumían y las instituciones que antes no asumían porque eran poco menos que franquistas. Lo que antes era inconcebible resulta que ahora es el *abc*: están gobernando instituciones que antes decían que eran inasumibles. Es la evolución de ese mundo», dice arqueando las cejas. Esa evolución le lleva finalmente a concurrir con ellos a las elecciones bajo las siglas de Bildu. «Los puntos que nosotros señalamos como fundamentales de nuestro proyecto político en el año 86, cuando hacemos EA, son vías políticas no violentas, derechos humanos, socialdemocracia, derecho a la autodeterminación del pueblo vasco, vías soberanistas...», dice tocándose los dedos para marcar la enumeración. «Bueno, en eso estamos. ¿Quién ha cambiado?», pregunta. «Los que han cambiado han sido los que han dejado lo fundamental, el gran muro que nos separaba, las vías violentas, y han ascendido las vías pacíficas, políticas e institucionales. Por tanto, veo que es una evolución lógica», dice sobre unir sus caminos políticos. En el enésimo salto en el tiempo vuelve décadas atrás para recordar una pregunta de un periodista, hecha «con mucho enfado desde Madrid» sobre si estaba de acuerdo con la alternativa KAS. «Yo le dije: “Sin violencia, sí”. Claro que estoy de acuerdo con el derecho de autodeterminación, y con el de la integridad territorial del País Vasco, porque no quiero a mi país troceado. En

eso estamos de acuerdo», dice sonriendo. Confiesa, eso sí, la dificultad de la vida en coalición, las «tentaciones monopolísticas» por el hecho de que la base social abertzale sea mayor que la de EA... «Otros hemos puesto las ideas que al final han prevalecido», sentencia en tono triunfal.

«Siempre he dicho a mis compañeros que nosotros tenemos aquí dos objetivos. Uno inmediato y fundamental, y por ese ha merecido la pena hacer ese proyecto: conseguir que se dé el gran salto de la etapa anterior con violencia a una formación política en la que decididamente ya la antigua Batasuna entre a hacer política. Ese objetivo está conseguido. Si no hubiéramos apuntalado el proceso nosotros, incluso en términos legales... las consecuencias no sabemos cuáles hubieran sido, si esos grupos disidentes de ETA no habrían tenido más fuerza», asegura en tono sombrío. «La segunda etapa es la práctica de la política, el ver las cosas no desde el exilio, la resistencia o la mera oposición, sino gobernando. Que vaya cayendo el pelo de la dehesa a quienes quizá todavía tenían maneras de hacer política más o menos atípicas, y conseguir que se vaya templando y moderando, incluso en las formas, y se vaya a una izquierda homologable más o menos a lo que hay por ahí. Esta segunda etapa es más complicada porque la gente no cambia de estilo y de costumbres con facilidad», dice riendo por lo bajo.

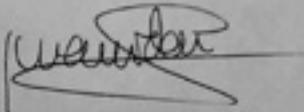
«Ahora la historia sigue aquí, y este viejo pueblo está empeñado en sobrevivir como tal», dice acerca de la situación actual. «Hace un tiempo, yendo por un valle próximo a Pamplona donde todavía había algún vascoparlante me encontré con un hombre mayor subiendo al monte. Hablamos en euskera y me contó que de pequeño se fue a vivir a Idaho, “allí hablábamos euskera: aquí lo perdieron y yo allí lo mantuve”. Qué triste historia la de un pueblo que tiene que mantener sus señas culturales a 6.000 kilómetros de distancia», dice. Y otra vez pasa del tono grave y sombrío al chascarrillo y la anécdota, esta vez sobre el pasado y el trato a lo vasco. Cuenta que un sobrino suyo hizo la mili en Valencia y el superior militar le decía «así que tú tienes el primer apelli-

do vasco y el segundo normal», y se encana de risa con el recuerdo. Y una vez más, otro salto en el tiempo hasta la actualidad, la incomprensión y los palos en las ruedas: «Ha habido un hostigamiento que daba la impresión que provenía de gente que obtenía más rentabilidad política de la existencia de ETA que de su inexistencia. Todavía observamos que se reverdece mucho la historia de ETA con aparente interés de rentabilidad política. Hay hasta cosas sospechosas, personajes que están controlados desde hace meses o años, que están en Venezuela y que de repente, hombre, en vísperas electorales reaparece el *Deus ex machina* de ETA», critica sonriendo. «¿ETA? ETA ha parado hace años, es irreversible, está buscando salvar no voy a decir la cara, pero algo que, guste o no guste, es lógico: la situación de los presos y demás», comenta. La velocidad y la expresividad con la que habla, su gestualidad, ha cambiado por completo. Ya no hay ni rastro del anciano encogido en la silla en la que se acurrucaba. El lehendakari Garaikoetxea, aquel político enérgico de los 80, ha reaparecido con tanto viaje de ida y vuelta en el tiempo. «Veremos si cuando pasen estas etapas políticas y haya otro clima se le puede dar el cerrojazo formal al asunto. Pero, de hecho, esto está terminado».

Estimado Carlos:

A la hora balance de tu larga e interesante trayectoria política, ¿te asalta alguno sentimiento? ¿Crees que la política y la institución podían haber hecho más para acabar antes con la violencia?

Un Saludo,



Pregunta de Javier Marrodán a Carlos Garaikoetxea.

«Seguramente todos, y yo particularmente, podríamos haber hecho algo más. Pero, sin jactancia ni falsa humildad, puedo asegurar que hice todo lo que estuvo en mi mano, que deseé con toda mi alma y promoví todas las iniciativas que fui capaz para alcanzar una situación sin violencia».

Iñaki



«Durante años, tanto la derecha como la izquierda española han dicho que todo era posible de forma democrática, sin violencia, sin terrorismo, sin coacción. ETA ha desaparecido y parece que el mensaje ha cambiado, parece que no todo es posible». Iñaki tiene un tono grave, aunque habla de forma queda, sin levantar la voz, casi arrastrando las palabras. Es un historiador con un amplio catálogo de libros a su espalda, casi todos centrados en la historia del franquismo en el territorio vasco. Habla de «hegemonías», de «violencia estructural», de «élites», de «sujetos», de «agentes», de «polaridades»... No cita a Marx, pero sí a uno de sus revisionistas, Slavoj Žižek, y describe el conflicto vasco de forma amplia en el tiempo, remontándose a otros siglos y rechazando aventurar lo que pueda pasar. «Eso es ciencia ficción», dice en varias ocasiones.

Ese análisis alejado en el tiempo le hace describir las cosas como procesos más que como hechos. «ETA no es un protagonista esencial del conflicto, sino una consecuencia precisamente de ese conflicto», dice mientras baja la cremallera del forro polar rojo que viste, bajo el que asoma una camiseta negra de *Naiž*, la versión digital del diario abertzale *Gara* en el que colabora como columnista desde hace tiempo. El pelo canoso y caótico y la poblada perilla le acaban de dar cierto aire bohemio. Al otro lado de la ventana arrecia el temporal, con la lluvia encharcando las calles del barrio donostiarra de Egia, donde tiene la sede la fundación que preside. Se trata de Euskal Memoria, una organización cuyo objetivo «es arrojar verdad y luz sobre las consecuencias del conflicto histórico» partiendo de la idea de que no se ha contado de forma objetiva lo que ha pasado. «Lo de reescribir la historia es algo que no sucede en una ocasión, ni en este escenario, sino en cualquier escenario del mundo. Después de haber un conflicto o una situación enconada como la que ha habido en nuestro país, los relatos son diferentes». Y este es el suyo.

El local es un bajo amplio y espacioso, con una gran sala oscura de entrada, que hace las veces de almacén en el que hay una mesa con ejemplares de la revista que editan y un par de habita-

ciones, una con una gran mesa de reuniones de color blanco y otra donde dos sonrientes compañeros de mediana edad trabajan. El lugar, que transmite cierto aire como de provisionalidad, tiene, por el mobiliario, aspecto de haber salido directamente de los años 80. Pero el relato de Iñaki Egaña se centra en una época anterior a esa, cuando la dictadura de Franco oprimía al país y el mundo se desgajaba en dos partes entre amenazas de guerra global, con conspiraciones, aliados, espías y tramas por doquier. Algunos de sus relatos tienen un toque casi de película, embebidos de ese aire lejano y medio secreto que muchos pasajes de la Guerra Fría conservan. A él, de hecho, le tocó vivirlo en carne propia: tras haber viajado de forma frecuente a EEUU durante años para documentarse para sus trabajos, en 2006, cuando iba con dos de sus hijos, le prohibieron la entrada al país. «Nos desviaron el avión cuando llegamos a Nueva York, nos pidieron los pasaportes sin salir y entonces me detuvieron», cuenta. «Tuve un interrogatorio de dos horas y media o tres horas y, aunque parezca difícil entenderlo, todas las preguntas que me hicieron estuvieron relacionadas con cosas de los años 40, 50 y 60. Hubo un senador que se acercó hasta ahí y ni siquiera lo dejaron visitarme. Pude hablar con la Embajada Española al día siguiente y se me dijo «no hay nada que hacer: esto es como un bar, reservado el derecho de admisión, nunca te van a decir por qué no te han dejado entrar». Y, efectivamente, nunca me lo han dicho. Nunca lo he sabido y tiene toda la pinta de que nunca lo sabré».

Aunque haya silencio oficial al respecto, él sospecha que fuera por sus investigaciones. «Me sigue extrañando hoy en día que las razones haya que buscarlas en temas de hace cuarenta o cincuenta años, pero parece que pueda ser por eso, porque yo aquí no tengo ninguna causa pendiente», explica. Él mismo apunta a un posible motivo: el diario del primer lehendakari vasco, José Antonio Aguirre, que estuvo exiliado en EEUU desde la Segunda Guerra Mundial. «Hace diez o doce años lo encontré en la biblioteca en el Congreso de Washington. En él explicaba cómo vivía el

día a día clandestinamente hasta que consiguió llegar a EEUU en 1942, apoyado por el Departamento de Defensa. Luego lo publicó, aunque con cambios: ocultó una serie de circunstancias que le hicieron llegar a EEUU, cómo lo hizo y, sobre todo, los veinticinco o treinta últimos días del diario en los que daba nombres del Departamento, relataba a qué acuerdos se llegaba...», enumera con un gesto de la mano, sin decir más. «Ese diario, el original, se publicó en el País Vasco y tuvo mucho éxito. Le hice la introducción y cuatrocientas y pico notas. Ahora el original sigue abierto al público en la biblioteca del Congreso, pero esas treinta últimas hojas están clasificadas y no se pueden consultar», dice mascullando una risa. «Aguirre, que murió en 1960, no tiene levantada la confidencialidad de sus documentos mientras que de Kennedy, que murió en 1963, se han desclasificado la mayoría», reflexiona. Además de su diario, del exlehendakari también le interesaba su implicación con los servicios secretos y con el Departamento de Estado de EEUU. Según cuenta, estaba relacionado con el proceso de «creación» de la democracia cristiana en Europa, «un sector político que hasta entonces no existía y que se hace a través de una cantidad ingente de dólares que circulan a Italia y a Alemania precisamente a través del PNV».

La de Aguirre no ha sido la única investigación que ha llevado a cabo en suelo estadounidense. Antes de que lo vetaran cuenta que mantenía relaciones «con algún exiliado de la Guerra Civil y del franquismo que había sido incluso expulsado de EEUU en la época de McCarthy, gente mayor que tenía acceso a muchísimos archivos». Cuenta que había estado estudiando «la información que tenían la CIA y el FBI sobre el conflicto vasco» o una operación casi de película como fue la desaparición de Jesús Galíndez, el delegado del Gobierno vasco en 1956, que fue secuestrado en Nueva York y trasladado en un avión a la República Dominicana «donde fue muerto por orden del entonces presidente Rafael Leónidas Trujillo». Egaña aún tiene prohibida la entrada al país y hasta su familia también se ha visto afectada tanto tiempo

después. «Mi hija hacía escala hace año y medio en un viaje a Nicaragua y ni siquiera le dejaron: la expulsaron a Madrid».

Mientras todas esas cosas que él estudia y que supuestamente le han valido el veto tenían lugar al otro lado del Atlántico, en el País Vasco se fraguaba ETA. Él, insiste, no ve a la organización como la iniciadora del conflicto, sino como una parte de él. El origen de todo lo sitúa mucho antes, y con unas causas claras: «El no reconocimiento del sujeto de un pueblo». El contexto de la aparición de ETA lo ubica «en una situación de oscurantismo total, la del franquismo», cuyo final no implicó a su vez el final de la actividad armada. En su opinión, lo que la hace «especial respecto a otros agentes de ese conflicto» es la decisión de seguir tras la llegada de la democracia. «En ese debate entre reforma o ruptura una parte del pueblo vasco sigue apostando por esa ruptura con el franquismo porque consideran que no se ha dado, que muchos de los elementos anteriores se mantienen en vigor y que, por tanto, siguen apostando por una determinada estrategia, que en el caso de ETA consiste en la continuación del uso de la violencia como arma política». Según su análisis, «la transición se hizo muy matizada por lo que había sido el sistema anterior. Es una Constitución que está recogiendo en cuanto a la unidad de España una idea que está al final de la segunda Guerra Carlista, hablamos de 1880: la unidad de España será defendida por el Ejército. El enemigo no es externo, como fue en la época colonial, sino interno. Muchos de los códigos son casi atávicos, muy viejos».

En este contexto define a ETA como «una organización política que utiliza en una fase de su trabajo, lo que llaman lucha armada, la violencia política, el terrorismo». El detonante de esa decisión está en «una serie de mínimos que marcaba entonces la izquierda abertzale, lo que se conoce como la alternativa KAS», el «acta fundacional» de lo que después sería Herri Batasuna. «En síntesis era el reconocimiento del derecho de autodeterminación, no el ejercicio, sino el reconocimiento», matiza. «Ahí nos encontramos con dos sectores, los que decían que los puntos de la alter-

nativa KAS son perfectamente asumibles por una democracia, y en la otra punta lo que representaba Andrés Cassinello, general de la Guardia Civil y jefe de los servicios secretos, que dijo “prefiero la guerra a la alternativa KAS”. Y, efectivamente, lo que hubo fue una guerra, una guerra no declarada». La clave no es sólo esa condición de la alternativa KAS sino, en su opinión, la forma en que se hizo el proceso constitucional. «Si el proceso de reflexión hubiese sido mayor, si se hubiera reconocido la pluralidad del Estado y la existencia de otros pueblos, si se hubieran reconocido otra serie de circunstancias, si se hubiera hecho con un poco más de pausa... Incluso si algunos grupos políticos que habían estado haciendo oposición hubieran tenido un poco de madurez política y no hubieran actuado con tanta inmediatez, se hubiera actuado de otra manera y el resultado hubiese sido otro diferente». Pero no lo fue.

Desde ese análisis de historiador que hace, alejado en el tiempo y observando los procesos en lugar de los eventos, habla de la violencia de una forma casi analítica, como un hecho objetivable. Como un factor más. En su opinión, el uso de las armas «no es un fin en sí mismo, sino una herramienta, y eso tiene que tener un principio y un fin. Con todo lo que suponga el ejercicio de la violencia de dramas y tragedias, al ser un arma política debe valer para sumar y no para restar». La violencia, por tanto, habría sido un medio para un fin, un medio considerado útil por ETA. «No sé si ha servido para acumular fuerzas, pero sí ha servido para cohesionar y darle firmeza a un mensaje político. En un principio es evidente que consigue sumar porque cuando nace ETA debemos recordar que la represión es bastante importante y ETA sirve como catalizador, al igual que va a servir de cohesionador de cierto sector del pueblo vasco, incluso electoralmente: los mejores resultados de la izquierda abertzale, los de HB a nivel del Estado en unas europeas, fueron casi en los “años de plomo”». Se refiere a las elecciones de 1987, cuando HB sumó 360.000 votos, de los que 110.000 vinieron de fuera de Euskadi y Navarra, en un año en

que ETA mataba a casi una persona a la semana. Esa lectura llevó a lo que define como «una lógica perversa» entre ETA y el Estado: «En situaciones de atascamiento político el propio Estado ha enseñado a ETA la vía, qué es lo que tiene que hacer para avanzar en un proceso negociador, y por eso se produce lo que se produce, ese *in crescendo* en todo». Enumera algunas de las acciones más dramáticas de ETA y las vincula con procesos de negociación o tregua: «Después del atentado de Hipercor, el más sangriento en la historia de ETA, fue cuando movieron a la representación de ETA desde Ecuador hasta Argelia para comenzar las llamadas conversaciones de Argel, y eso es probablemente recibido en el seno de ETA como una victoria. Se rompe Argel y lo que vino inmediatamente es el atentado contra todos los cargos electos de HB que iban a Madrid», explica en referencia al asesinato del diputado Josu Muguruza.

Esa tensión violenta tuvo un punto de inflexión con el asesinato de Miguel Ángel Blanco. «Va a producir un terremoto no sólo en la izquierda abertzale, sino en todo lo que es el mundo nacionalista, incluso va a afectar al PNV», recuerda. «Ahí se van a dar unos procesos muy fuertes de pugna por la hegemonía política, hasta el punto de que se contrae el mundo vasco porque va a suponer una ofensiva sin precedentes contra todo lo vasco, pero a su vez también va a suponer una especie de reafirmación: los resultados de Ibarretxe son los mejores en la historia del PNV y después se puso en marcha todo el proceso de Lizarra», analiza volviendo a la idea del efecto cohesionador que tuvo la violencia. «En esa dinámica casi perversa la historia de ETA demuestra que después de situaciones llevadas al límite hay consecuencias políticas. Esto es muy duro decirlo, sobre todo para quien le toca, pero es así, y no sólo aquí, sino en cualquier otra parte del mundo». Sin embargo, eso también tuvo sus efectos: «Hay una evolución en la actividad armada de ETA, de los ataques a políticos de final de los años 70 a concejales o cargos públicos del PP y del PSOE ya en los años 90, o los ataques como Hipercor o contra casas cuar-

tel como Vic y Zaragoza, en los que mueren niños». Esa evolución «va a provocar un desgaste en todo lo que es la línea estratégica de lo que es ETA, que como toda organización o todo grupo político ha tenido su transformación y su evolución», comenta, y eso va a tener también sus efectos. «Es una organización clandestina, que cada vez es más clandestina, y sus elementos de análisis no son probablemente los óptimos. Ahí se da un proceso lento que desemboca en las reflexiones de 2008 y 2009, que van a producir todo esto», analiza en referencia al comunicado del cese de la violencia de 2011.

Esa evolución parte, según Egaña, de una ETA que en sus inicios «contó con simpatías evidentes» en un contexto de represión franquista y cuatro décadas de silencio. «La muerte de Melitón Manzanos fue saludada por todas las organizaciones políticas. Hace poco he encontrado en México incluso alguna documentación en la que el Partido Socialista y el PNV se congratulaban de la muerte del “famoso torturador” con palabras como “la justicia por fin llega”». Manzanos fue la segunda víctima de ETA, «la primera buscada», en sus palabras. La primera fue el guardia civil José Pardines, abatido a tiros por ‘Txabi’ Etxebarreta, que también falleció ese día. Iñaki Sarasketa, el otro etarra presente en el tiroteo, calificaría años después aquel asesinato como una mala decisión. El hecho de mantener las acciones armadas tras la Transición y la progresiva ampliación de objetivos hizo que cualquier posible simpatía del inicio acabara esfumándose. De hecho, uno de los caballos de batalla del relato fue ese origen: durante años se tomó a Begoña Urroz, un bebé que murió por un explosivo, como la primera víctima de ETA, y fueron precisamente las investigaciones de Egaña las que hicieron que el Ministerio del Interior acabara atribuyendo aquel atentado de forma oficial al DRIL y no a ETA. «Cambia mucho a efectos de esa construcción del enemigo decir que ya tenía entre sus objetivos, en su esencia, en su origen, la muerte indiscriminada, a pesar de su carácter netamente anti-franquista de los primeros años, que luego no lo fue. En el caso de

Begoña Urroz es evidente que ha habido una manipulación del relato», afirma.

Ese relato, esa construcción del enemigo «casi con términos bélicos», ha sido otro de los frentes de estos años. «Se ha construido el enemigo a imagen y semejanza de como deseaba el Estado, utilizando códigos muy viejos, casi con rabos y cuernos», ironiza, y recuerda cómo se señaló a ETA en los atentados del 11M. «No me refiero al pueblo español, sino al Gobierno del Estado español», matiza. «Desde el otro lado también se ha construido un enemigo utilizando los viejos mitos con los que se acuñaba lo que era el Estado español, y esos mitos también han sido los tradicionales, casi también con cuernos y rabos», explica. «El mayor error en el que ha podido incurrir este sector es el considerar que España era monolítica en ese sentido, confundir lo que son los aparatos del Estado con lo que es España en su conjunto».

En esa línea habla del «enorme poder que tiene un Estado» para esa construcción, que se ha hecho a su juicio «defendiendo los intereses emotivos, estratégicos, políticos, sociales del Estado, y para eso las herramientas han sido de todo tipo, desde los medios de comunicación hasta el uso de los fondos reservados». «Es un conflicto muy matizado por la información», comenta, «y en cierta medida me recuerda a lo que es la propaganda de conflictos bélicos abiertos, lo cual nos lleva a la falta de credibilidad, y eso afecta a la construcción del relato». Las élites, como las califica, «conocen perfectamente el escenario, qué se mueve, qué agentes o qué grupos policiales o parapoliciales actúan, qué actividad y qué estrategia se ha llevado». Habla en ese punto de «una actividad política ilegítima, con hechos como torturas, ejecuciones extrajudiciales e impunidad. Sobre todo impunidad».

Uno de los miembros de la asociación que preside Egaña es el histórico de ETA José Manuel Pagoaga Gallastegui 'Peixoto', uno de los líderes del aparato militar en las últimas fases del franquismo, que quedó prácticamente ciego tras sufrir un atentado por parte de un grupo de ultraderecha a finales de 1979 en la puerta

de su casa en la localidad francesa de San Juan de Luz. A causa de su invalidez Francia le dio refugio, pero en España le negaron la declaración de víctima del terrorismo en 2008. «Eso también tiene que ver con las élites y la manipulación del mensaje: se reconoce como víctimas exclusivamente a los muertos que ha podido causar ETA en sus ramas, los Comandos Autónomos o el DRIL, y el resto no existe. Tiene que ver con la construcción de un solo relato, cuando hay varios», afirma. «Por tanto no hay víctimas del Batallón Vasco Español, no hay víctimas de lo que el PSOE en su tiempo llamaba “abusos policiales”... Incluso el Gobierno vasco ha dado un paso atrás muy evidente en este sentido: ya no habla de “víctimas de abusos policiales”, sino de “víctimas de la lucha contraterrorista”, lo cual no tiene ni pies ni cabeza. Muchas de estas víctimas no tienen nada que ver con lo que era la lucha contraterrorista, por la que podemos entender la actividad de los grupos paramilitares, como el Batallón Vasco Español, pero un matrimonio que después de venir de una sidrería se para a hacer sus necesidades en una esquina de la autopista y es ametrallado por la Guardia Civil porque no han visto el control, evidentemente no tiene nada que ver con la lucha contraterrorista. Y de esos muertos ha habido unos cuantos. O alguien que está en una ventana viendo cómo pasa una manifestación y le pegan un tiro. Sólo hay reconocimiento de una de las partes, y eso ha llevado a la construcción de un relato monolítico: no ha existido ninguna violación de los derechos humanos, excepto la que ha provocado ETA, que es evidente», sostiene. «Habría que hablar muy sosegadamente, sin vehemencia, del concepto de víctimas», reclama, calificando de «paso atrás» el cierre de la oficina de las víctimas del franquismo en Madrid o «la decisión de retirar absolutamente todas las subvenciones a los grupos que trabajaban en los temas de memoria histórica». En su opinión es algo que se ha hecho «para negar absolutamente la existencia de víctimas del Estado. Han metido en el saco a todo el mundo, y en ese saco puede estar una persona como ‘Peixoto’, que en su tiempo, en los últimos años del fran-

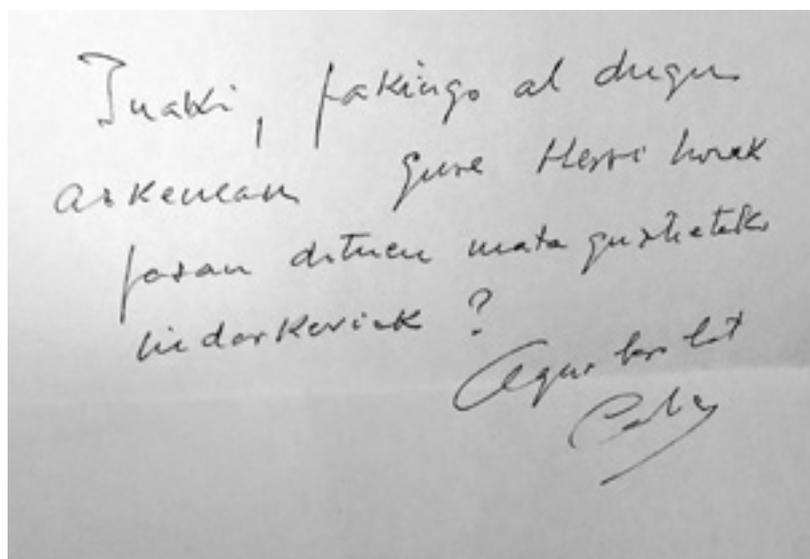
quismo, fue militante de ETA y por eso se refugió en Ipar Euskal Herria, pero también hay muertos en manifestaciones o en controles. El Estado lo que ha dicho es que todos son etarras, aunque es evidente que es mentira».

Y a pesar de toda esa situación enquistada, al final la violencia de ETA vivió su final. Su caducidad prevista, en el análisis de Egaña, que enmarca la explicación de motivos en una decisión estratégica. «Alguno de estos agentes se habían convertido casi en sujeto en su actividad política», dice en referencia a ETA. El Estado la había convertido «en sujeto del escenario político. Ese contencioso estaba muy focalizado en ETA y es evidente que si la izquierda abertzale buscaba una salida todo ese proyecto político se podía ver frenado» precisamente por la «neutralización» que suponía que ETA estuviera en el centro de la escena cuando, en su análisis, el sujeto político debía ser el pueblo vasco. «Ha habido un cambio estratégico impensable hace diez años, impensable por las dinámicas que se iban a producir», aunque sí ve en el pasado «algunos indicios para ese cambio». Habla también como motivo de ese cambio «la propia evolución de la sociedad vasca, que no es la misma en 2010 que la de 2000, ni la de 1980, ni la de 1960. La propia ETA tenía fecha de caducidad desde el primer día en que nació, y así lo han dicho repetidamente».

«Ahora estamos en un momento clave de la historia», afirma, tanto en lo internacional, con un cambio «de un mundo unipolar a un mundo multipolar», en referencia a la pérdida de poderío de EEUU, como en «la cercanía», con lo que define como una situación «a las puertas de un gran cambio en el Estado español». Ve la situación vasca en un *impasse* ante lo que augura como «la primera Transición del País Vasco», un proceso que, en su opinión, allí no se vivió a tiempo porque la transición «fue española, con algunos matices». Y en ese proceso augura movimientos: «En el futuro es probable que sea un proceso unilateral, lo cual llevará, al ser no negociado y no consensuado, a tener altibajos y picos extraordinarios de presiones y de amenazas de todo tipo», aventura. «Sería de-

seable que acabase con un acuerdo para todos satisfactorio, con el reconocimiento de derechos históricos y democráticos, profundizando en la construcción de una nueva sociedad, en fin, todo eso a lo que aspiramos todos, una sociedad más justa. Pero parece que no va a acabar así mientras las hegemonías políticas y económicas sean las que son. Parece que va a acabar de otra manera, que va a haber por lo menos, un intento de una parte del pueblo vasco de avanzar en una línea unilateral, como han hecho otra serie de pueblos en procesos anteriores y que no va a haber un referéndum como ha habido en Escocia o como ha habido en Quebec. Pero todo eso se puede romper de la noche a la mañana por el cambio de hegemonías», augura. Pone el ejemplo del proceso soberanista catalán, donde «las presiones han sido muy fuertes» a pesar de que, a diferencia de en el País Vasco, «no ha existido el uso político de la violencia, excepto en una época muy concreta y de una manera muy marginal» por parte de Terra Lliure.

De nuevo se muestra reacio a hacer previsiones respecto a ese proceso. «Hablar de cómo será en un futuro cercano es hacer ciencia ficción porque depende mucho de las hegemonías políticas y de los pesos específicos, incluso electorales, dentro del Estado español», aunque sí concede el decir que «hay puertas abiertas, pero tampoco de una manera espectacular como pensaba la izquierda abertzale». En su análisis, como consecuencia y no causa del conflicto, con ETA se va una parte de la violencia, «pero es evidente que no toda. En la medida en la que ETA desaparece la reflexión es que acerca esa situación; luego que sea verdad o que no sea verdad...».



Iñaki, jakinago al duzu
Arkelean zure Herrero lekuak
jokan dituen urata guduak
biderkeriak ?
Carlos Garaikoetxea
Parey

Pregunta de Carlos Garaikoetxea a Iñaki Egaña.

[Pregunta: «Iñaki, ¿conoceremos alguna vez todas las violencias que ha sufrido este pueblo?»]

«El 100% nunca vamos a saber, pero nos acercaremos a la verdad. Han tenido que pasar setenta y cinco años del final de la Guerra Civil para que conozcamos el 95% de la verdad, y probablemente aquí tendrá que pasar el mismo tiempo. Pero poco a poco lo iremos sabiendo y colocaremos a cada protagonista en su lugar, aquellas gentes anónimas que han sufrido, aquellas intervenciones del Estado o no del Estado... La forma más democrática es la necesidad de una comisión de la verdad, que allanaría muchísimo el camino para conocer los últimos cincuenta años de lo que ha existido porque el Estado tiene mucho que contar, pero ETA también, o algunos sectores del pueblo vasco que tengan que contar cosas que en su momento no contaron, algunos hechos oscuros que todavía no se han explicado. Sabremos, yo creo que sabremos».

Josean



«A mi nieto se lo contaría con una historia de lo más sencilla y natural: estás viviendo una situación y consideras que tienes que aportar en el ámbito militar con tu presencia. Te implicas en esa lucha porque entiendes que hay que hacerlo y ya está. Lo que no puedes hacer es decirle a nadie “no, yo me levanté un día, cogí una pistola y me dediqué a matar gente”, porque esa es una simplificación absurda». Josean habla de su decisión de entrar en ETA a finales de los 70 como una consecuencia de lo que vivió, pero lo que acabó viviendo a causa de su decisión fueron veintidós años de cárcel por participar en un asesinato. Ahora sólo defiende el diálogo.

La expresión de su cara, con los labios ligeramente caídos en sus comisuras, le da un aspecto como de enfadado que su porte fuerte, sus hombros anchos y sus manos grandes acentúan. Su tono de voz, sin embargo, lo desmiente. Responde con voz relajada, aunque para muchas de las preguntas tiene apenas un par de frases cortas, evitando dar detalles y sin conceder mucha importancia a casi nada del pasado. Ni sus años dentro de ETA, ni el día de su detención, ni el paso por la cárcel merecen más que unos segundos de respuesta. Tampoco aquel 5 de junio de 1982 en el que él y otros tres miembros de ETA mataron a Rafael Vega, un comerciante de Santurce cuya familia quedó marcada por su asesinato: las crónicas de la época recogen que su hijo, entonces adolescente, fue el primero que vio el cuerpo sin vida tras oír los disparos, y que su viuda se suicidó unos meses después del atentado. Josean empieza a explicarse cuando llega a la actualidad, a la vida pública que le ha llevado a participar en actos con víctimas casi una década después de salir de un mundo, el de la cárcel, con el que ha seguido en contacto a través de Herrera, organización que luego sería suspendida por la Justicia. Ahora insiste en que no es etarra, sino exetarra, habla de conciliación y dice que su única arma es la palabra.

La conversación, que tiene lugar junto a una conocida plaza cerca de la parte vieja de Bilbao, arranca a toda velocidad, con una cadena de respuestas escuetas sobre su integración en ETA.

¿Qué le mueve a entrar?

Me toca vivir una situación donde la represión cultural, política y social se da en todos los ámbitos del ambiente donde yo me muevo. Fue una reflexión general. Después de llevar unos años militando en ámbitos culturales, deportivos y sociales, entiendo que una manera de aportar a la lucha que me movía, a las aspiraciones que me movían, era ingresar en ETA. Entendía que era una manera de seguir aportando a la lucha de liberación nacional.

¿Cómo se entra en ETA?

Casi estuve un año antes de dar el paso, porque entrar en una organización como ETA no es algo que se pueda hacer de la noche a la mañana. Sin entrar en mayor detalle, es a través de gente que conoces, que más menos sabes que se puede mover en el ámbito ese. Sabes dónde acudir y a través de ellos consigues entrar.

Desde su integración en ETA y su detención pasaron cuatro años, ¿cómo los recuerda?

Como una experiencia vital más. Yo pertenecía a un comando «legal», y la vida era la de cualquier otro ciudadano o ciudadana: hacía vida normal, tenía mi trabajo... Simplemente dedicaba unas horas en determinados días de la semana a la actividad relacionada con ETA. Y sin reseñar nada especial.

Aunque la decisión de entrar en ETA no conllevara para él el paso a la clandestinidad, sí que supuso aprender cosas distintas a las que conocía. Por ejemplo, a manejar explosivos. «Nunca he llevado a cabo acciones con explosivo contra una persona, aunque sí en su mo-

mento contra torretas de Iberduero», explica. También le enseñaron a disparar. «No había usado un arma jamás, y evidentemente se da un cursillo para el manejo de armas cortas, en este caso de pistolas».

¿Cómo recuerda la víspera al atentado?

Son procesos que se viven con cierta inquietud, porque evidentemente no es un plato que guste a nadie el llegar a una acción de esas características. Pero bueno, el típico nerviosismo, sin más. Un nerviosismo natural por el día, cada vez que vas a hacer cualquier tipo de acción es la misma sensación. O sea, el nerviosismo por que salga mal, por que te vayan a detener o cualquier cosa de estas. Nada especial.

¿Ustedes conocen por qué se decide matar a esa persona, hay algún motivo?

En aquella época en ETA, entre muchos de los objetivos que había, uno eran los colaboradores o confidentes de la policía y esta persona estaba considerada un colaborador y un confidente de la policía.

¿Cómo recuerda el día del atentado?

Ese día fue un día normal. Se fue allí a esto. Robamos un coche y llegamos al sitio donde estaba esta persona, se realizó la acción y nada más.

Dicen que quien salió al escuchar los disparos fue un hijo de la víctima.

No me consta ese dato.

¿Llegó a verle la cara a la víctima?

No.

¿Qué pensó después del atentado?

Se vive un estado de *shock* donde no piensas en casi nada: se anda con prisas, se va a dejar las armas, a vestirse como un ciudadano más y a volver a hacer la vida normal dentro de esa doble vida que hacías. Y nada más, no hay nada en especial que yo recuerde que merezca subrayarse.

¿Con el paso del tiempo, ha pensado mucho en aquel día?

No necesariamente. Cuando uno entra en una organización de estas características sabe para lo que entra, y aquello que hace entiende que en aquel momento tiene un valor positivo, así que no se le da más valor que ese. Si lo que me estás preguntando es por algún tipo de remordimiento o cosas de estas, no, nunca.

Hubo una consecuencia inmediata: que la mujer de esta persona se suicidó. Pues sí, evidentemente ahí sientes un dolor, una preocupación concreta y especial. Pero bueno, nada más allá de eso.

¿Por qué esa disociación de no sentir una especial pulsión por la víctima, pero sí tener un sentimiento de tristeza por su viuda?

Dentro de una lógica militar un objetivo es un objetivo, y en este caso la persona que muere sí es un objetivo, pero la mujer de la persona que muere no lo es. Entonces la vivencia frente a las dos situaciones es diferente.

Meses después del atentado Josean fue detenido. Como miembro *legal*, según cuenta, hacía una vida normal en el trabajo y en casa. «Es verdad que se viven unas situaciones de nerviosismo, donde parece que todo el mundo te está siguiendo, o que la policía está encima tuyo. Yo no me apercibo de nada de esto», cuenta. «Estaba trabajando en Petronor, en Muskiz. Estaba comiendo y vinieron dos policías, me preguntaron si yo era tal, me pusieron una pistola en la cabeza y me llevaron en un coche a Bilbao, a la comisaría de Indautxu». Al preguntarle si sufrió abusos policiales responde que sí, y lo explica, pero tampoco se explaya en esta parte del relato. «Mientras llegaba a comisaría fui agredido con puñetazos y golpes en la cabeza. En la comisaría sufrí las torturas de la época, que estaban basadas principalmente en lo físico: electrodos en los testículos, golpes con un listín, flexiones... Y luego psicológicas, diciéndome que estaba mi mujer detenida, que le iban a dar un trato determinado...». Lo cuenta, de nuevo, sin la impresión de dar importancia a las palabras, como pasando rápido las hojas de un libro escrito hace mucho.

La primera respuesta que se alarga más de unos pocos segundos es para explicar en qué momento cambió algo en él, en qué momento, en la cárcel o al salir de ella, el Josean que empuñó una pistola decidió que era más efectivo hablar. «Esa intención la tenía ya desde dentro, lo que pasa es que cuando salgo, en el año 2005, la situación es totalmente diferente a la actual. Llevar a cabo acciones o eventos como yo estoy haciendo hubiera sido bastante complicado. Como filosofía sí lo tenía en mente, pero no lo llegué a desarrollar hasta que se dieron las circunstancias que podrían avalar el que alguien hiciera lo que estoy haciendo yo».

Ha participado en actos con víctimas en estos últimos dos o tres años, ¿cómo han sido esas experiencias en lo personal?

Muy gratificantes. El conocer a personas de otros ámbitos que han sufrido una situación como consecuencia de mi acción me ha aportado mucho en lo humano e intelectual.

¿Ha tenido algún contacto con la familia de su víctima?

No.

¿Lo haría?

Si la persona, que creo que tiene un hijo, estuviera dispuesta a hablar conmigo con naturalidad, en estos términos de respeto, sin ningún tipo de problema.

De la misma forma que niega que hubiera un hecho concreto que fuera determinante en su decisión de entrar en ETA, tampoco ve un momento identificable que lo llevara a cambiar. «Si la cárcel tiene alguna cosa positiva es que te da muchas opciones para conocerte a ti mismo, para leer mucho, para escuchar mucho, para conocer diferentes culturas y diferentes personas, aunque sea en ese ámbito marginal. Lo que sí cambia en ti es esa disposición a conectar o a entender al otro, al inmigrante, al andaluz, al catalán, al francés, a todas las personas con las que te encuentras. Porque a veces nos movemos en micromundos donde lo único que hacemos es reproducir nuestro propio producto y no sabemos que al lado hay otro que puede ser tan bueno o malo como el nuestro. Simplemente lo que hay que hacer es contrastar para buscar un intermedio». Su explicación contradice una de las ideas más extendidas acerca de los presos de ETA en las cárceles: que durante mucho tiempo hicieron vida separada, casi al margen del resto de convictos. «No, es más, en el año 83, que es cuando a mí se me

detiene, la relación con los llamados presos sociales, o presos que no están por razones vinculadas con temas políticos, es totalmente abierta: hacemos vida con ellos, comemos con ellos, compartimos con ellos... En todas las prisiones que he estado he tenido buena relación, ha habido algún incidente, pero como puede haberlo en la calle también», relata.

Según rememora, los compañeros del *mako* los miraban con una actitud muy diferente. «Para ellos nosotros paradójicamente somos luchadores por la libertad, somos *gudaris*, personas que estamos luchando por unos ideales. Cuando empiezan los medios de comunicación a introducir el término “terrorismo”, diciendo que somos unos “mataniños”, ellos también beben de esa fuente y empiezan a considerarnos como terroristas de una manera natural, sin intencionalidad». Ese paso de etarra a exetarra, sin embargo, no tiene que ver con su cambio de mentalidad. «Siempre he tenido claro que desde el momento en el que eres detenido dejas de ser militante de ETA por sentido común: tú no puedes seguir militando en una organización clandestina cuando ya no haces vida clandestina. En el momento en el que eres detenido, y todo el periodo que pasas en la cárcel, ya no eres de ETA. Por consiguiente, cuando sales tampoco eres de ETA. Es por una cuestión de seguridad, porque salvo en escasísimas ocasiones con miembros de ETA, el reintegro, aparte de que no se te acepta, no tiene ningún sentido. Y es también por una cuestión práctica: si tú estás veintidós años en la cárcel, te está esperando una familia y te vuelves a meter, pues...», dice soltando un suspiro. «Es un poquito contradictorio, salvo que le digas a esa persona nada más te detienen “oye, mira, no quiero saber nada de ti porque en cuanto salga me voy a liar otra vez la manta”. ETA siempre ha tenido claro que no se pide: en el País Vasco siempre ha habido gente dispuesta a entrar, y no había la necesidad de que fueran siempre las mismas personas», cuenta.

La siguiente idea sobre las cárceles y ETA que Josean contradice es la referente a la presión que, según la Justicia, ejerce sobre los presos el EPPK.

¿Sufrió algún tipo de presión del entorno?

No, hasta la fecha no. Puede ser por respeto, puede ser porque ya te hayan catalogado como que tú no eres del entorno ideológico y prefieren omitir cualquier tipo de crítica, o puede ser por respeto hacia esos años que has pasado dentro y, bueno, tienes derecho a decir lo que piensas. Sin más.

¿Se considera a sí mismo un disidente?

No, no, en absoluto. Mis ideales políticos, ideológicos y sociales siguen siendo los mismos.

¿Qué es un disidente?

Una persona que hace dejación de los principios que dice defendía en tal tiempo y al día siguiente no los defiende.

Usted lo que cuestiona no es el fin de ETA, sino los medios.

Efectivamente.

¿Y no se considera disidencia el cuestionar esos medios?

No, porque la lucha armada históricamente ha sido en todos los pueblos una herramienta, nunca un fin en sí mismo. Y una herramienta se utiliza cuando uno la necesita, una vez que uno no necesita esa herramienta adapta su estrategia al nuevo tiempo.

¿Usted considera que estuvo mal lo que hizo?

Ahora entiendo que no.

¿Entiende que no estuvo mal?

Entiendo que no.

¿Por qué?

Porque entendía que en aquel momento se vivía en una situación donde había una presión por parte del Estado español contra el pueblo vasco que se expresaba básicamente a través de medidas coercitivas y represivas, y yo me vi en la necesidad y obligación de responder a esa agresión.

La violencia en los 80 estaba bien y en 2015 no, ¿por qué?

La situación cambia. Cuando yo entré había estímulos para seguir iniciativas revolucionarias, por denominarlas como en aquella época: en El Salvador, en Nicaragua, en Argelia, aquí en Europa estaba la Baader-Meinhof, Acción Directa en Francia, el IRA, los corsos... Había países donde había movimientos revolucionarios que estaban activos, había movimiento. Una vez que tú ves que a nivel internacional que esos referentes desaparecen, no tiene sentido que tú sigas dándole al tema.

El fin de la «utilidad» de la violencia y la soledad de ETA en el contexto internacional serían, por tanto, las causas que él ve desde fuera respecto a la decisión de dejar las armas. «Imagino que,

como todo en la vida, hay una evolución. Se entiende que se está viviendo una situación nueva, no sólo en Euskal Herria, sino en el resto de conflictos que se dan a nivel internacional, donde ya en Europa el único conflicto es el de ETA porque todas las organizaciones han llegado a principios de acuerdos o han intentado adoptar salidas negociadas o democráticas. En esa clave, ETA entiende y dice: «Pues bueno, no me voy a quedar aquí sola y voy a intentar desarrollar otro tipo de actividad», delegando en la sociedad civil lo que haya que hacer para conseguir los objetivos que tiene», augura. La expresión de aquella decisión, el comunicado del 20 de octubre de 2011, era para él una especie de esperado secreto a voces: «No sentí nada especial porque era algo que ya se venía barruntando, pero hubo un alivio generalizado. Generó deseos de que esto sirva o contribuya a que seamos capaces entre todas y todos de mirarnos con naturalidad, de mirar hacia delante y construir algo nuevo», explica. Ante la tesitura de que alguien se planteara ahora las cosas que él se planteó antes de entrar en ETA y viera las armas como una opción responde plegándose al discurso actual: «No soy muy partidario de decirle a una persona lo que tiene que hacer, pero sí soy bastante disciplinado, y en ese sentido lo que sí diría es que, nos guste o no, compartamos o no decisiones de las direcciones políticas, hoy en día la izquierda abertzale ha tomado una decisión estratégica, y con esa decisión es con la que hay que tirar adelante», asegura. «El que hoy en día quiera ver o no motivos para ejercitar o llevar a cabo estrategias que tengan como herramienta la lucha armada pues es algo que a mí se me escapa», dice mientras encoge los hombros e inspira aire muy despacio. «Se me hace muy difícil decirle a alguien que no haga aquello que piense, aunque yo lo invitaría a que no lo hiciera y a que sumara fuerzas con la causa común, que es la que está marcando hoy en día la dirección de la izquierda abertzale».

El centro de decisión, por tanto, habría cambiado, aunque en su opinión no es a causa de una variación en la soberanía desde ETA hacia la izquierda política. «En cierta medida es así, pe-

ro izquierda abertzale ha sido siempre todo. Izquierda abertzale no es ETA. Izquierda abertzale no es HB. Izquierda abertzale es todo, izquierda abertzale es LAB, izquierda abertzale es HB, izquierda abertzale es ETA, izquierda abertzale es Ikasle Abertzaleak, los movimientos juveniles, todas las organizaciones o asociaciones que se han movido en el ámbito de la izquierda abertzale. No hay una dirección, no hay un “ETA es la que dice”, como se ha pretendido hacer ver. La dirección política ha estado siempre en el sur del País Vasco, en su época fue HB y hoy en día son Sortu, LAB y Ernai. Y ahí no está ETA», asegura. «Hoy en día la izquierda abertzale en su totalidad ha decidido una estrategia nueva y ahí hay una sola palabra y no hay más. Sobre el paraguas de esas tres organizaciones, Sortu, LAB y Ernai, hay una estrategia concreta, apoyada por el colectivo de presos, de refugiados, de ETA, para que a buen entendedor todos digamos que somos izquierda abertzale. Sí, ahí puede haber esa apreciación de que hay un cambio de papeles, pero no ha sido nunca ETA la que ha marcado una línea. La que ha marcado la línea ha sido la cara política del movimiento. Habría que decirlo con naturalidad: lo mismo que el IRA era el IRA y el Sinn Fein era el Sinn Fein, aquí no se da un esquema diferente», reflexiona.

Con cambio o sin él, Josean ve definitiva la decisión tomada por ETA, aunque reconoce preocupación. «Sobre que pueda surgir otra organización con otro nombre que vaya a hacer cosas similares a las que ha estado haciendo ETA», comenta. «Sinceramente tengo mis dudas, y más viendo el escaso interés de los estrategas franceses y españoles por canalizar o dar una salida a la situación que se ha abierto. No se está aprovechando en cuestiones tan básicas, por ejemplo, como la dispersión, o el tema de los enfermos. No hay ninguna posición que haga que ese joven que puede estar pensando en coger un arma diga “hostia, pues efectivamente se están dando pasos”. Entonces, si soy sincero, tengo cierto temor a que, como no se encauce esto en un periodo razonable, pueda surgir algo. Pero no ETA. ETA como tal ha desapa-

recido ya», explica. «En este tipo de conflictos o situaciones el lado emocional juega un papel muy importante, y si tú tienes amigos, o abuelos, o padres que están en la cárcel veinte años y la perspectiva de libertad es la muerte...». Vuelve a tomar aire muy despacio y continúa. «Jugando con las emociones esa persona puede tomar cualquier decisión. Sin embargo, si tú a esa persona le das una luz en el túnel, que vea que hay una perspectiva, que hay unos avances, una disposición a cambiar esto, esas ganas de hacer algo seguramente se apaciguarían», explica.

El problema que ve, por tanto, es el enquistamiento de la situación tras el cese de la violencia de ETA. «Hoy en día ETA no busca una negociación política con el Estado, lo que busca es una negociación más bien técnica que pueda acreditar la desactivación de sus armas y arsenales. Yo no entiendo que aunque ETA mañana se disolviera la actitud del Gobierno español o francés variara. ¿Por qué? Porque históricamente se han dicho muchas cosas, como el Pacto de Ajuria Enea, donde se aseguraba que en ausencia de ETA se podría hablar de cualquier cosa y hoy en día se está viendo que no», dice torciendo el gesto. «Por que ETA diga mañana “me disuelvo” no creo que venga un cambio del Estado español. Es más, yo creo que seguiría alimentando lo que hoy está alimentando: el odio, la venganza, el “que se pudran”, etcétera». Esa variación de actitud que menciona sería «el tema relacionado con presos y refugiados», algo que «correspondería al ámbito político». En su opinión, «no es una condición, no se está pidiendo. Sería lo lógico, pero en política la lógica del ciudadano normal no se suele aplicar. Si ETA ya da las armas, los zulos, todo lo que tiene que dar, y se disuelve, la lógica es que la situación de presos y refugiados se vaya resolviendo», opina. Esa resolución pasaría por «acabar con la dispersión y aplicar las libertades que les corresponden por Ley, además de la readaptación de las leyes a la coyuntura actual. El auto famoso de Garzón donde dice que *todo es ETA* no tiene ningún sentido, la Ley de Partidos no tiene ningún sentido, la Audiencia Nacional como tribunal excepcional o especial no tiene ningún sentido...», afirma. «Dentro

de la lógica no sólo está el tema de presos y refugiados, sino también el de víctimas, las consecuencias derivadas de estos años, todo, en su globalidad, se tendrá que solucionar. Se tendrá que llevar a un término aceptable por todos».

Esos términos también han cambiado con el tiempo. Desde la ETA que reclamaba la amnistía de sus presos a que ETA ya no exista y que esa no sea una opción. «Si bien soy partidario de la amnistía, entiendo que en la situación actual no es una opción viable. La amnistía no se ha dado nunca. Eso que nosotros hemos llamado amnistía en la época postfranquista tampoco fue una amnistía, fue un Real Decreto, un indulto», considera. «Ojalá la amnistía viniera mañana, pero hay que ser realista: lo que hay que buscar es un acuerdo entre los partidos políticos y los responsables judiciales y sociales, que determinen cómo se puede facilitar el retorno a casa de estas personas».

¿Usted considera que un preso con un delito de sangre, como fue su caso, tiene que estar en la cárcel hasta cumplir su condena?

Desde el punto de vista mío como militar, no. Pero yo entiendo que hay unas leyes: yo estoy luchando contra un Estado y si me cogen, lógicamente tengo que cumplir una sanción.

Más allá de las cuestiones, lo que quedaría pendiente sería cerrar heridas. «No sólo creo que se pueda, sino que se debe. Pero sí es verdad que a nuestra generación no le corresponde eso porque hay demasiado dolor, demasiadas heridas y demasiada sangre», asegura. «Es un proceso que no sé si será largo en el tiempo, pero esto no es una cosa que se vaya a superar de la noche a la mañana. Los hijos de las personas que han sufrido las consecuencias de la acción de ETA están ahí, los hijos de los que han sufrido las con-

secuencias del Estado también están ahí. Eso no se cura de la noche a la mañana. Es muy difícil empatizar porque no estamos poniendo todos de nuestra parte para que se puedan alcanzar esos niveles de empatía», lamenta.

«Sería importante que en el ámbito del Estado todas las personas estuvieran interesadas en que se oigan las verdades que hay en todos los sitios. Que se apueste por una convivencia en paz sin olvidar el pasado, porque el pasado no se puede olvidar: las heridas están ahí, los dolores están ahí», dice. «Que seamos capaces de avanzar, de dibujar un nuevo futuro donde todas y todos podamos mirarnos a la cara sin rencor y dejar ese regalo para nuestras nietas y nietos, y que vivan una nueva vida en que, a través de iniciativas democráticas, puedan alcanzar aquellos objetivos que entienden son los suyos».

Joséan:

¿Cómo debe de ser
una justicia transicional
para que vayamos profundizando
en la paz duradera? ¿Es
posible hoy?

Iñaki Egaña

Pregunta de Iñaki Egaña a Josean Fernández.

«Lo que hoy no es posible mañana es posible, así está escrita la Historia. En el cómo se debe hacer es verdad que yo tampoco soy un experto, pero es un tipo de Justicia en la que yo creo y que tendrá viabilidad y tendrá recorrido siempre y cuando los agentes sociales y políticos tengan interés por desarrollarla».

Eduardo



«Con el tiempo me he dado cuenta de que no me importa tanto cómo se lo vaya a contar yo a mi hijo sino cómo me lo cuente él a mí. Porque que se lo cuente yo a él es relativamente fácil: yo lo viví, yo lo sufrí. De la memoria y del olvido dependerá la posibilidad de reproducir algo como lo que vivimos». A partir de ahí, al citar a su hijo, la conversación empieza a cambiar. Han sido casi veinte minutos tensos, difíciles, en los que sus respuestas han sido firmes y rápidas, como con prisa por terminar, como sin muchas ganas de responder. No es un buen momento para hablar, pero aceptó hacerlo. Allá fuera, en los pasillos del Congreso, hay ruido de sables, con su partido revuelto y la prensa buscando en él una palabra o una mirada que poder utilizar contra su rival. Por eso Eduardo Madina hubiera preferido no hablar, aunque sea sobre algo mucho más lejano y doloroso.

Su despacho da a la calle, casi al nivel de la misma. Es amplio, con una mesa circular sobre la que apoya los codos y junta las manos. Lleva una camiseta fina de manga larga y con coderas, de color oscuro, informal, en uno de esos extraños días de invierno en Madrid en los que el frío no pasa por las calles gritando y a toda velocidad. El frío lo pone él, aunque su prosa elaborada lo disimule un poco. El tema de conversación no es agradable, porque le cambió la vida de una manera que sólo las víctimas de la desgracia saben medir. Antes de cumplir los cuarenta ya le ha tocado vivir varias vidas, y varias muertes.

Una de esas vidas es la de su hijo, el que cambia el tono de la conversación, que no está presente. Se llama Unax y apenas tiene seis años. Días antes, en la cita en la que se acordó la entrevista, enseñaba fotos suyas en el móvil a otros asistentes en la mesa, miembros del equipo con el que trabajó cuando presentó su candidatura a la secretaría general del PSOE y que son casi de su familia. Sobre la mesa había restos de una ensalada y una pizza compartida de la que apenas probó un bocado. Así es fácil entender su delgadez. De pronto dejó de pasar fotos deslizándolo el dedo por el móvil. Había encontrado lo que buscaba: una que le hizo el re-

portero gráfico del equipo después de un mitin. En ella sostenía al pequeño en brazos. «Estaba agotado, ese día fue muy duro», recordaba. «Y le echaba muchísimo de menos».

Eso que tendría que contar a su hijo es ETA. En 2002, cuando tenía veintiséis años, le pusieron una bomba en el coche. Si no hubiera sido porque no estaba del todo bien colocada estaría muerto. Por eso y porque mide casi dos metros, según dijeron los artificieros entonces. La explosión se llevó por delante parte de su pierna izquierda, que tuvieron que amputarle a la altura de la rodilla. Aún hoy tiene que tratarse la herida. Al verle caminar apenas se le nota cojera de ningún tipo, si acaso un pequeño contoneo que se podría achacar a la forma peculiar con la que se mueve alguien tan alto. El guion de su atentado lo escribieron dos chavales que hoy están en prisión. El primero, Iker Olabarrieta, cumple condena en Huelva, y el segundo, Asier Arzalluz, en Sevilla. Ambos en el extremo opuesto de la geografía ibérica, alejados de la tierra por la que empuñaron las armas. Pero Eduardo es de los que piensa que deberían estar más cerca del País Vasco, como se reclama en el mundo abertzale. «El Gobierno ha decidido no hacer nada, que es una manera de estar», dice, pero ve posible «una política penitenciaria más avanzada», que se traduciría en «acercamientos de presos, sobre todo de los que no tienen delitos de sangre, cumpliendo la ley penitenciaria, que dice que todo preso tiene derecho a cumplir su condena lo más cerca posible de su domicilio». Y eso incluye a Olabarrieta y Arzalluz. «No es “todos los demás sí pero los que intentaron matarme a mí no”». Es una ley para el conjunto. No vería mal que estuvieran más cerca, no».

Lo que no haría es reunirse con ellos. Sabe que lo han hecho otras víctimas, «y para mucha gente ha servido». Pero él no tiene interés en eso porque «intelectualmente me sugieren más bien nada», espeta torciendo el gesto. «Podría sentarme con otros miembros de ETA, pero con estos chavales... ¿para qué?, ¿para tratar de diseccionar en qué están y en qué estaban? Creo que si no hubieran estado poniendo bombas en Euskadi por una patria pura hu-

bieran estado apaleando inmigrantes debajo de las Torres Kio en Madrid, también por una patria pura. Me parece que no saben mucho de qué iba en realidad todo aquello. No me interesan, no me generan nada». No titubea al responder, ni desvía la mirada al hacerlo. Sus ojos se clavan tras las lentes de las gafas, que acentúan la fama de intelectual y leído que le precede. Sobre las patillas asoman las primeras canas. Entre aquel atentado y el final de ETA han pasado muchos años y muchas sombras. Quienes le conocen dicen que se refugió en la lectura, que pasaba gran parte del día leyendo y escuchando música. Especialmente después de que su madre, sumida en una profunda depresión, falleciera a los pocos meses de su atentado. En el juicio por el mismo, Eduardo relató al juez que no pudo superarlo. Él, hijo único, estaba profundamente unido a ella, y eso supuso un nuevo mazazo, otra muerte después de la suya, cuando había empezado a andar de nuevo. Y se marchó. Vivió otra vida que acabó siendo muy suya en Bruselas, en el equipo de Rosa Díez, que entonces era compañera socialista y no rival. Allí, alejado de bombas y tiros, conoció a Paloma, su mujer, y acabó por meterse de lleno en política, ya con rumbo a Madrid. Ese paréntesis gigante, de años de duración, acabó de alguna forma en 2011, cuando ETA anunció que lo dejaba.

Desde entonces vuelve a menudo a pasear por las calles y pueblos de su País Vasco natal. Incluso por Arantzazu. «Era un sitio que le gustaba mucho a mi madre, no sé por qué. Fui el día en que se cumplían trece años de su muerte, estas navidades, casi peregrinando para recordarla un poco más. Llevaba también mucho tiempo sin ir porque durante los años duros de ETA yo no podía entrar en esa zona, en el corazón de Guipúzcoa, al lado de Oñati. Cuando bajé, me paré en un bar a comer. Al terminar vino un tipo, me paró: “Hola, ¿tú eres ese chico del PSOE? Yo soy de Herri Batasuna”. Me dijo: “Para mí es un honor conocerte. Dale las gracias a Zapatero por todo lo que hicisteis y sigue así, no cambies nunca”. Al recordar aquello, hace una breve pausa y toca el bolígrafo que hay sobre la mesa. «Es una anécdota, ya lo sé, pero no

me había pasado nunca algo que se pareciera a eso en el corazón de esa Guipúzcoa más difícil de acceder para mí. Fue casi extraño. Yo hago una vida ya normal incluso allí..., pero fue sorprendente ese lenguaje, esa conversación. Hace seis o siete años hubiera sido imposible». Ahí, dice, está el cambio. «La conversación me pareció sintomática de un mundo, de un momento, de una época, de un instante histórico que Euskadi está viviendo. Vacunarse contra el odio que llevó a matar gente no me parece una mala manera de estar en el mundo», concluye.

Su peregrinaje, no el de Arantzazu sino el personal, había empezado en un tiempo menos esperanzador. Militaba en Juventudes Socialistas, pero aún no tenía claro si dedicarse a la política o al voleibol, su pasión. El atentado despejó las dudas: el deporte profesional ya no era una opción, y la política parecía la mejor respuesta para él. La bomba, asegura, no hizo mella en sus convicciones. «ETA no tuvo acceso a nada de aquello con el atentado. Como mucho reforzó algunas certezas que ya tenía, como que la vida humana es intocable y que matar a alguien no es defender una idea. Matar a alguien es matar a alguien». Más o menos una década después de que ETA decidiera que Eduardo debía morir, las cosas habían cambiado mucho. El que fuera ministro del Interior y, por tanto, máximo responsable de la política antiterrorista, Mariano Rajoy, se convertiría en presidente del Gobierno, y él llegaría a acariciar la secretaría general del PSOE en la oposición. De haberlo logrado, seguramente hubiera aspirado a la presidencia del Gobierno. Él, una víctima de ETA, habría podido ser el encargado de gestionar el fin de ETA. Pero no, se perdió la oportunidad. «Me presenté a un congreso y perdí, y no voy a volver a presentarme», zanja. A veces la política está hecha de simbolismos, pero no contempla que ese vaya a tener lugar.

En ese mismo lapso de tiempo que le llevó desde sus inicios en política al casi liderazgo en el PSOE, ETA ha desaparecido. «Yo creo que toda la democracia es un enorme proceso de paz. Desde Adolfo Suárez hasta Zapatero. Suárez lo empezó y Zapatero lo

terminó», asegura. «No, ETA ya no está. Hemos ganado». Lo que ha acabado es, en sus palabras, una imposición, «la que los terroristas tuvieron cuando trataron de elevar su mirada particular, la misma que tenemos cualquiera de nosotros, a categoría de total. ETA quería que todos muriéramos y viviéramos como ellos decían que había que vivir y morir». Y en el guion de ETA él debía haber muerto.

En ese final de ETA Eduardo da muchos nombres. «No creo que tenga un nombre propio exclusivo. Tiene varios. Tiene muchos. Ha sido una obra colectiva de paz que afortunadamente permite que las nuevas generaciones de vascos y vascas nazcan con ETA en las páginas de nuestra historia, no en las páginas de nuestros periódicos». Pero no evita barrer para casa y dar nombres de gente de su partido. Habla de Txiki Benegas, «firmante del pacto de Ajuria Enea en 1988, sin el cual no estaría pasando casi nada de lo que ha pasado desde ese año hasta aquí». Habla de Zapatero, «un presidente que le echó valor para abrir un proceso dialogado en un momento oportuno, sabiendo lo que hacía y con todo en contra». Habla de Rubalcaba, «el ministro de Interior que operó aquel proceso». Habla de Jesús Eguiguren, «que trabajó mucho, muy a fondo, en aguas muy profundas, difíciles de entender para los que nunca entendieron prácticamente nada de lo que estaba pasando allí». Varios de esos nombres a los que él reconoce su acción para terminar con ETA fueron precisamente quienes le dieron la espalda cuando dio el paso adelante para presentarse al congreso. Zapatero, el mismo que le colocó como secretario general de su grupo en el Congreso, pidió avales para su rival. Rubalcaba, quien le confirmó en el puesto, intentó desanimarle en su candidatura. Pero Eduardo de eso no habla. Ni una palabra. El pasado es pasado, aunque una de las muertes que le ha tocado vivir de cerca, la política, fuera a manos de gente tan cercana.

Vivió la vida del inicio en política y la muerte del atentado; la vida de la vocación socialista y la muerte en política. Y, aunque no la quiso, le tocó vivir la vida de víctima. En ella ha tenido que es-

cuchar críticas despiadadas de gente que, como él, han hecho de su vida un campo de batalla contra ETA. Era una guerra de relatos, y en algunos esquemas ideológicos no gustaba que una víctima de ETA tuviera un discurso distinto al suyo. «ETA fue un intento de exterminación de la pluralidad y estos tipos han tratado de monopolizar lo que significa ser español, lo que significaba España, lo que significaban las víctimas, lo que significaba la violencia terrorista», responde. «Lo siento, yo no tengo nada que ver con algunas víctimas que han dirigido la AVT. Sí tengo que ver en que he sufrido un atentado como ellos, pero no tengo nada que ver en el enfoque». El enfoque, el relato, la forma de contar la historia. «Es verdad que soy una víctima de ETA, pero al igual que las demás no soy sólo eso. Nadie tiene una identidad unívoca en ningún sentido, yo tampoco».

Pero no sólo han sido otras víctimas, o sus rivales políticos. A Eduardo también se le ha criticado duramente desde otros foros, ya sea por la indemnización que recibió tras el atentado, ya sea por algunas declaraciones. Las hay sobre Bildu, del que asegura que «está alejado de la violencia terrorista, no hay conexiones directas con ETA —o sobre ETA—, que cesó en su actividad violenta», dice sin rodeos. «Cualquiera que dude eso sólo tiene que pasear un día por Euskadi. Es otro país, no tiene nada que ver el Euskadi de mi infancia, de mi juventud, o incluso la Euskadi de hace siete años. Es otro País Vasco». Y, precisamente porque es otro País Vasco, ahora intenta pasar todo el tiempo que puede allí. Ese País Vasco previo, el que vivió antes del trauma, era una mezcla intensa y dura. «Recuerdo ir en el instituto con gente que terminó formando parte de grupos de lucha callejera, alguno incluso dentro de ETA. Uno de los que tuve en la clase de al lado en BUP terminó en ETA; lo detuvieron en un aeropuerto con destino a Venezuela, o Asia, no recuerdo. Y sí, he conocido a gente que más o menos estaba de acuerdo con unas cosas o con otras». Pero eso último, bajo su punto de vista, no implica estar en ETA. «El *todo es ETA* fue ridículo, sobre todo porque le quita valor a la parte. Todo no

es ETA: ETA es ETA, y punto». ETA, bajo su visión, la formaron «militantes activos que empuñaron armas, colaboraron, financiaron, dieron cobertura, espionaron a otros y pasaron información, construyeron los comandos y dirigieron la organización. Eso es ETA. Pero un chaval que va a una manifestación un día para que los presos de ETA estén más cerca del País Vasco..., ese tío no es ETA por mucho que se empeñe quien quiera empeñarse en eso».

Frases como esas le han costado caras. Al mencionarlo alza la mirada y cierra la mano, apuntando con el dedo a la mesa al referirse a lo que un director de *ABC* le espetó años atrás. «Mira, cuando un director de un medio de comunicación con mucha trayectoria en España dice que yo estoy más cerca de ETA que del PP, no habla de mí, habla de él. Un tipo que en una manifestación dice que yo soy un etarra y un no sé qué no habla de mí, habla de él, nos cuenta qué es». Entonces se lleva la mano al pecho y termina: «Yo reivindico su derecho a pensar distinto a mí. Nunca insulté a ninguna víctima y estoy orgulloso por ello». El error, quizá, está en hablar de *víctimas* como algo monolítico, como un solo mundo. «Hay víctimas que hablan mucho y víctimas que no hablan nada, víctimas muy recordadas y víctimas muy olvidadas. Momentos que ha vivido Euskadi muy famosos, que ocupan mucho espacio mediático, y otros momentos que han pasado más desapercibidos».

Esas dicotomías también las ha vivido él con sus posiciones, y un ejemplo fue la aprobación de la Ley de Partidos. «He tenido dudas con algunas marcas ilegalizadas de última hora y fui muy crítico con la ilegalización de Batasuna en el momento en que se estaba discutiendo aquí en el Congreso. Pero no me ha costado nada reconocer tiempo después que ha sido una ley útil en la lucha antiterrorista, que ha acelerado el fin del terrorismo y que ha clarificado el posicionamiento político de los partidos que jugaban dentro del espacio electoral». Esa ley cambió muchas cosas y posibilitó, años después, que hubiera un lehendakari no nacionalista, del Partido Socialista y, además, amigo suyo. Esa ley impu-

so el silencio en las urnas para la izquierda abertzale. El silencio al otro lado era el de la sociedad vasca, un silencio que Eduardo reconoce. «Recuerdo bien el asesinato de Yoyes. Fue en un pequeño pueblo de Guipúzcoa, con su hijo en brazos, durante las fiestas, en la plaza. Recuerdo bien que su hermano, cuando el Partido Socialista llegó al Pleno a condenar aquel atentado, votó en contra». Toma aire, pasan dos segundos, e insiste: «El hermano de Yoyes votó en contra de la condena del asesinato de Yoyes».

Entonces él era un niño, pero ese era el País Vasco en el que creció, como tantos otros. «Recuerdo bien lo que aquello detonó. Que los primeros intelectuales, profesores y militantes pacifistas antifascistas en Euskadi, que eran muy pocos en el 86, se fueran a ese pequeño pueblo de Guipúzcoa a protestar contra el asesinato de Yoyes por haberse reinsertado a través de los primeros canales puestos en marcha por el Gobierno de Felipe González, tras su viaje a México y Francia. Y recuerdo bien un artículo de Juan Mari Bandrés en *El País del País Vasco* en el que decía: “Ha comenzado en Euskadi una nueva lucha antifascista”». De nuevo, un breve silencio tras el que vuelve a repetirlo: «Antifascista». Vuelve a tomar aire y sigue. «Recuerdo bien aquel momento, donde gente de muchas miradas, muy plural, que no había tenido nada que ver con la militancia activa en ETA, fueron a jugarse la cara a aquel pequeño pueblo de Guipúzcoa contra aquel atentado de ETA. Mi sitio es ese. Yo me encuentro cómodo ahí, en ese relato que defendió la pluralidad, que luchó contra ETA sin miedo y que supo poner la vida humana por encima de las ideas políticas de un tipo o de otro. Sé que hay otros que han hecho otras cosas. Cada cual que mire atrás».

Atrás lo que hubo fue silencio. «Ha habido un enorme sector de la sociedad vasca que ha comprendido las razones de ETA. Es algo que no está tanto en el corazón podrido de las malas personas, sino en el silencio cómplice de las buenas, que durante mucho tiempo dijeron que todo aquello que signifique matar y morir en las calles de Euskadi no va conmigo porque yo no soy perio-

dista, yo no soy político, yo no soy empresario, yo no estoy señalado por ETA y, por tanto, toda esta película no va conmigo. Durante mucho tiempo hubo un espacio social de apoyo y un espacio social de indiferencia», asegura. Ese espacio social de indiferencia se construyó, en su opinión, con miedo. «El atentado no es el inicio de nada, sino el final de una cadena que comienza mucho antes, con la señalización política del extraño, del distinto. Tú dejas de ser un ciudadano o una ciudadana y empiezas a ser un español, un colaborador, un *maketo*, da igual, pon el concepto que quieras. Esa señalización política del extraño ya reduce el espacio donde ETA mira». Eso labrado a fuego lento durante décadas. «Hay una cierta construcción política de la distancia. Hubo mucha gente en Euskadi que no tenía problemas en vivir en su comunidad de vecinos con un chaval que llevara una camiseta de *Gora ETA*, pero a la que le generaba una cierta distorsión vivir con un guardia civil o con un policía nacional que pudiera ser objeto de un atentado en un momento determinado. Eso está en la base de lo que después sucede: cuando saltaba la noticia de la explosión de un coche bomba o el tiro en la nuca a alguien eso no era el principio de nada, sino el final de una cadena que comenzaba mucho antes».

ETA, según su razonamiento, sería la expresión de algo intrínseco al ser humano. «Nos cuesta seguir aceptando la idea de Dios si no es el nuestro, nos cuesta seguir aceptando la idea de patria si no es la nuestra, nos cuesta seguir aceptando al extraño, al diferente, si distorsiona, amenaza o cuestiona siquiera alguna de las certezas con las que nos explicamos a nosotros mismos». La tolerancia al otro, dice, «es algo casi excepcional». Eso es así de forma especial para gente que tiene una visión particular del mundo. «Recuerdo a Arnaldo Otegi en *La pelota vasca*, donde dice algo como que el día que los jóvenes vascos estén en Internet, hablen en inglés y vistan ropa americana, la vida habrá perdido su sentido tanto que no merecerá la pena vivirla. Vincula el hecho de la vida humana sólo a un determinado modelo de entenderla. Para él, si no cumple con determinados requisitos, es mejor morir. Es la bús-

queda casi de la excelencia en el pensamiento romántico, una idea de pueblo vasco mitológico de leyendas, invariable en el tiempo, una proyección casi de la idea de Dios en forma de identidad colectiva o de idea de patria. Para esos aceptar la pluralidad es muy difícil».

Pero las cosas acabaron cambiando. Al pedirle una pregunta para otro entrevistado apenas lo duda: quiere mandársela a quien es amigo y estrecho colaborador de Otegi, uno de los rostros más reconocibles de la Herri Batasuna de hace años y ahora parte de Sortu. «Se la voy a mandar a Joseba Permach», dice. «Es un tipo muy listo». Y empieza a escribir. Le pregunta por un libro y por una opinión, y lo hace con la normalidad que décadas atrás hubiera sido impensable. Desde aquel 19 de febrero de 2002, la fecha que ETA escribió para su muerte, han pasado mucho más que años. Han pasado vidas. «Costó, se pagó un precio altísimo. Pero ganamos».

Hola Eduardo:

Quería preguntarte si ves viable y razonable que exiguos de ETA, como yo, podamos ocupar nos públicamente en defensa de la convivencia y la paz.

Saludos. Un saludo

José

Pregunta de Josean Fernández a Eduardo Madina.

«Todos los testimonios en pro de la convivencia son siempre bienvenidos. Cualquier posicionamiento a favor de una Euskadi que establezca plenamente la paz, la libertad de quienes allí viven y sobre todo apunte bien la memoria para que todo lo que pasó no vuelva a pasar nunca más y ninguna otra generación de vascos nazca con violencia terrorista entre ellos, me parece que son testimonios positivos».

Joseba



«¿Problemas? ¿Perdido?». La cita llevaba cuatro meses pactada, y tanta fue la antelación, que Joseba mandaba ese mensaje pasados diez minutos de la hora señalada, pero cuando aún faltaba una semana para la fecha. Al llegar el día de verdad, él era el primero a quien se veía nada más entrar al lugar acordado, el restaurante de una pensión en Zarautz situada a un par de calles del mar. Esperaba apoyado en la pared junto a la puerta y, con él, una veintena de hombres en edad de jubilación completaban el aforo del local. Joseba Permach destacaba entre ellos por ser visiblemente más joven, pero también por su aspecto: alto, muy delgado, con mirada a veces huidiza y amplia sonrisa. Ser uno de los portavoces más conocidos de la izquierda abertzale en la última década, junto a Arnaldo Otegi y Pernando Barrena, también ayudaba a que su cara destacara entre el resto de parroquianos. Fuera, con la noche ya cerrada, empezaba a llover con ganas.

Tras el saludo se decide cenar con calma, tomar contacto y, después, encender la grabadora. La mesa está a unos metros de la barra, justo donde empieza un salón amplio lleno de mesas vacías. La única ocupada está hacia la entrada, envuelta en el ruido del vaivén de vasos y voces junto a la puerta. La conversación, informal, sirve de declaración de intenciones y medición de ideas. Se habla de una reunión con otros grupos soberanistas fuera del País Vasco, de la situación política del momento o de que había puesto al corriente de la cita «a Petri y Hasier», en referencia a Juan José Petrikorena, responsable de comunicación de Sortu, y Hasier Arraiz, presidente del partido. Tras la cena se cambia el escenario por otro más tranquilo: la sociedad gastronómica ubicada encima de la *herriko taberna* que hay justo al lado de la pensión. El salón, una amplia estancia con largas mesas y bancos de madera, está nada más subir una estrecha escalera a la que se accede desde la plaza. Al entrar enciende las luces. Es una fría noche de invierno, entre semana, así que no hay nadie. Sólo aparece por allí, un rato más tarde, la camarera de la taberna para recoger algo y marcharse tras hablar brevemente con Joseba. En las paredes de piedra cuél-

gan algunas fotografías en blanco y negro y cuadros envueltos en papel cartón con tarjetas en las que un letrero reza «embargado» junto al sello de la Policía Nacional. Es una protesta por el proceso iniciado para cerrar las *herriko tabernas*, que se vuelve menos humorística en la fachada principal donde una enorme pancarta denuncia la situación. Pocas semanas después el local sería oficialmente clausurado. Joseba coge dos cervezas de una nevera, las abre y, tras servir las, apunta los gastos en un papel y deposita la cantidad indicada. Se sienta justo enfrente y con un *bai*, que significa «sí» en euskera, da por iniciada la conversación.

«Nosotros no negamos que hemos hecho cosas, hemos hecho declaraciones o, en muchos casos, nos han faltado declaraciones que han podido hacer mucho daño. Por eso tenemos que hacer autocrítica, y por eso la hicimos». Una de las primeras cosas que hace Permach es insistir en el cambio de discurso de la izquierda abertzale y, además, ahondar en la necesidad de autocrítica, algo impensable una década atrás. «Es evidente que entonces no pude hacerlo, no fui capaz, no fuimos capaces», dice al respecto. «Nos guste o no, para hacer frente a una situación como la que hemos tenido, cada uno vive no sé si en su barricada, en su coraza, y se construyen discursos para intentar parar los que vienen de enfrente y para intentar generar cohesión interna al precio que sea. Era una situación de enfrentamiento violento donde cada una de las partes, y probablemente había más de dos, intentaba justificar su posición», explica con voz queda y semblante grave.

El punto de inflexión en ese cambio llegó en 2009, con una ponencia llamada *Zutik Euskal Herria* (Euskal Herria en pie), en la que la izquierda abertzale apostaba por una vía exclusivamente política y emplazaba aparcar la violencia. No era la primera vez que se expresaba eso, ya que en un mitin de 2004 ya se hizo, pero aquel documento fue el que logró propiciar el nacimiento de Bildu como coalición, con una lista de independientes junto a Eusko Alkartasuna y Alternatiba. Más tarde se avaló a Sortu, la marca heredera de HB o Euskal Herritarrok. Dos años después

de aquel texto ETA seguiría el camino marcado y dejaría las armas. «Una vez que se ha abierto una situación nueva, eso también te hace poco a poco ir reflexionando y viendo que probablemente en el pasado no fuimos capaces de estar a la altura en algunas cosas. Por diferentes razones éramos insensibles ante otra realidad que estaba enfrente de nosotros. Probablemente sólo queríamos ver el sufrimiento de los torturados, o de los presos, o de las personas que morían en el entorno de la izquierda abertzale», reflexiona.

El camino que lleva a ese momento de reflexión empezó muy atrás, y para Joseba Permach vino marcado precisamente por parte de ese sufrimiento. Él fue elegido concejal por HB en el Ayuntamiento de San Sebastián con apenas veintitrés años, y desde ahí vivió uno de los asesinatos más simbólicos de ETA: el del popular Gregorio Ordóñez. «Entonces vivíamos en una situación muy dura y muy dramática, donde todas las consecuencias del conflicto se padecían un día sí y otro también. Euskadi atravesaba una situación de conflicto armado total, con consecuencias gravísimas, incluso en el propio Ayuntamiento donde fui concejal. El propio Gregorio Ordóñez tuvo un atentado y falleció». Aquella fue la primera manifestación del recrudecimiento de ETA. Esa muerte tuvo un impacto tan grande que hizo visible una ruptura en el propio mundo abertzale, algo que quizá no había existido desde la disolución de ETA político-militar: la portavoz abertzale en el ayuntamiento, Begoña Garmendia, o el cofundador de ETA, Julen Madariaga, se desmarcaron de lo sucedido y acabaron por retirarse de la vida política. Permach sería el encargado de sustituir a Garmendia en el primer lugar de la candidatura municipal dos años después. Desde aquellos días se le atribuyen unas declaraciones en las que afirmaba que a Ordóñez se le había asesinado por sus ideas, algo que asegura que nunca salió de su boca. «No dije eso jamás. Gregorio Ordóñez era compañero de corporación, falleció y ojalá en este país nadie hubiera perdido la vida», insiste. Al recalcar el hecho de que usara por segunda vez el verbo «fallecer»,

lo cambia. «Lo mataron. Y ojalá en este país nadie hubiera perdido la vida, tampoco Gregorio Ordóñez».

Joseba niega con la cabeza y sigue. «En este país no hay desde hace siglos una generación que no haya padecido la violencia como parte del escenario político. En ese sentido en los últimos años ha habido una violencia por parte de ETA que ha generado un montón de víctimas, pero también ha existido una violencia permanente por parte del Estado que también ha generado un montón de víctimas. Todos los que vivimos en este pueblo hemos sido víctimas de ese conflicto, porque todos de una manera o de otra hemos padecido esas consecuencias», asegura. «Veinte años más tarde afortunadamente podemos decir que estamos en un escenario nuevo, aunque por desgracia todavía no hemos sido capaces de solucionar todas las consecuencias del conflicto, pero poco a poco pensamos que se están abriendo las puertas y las esperanzas para que algún día podamos contar entre todos lo que ocurrió», asegura mientras rodea con sus manos el vaso que tiene frente a él. «Todos estamos haciendo un esfuerzo para que jamás ocurra esto en nuestra tierra, en nuestro país, y nuestros hijos e hijas no vivan nunca en un escenario de esas características».

Al preguntarle al respecto no acierta a dar una respuesta lineal y simple a por qué ETA decide dejar las armas. Más bien construye un relato a partir de las migas de pan que ha dejado la historia reciente de la política vasca, con sus avances y sus enfrentamientos, donde el proceso de Lizarra tiene para él un lugar especial. «Ya en el año 1998 existió una tregua unilateral por parte de ETA. Después de cuarenta años era la primera vez en que se producía una tregua de esas características y en que se abría un proceso nuevo. Es verdad que el proceso de Lizarra-Garazi no salió adelante, pero probablemente desde ahí poco a poco se fueron generando no sé si las condiciones políticas y sociales o las reflexiones ideológicas sobre la necesidad de que la confrontación con el Estado español se diera en términos única y exclusivamente políticos», analiza. Tampoco identifica con claridad un momento que sirviera de

inicio al camino que condujo al fin de la violencia de ETA, aunque deja entrever que posiblemente fuera aquel malogrado acuerdo. «Con perspectiva, igual sí se puede decir que fuera así, pero yo creo que cada tiempo político aporta sus consecuencias: hoy hablamos teniendo en cuenta o condicionados por lo que pasó ayer. En ese sentido la experiencia de Lizarra-Garazi, su fracaso, fue un golpe muy duro para la izquierda abertzale. Como ejemplo de ello pasamos de tener catorce parlamentarios a tener siete, y es verdad que *a posteriori* pasamos unos años muy difíciles, pero también es cierto que después de eso se produjo el proceso de 2004-2006, el proceso de Loyola, y que la frustración de ese proceso también volvió a generar una difícil situación dentro de la izquierda abertzale. Al final todo eso, poco a poco, lleva a todo el mundo hacia una reflexión: la necesidad de apostar única y exclusivamente por las vías políticas y democráticas», asegura. En apenas unos minutos repite la misma idea, con las mismas palabras, marcando de nuevo que ha habido un cambio: política y democracia como contrapunto a las armas.

«La izquierda abertzale hizo una reflexión», insiste. «Consideramos con firmeza que había llegado el momento de abrir un tiempo diferente y que definitivamente teníamos que desterrar el conflicto armado de la ecuación política de Euskal Herria y que teníamos que ser capaces de abrir un tiempo de paz donde pudiéramos cerrar las heridas que se han abierto durante tantos años». De la misma manera que no identifica un único motivo que explique la decisión de ETA, sino que habla de una evolución, tampoco concreta una respuesta acerca de si ese cambio en la izquierda abertzale fue causa o consecuencia del abandono de las armas. «Me acuerdo de una vez que fui a declarar como testigo, cuando un fiscal de la Audiencia Nacional me preguntó si ETA tenía en cuenta nuestras opiniones. Yo le respondí que imaginaba que ETA tendría en cuenta las reflexiones de todos los agentes políticos de este país. Las organizaciones de la izquierda abertzale y ETA han compartido un campo de reflexión conjunta durante años, creo

que es evidente que también se podría influir en ese sentido de forma más importante», responde al respecto. Defiende, en cualquier caso, que la reflexión de la izquierda abertzale «es anterior a que ETA finalizara su actividad armada», pero a la vez marca que lo importante «no es tanto si fue causa o consecuencia, lo importante es que definitivamente ETA dejó las armas, dio por finalizada la lucha armada y nos encontramos entonces ante una nueva oportunidad que, a nuestro entender, no está siendo responsablemente aprovechada por los diferentes gobiernos».

Permach habla de forma queda, con expresión tranquila. Si no fuera por el hecho de haber pasado tantos años en una portavocía tan movida daría impresión incluso de timidez. Entre frase y frase, de vez en cuando, suelta algún *bai* a modo de muletilla, como un *vaya* que le ayuda a apoyarse para explicar lo que quiere decir. «Indudablemente todos podíamos haber hecho algo para que esta situación se diera antes. Durante años, por lo menos nosotros, hemos intentado también que se diera el fin de la violencia estatal para que los presos pudieran volver a casa y para que en definitiva se pudiera hacer un proceso de soluciones y un proceso de justicia lo más digno posible para todos y para todas», dice, ligando esa lenta evolución hacia el final de ETA con una de las principales reivindicaciones abertzales. «No lo hemos conseguido», dice al respecto. «En primer lugar nosotros veíamos que la prioridad tenía que ser abordar las consecuencias del conflicto sabiendo que también hay un conflicto político al que habrá que buscar una solución. Pero si nuestra prioridad era buscarle una solución a las consecuencias del conflicto hay dos temas encima de la mesa que, pese a que haya terminado la violencia de ETA, están todavía sin solucionar. Es verdad que en el caso de la reconciliación en algunos campos se han dado algunos pasos importantes, pero también es verdad que en eso se puede hacer muchísimo más y que existen más de quinientas personas privadas de libertad y decenas o centenares en el exilio, y que tienen que volver a Euskal Herria para construir entre todos un escenario de paz, de justicia y de reconciliación», re-

flexiona. «Luego hay un conflicto político al que también habría que hacerle frente, y es que este país, nosotros desde luego así lo entendemos, tiene derecho a decidir libremente su futuro».

En paralelo a ese lento proceso que llevó al comunicado de ETA en el que anunciaba que dejaba las armas se sucedieron diversas negociaciones con los Gobiernos de turno. «Ha habido diferentes intentos», reflexiona. «Cuando esas situaciones de no solución generan sufrimiento no se pueden valorar positivamente, pero también es cierto que cada paso que se da también nos lleva a esta situación», afirma reforzando la idea de un proceso, paso a paso, hasta la situación actual. «En ese sentido, también tenemos que valorar que probablemente antes se han dado otro tipo de pasos que nos llevan a esta situación».

De las actas y confidencias de los implicados en dichos «intentos» se deduce que, a medida que pasaban los años, las concesiones que el Estado estaba dispuesto a hacer iban menguando, dando la impresión de que ETA hubiera logrado mucho más si hubieran salido adelante las conversaciones de Argel, algo más si hubiera prosperado el proceso de Lizarra y un poco más si hubieran fraguado las conversaciones de Loyola. «Tampoco hay que verlo desde el punto de vista del rédito. Probablemente fuera así, pero también es cierto que nadie hubiera pensado hace cuatro años que si ETA hubiera dejado las armas de forma unilateral y de forma incondicional el Gobierno que fuera, quien fuera, hubiera actuado de esta manera», vuelve a matizar. «Todo el mundo pensaba que ante una situación así el Gobierno del Estado español iba a actuar con un mínimo de responsabilidad, y tampoco se ha producido. Por tanto, decir que hace diez años iba a ser de otra manera es difícil de pensar», considera. «Quizás sí, pero la realidad es que nos encontramos con una situación donde se producen con normalidad procesos de negociación, de repatriación de exiliados, de vuelta o liberación de los presos, o de procesos de desmantelamiento de estructuras militares en diferentes conflictos del mundo que hasta hace poco parecían casi irresolubles, como puede ser el

caso de Colombia. Sin embargo, en estos momentos, para la perplejidad de la comunidad internacional, hay una organización armada que ya ha dicho públicamente que no va a utilizar nunca más las armas, que quiere abrir un proceso de desarme y desmantelamiento de las estructuras militares, que quiere hablar de ello con el Gobierno, que quiere hablar del tema de los presos, que está dispuesto a hablar de la reparación de las víctimas... Y no hay ningún tipo de voluntad por la otra parte», lamenta.

Joseba mantiene el mismo tono tranquilo cuando hace auto-crítica o cuando acusa de inmovilismo al Gobierno, marcando su discurso político, a veces repitiendo ideas, a veces introduciendo apostillas. Al hablar de los presos se adivina cierta afectación: él mismo pasó dos años y medio en la cárcel, y siente la amenaza de poder volver. «La acusación era por ser miembro de banda armada», explica. «Recientemente se ha hecho el juicio y todas las pruebas que se han utilizado contra mí es haber tomado parte en reuniones y en ruedas de prensa», dice, esgrimiendo que su actividad nunca estuvo oculta del foco público. Habla entonces de Arnaldo Otegi, secretario general de Sortu desde la cárcel y simbólico portavoz de la izquierda abertzale. «Arnaldo y yo hemos compartido decenas y decenas de ruedas de prensa, de actos políticos, y esas son las únicas acusaciones que se nos hace entendiendo que formábamos parte de un entramado. En ningún momento se ha demostrado ni se ha querido plantear si ninguno de nosotros éramos miembros de ETA: simple y llanamente se nos llega a decir que lo único es que hemos estado participando en reuniones y actos políticos de una organización que es parte del entramado de una organización terrorista», asegura. Aún más tajante se muestra al preguntarle si él ha sido de ETA en algún momento, como le acusaba la Justicia española. «Por supuesto que no», responde con una exclamación. «Yo lo único que he realizado son funciones políticas, primero dentro de HB, luego de Euskal Herriarrok y en estos momentos dentro de una organización como Sortu. No he sido nunca de ETA», insiste.

A pesar de su negación, le tocó pasar por la cárcel. «Estuve cuatro meses en Alcalá-Meco, luego casi dos años en Salamanca y los últimos dos meses en Sevilla en régimen de aislamiento», explica. «Consiste en cuatro horas de un patio de unos veinticinco metros de largo y entre cinco y ocho de ancho enrejado también por arriba». El resto del día, en la celda. «Hay gente que lleva viviendo así ya muchos años». Treza entonces el relato de esa situación de encarcelamiento con el hecho de que, por la dispersión, «tus seres queridos tengan que viajar». Rememora que cada día tenía «cinco minutos para poder hablar con ellos», y que en su caso eran mujer y tres hijos, lo que hacía dividir mucho el tiempo. «Eso se lleva como se lleva», afirma. La sombra que se cierne sobre él es una causa «sobre la propuesta de paz que realizamos en el velódromo en 2004», dice en referencia a aquel mitin de Otegi en el que por primera vez se habló de la exclusividad de las vías políticas y democráticas. «Fuimos juzgados y absueltos, así que estoy a la espera de la sentencia final del Tribunal Supremo», explica. «Me preocupa que de nuevo mis hijos tengan que viajar, para ellos sería un palo», afirma. «He cumplido dos años y medio y la sentencia es de tres años, así que si el Supremo confirma la sentencia tendría que volver para poder cumplir esos seis meses que me quedan», lamenta, aunque pone en contexto sus palabras: «No es absolutamente nada comparado con la situación de otras personas, que llevan diez, veinte o en algunos casos muchos más años en la cárcel».

Para Joseba, ninguna de las actividades por las que lo acusaron se vincula «en absoluto» con una actividad terrorista. «Eran actos políticos y reuniones de una organización política que contaba con el apoyo de decenas de miles de personas», argumenta. «Sí se ha trabajado en algunos momentos, cómo no, por la defensa de los derechos de los presos vascos, pero también por el derecho a la vivienda, por el reparto de trabajo, por la rebaja de la jornada laboral, por una política fiscal progresista... Eso también fue ilegalizado, independientemente de que luego la organización ETA y su actividad tuviera una lectura política concreta», dice. La situación

de los presos es, precisamente, una de las cuestiones más acuciantes para la izquierda abertzale. «El colectivo ha mostrado de forma reiterada su apuesta clara por este nuevo escenario», afirma sobre la postura de los presos acerca del final de la violencia. «Parece que a veces lo que se está buscando es a ver qué palabra concreta es la que hace imposible un movimiento positivo. Ya no hablo para la excarcelación de los presos, sino para que fueran traídos a las cárceles de Euskal Herria», explica. En su opinión el EPPK «ha solicitado de forma individual, dentro de los parámetros de legalidad, que sean traídos a las cárceles de Euskal Herria. La respuesta que han recibido por parte de Instituciones Penitenciarias ha sido la de los últimos años o la de las últimas décadas, que es la de mantenerlos dispersados y en muchos casos en régimen de aislamiento», lamenta.

El fin de la dispersión sería el primer paso, pero los debes en la lista de la izquierda abertzale respecto a quienes cumplen condena no termina ahí: la reintegración en la vida social de los encarcelados y huidos serían los siguientes eslabones de la cadena. «En el resto de procesos a nivel internacional eso se ha realizado con bastante normalidad», dice. «Con ello no quiero banalizar. Sé que en algunos casos esas personas han podido cometer atentados y puedo entender lo que ello pueda suponer para las víctimas o sus familiares, pero yo creo que todos tenemos que hacer para que todas las consecuencias del conflicto desaparezcan», afirma. «Es obvio que algunas no van a poder desaparecer porque hay gente que ha perdido a familiares o amigos y que esas personas nunca más van a volver, pero también es cierto que los presos tendrían que volver a sus pueblos, a sus casas, y en la mayoría de los casos han cumplido ya decenas de años por lo que hayan podido hacer. Pensamos que ha llegado el momento de que se produzca esa excarcelación y puedan vivir con normalidad», sostiene. Esa medida, en su opinión, debería llegar a todos, aún con delitos de sangre o cuentas pendientes, en diferentes momentos. «El primer paso tiene que ser que todos los presos sean cuanto antes traídos a

las cárceles de Euskal Herria y, luego, dentro de un proceso escalonado, todos tendrían que ser puestos en libertad como ha sucedido también en el caso irlandés», insiste.

En su opinión, la actual «es una política que se está aplicando con todos los presos vascos y tiene un doble objetivo, uno de venganza y, el segundo, intentar condicionar y reventar el proceso. Creo que en este momento se han dado cuenta de que es imposible, que es una apuesta definitiva que no tiene vuelta atrás y lo que están buscando, además de esa venganza, es intentar condicionar la actividad del conjunto de la izquierda abertzale: que no se abran otro tipo de debates, como pueda ser uno mucho mayor sobre el proceso soberanista que necesita este país para recuperar su palabra y su decisión», afirma. Es en ese sentido en el que, pese al fin de los atentados de ETA, sostiene que sigue habiendo violencia. «Es absoluta y desgraciadamente normal encontrarse con controles de la Guardia Civil o de la Policía Nacional, coger a jóvenes, ponerlos contra la pared, identificarles y registrar su coche de arriba abajo sin saber muy bien por qué y para qué lo hacen. En estos últimos años, después de que ETA finalizara su actividad armada, ha seguido habiendo detenciones, ha seguido habiendo torturas y se sigue manteniendo la dispersión. Para nosotros es una violencia estructural que se sigue aplicando por parte del Estado», explica. «Es evidente que sigue habiendo violencia. Las armas no han desaparecido, las armas todavía se ven en Euskal Herria. Cualquier persona las puede ver cuando va por las carreteras: las armas, hoy por hoy, son de la Guardia Civil».

La cita a la Guardia Civil no es casual. «De una manera o de otra representan la violencia del Estado, la que hemos padecido». Es por eso por lo que los agentes del cuerpo son la primera respuesta que da a la pregunta de si habría alguien a quien no podría estrechar la mano. Le cuesta unos segundos de silencio pensarlo, pero finalmente responde: «Reconozco que hoy por hoy se me haría muy duro dar la mano a muchos guardias civiles y a muchos responsables de la Guardia Civil, pero también reconozco que se

me haría más fácil si se tratara de un familiar de un guardia civil muerto», dice en referencia a ese sentimiento descrito con anterioridad del daño sufrido por la sociedad con la violencia. Al hilo de la mención, y ante una pregunta concreta, Permach habla del cuartel de Intxaurreondo como símbolo de esa violencia del Estado. De él dice lo mismo que sobre el atentado de Ordóñez: «Ojalá no hubiera existido nunca y no tendrían que haber pasado centenas por no decir miles de vascos, y haber padecido lo que han padecido allí». Al volver a preguntar da una respuesta más concreta: «Todo el mundo sabe que en ese cuartel se ha torturado y probablemente se ha acabado con la vida de personas. Fueron capaces de utilizar la tortura hasta terminar con la vida de las personas», zanja.

El recuerdo de Intxaurreondo pertenece a otra época, una en la que ETA mataba y el Estado actuaba al margen de la Ley con la idea de acabar con los atentados. A esa época de acción directa la sustituyó, con el paso de los años, la judicial. Y, por lo que a la izquierda abertzale se refiere, la legislativa, con la Ley de Partidos, tuvo en su origen la doctrina de que muchas cosas eran ETA más allá de ETA misma. «La prueba evidente de que HB no era ETA es que cuando el Gobierno de Aznar puso en marcha mecanismos de interlocución con ETA también los inició de forma indirecta con nosotros. Probablemente era para saber si mantenemos las mismas reflexiones o hacemos reflexiones diferentes», argumenta, pero señala que también «se llevaban a cabo reuniones con HB o, *a posteriori*, con Euskal Herritarrok. En todos los procesos que he conocido yo el Estado también ha querido tener contacto de forma indirecta o directa con nosotros, pero no para luego dirigirse a ETA. Los diferentes gobiernos han tenido mecanismos de sobra para poder dirigirse a ETA, no creo que el Gobierno de Aznar para ir a Zurich a reunirse tuviera que contar con ningún tipo de ayuda o de instrucciones de HB». Sin embargo, la Ley de Partidos se acabó concretando y sacó del juego político a la izquierda abertzale. «Lo que supone es una aberración democrática absolu-

ta que demostraba hasta dónde estaba dispuesto a llegar el Estado español contra Euskal Herria y contra la disidencia vasca», opina. Acerca de la importancia que le dan muchos para que años después ETA acabara dejando las armas, Permach niega la mayor: «Simplemente habría que estudiar su caso como un capítulo negro en la supuesta democracia española. La consecuencia que ha traído es que en este país ha habido decenas de miles de personas que durante años no han podido votar a ninguna opción política porque la suya estaba ilegalizada, más allá de lo que unos u otros pudieran pensar sobre ETA».

Pasados nueve años de su aprobación, la izquierda abertzale volvió a las instituciones. Sucedió en 2011: primero llegó a las elecciones autonómicas y municipales y después dio el paso a las generales, donde hacía casi treinta años que no participaban en las Cortes. «En la declaración de *Zutik Euskal Herria* la apuesta y el objetivo son claros: conseguir la hegemonía política y social y que nuestro proyecto político sea, por decirlo de alguna manera, refrendado, apoyado o sostenido por una mayoría social de este país», explica. «Eso supone hacer una apuesta por intentar ganar esa hegemonía en el campo social y en el campo político, pero también en el campo institucional. Eso nos lleva a tener claro que, a partir de ese momento, tenemos que participar en todas las elecciones», resume. «Otra cosa es luego ya el papel que podamos dar a cada una de ellas», dice, ejemplificando con la labor en el Congreso «planteando enmiendas parciales para la aprobación de un determinado proyecto de ley. En ese sentido no se discute si tenemos que participar o no: lo único que en cierta manera discutimos es cuál tiene que ser nuestro papel y, además, en este caso, lo hacemos en forma de coalición y con formaciones políticas como EA, con una trayectoria bastante larga precisamente de participación en el Congreso», asegura.

Una vez decidida la presencia de la izquierda abertzale en el Congreso, lo que quedó fue fijar objetivos. «Buscábamos dos cosas: que se produjera con normalidad nuestra participación y que

esa normalidad pudiera proyectar ante la sociedad española un cambio de situación, y también utilizar el Congreso para intentar hacer llegar ese discurso a la sociedad española. Es cierto que para este segundo objetivo tenemos bastantes problemas porque en general, por parte de los medios de comunicación estatales, hay una cierta sordina, por decirlo de alguna manera, a que los discursos que nosotros estamos realizando salgan ante la opinión pública». Permach lo dice casi con una sonrisa. «A diferencia de otras formaciones políticas que, de una manera o de otra, habían contado con cierto protagonismo en algunas televisiones de ámbito estatal, a nosotros se nos ha vetado de forma permanente y no pensamos que sea casualidad», resume.

La importancia del regreso de la izquierda abertzale a las Cortes va más allá de esa estrategia, o de que hayan pasado treinta años desde la última vez: también tuvo la simbólica coincidencia con la fecha del asesinato de Muguruza. «Para nosotros el caso de Josu siempre ha sido muy simbólico. Es verdad que en la izquierda abertzale no sólo están Santi —en referencia a Santi Brouard— y Josu. Ha habido muchos más muertos. Siempre pongo ejemplos de cosas que tenemos cerca: hubo un concejal de HB llamado Tomás Alba que no es tan conocido», recuerda. Se refiere a un político abertzale asesinado en 1979, apenas unos días después de enfrentarse a su formación al no votar en contra de que San Sebastián fuera sede del Mundial de fútbol de España en 1982 y de que se construyera un estadio en la ciudad. «Tengo en mente las fotos en la puerta del Congreso de Josu con sus compañeros cuando fueron a recoger sus actas el mismo día del atentado, y la imagen de los representantes de Amaiur bajando la calle acercándose al Congreso. Son dos imágenes que se te quedan ahí en la mente», asegura. «Todavía para nosotros ir a Madrid es ir a un sitio hostil. Hay esa sensación de cómo se nos va a tratar. Igual estamos equivocados», comenta. Él, en cualquier caso, no se vería en Madrid con cargo alguno. Al plantearlo, se ríe. «No, no», dice. «No me veía para ser parlamentario vasco y tampoco me veo para

ser parlamentario estatal. En estos momentos ya no me tiran mucho los cargos institucionales, estoy a gusto con las responsabilidades que ostento y con los temas en los que trabajo. Sinceramente, y sin querer hacer daño a ninguno de mis compañeros, me parece mucho más bonito ser concejal de un pueblo», zanja.

No fue siempre así: él mismo fue parlamentario vasco desde las filas de Sozialista Abertzaleak en 2004, aunque apenas fuera durante trece meses. Unos años antes de eso, siendo todavía concejal del ayuntamiento donostiarra, coincidió en el Parlamento con Josu Urrutikoetxea, Josu ‘Ternera’, considerado uno de los líderes de ETA y que entonces residía libremente en el País Vasco. La formación que aglutinaba a ambos decidió colocar a Urrutikoetxea como miembro de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara, acto que fue interpretado como una burla de la izquierda abertzale. «No sé si fue pasarse de frenada, pero sí es verdad que con el tiempo puede interpretarse que lo fue. O una falta de consideración o poco respeto, por ejemplo, con las víctimas de ETA», asegura. Vuelve entonces a recordar la ponencia abertzale y su referencia al dolor causado por sus actos, omisiones o palabras. «Nuestro objetivo no era ese. Cuando hicimos ese planteamiento de que Josu estuviera en esa comisión era precisamente para intentar reafirmar nuestra apuesta por ese proceso, en ese caso en tiempos de Lizarra-Garazi», asegura. «Pero puedo entender que haya gente que considere eso como una ofensa».

Gestos como este de la izquierda abertzale nunca fueron interpretados de forma positiva al otro lado, sino más bien al contrario. Y lo mismo pasa al revés con el uso o exigencia de algunas palabras, a las que Permach sí concede mucha importancia. Cita, por ejemplo, la palabra «condena», tantas veces dirigida a él y compañeros de filas. «Se ha utilizado de forma permanente no para conseguir que finalizara la violencia de ETA, sino simplemente para intentar generar un costo político a la otra parte. Hoy es el día en que, pasados ya unos años de la legalización tanto de Bildu como de Sortu, cuando los estatutos de Sortu rechazan todo tipo

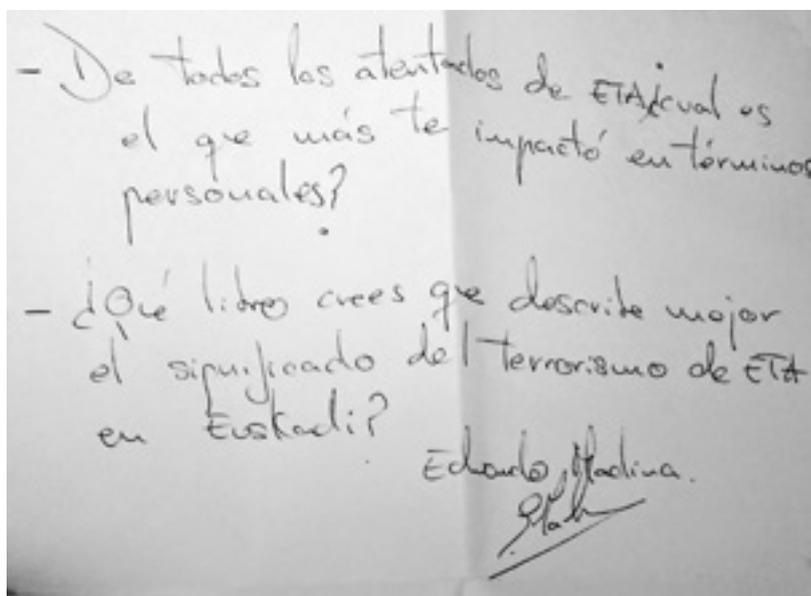
de violencia o actividad armada, y habiendo sido legalizados, todavía hay quien dice que tenemos que condenar», lamenta. Permach bebe el último trago de la cerveza y sigue. «No sé si las palabras pesan, pero sí tenemos la sensación de que el objetivo es ir elevando el listón para que cualquier cosa que haga o diga la izquierda abertzale siempre parezca que es insuficiente», sostiene. «Hay quien se ha pasado meses o años pidiendo que tenía que decir *a*, y cuando decía *a*, a las veinticuatro horas estaba de nuevo el listón a 2,43», reflexiona. La referencia no es casual: habla de la altura del listón que tenía el récord del mundo de salto hace unos años, que fue superada por dos centímetros más. El propio Permach fue atleta antes que político, así que la comparación le viene de dentro. «Hay un permanente intento de poner la piedra en el tejado de la izquierda abertzale como si estuviéramos en la situación anterior, cuando es evidente que la situación ha cambiado enormemente. Tenemos que ser capaces de generar otro tipo de inercias políticas, otro tipo de acuerdos y otro tipo de planteamientos para acabar con la dispersión, para que los presos vuelvan a casa, y, cómo no, para intentar buscar un mayor acuerdo, normalidad y reconciliación entre las partes, entre las víctimas», dice. Somos capaces de reconocer que en el pasado, con nuestras posiciones, hemos podido generar un dolor añadido, pero eso no quita para que tengamos que aportar todos de forma mucho más práctica y de forma mucho más sincera», zanja en una referencia dirigida más al presente que al pasado. «Una vez finalizada la violencia de ETA todavía hay quien es capaz de utilizar el *todo es ETA* hasta para criminalizar a la PAH o cualquier movimiento social del Estado español. Eso simplemente ha sido utilizado para intentar condicionar a diferentes movimientos de disidencia y, en este caso, a la izquierda abertzale».

Con todo, Permach cree que la conciliación es posible. «Yo creo que sí. Todos tenemos mucho que hacer, pero no voy a negar que no todo el mundo lo vive de forma igual. Hay personas y víctimas desde los dos bandos, por decirlo de alguna manera, que

han estado dando un ejemplo en los últimos años y que han sido capaces de demostrar que, independientemente del sufrimiento interno, tienen que hacer una aportación para visibilizar esa reconciliación. Son de agradecer gestos y posicionamientos que han tenido personas que han apostado claramente por esa reconciliación», asegura al respecto. La práctica totalidad de esas iniciativas que menciona parten de la llamada vía Nanclares. El problema es que la izquierda abertzale ha sido muy crítica con el proyecto, y Permach declina situarse. «Prefiero no hacer valoraciones al respecto», dice sin más. «En algunos casos ese tipo de hechos se han utilizado como condición *sine qua non* para conseguir determinados beneficios penitenciarios», dice, a pesar de que uno de los principios de la iniciativa era que quien participara lo hiciera sin contraprestación. «Ese tipo de reflexiones, bien estando en la cárcel o bien estando fuera, tienen que darse de forma personal: cada uno ha de ver cuál es la aportación que realiza y tiene que hacer una reflexión. No a cambio de nada, sino por su cuenta y por su compromiso para una situación de reconciliación», asegura.

El camino que quedaría por recorrer, según Permach, va en esa dirección. «Aunque a veces veamos que las cosas no avanzan a la velocidad que quisiéramos, también es cierto que un conflicto de tantas décadas tampoco puede pasar de negro a blanco de la noche a la mañana. Quiero pensar que en los próximos meses, en los próximos años, vamos a ser capaces de dar pasos más importantes. Es verdad que para ello Euskal Herria necesita de la contraparte, y ya digo Euskal Herria y no la izquierda abertzale porque la gran mayoría de este país exige otra actitud al Gobierno de España», estima. «Ojalá hubiera otro Gobierno que fuera capaz de encarar esta nueva situación en otros planteamientos que son absolutamente homologables a cualquier proceso de resolución a nivel internacional y, mucho más importante, que ayudarían a decenas de miles de personas», dice. «El pueblo vasco en su conjunto, y también creo sinceramente que el pueblo español, van a afrontar el futuro de una forma mucho más positiva siendo capaces de

hacer un relato de lo que ha ocurrido, afrontando las consecuencias del mismo e intentando buscar que el mayor número de personas pueda vivir mejor a partir de este momento». Todo eso, dice, «sin olvidar lo que ha ocurrido e intentando que todo lo que ha pasado vaya a estar presente. Para garantizar que nunca más vaya a ocurrir».



Preguntas de Eduardo Madina a Joseba Permach.

«Voy a decir dos. Uno es obviamente el de Gregorio Ordóñez, porque era compañero de corporación y porque fue el primero contra un cargo político, con todo lo que ello supuso. Era muy abierto, hablaba con normalidad con todas las personas, bien fueras de una organización o de otra, con todos los periódicos... El segundo, el de Gorka Landaburu, que no murió. Vive aquí mismo, yo aparcaba el coche a cien metros de su casa. Con Gorka tengo relación».

«No he leído muchos sobre eso».

Uxue



«La violencia de ETA siempre la he vivido con rechazo y con doble dolor, porque era violencia que decía defender los objetivos políticos que yo siempre he defendido». Achica los ojos y mira a la mesa. A pocos metros, un camarero golpea con saña el mango de una cafetera contra el cajón en el que tira el polvo usado para luego volver a cargarlo de café recién molido. Cada giro de la máquina suena como el gatillo de una pistola sin balas. Otros dos camareros comen en la barra de la vieja cervecería, a pocos metros de la incómoda mesa de mármol con sillas de metal. Uxue pone la palma de la mano sobre ella, y sigue: «Francamente no comprendo el ejercicio de la violencia. Esto era violencia pura y dura, llegados además a puntos tan inadmisibles como la socialización del dolor».

En estos días apura una carrera de una década en el Congreso, conviviendo en un despacho con algunas cajas de cartón para hacer la mudanza de vuelta a su Navarra natal. Siempre ha estado sola, como única diputada de la formación que representaba, primero la coalición Nafarroa Bai y ahora, tras su naufragio, una barca hecha con maderas tras la tormenta llamada Geroa Bai. Lo suyo tiene mérito porque en este tiempo ha logrado sobreponerse a esa soledad política, a las escisiones de los suyos, a las limitaciones de grupo mixto o a tener que compaginar su actividad como concejal en Pamplona. Y todo eso lo ha hecho llegando al Parlamento con apenas cuarenta mil votos. «A quienes somos minoría —dice—, es más fácil desconocernos, que es la peor forma de desprecio». Pocos votos en el conjunto nacional, pero suficientes como para haberle dado una voz en las Cortes que la ha colocado en varias ocasiones como la política mejor valorada según el CIS, algo nada despreciable tratándose de una política de izquierda abertzale. Lejos de sacar pecho por lo conseguido, ironiza: «El otro día alguien me decía, “sí, pero el 80% de los ciudadanos no te conoce según la encuesta”, y yo le decía, “¿y me conoce el 20% de la población española?” ¡Me parece un verdadero honor!», dice riéndose.

También ha sido una parlamentaria apreciada en las Cortes. Cuando volvió de una pausa de unos meses tras enfrentarse al cáncer, el Hemiciclo le aplaudió de forma unánime en mitad de un debate a cara de perro en una de las legislaturas más tensas que se recuerdan, precisamente con Navarra en el centro de muchas peleas. «Ahí lo que había era el cariño de amigos en la vuelta de un viaje de unos cuantos meses de zozobras», dice con cierto sonrojo. «Fue un momento muy incómodo porque era el día que se debatía la reforma constitucional del artículo 135, y yo tenía preparada una sarta de andanadas para Zapatero, entonces presidente, y para Rajoy, jefe de la oposición. Y yo decía “a ver cómo salgo de esta elegantemente y agradeciendo”...», comenta al tiempo que sonrío casi cerrando los ojos. Hace alguna broma sobre su escaso pelo, corto a lo chico, que nada tiene que ver con la melena que lucía antes del «viaje» del que regresó con éxito. La sombra de lo que pasó no se ha perdido, esa se le nota en los ojos. No esquiva hablar de la enfermedad, ni esconde el hecho de que todavía se fuma un cigarro alguna vez, «el peor de los venenos». Estaba a punto de conseguir dejarlo, pero la campaña le había trastocado los planes. Promete, eso sí, que si es investida presidenta de Navarra lo deja del todo. «Antes, tendría que dejarlo antes», decía. Al final lo consiguió: la candidatura que encabezaría para presidir Navarra unas semanas después sería la segunda más votada, lo que con el apoyo de otros grupos bastó para poner fin a décadas de gobierno de UPN. Ella atribuye el mérito al trabajo de su gente, y «a algo que se ha perdido en el parlamentarismo, que es el valor de la palabra expresada». Otra cosa no, pero Uxue Barkos, periodista antes que política que se define como vasca a la vez que navarra, es clara hablando. Habla de forma tan rápida y directa que se le agolpan las ideas en pocos segundos, salta a una, vuelve a otra, y de forma casi mágica el discurso conserva el sentido. Firme, pero sin embarrarse en el atril.

Lo de que todos aplaudan a un rival político pasa muy de vez en cuando: en los últimos años apenas José Antonio Labordeta y

Joan Herrera consiguieron algo así, y fue al despedirse de su escaño. «Es algo que todos anhelamos en nuestro ámbito profesional, lo que hay más allá de las diferencias o de los criterios que nos puedan separar de un compañero de trabajo», reflexiona. Esa rareza, la de conseguir el aplauso de políticos y la valoración de ciudadanos, la devuelve como crítica en lugar de apuntársela como tanto. «Si acaso lo que expresa es el déficit de una sociedad que tiene una cierta tendencia a vivir de espaldas unos a otros», comenta. «Ha habido quizá una escasa cultura política democrática en el sentido hondo, profundo. He conocido demócratas de altura en tiempos de Franco, y sin embargo en estos momentos de democracia todos conocemos actitudes políticas que más bien te retrotraen a otros tiempos. Falta ese mínimo que en democracia nos debemos dar los ciudadanos, las personas que compartimos una sociedad de una manera o de otra, que es el respeto a la opinión del adversario». En su caso no ha sido fácil: desde UPN o el PP les han señalado como secesionistas y violentos, y desde la izquierda abertzale han arreciado las críticas —«y duras», apostilla— por no seguir los mismos pasos que ellos. «La política se vive de una manera tan herida muchas veces, tan apasionada...». Ella intenta no hacerlo, a pesar de tener muy claras sus ideas: «Somos muchos los navarros y las navarras que nos sabemos vascos. Nos sabemos —repite—, porque es nuestra cultura, porque es nuestra historia, porque hay instituciones similares que explican un pasado común. Y, sobre todo, porque hay un anhelo político de una parte de esa población».

Lo de ese doble sentimiento «se explica malamente», ríe. «Vascos son navarros, o navarros son vascos, en fin, yo siempre digo que soy vasca porque soy navarra. Como si le preguntan a un soriano si es español o es soriano: no tengo ninguna duda de que es uno porque es lo otro, y no sé qué es antes o después. Pero es cierto que lo tengo que ser con la reivindicación orgullosa de que se me reconozca, pero con el respeto a quien no se reconoce como tal», matiza. Y no es poco el matiz. La Constitución, de hecho,

reconoce en una cláusula la posibilidad de votar una futura unión entre Euskadi y Navarra, pero Barkos, a pesar de sus ideas y anhelos, no piensa en hacerlo. «No activaremos la transaccional cuarta», decía en otra entrevista, donde señalaba que como presidenta navarra se centraría en la recuperación del empleo y del Estado de bienestar.

«La Constitución, que tuvo innegables éxitos, fue redactada bajo ruido de sables. Cada vez que digo esto la gente se echa las manos a la cabeza. Oiga no, es una Constitución redactada para hacer una transición no rupturista con una dictadura militar», reflexiona. «Aquellos hombres y mujeres que en el 78 en todos los niveles políticos y sociales supieron seguir andando me parecen unos valientes. Pero sería tonto pensar que lo que ellos anduvieron no hay que seguir caminándolo y avanzándolo, y en ese sentido sí que creo que nos falta al conjunto de la sociedad la generosidad que hubo en aquel momento». A ese respecto confiesa que en el futuro le gustaría ver «una Navarra orgullosa de su esencia y cómoda en la tierra vasca, en su país», pero a la vez reconoce que «se puede convivir perfectamente y, de hecho, es absolutamente necesario trabajar juntos en el futuro de quienes hoy compartimos techo de Estado». Ese Estado ella lo imagina sin ser rupturista, «asumiendo el que tenemos», pero con mejoras para que sea «perfectamente posible defender todas las posiciones sin necesidad de heridas cotidianas. Y todas las posiciones son también aquellas marcadas por el independentismo». Esas «heridas cotidianas» vienen dadas, en su opinión, por el «desconocimiento bastante notable sobre esta realidad», además de «por el grado de mezcolanza con un origen normalmente interesado para unir ese anhelo político de muchos abertzales navarros con, si no el uso de la violencia, la connivencia con el uso de la violencia. Ha habido mucho interés en identificar abertzale con violento», lamenta, al tiempo que marca su labor como la de «pelear un día tras otro por defender que es perfectamente posible la condena del uso de todo tipo de violencia con la defensa de posicionamientos abertzales en Navarra».

Ahí acaba el papel de la diputada Barkos. La otra Barkos, la candidata, dejó claro durante la campaña que apoyaría para la presidencia a la que optaba a cualquiera con tal de desalojar al Gobierno de UPN. «La única línea roja que tenemos es que ese cambio sea estable, sereno, duradero e integrador», comentaba, marcando cada palabra tocándose un dedo de la mano. «Nunca nos abstendríamos a favor de UPN: les toca chupar banquillo una temporada, aunque sólo sea por oxígeno social». Y, puestos a imaginar una portada de periódico ideal, sacó su lado electoral: «Ahora, clarísimamente, desearía ver en una portada: “Hay cambio en Navarra”». Al final resultó ser profética.

Los resultados de las elecciones que finalmente la convirtieron en presidenta muestran que la ciudadanía de la Comunidad Foral se ha dividido en bloques: uno conservador, con UPN y PP, y otro de izquierda radical, con la propia Geroa Bai, EH Bildu o, en la parte no nacionalista, Podemos e Izquierda-Ezquierda. Uno y otro bloque sumaron más de cien mil votos en los comicios, quedando prácticamente empatados. En esa ecuación de bloques queda al margen el socialismo, que consiguió unos pocos menos que EH Bildu o Podemos, siendo una importante fuerza secundaria aunque condenada a la marginalidad, sin opción de integrarse en alguno de esos bloques. Fue la consecuencia, años después, de provocar uno de los capítulos más decepcionantes, en opinión de Barkos, de la política navarra. «En 2007 el PSOE se arrugó», dice. Entonces pasó algo similar a lo de estas elecciones, con Nafarroa Bai como segunda fuerza y el PSOE como tercera, ambas prácticamente empatadas. «El 95% del programa de Gobierno de Nafarroa Bai con el PSOE estaba hecho», confiesa. Los socialistas navarros aprobaron casi por unanimidad gobernar en coalición, pero Ferraz dio la orden de no hacerlo. «Navarra es más cómodo entenderla, tomarla y trabajarla sin arriesgar posición alguna en el resto del Estado», lamenta. En aquellos años estaban recientes las conversaciones *oficiales* entre ETA y el Gobierno, que acabaron con el atentado de la T4 —las informales aún se prolongarían un po-

co más—. El PP, con UPN, había tomado las calles de Navarra con manifestaciones contra lo que veían como una entrega de la Comunidad Foral a los independentistas. La coalición de izquierda nacionalista en la que estaba Barkos estaba encabezada entonces por la gente de Aralar, que se había escindido de Herri Bata-suna por condenar la violencia años atrás. Firmar aquel pacto de gobierno habría sido una forma de señalar que con una vía exclusivamente política todo era posible, según explica. Pero no se consiguió. «Faltó el coraje del PSOE, faltó el coraje de Ferraz, no sé si por demonios internos o externos, esto debieran decirlo ellos. Hemos oído hablar muchas veces de lo que algunas federaciones muy potentes exigieron en aquel momento», insinúa sin entrar en detalles.

La historia se repitió en 2011, esta vez con Bildu. «Nos encontramos con una fuerza que pasa como nadie el cedazo de la Ley de Partidos. Es que ya no sé qué más queremos: nos montamos la Ley, la Ley pide lo que es impensable para otras formaciones, se cumple con la Ley, se consigue el apoyo de la ciudadanía, pero, ay, me entra el miedo. ¿Entonces qué hacemos en política?», critica. «Falta el coraje de las altas instancias, precisamente aquellas que están más lejos de la realidad». La realidad, según Barkos, es más compleja de lo que se cuenta, y en esa complejidad insiste en varios momentos en que la violencia de ETA es la que más daño ha causado, pero no la única.

«El mayor error de ETA ha sido su propia existencia postfranquista. Eso y la sordera que durante cuarenta años ha mantenido ante la voz mayoritaria del conjunto de la sociedad vasca, una sociedad tan golpeada, sobre todo en aquellos convulsísimos años 80, que ha generado fracturas durísimas, tremendas», dice, aunque distinguiendo entre lo que es la fractura y lo que es pluralidad. «La sociedad vasca ha sufrido mucho la violencia y mucho la vocación de que la violencia perviviera». Señala a ETA más que a nadie, pero no sólo a ellos. «ETA dio un paso, es verdad que todos esperamos otro, que es el desarme, pero no es menos cierto

que el Estado está obligado también a sentarse a hablar de determinadas cuestiones y no se ha producido un movimiento en ese sentido», advierte. «Todos debemos analizar lo ocurrido, mirar sin miedo todo lo pasado para encarar el futuro con mayor firmeza y valentía y reconocer allá donde hemos errado, en diferentes posiciones, y siempre desde el respeto absoluto a una parte de la población que quedó especialmente dañada, que son las víctimas», dice abriendo las manos. «Cuando hablo del respeto absoluto, hablo también del respeto de aquellos que las han utilizado como ariete político». Y habla también de la izquierda abertzale, en la que no ve un cambio de discurso. «Creo que hay una modulación, pero se siguen manteniendo las mismas posiciones que se mantenían, que en lo político me parecen perfectamente legítimas, faltaría más. Quizá echo en falta un paso adelante en reconocer con más holgura y hondura el daño causado». Eso, en su opinión, traería «bienestar para la sociedad vasca para empezar, que no estaría mal», dice sonriendo.

Desde esa izquierda abertzale clásica comenta que ahora se dicen cosas que hace cinco años «eran impensables», pero más que un cambio de discurso ve «un replanteamiento de la posición», asegura. «En el momento en que ETA anuncia el cese definitivo de la violencia nos coloca a todos en un escenario nuevo y por lo tanto se modula el lenguaje y el discurso de todas las partes. Pero es que se modula la percepción de la sociedad también: llevamos varias encuestas del CIS en las que la violencia ha dejado de ser una de las grandes preocupaciones de esta sociedad, por cuestiones evidentes», comenta. «Durante estos cuarenta años ETA ha sido la responsable mayoritaria en términos numéricos del drama que ha habido en la sociedad, pero no ha sido ni mucho menos la única», insiste. «La sociedad vasca en aquellos años 80 resultaba muy incómoda, seguramente era una de las más contestatarias a aquel régimen militar que no quería morir, y por lo tanto había que aplastar». Cuando habla de las «otras violencias» endurece el tono. Apura el último trago de la infusión que ha pedido y re-

chaza una llamada entrante en el móvil. «¿Por qué todavía se tortura en las comisarías de policía?», pregunta en voz alta. «¿Por qué sigue en marcha la dispersión de presos?».

La situación de los reclusos es una de las cuestiones en las que más énfasis hace. «Se está castigando a los familiares de los presos por una aplicación no normalizada de la política. La petición del final de la dispersión no es sino la petición de que se aplique una política penitenciaria normalizada, no otra cosa», aclara. «Es un elemento que hay que sentarse a debatir ya. No puede ser un elemento de presión y de chantaje sobre el proceso en sí, o un elemento que se guarda en la recámara de un paquete político más general que resulta más o menos cómodo presentar ante el conjunto de la sociedad española. Comprendo la necesidad de discreción en ese tipo de conversaciones, comprendo que es necesario llevar a cabo labores de pedagogía, pero el inmovilismo, a mi modo de entender, es absolutamente inaceptable», zanja.

No son las únicas críticas que guarda hacia lo que los partidos mayoritarios no hacen, o hacia lo que se ha hecho en el pasado. Califica la ilegalización de la antigua Batasuna de «un error democrático», por ejemplo. «Una cosa es el uso de la violencia y otra la no condena del uso de la violencia, que siendo éticamente reprochable no considero que pueda ser admisible como razón para la ilegalización de un partido político». Habla también del encarcelamiento de políticos como Arnaldo Otegi: «Es fundamental revisar una legislación que lleva a la cárcel a personas por hacer política. ¿Cuál es el mensaje que estamos dando a aquel mundo al que le insistíamos una y otra vez para que dejara las armas para coger la bandera de la política?», se pregunta.

Hasta ahí la defensa de puntos en común con esa izquierda abertzale clásica, porque encontronazos también ha habido, y no pocos, ni poco dolorosos. El hecho de que Eusko Alkartasuna decidiera coaligarse en Bildu hizo saltar por los aires a Nafarroa Bai, algo que se repitió años después cuando Aralar tomó el mismo

camino. «En la vida todas las decisiones que se toman te generan incomprendiones, y a veces la incomprensión genera enemidad, o el fin de una amistad», dice cuando explica lo que define como «el momento más amargo» que le ha tocado vivir en política. «Aunque son momentos ingratos y dolorosos, siempre pienso que he podido estar desacertada, pero desde luego no he sido incoherente con lo que siempre defendí y pensé. Cuando se planteaba que había que acompañar a la izquierda abertzale siempre defendí que sí, que faltaría más, pero no sujetando su pancarta», explica.

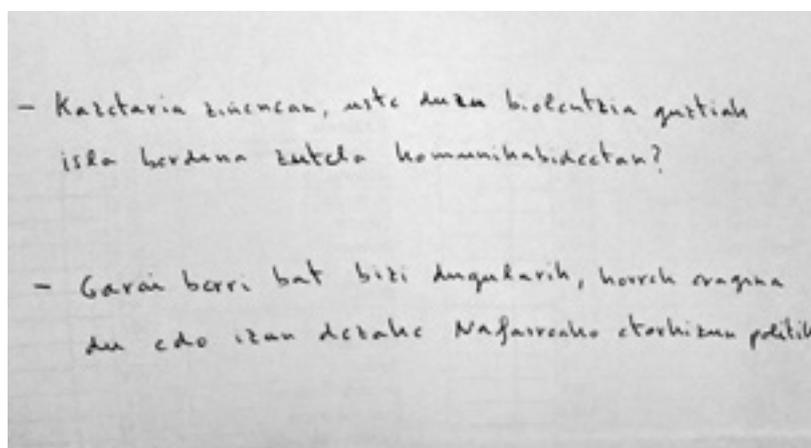
Ahora que EH Bildu expresa su rechazo a la violencia de forma pública parece lógico pensar que los caminos de ambos bloques políticos puedan acercarse. No ha habido problemas para que ellos apoyaran su investidura como presidenta navarra, ni para que su partido les apoyara en la alcaldía de Pamplona. Ella lo define como «la colaboración normalizada de fuerzas políticas que confluyen en algunas cosas, pero que no son las mismas». Y en esa distinción está la clave de los roces. «El soberanismo tiene márgenes de trabajo bien amplios desde formulaciones políticas propias. Yo tengo mis banderas, mis pancartas, mis posiciones. No entiendo por qué renunciar a ese espacio político cuando en aquello que puede ser necesario caminar juntos perfectamente se puede caminar juntos». Ese «juntos pero no revueltos» supuso «una convivencia difícil en el grupo mixto» del Congreso, según lo define. «Hubiera sido más acertado pelear por ese grupo propio que se había ganado en las urnas, diga lo que diga el PP. Hoy la convivencia yo creo que es tranquila. Hay elementos en los que se puede trabajar tranquilamente y hay otros en los que nos diferenciamos claramente, no sólo en los contenidos, sino en los modos también». Ahí, de hecho, radica una de las diferencias, al menos de cara a la opinión pública. Para explicarlo empieza a hablar más despacio que en toda la conversación, pensando detenidamente cada palabra que usa para explicar a qué se refiere: «Me refiero a mil y una maneras de acometer temas de forma menos efervescente en la

escenificación en tribuna y mucho más punzante en el discurso», acierta a explicar.

Los encontronazos con la izquierda abertzale clásica no se limitaron a la disolución de Nafarroa Bai, ni tampoco a la incapacidad de pactar para formar un grupo parlamentario propio en el Congreso, ni siquiera cuando la diferencia entre unos y otros era la condena explícita a la violencia. En el pasado, cuando fueron ilegalizados, vieron una traición que ellos sí concurrían a las elecciones, hasta el punto de pedir el voto nulo a sus simpatizantes en lugar de ofrecer su apoyo a la formación de Barkos. «Se pretendía hacer responsables a aquellos abertzales que seguían andando políticamente. Nos responsabilizaban de las decisiones tomadas al albur de la Ley de Partidos. Pedir el sacrificio incomprensible de que no participáramos en las instituciones, o que no lleváramos hasta ellas la voz de los abertzales que nos habían votado era quizá la manera más fácil de defenderse de su propia situación, pero creo que la menos efectiva». Las desavenencias no se quedaron en el tímido boicot, sino que llegaron a la crítica directa. Barkos habla de «intentos de desvirtuar el papel» que tenía, en concreto con sus opiniones respecto a la dispersión de presos. «Siempre me ha parecido un elemento necesariamente superable, y creo que uno de los grandes errores del PP y del PSOE es el no haber sabido superar este asunto, el no haber sabido hacer pedagogía en el conjunto del Estado. Pero se ha pretendido hacer ver desde ciertos entornos de la izquierda abertzale que había un rechazo por mi parte a ese reconocimiento, y eso es absolutamente falso».

Ahora, ya lejos del Congreso, ella será la responsable de liderar la política navarra, justo con el apoyo de la misma izquierda abertzale con la que comparte fines y enfrentamientos. Lo hará tras abandonar el Parlamento con el aplauso de sus rivales políticos y el aprecio de los ciudadanos, según las encuestas. Tras tanta dificultad, y puestos a pedir, ella pide la paz. «La paz supone muchas cosas. Hay una frase que me encanta, que la paz de gallinero

no es paz: no hay paz con hambre, no hay paz con desempleo, no hay paz sin igualdad de oportunidades... Por lo tanto, pido la paz honda y profunda», sonríe. «No me basta con que no exista violencia, yo quiero mucho más. Soy mucho más ambiciosa para la paz».



Preguntas de Joseba Permach a Uxue Barkos.

[Pregunta: «Cuando eras periodista, ¿crees que todas las violencias tenían el mismo eco mediático?»]

«No, ni mucho menos, la violencia tenía una relación directa entre el cuño y el número de columnas en el titular, y ese es uno de los grandes problemas ante cualquier intento de proceso de paz. Los intereses en la empresa periodística provocan un reflejo de la realidad más cercano a sus intereses. La violencia muchas veces se ha tratado casi con interés electoral».

[Pregunta: «Ahora que estamos en un nuevo tiempo, ¿esta situación puede tener efecto en el futuro político de Navarra?»]

«Claro, incluso diría que lo he invocado cuando el escenario era otro completamente diferente. Más allá del rechazo, que por mi parte ha sido siempre inequívoco y contundente, a cualquier tipo de violencia, en el caso de ETA se añadía para los abertzales navarros el drama táctico: esa vinculación que se ha pretendido en muchos ámbitos de la política navarra de vincular abertzalismo o nacionalismo vasco en Navarra con violencia, que ha tenido unos efectos desastrosos».

Lurdes



«Iba con dos amigos de la cuadrilla desde uno de los barrios de mi pueblo a otro después de las fiestas. Nos paró un control de la Guardia Civil y nos fueron a cachear. Entonces uno de los que venían conmigo sacó la pistola y mató a uno de los guardias civiles a nuestros pies». El agente asesinado se llamaba Manuel Pérez, y el autor del disparo Miguel Ángel Apalategi ‘Apala’. Tenía entonces diecinueve años y hoy sigue huido de la Justicia. Él fue quien detonó la entrada de Lurdes en ETA y, según su versión, también el responsable último de que acabara saliendo. Ella, que entonces tenía dieciocho y que ahora supera los cincuenta, rememora la historia con rabia y dolor. El control policial se debía a que ETA había robado la nómina de una importante empresa de la zona unos días antes, el 31 de mayo del 74, y el que entonces era amigo de la cuadrilla iba armado porque había colaborado con el comando responsable. «De hecho, estaba huido de su casa en ese momento», comenta. La escena «muestra muy bien las normas de seguridad que seguían los miembros de ETA: armado y de fiestas», ironiza.

El motivo de la conversación no es su pasado en ETA, sino lo que sucedió cuando estaba dentro. Lurdes, que fue tiempo atrás responsable de política lingüística del Gobierno vasco, fue en esos años la pareja de Eduardo Moreno Bergaretxe, uno de los pocos que en ETA apostaba entonces por abrir una vía política además de la armada. Y eso, que en los primeros años de ETA no encajaba dentro de la organización, le acabó costando la vida, según su entorno: desapareció y, casi medio siglo después, sigue sin haber acuerdo sobre quién fue el responsable. En el listado de más de mil víctimas del llamado conflicto vasco apenas un puñado de crímenes está oficialmente pendiente de responsable, y el de ‘Pertur’, que ese era su apodo, fue uno de ellos. Un grupo de extrema derecha dijo ser el responsable, pero la familia nunca lo creyó. «Seguimos desgraciadamente sin saber. Llevamos años pensando qué pudo pasar, y la posibilidad más verosímil es que fueron sus propios compañeros, o que al menos tuvieron algún grado de intervención en su desaparición», relata.

Un desayuno rápido en la cafetería de la facultad donde enseña ha precedido la conversación. Lurdes saluda en euskera a la camarera, que sonriente confiesa que es el primer croissant a la plancha que prepara nunca, y a un grupo de tres profesores con los que se cruza. Vitoria ha amanecido ese día plomiza, y la lluvia empaapa las calles alrededor de las vías del tren, junto a la universidad. En la puerta del campus un nutrido grupo de alumnos espera para una charla. El suelo y las paredes están llenas de pegatinas en apoyo a un jugador de fútbol envuelto en una polémica ideológica semanas atrás. Algunas pintadas, inexorables en cualquier universidad vasca, decoran también las paredes de las escaleras. Arriba, en la puerta del despacho compartido de la profesora Lurdes Auzmendi, una alumna del grado de Traducción e Interpretación le pregunta unas dudas, también en euskera. Su pasión por el idioma y la cultura vasca le ha acompañado durante toda su vida, y ahí sigue a sus más de cincuenta años. Ojos claros y menudos, nariz estereotípicamente vasca, facciones marcadas y pelo corto a lo chico definen el rostro de alguien que se desnuda sin miedo al hablar, hasta el punto de acabar llorando al recordar.

«Yo era una joven de Ataun, en el corazón de Goierri, en los años más duros del franquismo. Precisamente el franquismo fue lo que me llevó a ponerme en las primeras filas de la lucha. El juicio de Burgos del 68 me marcó, porque dos personas de mi pueblo fueron juzgadas y uno de ellos fue condenado a muerte». Habla de 'Unai' Dorronsoro y de su hermana Ione. «Yo no entendía cómo se podía condenar a muerte a dos personas que luchaban por Euskadi». Pocos años después, en 1974, tuvo lugar otro hecho determinante para ella: el juicio a Salvador Puig Antich. «Aquello me llevó a la cárcel de Martutene la primera vez, donde estuve muy poco tiempo, no sé si dos o tres meses. Tras el juicio y su muerte a garrote vil fui expulsada del instituto y no pude terminar COU», relata. Eran los últimos estertores del franquismo, cuando el régimen se quebraba a la misma velocidad que la salud del dictador, y la represión se recrudecía para evitar dar alas a

quienes vislumbraban su final. Ese mismo año, apenas unas semanas después, tuvo lugar el asesinato que lo llevaría a cruzar la frontera y unirse definitivamente a ETA.

«Tras el disparo no sentí más que auténtico miedo. Eché a correr por la carretera y me paré porque venían coches en la otra dirección. Debí de correr muy pocos metros. Cada vez que pienso el riesgo que corrí... Porque cualquier guardia civil podía haber reaccionado disparándome, aunque no reaccionaron de esa manera. En esos momentos hay un bloqueo en el que uno no piensa, sólo siente. Y siente pánico». ‘Apala’ saltó al río y huyó, pero ella y el otro amigo de la cuadrilla, José María Arín Baztarrica, fueron detenidos. «Pasamos la noche en las dependencias de la Guardia Civil. Empecé a reaccionar cuando estaba ya allí, cuando me entero de que el agente al que ha disparado la persona con la que iba había muerto. Aquella noche ningún agente me puso la mano encima, y cualquiera podía haber venido... Imagínate la reacción que podían haber tenido: Guardia Civil, franquista y con un compañero de ellos que muere por el tiro de un supuesto miembro de ETA». Su suerte no terminó ahí. «Fuimos interrogados por el entonces comandante de Guipúzcoa, que llegó a la conclusión de que nosotros no sabíamos nada de los hechos. Y era más o menos cierto, digamos: sospechar, nosotros sospechábamos sobre que ‘Apala’ tenía algo que ver, pero saber a ciencia cierta es verdad que no sabíamos nada. Estábamos delante, pero nosotros no habíamos sido», relata. «Entonces decidió ponernos en libertad. A la mañana siguiente, de hecho, nos llevó en coche a nuestros domicilios y ahí se acabó todo. Rápidamente pensamos que aquello no iba a acabar así, que en cuanto alguien supiera que habíamos sido puestos en libertad... En aquellos momentos había cientos de guardias civiles por nuestros pueblos porque el comando había huido y estaban buscándolos. Así que nos marchamos de casa ese mismo día. Era domingo. Al comandante le abrieron expediente ese mismo día, y esa noche efectivamente fueron guardias civiles a buscartos a nuestras casas para detenernos. Claro, yo sí estaba colabo-

rando con ETA, y ya hubo quien supo que, efectivamente, cuando nos fueron a buscar fue por algo. Ya no nos encontraron, ya habíamos huido. Así es como paso yo al exilio», dice con una sonrisa de tristeza.

En mayo huyó y en junio pasó al otro lado, a Francia, donde estuvo tres años. «Al principio en Hendaya, luego San Juan de Luz..., muchos sitios. En julio me llevó un miembro de la dirección a un caserío en el que se iban a impartir cursos de formación para cuadros de ETA “legales”. Llegué allí y me fueron presentando a las personas que había, los miembros de la organización que en cierta manera se estaban responsabilizando de ella. Y entre ellos estaba Eduardo». Durante toda la conversación se referirá a él por su nombre, salvo al final. ‘Pertur’, dice entonces, marcando el apodo y sonriendo. Pero en ese momento era todavía «Eduardo». «Para mí, que tenía dieciocho años, aquello era, aparte de todo, alucinante. Una mañana estaba en la casa donde me habían metido y me dijeron: “Vístete y te vienes conmigo, coge la ropa que tengas”. Me llevaron a otro sitio y me dijeron: “Tú vas a trabajar aquí”. Lógicamente iba a trabajar de lo que iba a trabajar, de cocinera. El papel que tenían destinado las mujeres era muy evidente. Y así conocí yo a Eduardo», explica. «Recuerdo que cuando me lo presentaron se refirieron a él como “bah, este es un puto marxista-leninista”. La gente que se ocupaba de pensar, de formar, eran considerados eso, putos teóricos. Ahí lo que mandaba era el pim-pam-pum, y así se trataban ya desde el comienzo. Los orígenes están ahí: siempre habían mandado los militares dentro de ETA, y seguían mandando. Los cuadros políticos, ideológicos, siempre fueron absolutamente despreciados por la otra parte. Eduardo era una persona muy bien formada, que seguía formándose, una persona que seguía leyendo. Sería de las pocas casas de refugiados en las que había una buena biblioteca, pequeña, pero en fin, había una máquina de escribir, abundantes folios y mucho bolígrafo y lápiz», rememora sonriendo, hablando con una visible admiración. Habla de ‘Pertur’ como de un pensador, un inte-

lectual, alguien que pensaba en el diálogo antes que en las armas. En su propuesta política la idea era abrir el diálogo, aunque con el entorno cultural y obrero, no aún con el Estado. Ese diálogo, en cualquier caso, tendría en la retaguardia y como complemento las armas. A día de hoy parece poco, pero para esa primera ETA era más de lo que se podía plantear. «Él siempre mantuvo todas las puertas abiertas. Era una persona que iba haciendo ya sus cálculos, que decía “bueno, cuando muera Franco van a empezar a cambiar las cosas”, aparte de saber ya distintos frentes que se iban abriendo dentro de España. En la misma medida él mantenía contactos con los presos más significativos en las cárceles. No cejaba en ese empeño, como otros, pero al ser él la cabeza de esa corriente, lógicamente, les molestaba. Eran celos, eran temores, eran odios».

La mañana del 23 de julio de 1976 ‘Pertur’ se dirigía a una reunión en la localidad francesa de San Juan de Luz a la que no acudió nadie. A la salida del bar donde lo habían citado se dio de bruces con dos compañeros de ETA, Francisco Mujika Garmendia ‘Pakito’, y el propio ‘Apala’. Él les pidió que lo llevaran en coche a otra reunión a pocos kilómetros, pero nunca más se supo de él. «Paco Garmendia ya fue interrogado al respecto, y siempre ha mantenido que nada, que les pidió que lo llevaran, que lo llevaron y lo dejaron, pero no hay testigos de que jamás llegara. Y luego está ‘Apala’, al que nunca se lo ha podido interrogar». El mismo que, con aquel disparo al guardia civil, precipitó la huida y entrada en ETA de Lurdes, y al que acusa del asesinato de su pareja. Quedaban diez años para que ‘Yoyes’ fuera asesinada por sus compañeros de organización, pero aquello ya tenía un precedente. «Alguna vez ‘Apala’ declaró a compañeros de la organización que Eduardo estaba muerto, bien muerto y en el fondo del mar». ‘Apala’ era quizá el más visible, pero no el único que estaba enfrentado a ‘Pertur’.

Lo que según Lurdes precipitó todo fue el secuestro y asesinato de Ángel Berazadi en la primavera de ese año. «Lo de Berazadi fue...», dice mientras tuerce el gesto como signo de desapro-

bación, «Eduardo negoció con la familia, había acordado la rebaja del pago pedido, y eso ya desencadenó todos los enfrentamientos hasta últimos extremos. La parte que tenía el control del secuestro no respetó el acuerdo y lo asesinaron». Aquella, en realidad, no fue la primera muestra de disidencia interna. Cuando dos años antes, el 13 de septiembre de 1974, tuvo lugar el atentado contra la cafetería Rolando, en el centro de Madrid, se abrieron muchas fisuras internas. «Yo era muy joven y todavía tenía muy poco conocimiento de la organización, pero vi en mi entorno reuniones bilaterales, trilaterales, reuniones de la dirección... Disidencias había contra las barbaridades que de vez en cuando se cometían, pero ya». En eso quedaban, y así se resolvían. En aquella explosión murieron trece personas, y algunas voces se alzaron en los case-ríos de los huidos. En aquella tensión se juntaba también que estaba reciente el fracaso de la fuga de Segovia, un extraño episodio en el que se consiguió frustrar casi por completo una huida masiva de presos de ETA.

Lurdes describe a ETA entonces «como un horror», y ríe con cierta amargura al decirlo. «La parte militar estaba desestructurada, con un poder casi absoluto dentro de la organización y gente con problemas reales de desquiciamiento, que no en balde era gente que había intervenido en asesinatos. También había gente en el aparato militar con la cabeza muy bien amueblada. Me acuerdo por ejemplo de Iñaki Pérez Beotegi ‘Wilson’, con varios asesinatos a sus espaldas, que luego entró en Euskadiko Ezkerra y murió en 2008. Era una persona con una formación y un autocontrol... Y más gente que pasó por las cárceles de los comandos aquellos que cayeron en Madrid y Barcelona. Iñaki Mujika Arregi ‘Ezker-rra’, Juan Antonio Goiburu... Pero bueno, había cuadros por ahí de miedo, que cada vez que había un militante que caía había que atarlos para que no se desmadraran, vinieran y empezaran a cometer barbaridades de todo tipo», asegura.

Sobre la desaparición de Eduardo se puso una enorme losa de silencio. Tanto tiempo después, dos de los supuestos implica-

dos, como 'Pakito' o Eugenio Etxebeste 'Antxon', han abandonado ETA pero no han ayudado a aclarar lo que sucedió. «Todo lo contrario, no han tenido ningún comentario al respecto. Pensarán que eran gajes de una organización como ETA. Anímicamente para mí es como si hubieran actuado ellos, porque desde luego alegrarse se alegraron muchísimo en todo momento de la desaparición de Eduardo», afirma. «Me arrepiento de no haber hecho más de lo que hice, y fui bastante contestataria. Monté unos cuantos pollos dentro de la organización con la poca capacidad que tenía, a veces de forma absolutamente inconsciente. Con el paso del tiempo he pensado muchas veces en que si en aquella situación no hubiera hecho tal cosa o tal otra... Por supuesto que eso lo piensas», asegura. Y ahí, tras la desaparición, empezó el camino de regreso. «En el momento en el que él desaparece yo allí ya no tengo nada que hacer, e inmediatamente empiezo a pensar que quiero regresar». En ese momento se rompe. Lo que durante mucho rato habían sido los ojos enrojecidos y húmedos se convierte en lágrimas. La voz le tiembla mientras habla y, a la vez, rechaza con un gesto detener la conversación. Respira más hondo y sigue hablando.

«Después de su desaparición, lo de volver me costó varias gestiones por parte de mi abogado, Juan Mari Bandrés, y por parte de los padres de Eduardo ante el gobernador civil. Eduardo desapareció en julio y yo regresé en noviembre», cuenta. Ahí empezaron muchos desencuentros con el mundo del que había formado parte, pero según su relato, nunca llegó al punto de sentirse amenazada. «No tuve miedo a ETA cuando volví. Me sentía muy arropada por la familia de 'Pertur', tanto por los padres como por la tía Mari Asun Bergaretxe, que peleó hasta el día en que murió porque se aclarara la desaparición. Cuando volví del exilio fui tachada de traidora, como todos los que volvíamos entonces. Me hace gracia por la cantidad de ellos que han vuelto posteriormente sin haber logrado absolutamente nada... Y yo no sé si alguien los ha tachado de traidores, creo que no», comenta con sorna. «Yo amenazada no me he sentido, tengo que confesarlo, y no he tenido ningún

problema. Miedo no tuve, ni a la policía ni a ETA», afirma. Pero respeto sí. «Yo solía cruzar la frontera para ir a visitar a compañeros que había dejado allí, compañeros de fatigas que se quedaban para seguir intentando esclarecer la desaparición de Eduardo, compañeros que estaban llamados a llevar a cabo el desdoblamiento definitivo de ETA político-militar. Cuando iba, al llegar a la frontera, lo pasaba mal porque siempre me paraba la policía. Siempre era llevarme al cuarto de al lado, pedirme el pasaporte, hacer veinte mil llamadas... Como máximo me preguntaban que a dónde iba, que qué iba a hacer, tampoco era más, pero siempre era sentir ese mal trago». Suspira, y sigue: «El sobresalto cada vez que veía a la Policía Nacional o la Guardia Civil me siguió durando muchísimos años. Era un miedo atávico casi, y eso que yo no tenía nada que temer, absolutamente nada».

A su regreso cambiaron muchas cosas. Militó durante un tiempo en EIA, un partido abertzale que luego fue parte de Euskadiko Ezkerra, formación que salió del «desdoblamiento» de la ETA en la parte político-militar y la ETA que perduró hasta nuestros días. «Al poco tiempo de volver empecé a trabajar en las Gestoras pro Amnistía, en aquella genuina. Fue un periodo muy intenso por aquellas grandes huelgas y manifestaciones pidiendo la amnistía después de la muerte de Franco. Estuve hasta la concesión de la amnistía. Fue cuando ya dije “bueno, los presos han salido, es el cierre de otra etapa, y me tengo que poner a pensar en mí misma”, y empecé a rehacer mi vida». Retomó el último curso de instituto allí donde lo dejó, en el juicio a Puig Antich, se especializó en euskera y siguió adelante. «Y hoy estoy aquí, ya en las puertas del último ciclo de mi vida, pensando en un contrato relevo, en una jubilación y en poder disfrutar un poquito más de la vida», sonrío. Aunque todo aquello aún no ha acabado. «Muchos seguimos sintiendo un pequeñito soplo, pequeñito, pero que se sigue sintiendo», dice con voz muy queda mientras mueve sus dedos junto a su oreja para reforzar sus palabras. «En el día a día afortunadamente los olvidas, pero a nada que oigo cierto tipo de

discursos, a nada que veo ciertas cosas, como las pintadas aquí en la universidad, a nada que veo físicamente a ciertos elementos me suele seguir viniendo. Ahí están todavía...», dice casi en un susurro.

«La cosa esta del nacionalismo siempre une mucho. La simbología une, la ikurriña sigue uniendo como si fuera pegamento. Seguimos con el idealismo este de la independencia, que algunos llaman derecho a decidir. ¿A decidir qué? No se atreven ni siquiera a decir “independencia”. Siendo tan respetables como son políticamente estas cuestiones, aquí se banalizan. Siguen unidos también porque les está dando rédito político. Muy bien, que sigan aquí, en la lucha política, que aquí es donde tienen que trabajar: la gente les vota y ahí están, en las instituciones, y tienen todo mi respeto, aunque no mi aprobación», dice en referencia a la izquierda abertzale. «Tengo muy buena relación con algunos de ellos, una cosa no quita la otra. La convivencia también exige eso, y a los políticos les va a exigir también gente que tienda puentes. Cuando estuve en el Gobierno vasco ya me tocó mantener contactos con gente de ellos que estaban trabajando en el mundo del euskera. Yo los he respetado, ellos me han respetado y ahí no ha habido más», dice.

La pervivencia de ETA tiene que ver, en su opinión, precisamente con la falta de firmeza por parte de la izquierda abertzale. «Siguen queriendo obtener rédito político, y aunque se les ha dicho por activa y por pasiva que no, hay gente que no quiere reconocer que han perdido. Personalmente, conociendo a algunos, esa gente no puede reconocer que ha perdido», sostiene. Ella misma convivió con algunos célebres huidos. «Inmediatamente me han venido dos nombres, uno, evidentemente, ‘Apala’, y otro Josu Urrutikoetxea, Josu ‘Ternera’, y seguro que hay más», asegura. «Si desde aquí no se les dice “se acabó y tenéis que decir que se acabó” no lo van a hacer, y desde aquí no se les está diciendo eso, todo lo contrario: siguen manteniendo paños calientes todos los días. La izquierda abertzale no sé qué tipo de imaginario tiene en

relación a ETA. Ellos dicen que ninguno, pero algunos de ellos en lugar de condenarla incluso todavía los justifican. ¿Qué necesidad tiene ETA de disolverse? Dinero deben tener todavía para seguir por ahí sobreviviendo, algunos de ellos en exilios dorados, hay que decir, que si les hubiera tocado trabajar a lo mejor se hubieran doblgado antes y hubieran tomado otros caminos, pero bueno, viven bien...». Otra cosa es que decidan volver a actuar. «No sé hasta qué punto tienen intactos los arsenales, no sé hasta qué punto los tiene la policía ya tan controlados que si a alguno se le ocurriera mover una sola pestaña les fueran a echar la mano... Ojalá, ojalá sea así», dice. «Pero el temor no se nos va. Son demasiados años, es mucho el sufrimiento como para que esto se borre. En tres años desde luego no, qué va, de qué, para nada. Yo tengo una memoria muy selectiva, de todas maneras. Me ayuda muchísimo a sobrevivir, me ayudó desde el principio. Tengo una gran capacidad para borrar nombres, caras, circunstancias... He borrado muchísimo. Borro, borro, borro... No puede ser, es demasiado horror para seguir teniéndolo ahí almacenado». Pero lo lleva consigo, como muchas otras personas que, de una u otra forma, han sido víctimas de la violencia.

Más de treinta años después de la desaparición de 'Pertur' un juez decidió reabrir el caso. Las ganas de saber qué sucedió son mucho mayores que el esfuerzo por olvidar, así que asegura que sintió «satisfacción», sobre todo porque alguien con capacidad de dilucidar lo que ocurrió interviniera. «Lo que pasa es que una misma, de tanto revivir, de narrar tantas veces los mismos hechos, de dar tantas vueltas, ya no sabe si lo redibuja. Al final la reapertura se quedó en agua de borrajas, pero siempre nos queda la certeza de que, si en algún momento hay cualquier indicio, inmediatamente se va a volver a activar la maquinaria. Y seguiremos con la esperanza, lógicamente. Esa esperanza de que se esclarezca nunca la vamos a perder. Yo siempre espero que, aunque sea en el lecho de la muerte, alguien que tuviera participación en aquel hecho pueda confesarlo».

Desde que aquella joven entró en la primera ETA hasta hoy ha llovido mucho. Ha rehecho su vida y cuenta sus vivencias a los que hoy son los jóvenes de la familia. «Sí les explico. Yo, la verdad, no tengo nada de lo que avergonzarme, y no me arrepiento de nada. Soy muy crítica con algunas cosas que hizo ETA en los tiempos en los que estuve, pero éramos parte de lo que éramos y también hay que saber ser responsables de lo que hicimos. Hay que contar para que no se cometan los errores que se cometieron. ¿Cómo no van a tener derecho, incluso la obligación, de conocer el pasado de gente de su entorno familiar más cercano? Si en las escuelas les obligan a aprender los nombres de los reyes visigodos, cómo no van a tener que conocer la historia más próxima», dice. A los más pequeños se lo cuenta de forma casi anecdótica. «Les digo “pues mira, yo una de las veces crucé esta frontera de Behobia pero por el río”, y me dicen “¿cómo que por el río?”, y les vas diciendo. Los chicos y chicas pequeñas lo viven como una aventura. Sí, bueno, pues de aventura... En fin», dice con gesto serio. «Lógicamente no les cuentas que tenías miedo de que te tiroteara la Guardia Civil, pero sí les cuentas que tenías miedo de que te pillara la policía. Sí les cuento la evolución, y les digo que lo que tienen ahora, lo que estamos viviendo ahora, en parte es fruto del trabajo que hicimos algunos. Y que algunos hicieron este trabajo hasta extremos de perder la vida», relata.

Saca pecho pensando que al final Eduardo tenía razón. «Fue un avanzado a su momento en todos los sentidos», dice. «Calculó qué evolución iba a tener la política vasca en los tiempos inmediatos después de la muerte de Franco, pero hubo gente que no quería saber nada de esa realidad. Para ellos no cambiaba nada, para ellos iba a seguir todo igual hasta la independencia y el socialismo. Y cuarenta años después tenemos lo que tenemos, una situación muchísimo mejor que entonces. Yo no pensaba que iba a conocer el grado de libertad, de desarrollo o de autogobierno que tenemos. Quién me iba a decir a mí que yo iba a pasar por un gobierno y que iba a ser la responsable de política lingüística. Tene-

mos una Euskadi con unas estructuras políticas muy sólidas, con una efervescencia política muy interesante», relata en un tono casi institucional. «Eduardo hubiera estado orgulloso de ver el trabajo que se ha venido haciendo estos años. Si le hubiera tocado tener una evolución normal, como la de miembros que entonces fueron de ETA y que luego tuvieron cargos políticos como representantes institucionales... Él sí tenía dotes para político. Era un hombre muy dialogante. En fin, con decir los carros y carretas que aguantó dentro de ETA, eso ya le hubiera dado alas en una situación normal para haber volado hasta el infinito. Él, ya bregado en estas situaciones, qué no hubiera podido hacer...».

Pero Eduardo, 'Pertur', uno de los primeros que imaginó añadir la palabra «política» a la vía militar de ETA, no está. Sólo un nombre, el de 'Apala', el que con un disparo la empujó al exilio y el que quizá con una orden le hizo volver, ocupa el pensamiento de Lurdes. Aunque el día a día de la profesora Auzmendi esté en otras cosas más cotidianas, en el fondo sigue esperando una confesión que les explique lo que pasó. A ese confidente, sin embargo, no le concedería una cita para recibir su pesar, si lo hubiera: «¿A estas alturas? En absoluto. Lo único que me interesa es saber qué pasó. Ya lo demás es totalmente accesorio», dice. Y mientras ese momento llega, y pese al tiempo transcurrido y a haber rehecho su vida, sigue manteniendo una estrecha relación con la familia de aquel joven al que conoció dentro de ETA. «Los padres están ya muy mayores. Ahora que lo pienso, la última vez que estuve con ellos, hará un mes o algo así, no sé si salió Eduardo a colación en algún momento. Habrá sido de las poquísimas veces, porque siempre hay alguna cuestión que nos lleva a recordar», cuenta. Y piensa en una inexorable cuenta atrás para saber la verdad. «El día que falten ellos seguirán los hermanos. Y, si no, seguirán los sobrinos. Y todo seguirá. Seguiremos esperando».

Uxue Barkos:
Lurdes, llegaste al final.
¿A un buen final?

Uxue Barkos Lt,

Uxue Barkos

Pregunta de Uxue Barkos a Lurdes Auzmendi.

«No, no hemos llegado al final. Cuando llegue será como para echar cohetes. Incluso algunos vivos eché el día que me enteré de que ETA había decidido dejar de asesinar y de extorsionar. El final llegará cuando ETA diga que pone ya punto final y que, además, reconozca el dolor que ha causado estos años. ETA y las fuerzas que han mantenido anímica y políticamente a ETA. Ahora lo importante es hacer el camino para llegar a ese final y para mí ahora mismo es tan importante ese camino como el propio final. Ojalá lo conozca, no sé si lo conoceré, pero el no tener asesinatos, el no tener extorsión, el que la gente no tenga ese terror con el que vivió, ya es muchísimo. Sigue habiendo mucho sufrimiento, mucho dolor, pero con la falta de asesinatos incluso ese dolor resulta un poquito atenuado».

Paul



«Las organizaciones sociales hemos sido cómodas para los partidos políticos porque hemos hecho algunas cosas que ellos no serían capaces de hacer, o que no les interesaba hacer en un momento dado. Hemos sido como una especie de sucedáneo para que algunas cosas ocurrieran». Paul tiene una voz casi juvenil, que concuerda con una complexión menuda, como de corredor. Sumando su vestimenta medio formal, sus modos sosegados, su cabeza despejada y los surcos junto a los ojos cuando sonrío casi con timidez, ofrece cierto aire monacal. Nada de eso le impide hablar de forma directa, aunque sin perder la voz queda, especialmente cuando habla de los políticos. «En algún momento ellos también tendrán que tomar la responsabilidad y no escudarse con otras cuestiones».

La sede de Lokarri, ubicada cerca del puente que da al Ayuntamiento de Bilbao, está a medio vaciar. Es un local alargado que da a un patio interior al que se accede tras unos tramos de escalera. Hay cajas de cartón alrededor de la pequeña mesa junto a la ventana, unas estanterías repletas de libros en la pared de enfrente y un tótem con la imagen de la organización pensado para servir de fondo de fotografías. Tras nueve años han decidido detener su actividad, como antes hicieran plataformas similares como Gesto por la Paz. «Una organización como la nuestra tiene el riesgo de convertir el medio en el fin. No decimos que esto esté resuelto del todo ni nada parecido, lo que pensamos es que hemos cumplido nuestra etapa, hemos hecho lo que teníamos que hacer». Eso que tenían que hacer era trabajar por la paz en el País Vasco e intentar acercar posturas. De ahí que hayan resultado cómodos para gobiernos que no han querido mancharse las manos con asuntos espinosos.

La decisión de bajar la persiana lo dejará a él, y a otros cinco compañeros, sin trabajo. Años atrás decidió dejar sus dedicaciones para convertirse en el coordinador de la plataforma y pasar a cobrar de ella, así que se ha despedido a sí mismo. Antes que en Lokarri estuvo en su antecesora, Elkarri, allá por los 90. En to-

tal, Paul Ríos lleva casi dos décadas trabajando con un mismo fin: ofrecer «espacios de encuentro entre personas plurales trabajando conjuntamente por la paz para que nadie se acomodase a la situación que estábamos viviendo y alentar a que se tomaran iniciativas que buscasen un escenario de convivencia», explica. En ese sentido, las organizaciones como Lokarri han cumplido un papel importante en momentos de mucha tensión social, el de «ofrecer una alternativa que pasaba por no asumir las que entonces eran las dominantes: la alternativa de ETA de violencia y más violencia o la del Gobierno de utilizar todos los medios, aunque fuesen ilegítimos, para conseguir terminar con ETA».

Destaca como uno de los mayores logros del colectivo en el que ha trabajado la Conferencia de Aiete de 2011, que se define como un intento de «momento simbólico en el que se diese un impulso decidido a este proceso de paz y que pudiese dar resultados como para poder volver a generar esa oportunidad que se perdió en el año 2006». Se refiere a la negociación que murió con el atentado de la T4. En esa conferencia, y en presencia de diversas autoridades internacionales, se pusieron encima de la mesa algunas cuestiones que hasta el momento sólo se habían compartido en público cuando algún medio había contado las entretelas de alguno de los procesos de negociación a lo largo de la historia de ETA. Pero esta vez hubo algo más: la puesta en escena de una entrega de armas simbólica por parte de ETA. Más allá de las intenciones y de las autoridades, los medios nacionales trataron aquella cumbre con cierto escepticismo, cuando no crítica. Y eso también ha sido una constante durante todos estos años de trabajo que ahora terminan.

«Son las incomprendiones que surgen de las diferencias profundas que hay sobre la forma en que entendemos la paz y la convivencia en nuestra sociedad», dice como sin dar importancia a unas críticas que reconoce que han existido y cuyos autores han ido variando según el momento. «Cuando organizamos la Conferencia de Aiete hubo medios de comunicación a nivel de España que

nos llamaron proetarras, que escribieron que yo era una persona insensible a las víctimas de ETA o que era partidario de ETA. Incluso Manos Limpias le puso una querrela al alcalde de San Sebastián —entonces Juan Carlos Izagirre, de Bildu— y de rebote a mí por haber organizado la conferencia. También hemos recibido críticas por parte de la AVT y Covite, pero al mismo tiempo hay víctimas que han participado habitualmente en nuestras iniciativas. El pluralismo que hay entre las víctimas, incluso entre las de la propia ETA... —dice resoplando—, hay que tenerlo en consideración y tratarlo con cuidado», termina. Paul repite algunas ideas a lo largo de toda la conversación, pidiendo prudencia al hablar de casos concretos y rechazando generalizar.

Lo de Aiete fue el principio del final de la actividad de Lokarri, la guinda del pastel. Pero al principio los ataques venían de otras direcciones. «En 2005 la izquierda abertzale decidió que no iba a participar en actividades organizadas entonces por Elkarri, una especie de veto. Durante esos años se nos ha acusado de que sólo mirábamos hacia la violencia de ETA y de que éramos insensibles a lo que podía estar haciendo el Estado, que siempre le pedíamos a ETA y nunca al Estado, que no éramos lo suficientemente contundentes al denunciar la ilegalización de Batasuna... De eso hemos tenido una parte incluso en lo personal: yo he tenido hasta algún incidente con alguno de ellos por la calle, en mi pueblo», comenta. Al momento le quita importancia: «Ninguna cosa que nosotros hayamos podido pasar es mínimamente comparable a lo que ha pasado quien ha sufrido directamente la violencia o una amenaza. No es lo mismo eso que nos quiten carteles», explica, enumerando otras escenas similares, como pintadas de «Lokarri español» o charlas boicoteadas. «No deja de ser una anécdota comparado con las miles de personas que han padecido vulneraciones graves de sus derechos o que han llevado una vida indigna, todo el día conscientes de que podrían ser los siguientes en sufrir un atentado». Con el tiempo los discursos y las formas fueron cambiando. «Te encuentras con la llamativa imagen de

que personas que militaban en ETA en sus inicios, que hablan de esa ETA casi como “la ETA buena”, entre comillas, y ahora resulta que están en posiciones de crítica a ETA y a todos aquellos que defendemos el diálogo o una convivencia integradora», sonrío con cierta ironía.

Echando la vista atrás considera que las organizaciones como Lokarri han sido una forma «de prevenir una fractura social que podría haber sido muy grave: podríamos haber terminado perfectamente como Irlanda, y eso no ocurrió», asegura. De hecho, en varios momentos de la conversación incide en que no está de acuerdo con la indolencia de la que se suele acusar a la sociedad vasca durante tantas décadas de violencia. «Estamos hablando de una sociedad que sale del escenario de una dictadura, con todo lo que ello supone de condicionante para el ejercicio de las libertades democráticas, como puede ser lo de ir a una manifestación. Todo eso hay que aprenderlo», dice. Cita varios sondeos de años atrás que coincidían en el dato de que el apoyo del uso de la violencia entre la sociedad vasca «era residual, de apenas de un 5%», según recuerda. Pese a ello, desde los partidos nacionales se empezó a trabajar en la idea de la «deslegitimación social del terrorismo», algo que asegura que ya existía. «Aunque algunos traten de vender lo contrario, la sociedad vasca ha sido la que más se ha movilizado en contra de un escenario de violencia como el que hemos tenido nosotros. Es muy difícil encontrar otros lugares que hayan padecido problemas que se puedan asemejar en algo, con una sociedad tan activa como ha sido la nuestra. ¿Que se podía haber hecho más? Evidentemente sí, pero la realidad es la que es», dice levantando una de sus manos, que hasta entonces estaba apoyada sobre la otra encima de la mesa.

Sin perder la quietud, su tono cambia hacia el enfado cuando habla de los políticos. «Decir que la sociedad vasca ha mirado para otro lado cuando a partir del 84 empiezan a multiplicarse los movimientos sociales que están trabajando por los derechos humanos, la no violencia, la paz, el diálogo, el encuentro, el entendi-

miento... No es una cuestión de desconocimiento, es una trampa que se quiere hacer respecto al relato de lo que ha ocurrido aquí. Quienes dicen que la sociedad vasca ha sido cobarde, que no ha hecho lo suficiente, lo que en realidad quieren decir muchas veces es que la sociedad no ha apoyado sus ideas políticas». Se remonta a principios de los 2000 y recuerda aquel frente común del PP de Jaime Mayor Oreja y el PSOE de Nicolás Redondo Terreros frente al lehendakari Juan José Ibarretxe. «Cuando por ejemplo Rosa Díez dijo entonces lo de “es que me he dado cuenta de que a mis convecinos les da igual que me maten”. No, no es que les diese igual que te mataran, no les daba igual, pero otra cosa es que vayan a apoyar tus ideas políticas», dice con voz tajante y con el dedo levantado. Enumera otros ejemplos, algunos más recientes, como el de Joseba Arregi, exconsejero vasco del PNV que abandonó la formación en 2004, en plena ebullición del llamado Plan Ibarretxe. «Cuando lo escuchas decir que la deslegitimación social del terrorismo tiene que ir acompañada de la deslegitimación política del terrorismo, y que eso significa que hay que renunciar expresamente a cualquier objetivo que tenga semejanza con los objetivos que plantea ETA, lo que busca es, ya que no pueden convencer a la sociedad vasca para que deje de votar a partidos nacionalistas, utilizar a ETA como excusa para que los nacionalistas tengan que renunciar a sus ideas políticas». Es posiblemente el único momento de toda la conversación en que su tono sube un poco, para rápidamente volver a su medida habitual. «Aquí nadie tiene que renunciar a ninguna de sus ideas políticas, a lo que hay que renunciar es a utilizar métodos que sean injustos y que sean contrarios a la dignidad humana. Igual que no se puede pretender que nadie deje de sentirse español en la sociedad vasca, tampoco se puede pretender que nadie deje de sentirse independentista en la sociedad vasca».

Ese tipo de «trampas», como las califica, también han venido del otro lado a través de la técnica de apropiarse de algunos discursos y reivindicaciones. «Por parte de la izquierda abertzale y

ETA también se ha intentado utilizar con fines políticos determinadas ideas positivas, que pueden ser legítimas e incluso necesarias. Se han apropiado de ideas como la autodeterminación y otras para sus propios fines. Durante estos años, cuando salía una reivindicación en contra de la energía nuclear, ahí se creaba un movimiento de la izquierda abertzale, y encima ETA cometía atentados relacionados con el tema». Recuerda entonces el secuestro y asesinato en 1981 de José María Ryan, ingeniero de la central de Lemóniz. «Salían en contra de la insumisión, y salía otro movimiento. Este tipo de dinámicas de trinchera son las que hay que intentar abandonar en cualquier circunstancia», comenta, y conseguirlo, en su opinión, no depende de que se deslegitime una violencia que ya ve deslegitimada, o de que falten acuerdos: «No creo que no haya consensos en la sociedad vasca, es más un problema de reflejarlos luego en un papel y, sobre todo, de suscribir ese papel con los que hasta ahora han sido tus enemigos. Esa es la gran dificultad». Vuelve a citar sondeos y dice que aproximadamente «un 80% de la población vasca quiere que se reconozca a todas las víctimas de vulneraciones injustas de derechos humanos, sea quien sea el organismo, banda o persona que las haya cometido. Otra cosa es cómo se realiza la memoria en relación a ese sufrimiento que han padecido las víctimas, que es donde empiezan las diferencias», comenta.

Esa diferencia es lo que se ha dado en llamar *relato*, o la forma en que se cuentan las cosas y qué palabras se usan para definir las. «Aquí nadie ha protestado porque le hagan un reconocimiento a una persona a la que la policía en el año 77 detiene, tortura, da de beber aceite de ricino y acaba matando. No hay nadie en el PP que dude que esa persona sea una víctima. La diferencia está en cómo lo tratas en conjunción con todo lo que ha supuesto la violencia de ETA». Es decir, si las mezclas, si no las mezclas o si haces distinciones entre víctimas *de primera* y víctimas *de segunda*. «Es un problema más del lenguaje. Nosotros lo que hemos intentado, aunque nos han acusado de no ser claros, es utilizar un

lenguaje que no resulte ofensivo. Por ejemplo, después de la Conferencia de Aiete hicimos un acto en favor de la reconciliación y nos dimos cuenta de que esa palabra, “reconciliación”, genera un profundo rechazo, así que utilizamos la palabra “convivencia”. O, por ejemplo, “conflicto”: nosotros ya no hablamos del “conflicto vasco”, hablamos del “problema vasco”, y de los problemas de violencia y de desencuentro que ha habido en la sociedad vasca. Hay palabras que hay que abandonar porque hay personas a las que generan un rechazo tan fuerte que no permite mirar más allá, así que se dejan a un lado. Con el tema de la paz o del proceso de paz pasa exactamente lo mismo».

Es, en cierto modo, una defensa del eufemismo pensando en un bien mayor. «Se puede recurrir a él tranquilamente. Entiendo perfectamente que hay personas para las que algunos términos pueden resultar ofensivos o agresivos, así que es mejor utilizar otros. Ese no es el problema. El problema de fondo es qué contenido das a esas palabras y qué es lo que estás buscando. La cuestión fundamental que se quiere evitar con este tipo de debates es preguntarse si queremos una convivencia donde quepamos todos y donde realmente se garantice que ninguna persona vaya a ser amenazada o perseguida por sus ideas políticas, o si queremos construir una convivencia con vencedores y vencidos, que entonces no va a ser convivencia, sino otra cosa distinta, una simple coexistencia y nada más. Lo importante es si lo que queremos realmente es fortalecer un sustrato de cultura de paz en nuestra sociedad que, sin olvidar lo que nos ha pasado, ponga las bases para que tampoco nos vuelva a ocurrir en el futuro. Esos son los debates que hay que afrontar. Cuando se quiere debatir sobre palabras, realmente lo que se quiere es evitar entrar al debate en profundidad y buscar soluciones concretas».

A ambos lados de ese debate hay dos colectivos bien diferenciados que, en alguna ocasión, han entrado en contacto: las víctimas y los presos. La conversación se detiene un momento por una visita. Al final transcurre un rato entre que se habla de unas y

de otros, pero quizá sin pretenderlo Ríos aplica recetas similares a ambos: no se puede pedir a todo un colectivo lo que unos pocos han decidido hacer, y hay que respetar plazos y condicionantes para conseguir acercamientos. «Hace quince años escuchar testimonios de víctimas no era lo más habitual», comenta, y de ahí que cuando había una que estaba dispuesta a contribuir de alguna manera la invitaban a que compartiera su vivencia en la medida en que pudiera. «Con las víctimas no se trabaja», dice tajante. «Puedes acompañarlas en un proceso personal por el que alguna haya tomado la decisión de que quiere convertir su dolor en una aportación positiva para la ciudadanía», dice de forma enrevesada. Como ejemplos de esas aportaciones habla de «víctimas que han acudido a actos de homenaje a otras víctimas distintas, víctimas que están suscribiendo manifiestos pidiendo altura de miras al conjunto de la sociedad vasca para que aprovechen la oportunidad que tenemos abierta, víctimas que animan a superar los dolores del pasado y a buscar los espacios de encuentro desde medios de comunicación o víctimas que van a los colegios a dar un testimonio en positivo y en clave de convivencia. Hay que tener mucho cuidado con todo esto, porque tiene mucho mérito pero no se puede convertir en una obligación moral para todas las víctimas: cada una de ellas bastante tiene con lo que lleva encima», insiste.

En ocasiones, además, hay miedos y celos ante cómo pueden salir las cosas. Pone el ejemplo concreto de esas visitas de algunas víctimas a centros escolares para hablar de su experiencia, lo que se ha conocido como víctimas educadoras. «Nosotros criticamos el proyecto con toda nuestra insistencia, por escrito y públicamente, porque teníamos varios temores: uno a que el testimonio de las víctimas estuviera muy politizado, otro a que pudiese suponer un grave conflicto a nivel de claustros, profesorado y asociaciones de padres, y otro porque considerábamos que había mejores herramientas en ese momento, como podían ser los testimonios en vídeo en lugar de presenciales». Sin embargo, reconoce que se equivocaban: «Hemos tenido la oportunidad de conocer

estas experiencias y tengo que decir que ha sido algo muy positivo y útil. Me parece que tanto el Gobierno socialista anterior como el actual han hecho un esfuerzo muy importante de elección de víctimas que, más allá de sus ideas políticas, lo que van a transmitir es una vivencia y un mensaje de prevención de la violencia». Cuenta que uno de esos encuentros tuvo lugar en el colegio de sus hijos y que él mismo participó en una mesa redonda posterior. «Ahí me di cuenta de que para esos chavales, de dieciséis y diecisiete años, esto era la prehistoria», comenta en referencia a lo lejano en el tiempo que los adolescentes veían a ETA. «Sería conveniente que no se olvidara y que también esto sirviera de ejemplo para contarlo y para que no se repita, siempre con la prevención de que no puedes dejar a las futuras generaciones la obligación de resolver lo que las nuestras no pueden resolver», advierte. «Los dos únicos problemas que veo que hay con esta cuestión es que todavía no hay un consenso estable en la sociedad vasca como para que eso no genere algunos problemas en algunos centros educativos, y que es cierto que para las víctimas supone un esfuerzo difícilmente mantenible en el tiempo. Para ellas, cada vez que van, supone volver a revivir su dolor y, por lo que sé, algunas de las que han participado han pedido un tiempo de descanso. Y, claro, no es fácil encontrar y preparar a víctimas que puedan transmitir estos mensajes».

Esa referencia a la «preparación» de las víctimas también generó críticas en su momento. Se refiere a ella, por ejemplo, cuando habla de los llamados encuentros restaurativos que, durante unos años, se pusieron en marcha entre presos arrepentidos de ETA y víctimas, previa aceptación de ambas partes. «Se trabajó para evitar colocar a la víctima en una situación que fuera dolorosa para ellas», comenta. Habla no sólo de la preparación mental que necesita alguien que ha perdido a un ser querido o que ha sufrido una agresión, y que se enfrenta a uno de los responsables de su dolor. Se refiere también a cómo afrontar la posibilidad de que el preso pida perdón. «Tiene una doble vertiente que hay que tomar con

mucha cautela: cuando alguien te pide perdón, tú tienes que estar preparado para recibir ese perdón y responder. Sé de casos en los que el preso ha llegado a la sala, ha extendido su mano para dársela a la víctima y esta se ha encontrado de repente bloqueada porque no sabe si quiere o no darle la mano a esa persona», relata. «Imagínate que en vez de darle la mano le pide perdón. El otro también tiene que estar preparado: igual no quiere responder, igual no quiere perdonar, y eso es totalmente legítimo y comprensible, pero esas cosas hay que cuidarlas», comenta. «Sobre todo para que la situación no se convierta en un nuevo escenario de dolor».

El trabajo de Paul Ríos y la gente de Lokarri, como el de otros colectivos similares, también ha pasado por las cárceles, y no sólo de la mano de las víctimas. La vía Nanclares, el germen de esos encuentros, contó con su participación, aunque de forma discreta. Todo comenzó por el año 2007, cuando se elaboró un plan coordinado por el Ministerio del Interior en el que se decidió reunir a cerca de sesenta presos de ETA que se mostraron críticos con la ruptura del alto el fuego con el atentado de la T4. La intención era «ver si se generaba entre ellos algún debate y podían tomar alguna decisión de posicionarse claramente en contra de la violencia de ETA». Aquel colectivo se reunió entre las cárceles de Zuera, en Zaragoza, y Villabona, en Asturias, cercanas al País Vasco. Con ellos estuvo trabajando una persona externa a la cárcel, «un nacionalista, tampoco de izquierda abertzale, de los que han sido muy claros en contra de la violencia desde hace muchísimos años, una persona *jatorra*, de confianza, para que los escuchase y les contase cómo estaban las cosas fuera», comenta. Toda esa experiencia se concretó en una treintena de presos de ETA de los casi quinientos que había entonces, que fueron llevados a la cárcel alavesa de Nanclares de Oca, donde siguieron con el trabajo de debate y se les organizaron talleres para hablar con ellos y discutir acerca de cómo estaba la situación. Ahí empezó la vía Nanclares. «Para el resto de presos ese momento de reflexión no ha llegado todavía», comenta Ríos.

«Habíamos tenido contacto ya desde hacía bastantes años con esos presos a través de dos personas, socias de Lokarri. En un momento dado nos transmiten que a estos presos les gustaría estar en contacto con nosotros para compartir ideas y reflexiones sobre cómo va el proceso de paz», relata Ríos. Y entonces ocurrió: «Una de ellas nos pidió que si podíamos contactar con una de sus víctimas». Se trataba de Rafael Caride Simón, uno de los responsables del atentado de Hipercor, el más sanguinario de la historia de ETA. Quería hablar con Roberto Manrique, que sobrevivió aquel día. «Quería tener la oportunidad de conocerlo. Hubo demasiada publicidad para lo que a nosotros nos hubiese gustado, porque creo que estas cosas se tienen que hacer en un ambiente mucho más discreto, pero bueno, todo lo que sea una persona que está en prisión, que ha sido de ETA y que ha cometido graves vulneraciones de derechos y que quiera poder entrar en contacto con las víctimas creo que es un ejercicio positivo», reflexiona encogiendo los hombros tímidamente.

«Otra víctima con la que tenemos contacto nos dijo: “En veinte años aquí no me ha llamado nadie para nada, y de repente me están llamando a ver si quiero ir a participar en no sé qué con un preso de Nanclares”», rememora mientras resopla. «Hay personas que no quieren, es muy respetable y hay que tratarlo con mucho cariño». De las que sí han querido sólo un caso salió mal, y fue el de Consuelo Ordóñez, hermana de Gregorio Ordóñez. Al salir de reunirse con Valentín Lasarte, quien le pidió perdón, convocó una rueda de prensa para decir que un delito de asesinato no se puede perdonar y que Lasarte no quiso delatar a los responsables de otros asesinatos de los que supuestamente tenía conocimiento y están pendientes de resolver. Esa fue la excepción, el resto de charlas sí surtieron efecto. «Para muchos ha sido una experiencia enriquecedora y buena. En general, la información que tengo yo es la de una valoración positiva», dice, aunque con una advertencia: «Son pasos importantes que tienen que ser un ejemplo para la sociedad, pero que no pueden ser la base de un pro-

ceso de fortalecimiento de la convivencia: eso tiene que ser algo de mayor responsabilidad social y política. Me da miedo que estemos delegando una responsabilidad que corresponde a la sociedad y a las instituciones y partidos en unas víctimas que bastante tienen con lo que tienen y en unas personas que están en prisión. No creo que eso sea justo», insiste. Antes del encuentro entre Caride y Manrique ya había habido otros similares, y tras él llegaron más, aunque no muchos más. De la vía Nanclares no queda ni el nombre, porque los presos fueron trasladados a la nueva cárcel de Zaballa. El Gobierno de Rajoy decidió cancelar todo ese trabajo. «Se han suspendido los talleres de debate que había, se han suspendido las reuniones con víctimas... Ya no existe la vía Nanclares: lo que existe son los presos que están en la cárcel de Zaballa. Ahora se pretende que el resto de presos de ETA hagan lo mismo, pero estando separados y alejados. Se está pidiendo que hagan un proceso de reflexión que, como se ha comprobado, lleva tiempo, al que hay que dedicarle esfuerzo, y que lo hagan solos. Y no va a funcionar», augura.

Ríos ve el trabajo que se venía haciendo «como una necesidad social, algo que el preso en cierta manera le debe al conjunto de la sociedad más que como una condición para su proceso de reintegración. Algo para tener total garantía de que no va a ser un peligro, sino un agente activo por la convivencia». En su opinión, los procesos de reintegración de un preso de ETA «se deben hacer en parámetros semejantes a cualquier persona que esté en prisión», y en ese sentido denuncia que el trato no siempre es así, por ejemplo, con las políticas de dispersión. «Soy de los que piensa que va en contra de los derechos fundamentales y de los estándares internacionales el hecho de que un preso esté alejado de su lugar de origen». Otro ejemplo que señala es que, en su opinión, «no hay condiciones objetivas para saber cómo se progresa de grado». Se refiere al paso de primer a segundo grado, o de segundo a tercero, un modo de prisión atenuada. «Se piden cosas que son imposibles de demostrar, como lo es el perdón sincero. ¿Cómo pruebas que

tu perdón es sincero? Eso en derecho lo llamamos “prueba diabólica”. Dicen que tienen que pedir perdón a las víctimas y arrepentirse del daño causado. ¿Arnaldo Otegi de qué daño causado se va a arrepentir? ¿Se tiene que arrepentir de sus ideas políticas? Eso se está pidiendo. Queda todo sometido a un ámbito de arbitrariedad total y absoluto en el que muchas veces depende de quién sea el juez de vigilancia penitenciaria o si encuentra que tiene apoyo o no del Gobierno. Todo está demasiado contaminado políticamente, debería haber un recorrido mucho más claro de reintegración», considera.

Al respecto pide requisitos concretos, «que un preso sepa que si hace esto le va a ocurrir esto otro. Pero es que ahora incluso los de Nanclares participan, hacen esto, esto y esto y la respuesta es “no te doy permisos” o “no te cambio de grado”». Se refiere al caso de dos presos que estaban a punto de ser puestos en libertad cuando el fiscal recurrió para que no se les computaran las condenas cumplidas en Francia y retrasar su salida. O a Joseba Urrusolo Sistiaga, al que por conceder una entrevista en la radio le retiraron los permisos. «Compartió un mensaje en favor de la convivencia, lo que hizo fue hablar de arrepentimiento». En realidad, una de las condiciones previas que se exponían a los presos de la llamada vía Nanclares era que lo hacían de forma voluntaria, sin esperar contraprestación o ventaja penitenciaria alguna, pero Ríos considera que «al menos tendrían la expectativa de que no se les iba a poner obstáculos». Desde su punto de vista, «si sin hacer nada extraño se están poniendo dificultades para que no se pueda reducir su condena, o que se cumpla realmente lo que está condenado, ¿eso qué perspectiva da? El problema de Nanclares ha sido, para el resto del colectivo de presos, la gestión que ha tenido. Tú les estás diciendo: “Tenéis que hacer lo mismo que han hecho los presos de Nanclares”, y el resto dice: “¿Que diga todas estas cosas y luego no me concedes ni un permiso?”». Todo lo achaca «a que el Gobierno de España no muestra altura de miras», y ve consecuencias «terribles» en ello: «Les da absolutamente igual lo que pasa en la sociedad

vasca en su conjunto, pero también a sus propios compañeros del PP del País Vasco. La política del PP en este tema los está llevando a la marginalidad política aquí, y me parece terrible que, después de que han sido personas que han estado muriendo y sufriendo con todo este tema, ahora se encuentren con cien mil votos. Ahora necesitaríamos más que nunca la ayuda del Gobierno de España y, simplemente, los están utilizando como herramienta política que sacan cuando les interesa», lamenta. Y no es una cuestión únicamente del PP, sino de «unos partidos políticos que llamativamente estaban mucho más dispuestos a dialogar y a cooperar antes del final de la violencia que después, algo que me parece absolutamente incomprensible», lamenta.

Pese a todo es optimista: «Con todo lo que ha ocurrido y lo que no ha ocurrido las cosas van avanzando, pero es cierto que, pensando que no hay vuelta atrás, hace falta que también haya un esfuerzo para que lo que se ha conseguido hasta ahora se consolide, y también para resolver lo mejor que se pueda los problemas que representa el futuro». Mirando hacia atrás destaca muchos hitos que hace no demasiado eran impensables: «No ha habido más víctimas, no ha habido más impuesto revolucionario, no hay prácticamente personas que tengan que ir acompañadas por guardaespaldas, Sortu es legal, en las instituciones están representados todos los partidos políticos, se está trabajando para reconocer a todas las víctimas, de ETA, del GAL, de la violencia policial y a las víctimas de la tortura, se está trabajando en las escuelas, en los medios de comunicación...». Y entonces dibuja una escueta sonrisa. «Es un problema, pero mucho más limitado que el que había antes, no es una urgencia social y es algo que se puede entender, aunque sí es una urgencia para los que han sufrido y los que sufren, eso es evidente. Pero a los representantes políticos se les tiene que pedir algo más: ellos no sólo tienen que estar al albur de lo que en ese momento es la principal preocupación de la ciudadanía. Esto es estratégico. Problemas que ahora no resolvamos bien podrán quedarse escondidos y resurgir en el futuro, y no estoy hablando

de que vaya a volver la violencia: estoy hablando de que no puede ser que dentro de treinta años se tenga que estar hablando de este tema igual que se está hablando ahora de las fosas de la dictadura. Teniendo esta experiencia hay que hacer un esfuerzo por cerrar bien las cosas».

Puestos a mirar al futuro y pedir deseos, tiene la lista muy clara y definida: «Te voy a decir con qué me conformaría yo dentro de cinco años: me conformo con que se haya verificado que ETA se ha desarmado y no posee armamento, con que los presos estén más cerca del País Vasco y tengan claro cuáles son las condiciones y el camino para su reintegración, con que no haya espacio para amenazas por ideas políticas y con que todas las personas que han padecido vulneraciones graves de derechos sean reconocidas como víctimas. Con eso y con un compromiso para resolver las diferencias políticas que pueda haber a través de medios exclusivamente pacíficos y políticos, yo creo que tendríamos ya un buen trecho del camino hecho». Paul vuelve a sonreír. «Tampoco pido que haya grandes acuerdos, porque entiendo que es muy difícil. Y sé que hay otras cosas con las que seguiremos dándonos de tortas dialécticas, como con la cuestión del relato. El que se empeñe en que nos pongamos de acuerdo sobre un relato de lo que ha ocurrido aquí se va a encontrar con un muro», dice sonriendo.

Egun on, Pau:

¿Para qué crees que ha servido Lokami durante los años en los que habéis trabajado?

¿Por qué os disolvéis ahora y no lo habéis hecho antes?

Un abrazo

Lurdes Auzmendi

Preguntas de Lurdes Auzmendi a Paul Ríos.

«Voy a parafrasear lo que dice Jonan Fernández porque me gusta mucho más que lo que digo yo: él dice que tanto Elkarri como Lokarri han sido una influencia positiva en la sociedad, en el sentido de mantener la esperanza, animar a trabajar y sobre todo hacer un esfuerzo por descubrir los puntos de encuentro en la sociedad vasca».

«En 2012 nos planteamos disolvernó, exactamente tres meses después de la Conferencia de Aiete, pero no nos pusimos de acuerdo. Como somos un movimiento por el diálogo y el acuerdo, el consenso al que llegamos fue que seguiríamos dos años más y, a no ser que cambiara la situación radicalmente, daríamos por concluida la trayectoria, y eso es lo que ha pasado».

Mecenas

A

A. Imaz
A. Lucia Tudela
Águeda Beatriz Esteban
Aitor Merino
Alain Coloma
Alba Ortiz Riquelme
Albert Pastor Pérez
Alberto Ortiz
Alberto Vicente
Alejandro Fernández García
Alfredo.gazpio Gazpio Irujo
Alicia.bertolin
Álvaro Hernández Castillo
Álvaro Varona
Amaia Guembe
Ana García Miralles
Ana Pampín
Ana Rodríguez Lánderer
Ana Soteras Romeu
Anavarela45
Anna Vila Palmi
Antonio Pacheco
Antonio Rull
Ascen García
Asenet Cepeda
Asier Martiarena Olveira
Aurora Lozano

B

Bea González
Bea y Rubén
Begoña Iturralde Mogro
Begoña Jorques Infante

Blanca Esteban
Borja Bauzá de la Cuadra

C

Calmedi
Camino Ventura
Carlos Espinosa
Carlos Hernández Arques
Carlos Manuel Jurado Rivera
Carlos Otto
Carlosguadian
Carmelo.jorda
Carmen Ventura
Chema Flores Quesada
Chiqui de la Fuente
Chiqui Esteban
Christian Cancino del Castillo
Concepción Lozano
Cristobal.torregrosa

D

Dana Radu
Daniel Ayllón Martínez
Daniel Kaiser
Daniel Masegoso
Daniel Miguel Sánchez
David Espinós
David García García
David Gómez Ortiz
David Martos
David Ramos Pascual
Dibujavi
Dídac Gutiérrez-peris
Diego

E

Eduardo Arriagada
Eduardo Loren García
Eduardo Solana
Ekaitz Cancela Rodríguez
Elena Salgado
Eliseo García Nieto
Elois Moreno Robledo
Enrique Anarte Lazo
Enrique Delgado Sanz
Esther Martínez Vela

F

F. Javier Vazquez Diaz
Felipe Hernandez Gonzalez
Fernando Gomollón Bel
Fernando González González
Fernando Rodríguez González
Francisco Javier Gullon Muñoz
Fsalom

G

Gamal Torreblanca
Gema Notario
Gloria P. Ortiz
Gonzalo Cornejo
Gorka Lejarcegi
Gorka Navaz Ayerra
Gregori Rodrigo Ferrer
Grflol
Guillermo Sanchez Vega

H

Henar Cabezas Martín

Hugo Rodrigo Zapata

I

Ibon Tobes Sesma
Idoia Muniain
Iker Armentia
Iker Merchán
Imanolcarrasco
Inesalmirante
Iñaki Arrola
Iñaki Romero
Iñakia
Iñigo Muñoz Mateos
Ion Antolín Llorente
Irene Milleiro
Isabel Alonso Claramunt
Isabel López Guerrero
Israel Cuchillo Castillo
Israel Seoane González
Izaskun Frias Iparraguirre

J

Jaime Ferreira Benito
Jaime Sevilla Lorenzo
Japi
Javier Alfonso
Javier Larreta Indurain
Javier Pérez Rey
Javierpuchades
Jesús Carrón Blay
Jesús Díaz
Jesús Díaz Vicente
Jesús Manuel Pérez Triana
Jesús Romero Antón

Joana.silva
Joaquin
Jomajh
Jon Aguirre Such
Jordi Perez Colome
Jorge Arévalo Martín
Jorge Ramos
Jose A. Pérez Ledo
Jose Alfonso Romero P.seguín
José Antonio Bravo Mateu
Jose Antonio Romero
Jose Joaquin Gonzalez
Juan Antonio Giner
Juan Antonio González
Ruiz-henestrosa
Juan Camilo Robayo Parra
Juan Castelló Andrés
Juan Cristóbal Seguer
Juan Jauregui Gonzalez
Juan Jose Romero
Juan Luis Sánchez
Juanba Micó
Juanfra Delgado
Entrambasaguas
Julián Amorrích
Jurdan Arretxe

K

Koldobika De Madrid
Kontxi Mtz De Icaya Lpz De
Ullivarri

L

Laia

Laila Krausse Suárez
Lantaldea
Laura González Palacios
Laura M.Viñán Canosa
Leticia
Llopis
Luc Sebastian
Lucía De Blanca
Luirodla
Luis Alfonso Gámez
Luis Felipe Rodríguez
Oliete
Luis Felipe Torrente
Sánchez-guisande
Luis Marañón
Luis Ruiz Cortés

M

M Carmen Salom
Mª Jesús Martínez Vidal
Maberges
Maialen Lizarralde
Maite Mercado
Majeizfe
Mamjerez
Manu Contreras
Manu Egaña Txopitea
Marc_casañas
María B.
María Del Ara Jara
Guzmán
María Del Pilar Sanchez
Ledesma
Maria Jose C.m

María José De Acuña
María José DomÍnguez
 Contreras
María José Guillot
 Marzo
Maria Martin Gallego
María Zuil
Maria3rey
Maribelfv
Marina
Marina Falcó Pascual
Marina Rodríguez
Mario Dios
Marisa Iturbe Cardona
Markus
Marta G. Coloma
Marta Herrera
Marta Rodriguez Raurell
Martinlastras
Mathieu De Taillac
Melisa Tuyá
Michaël Dias
Miguel Angel Garrosa
Miguel Angel Gonzalo
Mikel Iturria
Mikel Otaegi
Mirianromero81
Mlaurusso
Mmaicas
Moeh Atitar de la Fuente
Mónica Solanas
Montserrat Boix Piqué
Myriam Gómez
Myrimore

N
Nacho Corredor
Nacho García
Nachogomezhortoria
Naiara Ortiz
Natalia Sevilla
Noalla
Nurialombera

O
Óscar Quintana Suárez
Oskarg21

P
Pablo Crespo García
Pablo Romero
Patricia Hidalgo
 Montenegro
Patricia Moratalla Ruiz
Patricia Torres Sánchez
Paula Carrión
Paula Serrar Puerta
Pedro De Alzaga Fraguas
Pedro Layant
Pilar Díaz
Pilar Jáuregui Real
Piserra.joaquin
Plácida Lozano

Q
Quique Bassat
Quique Cama Bonet
Quique20479 Peinado
 Moro

R

R.a.b.
Rafa Páez
Ramon Radó
Raquelserrano0
Roberto Pérez
Rocasernaloren
Rocio Traba Galisteo
Rodrigo Ponce De León
Rosa Torguet Dolz
Rsoengas

S

Sabaté
Sandra Sandalinas Pardina
Sara G. Sandín
Sara Gutiérrez
Sebas Goiko
Señor Bohnke
Serabe
Sergio Blanco Aparicio
Sergio Ortega Santamaría
Silbripa
Sonia Del Olmo Amado
Sonia Galeano Gutiérrez
Sonia Santos

T

Teo Ruiz
Teresa V.
Toni Castillo
Triana Paris
Txema Laudio
Txevi Bolumar

U

Unai

V

Vanesa Jiménez
Vgq
Víctor Navarro Mediavilla
Violeta Molina Gallardo

X

Xabiman

Z

Zalasha

@desplazatua
@pintiparada
3370n3



Este es un libro que narra una historia por medio de otras muchas historias, un libro en que el autor, conscientemente, pasa a un segundo plano para dejar que sea la voz de sus protagonistas la que llegue directamente a los oídos del lector. Un libro en que se habla, en fin, de hechos sin los cuales es imposible entender nuestra historia reciente: aquellos que condujeron al fin de la violencia de ETA.

Borja Ventura es periodista y profesor universitario. Cuenta con más de una década de experiencia trabajando en el entorno de los medios digitales de información y ha colaborado con numerosos proyectos de reconocido prestigio. Como periodista ha investigado en diversos campos, entre los que destacan la comunicación y, sobre todo, la actualidad política.